

NIEVES ABARCA
VORACES



Una novela sobre poetas, románticos y exiliados
que lucharon por la libertad


ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Voraces](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[PRÓLOGO. ELLA. LA INDIA, ASSAYE. 1803](#)

[PRIMERA PARTE. LA ENTRADA DEL INVIERNO EN LONDRES](#)

[La Coruña, otoño de 1854. SARASATE](#)

[LA TORMENTA](#)

[Londres, hacia 1831. ESPRONCEDA](#)

[ESPOZ Y MINA](#)

[La Coruña, otoño de 1854. FAITH Y PASCUAL](#)

[Londres, 1831. LA TERTULIA](#)

[CARTA DE ESPRONCEDA A SU AMADA, TERESA MANCHA](#)

[LA CULPA ES DEL ROMANTICISMO](#)

[CARTA DE TERESA MANCHA A ESPRONCEDA](#)

[Londres. Belgravia. 1831. LADY SYLVIA AXEL](#)

[La Coruña, otoño de 1854. EL BERGANTÍN MISTERIOSO](#)

[EL DUQUE DE HIERRO](#)

[MISIVA DE TORRIJOS A ROBERT BOYD](#)

[POETAS](#)

[LA AMANTE](#)

[LA ZORRA DEL DEMONIO](#)

[MISIVA DE ROBERT BOYD A TORRIJOS](#)

[CLASES DE ESGRIMA](#)

[LA HERENCIA](#)

[La Coruña, otoño de 1854. EL VIGILANTE](#)

[APÓSTOLES DE CAMBRIDGE](#)

HELOR NOCTURNO

EMIGRADOS ESPAÑOLES

TRES CARTAS

La Coruña, otoño de 1854. LA EPIDEMIA DEL GANGES

GAJES DE LA BATALLA

EL VIOLÍN

UN VELERO BERGANTÍN

«DARKNESS»

En las afueras de Londres, 1831. EN EL FRÍO DE LA NOCHE

LUISA CARLOTA

LA FIEBRE

La Coruña, otoño de 1854. CÓLERA MORBO

SEDICIOSOS

BERTA SE ESCONDE

FUSILES Y PÓLVORA

SONAMBULISMO

¡RECIÉN CASADA!

LA MUJER-INFIERNO

NAVIDAD OSCURA

NAVIDAD

La Coruña, otoño de 1854. CÓLERA MORBO (II)

ESPIAS

VENENO

CARTA DE TORRIJOS A JOSÉ DE ESPRONCEDA

EL ANSIA

La Coruña, otoño de 1854. DIARIO DE ABORDO

TUS OJOS COMO ZAFIROS

Cambridge. LA HISTORIA DE HARRIET GREEN

APARICIÓN

DESESPERADA

REJUVENECIDO

LA HISTORIA DE HARRIET GREEN (II)

CARTA DEL GENERAL ESPOZ Y MINA A LOS CONJURADOS

DE PARÍS

AL FIN, DECIDIDO

HERMANAS

LA DAMA DE LA PIEDRA

LA EPIDEMIA

LA VOZ

DON GIOVANNI

DISPARO

DON GIOVANNI (II)

PESADILLAS

DESAPARECIDO

VAMPYR

VIRIATO

La Coruña, 1854. HOSPITAL DE CAMPAÑA

ÓPERA

EL PALCO

CONSPIRANDO

EL DIARIO DE A BORDO

MELLIZOS

APARICIÓN

OPIO

EL TENOR

EL BARCO DEL HOLANDÉS

CASTIGO MUSICAL

DE VUELTA AL BARCO

PHANTOM BALL

LONDRES. *THE OBSERVER*

VILLA DIODATI

PHANTOM BALL (II)

La Coruña, 1854. UN GENIO DE LA MÚSICA

RECONCILIACIONES

PHANTOM BALL (III)

DESCONFIANZA

RECIÉN SALIDA DEL AVERNO
EL MIEDO
EN EL BARCO FANTASMA
PHANTOM BALL (IV)
LA LAMIA
STRADIVARIUS
PHANTOM BALL (V)
DUDAS
NAPOLEÓN
CELOS
EL ZAFIRO
FELIZ AÑO
MALDITO SEAS
CACHEMIRA
VELATORIO
DESAPARECIDO
PREPARANDO LA GUERRA
CARTA DE TERESA MANCHA A JOSÉ DE ESPRONCEDA
EL ENTIERRO DE SYLVIA AXEL
LA CRUZ
HOSPITAL DE CAMPAÑA
HACIA CAMBRIDGE
HAMBRE DE RESURRECCIÓN
LOS CONJURADOS
DÉJAME ENTRAR
LO BUSCAN A ÉL
LONDRES. *THE OBSERVER*
VAMPYR
HACIA FRANCIA
CARTA DE ESPRONCEDA A TERESA MANCHA
SEGUNDA PARTE. EL REO DE MUERTE
MATADERO
París, 1831. EL RAPTO

LUCHA SUICIDA
SIR JOHN MOORE
CARTA DE TERESA MANCHA A ESPRONCEDA DESDE PARÍS
HONOR Y GUÍA DE LOS VALIENTES
LA VERDAD
EL ORATORIO
CAMINO DE LA BATALLA
DESCUBIERTOS
EL COMLOT
EL SILENCIO DE LOS MUERTOS
BUSCANDO LIBROS Y POETAS
INVITACIÓN AL DESASTRE
LA PIEDRA
YO NO TEMO
TRAICIÓN SOLO HA VENCIDO AL VALIENTE
YORK
SANGRE Y NIEVE
SOLOMILLO WELLINGTON
CERCA DE LA LIBERTAD
LONDRES. *THE OBSERVER*
DAPHNE
LA FERRERÍA DE GOIZARIN
ENSAYOS Y ERROR
ROMPIMIENTO
ORACIONES
EN PELIGRO
Cambridge. ENCUENTRO EN LA CATEDRAL
DERROTAS Y TRAICIONES
TRAICIONADOS
HARRIET
CONFESIÓN
EVA
RENDICIÓN

PURIFICADOS

EL ENGAÑO

FUSÍLENLOS A TODOS

EL SILENCIO DE LOS CONDENADOS

LONDRES. *THE OBSERVER*

VOY A MORIR, PERO COMO MUEREN LOS VALIENTES

CAPRICHOS DE NOBLES

ADIÓS A LA VIDA

PARÍS

PARTE TERCERA. EL DIABLO MUNDO

LA CRUELDAD DE HOY, LA CLEMENCIA DEL MAÑANA

LA AGONÍA Y LA MUERTE

LA DAMA DE SHALOTT

EL POETA ESPAÑOL

LONDRES. *THE OBSERVER*

EL ADIÓS DE TERESA

LA CAJA OBLONGA

LA NOCHE DE LA MUERTE DE MINA

LA VENGANZA

GIBRALTAR

DESAFÍO CELESTE

EL DIABLO MUNDO

MADRID. *EL CORRESPONSAL*

NOUVELLE RELIGION

NOVICIA

LA LLEGADA

Epílogo. NOCHE SOÑADA

Bibliografía

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La Coruña, 1854. La llegada de un extraño barco desata una epidemia de cólera en la ciudad. Juana de Vega, viuda del general Espoz y Mina, héroe de la guerra de la Independencia y apasionado liberal, es una de las pocas personas que puede hacer frente a la virulencia de la enfermedad y enfrentarse a la devastación y a la muerte. Juana ha vivido esa situación antes y sabe que con el cólera hay otra epidemia, algo todavía más oscuro y peligroso que ha llegado en la nave y que solo ella conoce.

Londres, 1831. Los liberales españoles sobreviven como pueden allí, acosados por los espías realistas. En la estela de su amada Teresa Mancha y huyendo de la represión del Rey Felón, José de Espronceda se encuentra con los generales Espoz y Mina y José María Torrijos, obsesionados por la libertad de España y dispuestos a dar la vida para acabar con el absolutismo. Ambos cuentan con el apoyo y colaboración de sus mujeres, Juana de Vega y Carlota Álvarez de Torrijos.

Las dos tramas se unen en un final en el que el ansia de libertad y la sed de sangre competirán para vencer en una batalla a muerte en la que el romanticismo será el verdadero protagonista.

NIEVES ABARCA

VORACES



ESPASA

A mis amigos. Son ellos los que me animan a escribir.

*And I meet you at the cemetery gates
Keats and Yeats are on your side
But you lose
'Cause weird lover Wilde is on mine.*

*They seek, are sought; to daily battle led,
Shrink not, though far outnumbered by their Foes,
For they have learnt to open and to close
The ridges of grim war; and at their head
Are captains such as erst their country bred
Or fostered, self-supported chiefs, —like those
Whom hardy Rome was fearful to oppose;
Whose desperate shock the Carthaginian fled.
In One who lived unknown a shepherd's life
Redoubted Viriatus breathes again;
And Mina, nourished in the studious shade,
With that great Leader vies, who sick or strife
And bloodshed, longed in quiet to be laid
In some green island of the western main.*

WILLIAM WORDSWORTH, *Spanish Guerrillas. 1811*

Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di
cuando el yugo
del esclavo
como un bravo sacudí.

JOSÉ DE ESPRONCEDA, *La canción del Pirata*

PRÓLOGO

ELLA

LA INDIA, ASSAYE. 1803

El aire espeso y caliente amortiguaba la suavidad de la música. Fuera de la tienda, el peligro acechaba, animal, extraño.

La botella de clarete, iluminada por una lámpara de aceite, estaba en las últimas. Arthur se dejó llevar, ebrio de vino y de melancolía. Había perdido su primera batalla con el 33.º Regimiento. Había perdido su primer amor. Había visto morir a uno de sus hombres, azotado. Mil azotes. No llegó a sobrevivir a más de cien. La sangre salpicaba la rueda de carro y los verdugos lloraban de pena. Una muerte injusta. Pero era la única forma de mantener la disciplina en el ejército. O eso decían.

A ratos, las gaitas de los escoceses tapaban a Mozart con su quejido.

Casi nadie en la tropa sabía que tocaba el violín. Un oficial no podía tocar el violín. Aún recordaba el olor a madera quemada, a barniz, el día en que había tirado su instrumento a las llamas cuando le dijeron que no podría casarse con Kitty Pakenham. Si eres músico, serás pobre.

Dejó de tocar por un momento y se sirvió el último trago de clarete.

Al día siguiente su batallón volvería a la guerra. Y esta vez iba a ganar. No se podía permitir otra derrota en su expediente.

Notó cómo se le subía el vino a la cabeza. Tenía que dormir para estar fresco para la lucha.

Salió de la tienda, apartada del campamento. Solo su asistente sabía

que se escondía allí, lejos de la tropa y de los demás oficiales. Era de noche y el calor, atroz. Echó de menos de nuevo el frío irlandés, la brisa y el verdor, el mar rompiendo en la costa. Bosques de árboles nobles, no como aquella jungla que intimidaba, los árboles retorcidos, el silencio roto por el canto nocturno de aves, crujidos de ramas, animales feroces que rondaban con sigilo, la luz de la luna atravesando las hojas e iluminando aquí y allá. La luz otorgaba la oscuridad más absoluta a su alrededor.

Arthur escuchó un ruido muy tenue. Algo en la calidad de aquel sonido le erizó el cabello. Dejó el violín apoyado en un tronco y se llevó la mano al espadín que colgaba de su cinto. Entrecerró los ojos, los músculos en tensión.

Nada.

«Es el vino».

Se relajó. Él no tenía miedo. No podía tenerlo. Los coroneles no tenían miedo. El follaje se movió cerca de la tienda y la sensación opresiva se incrementó. Arthur se puso en guardia, el corazón golpeando el pecho. De los enormes helechos surgió un mono que clavó sus ojos amarillos en los del coronel y huyó.

Arthur respiró profundamente.

Un puñetero mono.

Se dio la vuelta. Iba a coger el violín cuando el ruido insidioso volvió a sus oídos. Justo por donde había huido el mono surgió el rostro de un niño. Ojos negros, vacíos, y piel aceitunada.

El rostro de los ojos vacíos clavó la mirada en el irlandés. Era como si hubiese sufrido la descarga de un rayo. El niño salió del bosque. Iba vestido como un príncipe, con un traje dorado lleno de pequeñas piedras rojas, verdes, blancas que brillaban a la luz de la luna. Levantó la mano y lo señaló.

«No puede ser, tengo que estar muy borracho», balbuceó.

Luego corrió hacia el violín y lo agarró con sus manitas. El niño, ante el estupor del coronel, echó a correr como un gamo y se metió entre los árboles espesos igual que si fuera un animal salvaje.

—¡Eh! ¡Espera! ¡Mi violín!

Arthur notó el mareo del vino y tardó unos segundos antes de correr detrás del crío. Lo vio, iluminado por el satélite. Paraba, miraba hacia atrás, provocándolo; luego volvía a deslizarse como una serpiente sorteando las ramas, los troncos, las hierbas altas.

Arthur corrió, internándose en el bosque. Era un hombre ágil, pero la velocidad del niño era mucho mayor. Perdió la cuenta del tiempo que llevaba siguiéndolo; durante un momento notó el sudor por la espalda mojando la camisa y unas terribles náuseas por efecto del vino. No quería dejar escapar su violín. Era el fruto del botín de uno de sus soldados en Boxtel, cuando aún era teniente coronel. ¿Dónde iba a encontrar otro violín en la India? En realidad, no sabía si aquella carrera era fruto de un sueño o de un exceso de alcohol malo. Pero daba igual. Su violín. Era lo único importante. No podía estar pasando todo aquello. En mitad de la noche. Durante unos segundos se preguntó si sabría volver al campamento. Esos segundos le hicieron pararse.

El niño también se había detenido en un claro del bosque. Su rostro de ojos velados brillaba como una luciérnaga. Volvió a señalar, pero esta vez hacia uno de los árboles que rompían el claro. El hombre, cauteloso, avanzó hacia la pequeña figura, que sostenía el violín en sus manos. El mono gritó entre las ramas. Arthur se dio cuenta de que, detrás del árbol que señalaba, había una especie de edificación compacta y oscura. El niño se puso en marcha de nuevo y corrió hacia el templo. Arthur se estremeció cuando aquel rostro de ojos turbios envejeció de repente hasta parecer una momia.

Caminó, tambaleándose por el esfuerzo, intentando controlar sus jadeos. Detrás del árbol, el edificio. No se parecía a nada de lo que había visto en la India hasta el momento. No había estatuas retorcidas y hermosas, ni pináculos desafiantes, ni colores vivos, ni formas geométricas; era sobrio, recto, la puerta de madera coronada por un águila y un símbolo que le pareció un sol. Arthur entró en el templo, que olía a incienso, a flores y a muerte. Las paredes emitían luz, difusa, húmeda. Recorrió, fascinado, un pasillo en el que podían verse figuras

que a él le parecieron extravagantes, incluso ofensivas, sin saber realmente la causa. Era una sensación que atravesaba la piel y llenaba de congoja. Sentía una necesidad urgente de salir de aquel lugar, de huir. Pero no lo hizo. Nunca había sido un cobarde. Era un coronel del ejército de Su Majestad.

Al final del pasillo esperaba el niño. Sonreía. Sus ojos, desprovistos ya de la tela de araña, brillaban como lo hacían las paredes y el techo. Abrió una puerta, más pequeña. Le hizo un gesto a Arthur para que avanzara. Él obedeció; parecía hipnotizado. Como un autómata, atravesó la puerta. Y lo que vio le maravilló.

Una mujer morena, de largos cabellos, flotaba en el medio de un altar compuesto de huesos humanos y sangre. Tenía cuatro brazos. Sus ojos eran azules, un azul transparente que semejava un zafiro. Y en el medio de la frente, otro ojo, azul también, pero mucho más profundo y luminoso. Su exiguo atuendo estaba compuesto de sangre y dagas afiladas, y de su cuello pendía un collar de calaveras humanas. Cada una de las manos sostenía un objeto dorado distinto: arco, tridente, una pequeña hoz.

El niño se acercó a la aparición y le alargó el violín. La figura bajó y agarró el instrumento con la única mano que quedaba libre. Arthur asistía a aquel embrujo sin poder moverse. Sus oídos pitaban como si estuviese sumergido en el agua; todo resultaba pesado, un mal sueño en un fumadero de opio.

La mujer agarró el violín y miró a Arthur. Los tres ojos parpadearon a la vez y su voz surgió penetrante, dulce.

—Arthur. Eres tú. Al fin.

Él no quiso resistirse.

El miedo había pasado y ahora solo había amor. Un amor inconmensurable, imposible, fuera del espacio y del tiempo. Amor hacia aquel monstruo de cuatro brazos y tres ojos. Amor y deseo absoluto. Se dirigió hacia ella como un novio en una iglesia el día de la boda.

La mujer bajó, girando con lentitud sobre sí misma como un hermoso

carrusel. Olía a algas, a mar, a salitre de las costas inglesas. A sexo. Arthur solo podía permanecer estático, incapaz de mover un músculo de su cuerpo, relajado y tenso a la vez. Vio sus ojos azules mirando los suyos y, en la frente, una piedra azul tallada con tosquedad que tenía en el centro una gota roja, como si hubiese profanado la sangre la perfección de la piedra preciosa desde dentro.

Luego sintió un dolor intenso y lacerante en el cuello. Arthur no hizo nada contra aquel dolor. Lo sintió como el beso más delicado y tierno jamás recibido en sus labios, que sabían a hierro metálico, al sabor de la muerte y la resurrección. Escuchó una música extraña, era su propio violín, era una voz de sirena, era la nana de su madre cuando no quería dormir y lo apretaba contra su pecho.

El niño-viejo rio con una carcajada cristalina.

Arthur intentó por un momento librarse del sortilegio, pero sus fuerzas no existían ya. La vida se le iba y la muerte alcanzaba sus manos frías, pero daba lo mismo, solo estaba ELLA y aquel amor pleno que jamás volvería a sentir.

—Arthur. Serás perfecto. Porque serás mío para siempre.

Arthur se despertó. Estaba en su cama, en su tienda en medio del campamento. Se empezaba a oír el trajín de los soldados que pronto entrarían en combate. Notó el sabor metálico de la sangre en sus labios, el dolor de cabeza insoportable, rastros del amor y de la muerte. Se incorporó de golpe.

Sin duda había sido todo un sueño febril de borracho. Se levantó y fue hasta el espejito que estaba colgado encima del aguamanil para asearse. Con curiosidad, al notar el dolor, se llevó la mano al cuello. Una pequeña punzada, poco más. A simple vista no se notaba. Estiró la piel y vio una mácula. El puñetero vino portugués que regalaban a los oficiales... No le extrañaría que lo hubiesen bautizado con algo más fuerte que el alcohol. Algún colega envidioso. Él había ganado los galones pagados por su hermano y lo odiaban. Lo consideraban un

advenedizo. Quizá lo fuese.

Arthur recordó. Fue a su litera y sacó la funda del violín de debajo del colchón, donde estaba escondido, lejos de miradas indiscretas.

La abrió.

Allí estaba el violín. Y a su lado había una gema enorme, perfectamente azul, salvo la gota de sangre que rompía su armonía y la convertía en una piedra extraña.

Se sentó en la cama, estupefacto, y se pasó la mano por la barba, que empezaba a rascar, los ojos clavados en la gema, que refulgía desde el interior.

«Serás perfecto, porque serás mío para siempre».

A su mente volvían las palabras, pero no era capaz de describir quién las había pronunciado. Solo un aroma a lirios y a almizcle. Un niño ciego, vestido de príncipe. Un templo perdido en el bosque. Una luz cegadora. La sensación de estar sumergido, el olor a algas, a mar, la embriaguez. Se volvió a mirar al espejo y se dio cuenta de que tenía que afeitarse. Alguien pidió permiso para entrar.

—¡Mi coronel! ¡Es la hora!

Antes de montar a Diomed, Arthur se aseguró de que el zafiro estaba bien escondido, dentro de una bolsita y cosido con habilidad entre los pliegues de su casaca roja. Palpó la piedra, que parecía incandescente en su pecho.

Sintió el valor y la gloria por primera vez desde que había llegado a la India. Cuando el caballo inició el trote, Arthur Wellesley fue consciente de que la victoria estaba al alcance de su mano.

PRIMERA PARTE
LA ENTRADA DEL INVIERNO EN LONDRES

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazón.
Huye, mujer; te detesto,
Siento tu mano en la mía,
Y tu mano siento fría,
Y tus besos hielos son.

JOSÉ DE ESPRONCEDA, *A Jarifa en una orgía*

La Coruña, otoño de 1854

SARASATE

Los dedos del crío volaban sobre el diapasón, apretando las cuerdas con maestría; el arco arrancó un sonido celestial. Los invitados al salón verde y liberal de doña Juana de Vega abrieron sus bocas, asombrados. ¿Cómo podía aquel niño que no levantaba un palmo del suelo, con aquellos ojos saltones de perro abandonado, aquellas manitas de duende, tocar así? Vivaldi, Mozart, Paganini, Pergolesi, pавanas, valeses, estudios, variaciones de Bach se sucedían en un continuo creativo y perfecto que mantenía pegados a sus butacas a todos los presentes. Juana sonreía. Sabía que aquel niño era una piedra preciosa. Lo había sabido desde el primer día que lo escuchó tocar en una sesión privada en Santiago de Compostela. «Una mazurca en honor de mi benefactora», dice con voz seria y tono adulto aquel enano antes de mirar a todos y atacar de nuevo el pequeño instrumento como si fuese un juguete maravilloso.

Cuando termina, la emoción es intensa. Los padres del niño contienen las lágrimas. Saben que la condesa será parte fundamental del futuro de su hijo, al que todos reconocen como un pequeño genio. Eso les ha asegurado Juana, dispuesta a poner su dinero en Madrid para que Martín Melitón —pero al que todos llaman «Pablo»— tenga una carrera digna de su talento. Todos aplauden y piden un bis, que es concedido de inmediato. Juana no quiere que el niño se canse demasiado, y pronto da por terminado el concierto con el aviso de té, café y chocolate con picatostes para todos los presentes. El alcalde de

la ciudad, Emilio Fernández Cid, se disculpa para continuar con sus quehaceres para los conciudadanos, pero en la casa de la calle Real quedan Augusto José de Vila, con sus dos hijos; Ana Segade, íntima amiga de Juana; el farmacéutico Manuel Villar y su mujer; el joven político Federico Tapia, y otros personajes de la ciudad amantes de la música. Emma, una de las hijas de Manuel Villar, espigada y con lentes, se sienta al piano y le arranca unas polonesas de Chopin y unas baladas y scherzos de Liszt bastante aceptables, que son bien recibidos.

El niño Pablo toma el chocolate con gula, como cualquier otro niño normal. Su genialidad con el violín le ha dado una madurez temprana, piensa Juana, pero sigue siendo un crío y todos miran con cara beatífica cómo devora con apetito las pastas a la inglesa que ha horneado Berta, la criada de Juana, que se hizo en Londres con la receta que triunfa en la ciudad.

—Tiene que alimentarse para estar fuerte —le dice la condesa Juana, satisfecha al ver que Martín Melitón Pablo de Sarasate come con ganas y buen apetito las lambonadas y los picatostes, que desaparecen por momentos.

Se abanica con fuerza. Está terminando octubre, pero hace calor. Faltan pocos días para difuntos y el otoño ha pintado de ocre y amarillos los campos que rodean la ciudad, y las huertas de su casa de campo de San Pedro de Nós han dado uvas negras, mandarinas, naranjas y peras de las que dan buena cuenta todos sus invitados. Los membrillos esperan en un saco en la cocina a que Berta los cueza con azúcar, limón y canela.

Desde la casa de Juana en la calle Real se ve el puerto, los mástiles de los barcos, las velas plegadas; se escuchan los quejidos de las gaviotas, las sirenas y los gritos de los marineros y los pescadores al amanecer. La tarde soleada y cálida, de repente, se oscurece. Por las ventanas del salón, la sombra de las nubes oscuras que aparecen por

momentos ha bajado la temperatura en toda la ciudad.

Una tormenta de otoño. Llegan de súbito y descargan su furia en minutos; a veces inundan La Coruña de forma que la gente avanza por las calles del relleno con el agua por encima de los tobillos.

Juana se asoma y ve como el cielo se ensombrece por momentos.

—Mejor nos retiramos. U os cogerá la tormenta.

Ya sola, en su despacho que un día fue de su marido, Juana sigue escribiendo las memorias de Espoz y Mina y sus andanzas en la corte de Isabel II. Ha decidido que, como el padre del niño Sarasate tiene que volver al momento a Santiago e irá a caballo, se queden la madre y el niño en las habitaciones de invitados durante unos días, mientras ella prepara su asignación para los estudios en Madrid. Escribirá a la reina Isabel, de la que fue aya y protegió de un secuestro cuando era muy pequeña, para que convierta a ese niño en un genio internacional de la música. Juana ama la música y la ópera, también la literatura y la poesía. Mira el retrato de Mina que preside el despacho, un retrato atribuido a Francisco de Goya, aunque ella sabe que no es obra del sordo genial. En realidad es de una mujer, Rosario Weiss, pupila del maestro. La tarde se ha oscurecido tanto que ha tenido que encender todas las velas y el quinqué. La lluvia comienza; primero despacio, gota a gota, luego arrecia y se convierte en granizo.

Un trueno ensordecedor, enorme, cae sobre la ciudad, haciendo temblar el suelo. Retumba. Las gaviotas abandonan sus escondrijos y los perros comienzan a aullar a la noche.

Juana se estremece y se abriga con un chal. La cocinera sube al despacho, asustada.

—*¿Escoitou a treboada, señora? ¿Non ten medo? Eu sí. Odio os lóstregos.*

No, Juana no tenía miedo a las tormentas. Solo tenía miedo a lo que pudiesen traer del mar.

LA TORMENTA

El rayo cayó justo encima de su cabeza. El trueno explotó a la vez y el farero dio un respingo. Dejó caer el libro sobre barcos que estaba leyendo y se regañó por haber sentido miedo, luego se persignó y se encomendó entre murmullos a santa Bárbara. La tormenta había comenzado sin avisar, acompañada de oscuras nubes que aceleraron la noche en pocos minutos. Los aguaceros de otoño eran normales en la época, pero aquel no era como los demás: surgió como venido del fondo de los mares, enviado por Poseidón para demostrar su ira hacia Zeus. Y él entendía del mar y de tormentas. Una guerra entre cielo y mar, porque la lluvia arreciaba y el oleaje también había cambiado hasta alcanzar varios metros de altura. Salió de la casa, en la falda de la loma, poniéndose un gabán grueso para protegerse de las gotas heladas. Miró hacia arriba, hacia la lámpara. Soltó una imprecación cuando se dio cuenta de que el pararrayos de la Torre de Hércules había sido insuficiente: desde abajo parecía que la potencia eléctrica del rayo había quemado el aparato catadióptrico recién instalado y la luz del faro estaba muerta.

—Mal diablo me lleve. Los barcos van a necesitar la luz más que nunca con esta tormenta.

Subió corriendo las escaleras de caracol. Cuando llegó arriba, accionó la bocina: por lo menos que tuvieran algún modo de aviso. Seguro que había más de un pesquero faenando, aprovechando la marea. Otro relámpago iluminó la tarde, y la proximidad del trueno le

indicó al farero que la tempestad seguía allí, empecinada y feroz. Olía a quemado, el aparato humeaba, aunque a primera vista parecía intacto. Se rascó la cabeza pensando en cómo iba a arreglar a aquellas horas la parte del mecanismo afectada por el rayo. El otro farero estaba de permiso y el ingeniero se había ido a reparar el de Ribadeo. En esas tribulaciones andaba cuando, entre la neblina y la lluvia, vio aparecer un barco de color negro con las velas desplegadas de tal forma que parecían a punto de reventar por la ira del viento. ¿Una corbeta? ¿Un bergantín? El mar lo zarandeaba como si fuera un juguete, aparecía y desaparecía, y el farero pensó que se iba a estrellar contra los escollos de Punta Herminia. Comenzó a rezar de forma instintiva cuando el navío rozó las afiladas rocas que tantas vidas habían segado a lo largo de los siglos. Pero la corbeta esquivó con gracia el peligro y continuó su agónico navegar entre las olas cada vez más violentas. El farero la siguió con la vista. Sin duda se dirigía hacia el puerto.

«Si consigue soportar la fuerza del mar, pronto estará a salvo en la ría».

El barco, frágil y elegante, parecía guiado por la mano de Lucifer, pensó, al observar la pericia con la que volaba sobre aquella borrasca infernal, un kraken con afán de engullirlo todo. Todo menos la corbeta, que desapareció del ángulo de visión del farero al girar hacia aguas más calmadas en busca de la seguridad del puerto.

La luz del faro, de repente, se encendió con un chasquido.

La tormenta cesó.

El farero, asustado, elevó los ojos a un pequeño altar con la imagen de santa Clara que estaba allí desde hacía años, y cogió agua bendita del pequeño pilar que había justo debajo. Se volvió a santiguar, esta vez aliviado por la súbita reparación del aparato. Se aseguró de que todo funcionaba a la perfección. Antes de bajar las incontables escaleras de caracol, echó una mirada al horizonte. Las nubes se disipaban, la niebla desaparecía, el océano se calmaba poco a poco. Unas pocas estrellas emergieron de la oscuridad. El fanal de un pesquero relumbró en el mar.

Se preguntó qué sería del barco negro que navegaba hacia la ría. ¿Habría llegado a puerto?

—Dios de los cielos. ¡Ha sido horrible!

Faith Moore se soltó del brazo de su marido, caminó hasta el final de la pasarela y se dobló para vomitar en el agua el contenido escaso de su estómago. La tormenta, el viento y la niebla espesa habían sorprendido al Santa Clara entrando en puerto, después de una travesía relativamente tranquila desde Gibraltar. El estrecho corsé que se había puesto para realzar su cintura supuso una tortura añadida al vaivén del barco y la fuerza de las olas.

—Faith. ¿Estás bien?

La dama se llevó un pañuelito bordado y perfumado a los labios para intentar librarse del sabor amargo a bilis. Pascual corrió por la pasarela para llegar hasta ella.

—No te acerques, Pascual. El olor no es agradable. Lo siento, querido. Me he mareado.

—Todos nos hemos mareado. Hasta los marineros. ¿Quién iba a esperar semejante final de viaje? Hemos tenido suerte y el barco ha aguantado bien.

El capitán, portando un fanal en la mano para iluminar el camino, atravesó el puente y bajó por la pasarela a grandes zancadas, preocupado por el estado de la joven.

—¿Cómo se encuentran? Lo siento mucho. Ha sido algo inesperado. Totalmente inesperado. Enfilábamos hacia puerto sin mayor problema cuando todo se oscureció y el faro se apagó. Menos mal que conozco bien la entrada: hay unas agujas muy peligrosas en el medio de la ría.

—Mucho mejor, gracias.

Faith le agradeció la preocupación con un gesto de su bonito rostro escocés, se apoyó en el brazo de Pascual y sacó el abanico del bolsito. Hacía un calor inusitado para aquella época en La Coruña. La niebla húmeda se disipaba por momentos; dejaba ver las cálidas luces de la

ciudad dormida, las galerías marineras, los campanarios de las iglesias. Sintió en todo su ser el alivio de llegar a un lugar conocido; sus pies, acostumbrados a la travesía marina, no se sentían aún del todo cómodos en tierra. Mientras se abanicaba con fuerza para aliviar el rosa encendido de sus mejillas, miró hacia el barco.

—¿Nuestros equipajes? No me encuentro con demasiadas fuerzas. — Se volvió hacia su esposo—. Me gustaría ir a nuestro alojamiento cuanto antes. Entre el calor y el mareo me flaquean un poco las piernas. No me encuentro nada bien. Y el estómago...

—Querida, el capitán resolverá con rapidez ese trámite. ¿Verdad?

—Estamos a salvo en puerto. Ahora mismo subiré a dar las órdenes y les enviarán los baúles a la dirección que deseen. Les prometo que no tardarán mucho. El coche debe de estar a punto.

—Por cierto, tenemos que cerciorarnos de que la caja que nos han encargado llegue a su destino... —Hizo un gesto al capitán—. Un amigo de Gibraltar nos ha pedido que la custodiemos hasta aquí.

El capitán se despidió y retornó a la nave dispuesto a dar las órdenes pertinentes. Los dos viajeros habían pagado mucho dinero y la travesía con ellos había sido tranquila y agradable. Y no tardarían en volver a hacer uso de su bajel —siempre lo hacían—, así que quería tenerlos contentos.

Mientras caminaba por babor se fijó en que la niebla a lo lejos se disipaba de forma abrupta, extraña. De forma repentina, un barco negro apareció de la nada, como un fantasma emergido del abismo. Las velas eran también oscuras. Como las alas de un murciélago, se arriaron con suavidad y el navío permaneció quieto y tranquilo, iluminado por la luna creciente. El capitán sacó su catalejo, pero estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para apreciar nada. Sintió un escalofrío. Se santiguó tres veces y murmuró una oración que su madre le había enseñado de muy crío. Aquel velero le daba mucho miedo a su alma vasca y criada entre leyendas macabras de marinos fantasmas. Se dio

la vuelta y vio a un grupo de marineros que también observaban el barco con aprensión desde cubierta, cuchicheando entre ellos con voz queda.

Alzó la voz y dio palmadas con fuerza.

—A trabajar, marineros. Hay que bajar cuanto antes el equipaje de los pasajeros. Quieren llegar pronto a sus aposentos. Y hay que dejar la dichosa caja que traen en manos de sus destinatarios.

Horas después, el capitán subió a cubierta con su catalejo. El otro barco seguía allí, anclado y silencioso. Se volvió a santiguar y buscó en su camarote una botella de ron. Después de la travesía era mejor descansar que pensar en buques del demonio. Salió a cubierta al frescor de la noche. Los marineros habían comenzado a bajar a puerto toda la mercancía que transportaban desde Inglaterra. Por la pasarela descendieron varios de sus hombres cargando la caja oblonga de la que había hablado la pareja. El capitán se santiguó de nuevo. Aquello en verdad parecía un ataúd. Se estremeció de miedo irracional. La próxima vez inspeccionaría con más detenimiento lo que iba en la bodega.

Londres, hacia 1831

ESPRONCEDA

«Lloroso suspiro,
rica Albión, si tu opulencia miro».

Lo dijo entre dientes y no sin cierta ironía. Bajó las escaleras de su alojamiento en Bridge Water Street y respiró, intentando aprehender los anhelos, las novedades, las aventuras, la vida. Pero lo que aspiró fue un frío helador de diciembre que le hizo arrebujaarse en su grueso levitón negro de lana. Desde luego, Somers Town no era un lugar tan lujoso como el centro: abundaban las callejuelas oscuras, estrechas, con casas grises, algunas derruidas, aunque el montaje del alumbrado de gas, tan brillante y luminoso, evitaba que las prostitutas y los bribones se hicieran con el control de las calles en la noche, como ocurría en las zonas más deprimidas de Londres. En aquella ciudad del infierno las putas se ofrecían a los hombres sin el más mínimo decoro. ¡Y a fe que las había bien nutridas y apetecibles!

Caminó durante media hora con el portafolio bajo el brazo; aquella ciudad inmensa y gris le confundía. No era capaz de calcular las distancias con un mínimo de antelación, así que consultaba su reloj, hora de Londres, durante todo el paseo. Le dio unas monedas a un chiquillo que parecía aterido, esquivó una gallina, a una señora vaciando un orinal con heces, a varios vendedores ambulantes de manzanas, enormes bostas de caballo aquí y allá, y el poco lodo que no se había congelado en el suelo resbaladizo; y, al final, tras dar vueltas sin sentido por el barrio y darse cuenta de que había pasado varias

veces por el Camino Nuevo y la también nueva iglesia de St Pancras, encontró la casa de tres pisos cuya puerta permanecía casi oculta al final de una calleja, escondida tras los espinos de un rosal. Se fijó en que en la parte del sótano había una placa. Bajó las escaleras, la leyó y golpeó el cristal con delicadeza. Golpeó también el suelo con los pies: poco tiempo sin moverse y ya sentía el helor abriéndose paso a través de los finos botines de piel.

Al poco escuchó pasos y la cerradura al abrirse.

Los ojos francos bajo unas cejas espesas parpadearon un segundo al sol filtrado de la mañana. La neblina aquel día no era especialmente espesa, dejaba pasar la luz con fuerza. Vicente Salvá tenía la vista cansada de trabajar, corregir y pulir en pliegos y legajos su *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla* desde primera hora, y la claridad le molestó. Las cejas pobladas se levantaron, interrogantes.

El visitante se quitó el sombrero de copa mientras le alargaba una carta de recomendación. El librero valenciano miró con curiosidad a aquel joven atildado y apuesto, se puso unas lentes, rompió el lacre y leyó la carta con rapidez. Luego, con una mirada rápida analizó los rizos muy negros y lánguidos, la perilla y las buenas hechuras de la ropa de aquel joven de expresión anhelante. Al momento lo invitó a pasar.

—Entre. Hace mucho frío y está usted helado. Mandaré que le traigan un té.

José, agradecido por escuchar hablar en español, notó el calor del fuego de la chimenea y se quitó el gabán y los guantes. Una criada pelirroja y rubicunda los recogió. Salvá le habló en perfecto inglés pidiendo que preparase un té para dos. Luego acompañó a su invitado hasta el estudio, lleno de libros encuadernados en tela, en piel, legajos, revistas, periódicos, publicaciones. Olía a biblioteca de una forma maravillosa. Los dos tomaron asiento. El librero valenciano desplegó la carta para releerla.

—José Ignacio Javier Oriol Encarnación de Espronceda. He oído hablar de usted desde que llegó a Londres de Portugal. No me lo

imaginaba así.

Espronceda lo miró, asombrado.

—¿Así? Así, ¿cómo?

Salvá sonrió levemente. Tuvo la delicadeza de no comentar el aspecto de lechuguino del poeta. La criada llegó con una bandeja con té y *scones*, leche fresca, manteca agria y mermelada de naranja ácida. Espronceda miró las viandas con ansia, tenía hambre: aunque su situación como refugiado liberal en Inglaterra era mejor que la de muchos otros, gastaba las asignaciones que Wellington destinaba a los refugiados, el dinero que le enviaban sus padres desde España y lo que ganaba dando clases de esgrima en pagar su habitación compartida, papel, tinta, teatro, ópera y, sobre todo, ropa. Su gusto estético estaba por encima de todo —y más con la llegada de Teresa Mancha a Londres—, pero alguna vez habría que comer, con aquel frío húmedo y espeso que se metía en los huesos y lo mantenía siempre incómodo. El propio Salvá vertió el té en las tazas de porcelana y un chorro de leche espesa ante la mirada canina de un hambriento poeta al que el paseo matinal le había agudizado el apetito.

—Tan joven elegante, con su corbatín a lo Byron. La verdad, para mi desgracia, estoy acostumbrado a capas españolas remendadas y a las miradas lobunas de desesperación de los emigrados españoles en Londres. Usted es de otra casta.

El joven poeta levantó sus manos cuidadas y blancas.

—Mis padres no están faltos de dinero. Y siempre se han preocupado por mí. En eso tengo mucha suerte. Además, gano algo dando clases de esgrima. No vengo aquí a pedirle apoyo financiero. Solo tengo la necesidad de introducirme en el mundo literario de la ciudad.

—Entiendo que quiere acudir a nuestras tertulias liberales en la librería. No habrá problema, señor Espronceda. Esta carta —la sacudió— y sus credenciales como liberal e incluso encarcelado en un monasterio por defender sus ideas..., ¡a su edad!, le darán franco paso a todos nuestros actos. Necesitamos savia nueva. ¿Sabe? Muchas veces

nuestros hombres desfallecen. Este clima infernal, la pobreza, la infamia que asola nuestro amado país. He oído que fue usted testigo de la ejecución de Rafael del Riego en la plaza de la Cebada de Madrid. ¿Es verdad?

Espronceda engulló un trozo de *scone* ayudado por un sorbo de té caliente mientras hacía gestos con la cabeza. Soltó la historia a borbotones.

—El siete de noviembre de 1823, sí, señor. La presencié con otros Numantinos, Vega, Núñez de Arenas, desde los estudios de San Isidro... Una infamia, una cobardía. Así es nuestro país, un nido de víboras infectas. Pobre hombre, traicionado, herido, hundido, destrozado, nuestro mártir de la libertad colgado y después decapitado en vez de ser el líder de la patria. Lo arrastraron como a un cerdo, la gente se apelotonaba para ver la ejecución. Recuerdo cómo gritaban... Lo insultaban, ¿sabe usted? Los mismos que lo habían aclamado lo insultaban.

Espronceda dejó el trozo de pasta en el plato, realmente conmovido. Recordar aquel suceso que había presenciado siendo tan joven e influenciable aún lo destrozaba. El librero se dio cuenta y dejó pasar unos segundos para que se calmara. Le gustó lo que veía en aquel chico de temperamento exaltado: talento y ambición liberal. Le sirvió más té al notar que Espronceda se lo había terminado y no se atrevía a servirse más.

—Me gustaría leer alguno de sus poemas. Si no tiene inconveniente...

Espronceda asintió y, emocionado, abrió su portafolio de piel y le entregó un fajo de papeles atados con un cordel.

—No son gran cosa. Por ahora... Estoy trabajando en algo más grande. Pronto lo tendré listo.

—Nuestras tertulias son los jueves. Hoy mismo, a partir de las siete de la tarde, hay una. Allí conocerá a la flor y nata de los exiliados españoles por culpa del rey Fernando VII y a muchos británicos que simpatizan con nosotros y desean acabar con el absolutismo en nuestro

país. Esta es la dirección... Está en pleno centro de Londres. No tiene pérdida. —Salvá se levantó y se dirigió hacia un escritorio. Tras escuchar Espronceda el rasgar de la pluma contra el papel, el valenciano le acercó una tarjeta con los datos.

«Spanish and Classical Bookshop. 124 Regent Street».

El poeta levantó una ceja, impresionado. La famosa librería española. Había pasado por delante del establecimiento varias veces desde su llegada, pero nunca se había decidido a entrar. Temía gastarse toda la asignación en libros. Y aún le debía más de una libra a su sastre.

—Yo suelo estar por las tardes. Por las mañanas atienden mi cuñado y un socio francés, Martin Bossange. Allí tenemos de todo, portugués y español. Imagino que tendrá ganas de leer cosas nuevas.

—Muchas. No se lo imagina. No es fácil conseguir libros en español.

—Espero poner a la venta muy pronto alguna de sus obras. —Sonrió y se levantó para besar a su esposa, que, tras dejar a los tres niños al cargo de la institutriz, bajaba a saludarlo. Espronceda también se puso de pie, dispuesto a marcharse—. Pero... quédese a comer con nosotros, amigo mío. Mi esposa lo agradecerá. —Ella, al escucharlo, sonrió y asintió—. De verdad. Está harta de chapurrear inglés con todo el mundo. Necesita algún invitado con el que poder explayarse.

ESPOZ Y MINA

Mina afilaba su sable con expresión obsesiva. Pasaba la piedra una y otra vez sobre el metal como si la batalla estuviese pronta y solo quedasen unas horas para entablar la lucha. Pero la lucha estaba aún lejana, y lo más bélico y violento que podía encontrar en su casa de campo a las afueras de Londres eran los dos golfillos pelirrojos luchando con espadas de palo en el camino de tierra que llevaba a Sussex y a los que su esposa solía contratar por unos peniques para que les trajesen naranjas de un puesto no demasiado cercano.

Lo levantó, y la luz de las velas se reflejó en la hoja plateada y en el puño dorado y negro.

Por la noche Mina asistiría a la tertulia en Regent Street. Por eso afilaba el sable con aquella extraña habilidad y concentración que daban los años de guerrilla, pensaba Juana, su esposa. Conocía bien a su marido, un hombre serio, de pocas palabras, un navarro introvertido con un extraño don para la guerra. Conocía también su preocupación por la deriva que estaban tomando las diversas conspiraciones para derrocar a Fernando VII, el Felón, que se perpetuaba en España con su mandato interminable y sanguinario. Sabía que muchos de los exiliados no aprobaban la cautela del general Mina. Eran como lobos rabiosos deseando subirse al caballo del rey para destrozarlo, pero sin demasiado buen razonamiento ni tino, sin precauciones ni secreto. Torrijos era la gran preocupación de Mina, por su capacidad de convicción, sus anhelos románticos tan justos, pero, sobre todo, por

una ingenuidad infantil de la que el mariscal de campo madrileño era del todo inconsciente, pero que Mina detectaba con gran facilidad. Ante su desesperación, muchos de los otros, ávidos de gloria y de venganza, tampoco detectaban aquella ingenuidad tan peligrosa a la hora de llevar a buen término planes tan delicados como aquellos. Mina sabía que el rey Fernando tenía espías dispuestos en toda Europa, pero todavía más en zonas calientes, como eran París o Londres. Por eso Mina se había mudado de Londres e ido a vivir al campo. Por eso y por su salud delicada. Y aquellas preocupaciones no ayudaban a mejorarla.

—Amor mío. Déjalo ya. Vas a gastar el filo. Parecerá una navaja de afeitar.

Mina, al escuchar la suave cadencia de la voz de su mujer, despertó del trance y dejó la piedra sobre la mesa de madera. La miró con sus ojos castaños, casi claros, y consiguió esbozar una sonrisa. En verdad ella era su único consuelo en el exilio. Juana había dejado su vida acomodada de burguesa en La Coruña para exiliarse junto a él. Hacía de esposa, enfermera, médico de sus humores negros y de su pierna — en donde una bala incrustada durante la guerra de la Independencia que ningún cirujano pudo sacar le hacía la vida imposible—, de biógrafa y de intérprete. Juana era una mujer distinta a todas: tenía la inteligencia de un varón y su arrojo, y la ternura y fidelidad de la más abnegada esposa. Ella se enfadaba cuando se lo decía. «Las mujeres son tan inteligentes como los hombres, lo que ocurre es que no les permiten siquiera aprender a leer», añadía, apuntándole con el dedo. Juana, además, poseía una intuición especial, la de las meigas. Dios sabía cuántas veces aquella intuición le había servido para resolver entuertos y librarlo de mil penalidades. Él servía para la guerra y para el mando. Para la vida diaria, bastante menos.

—Mi amor. Tienes que prepararte ya. O no llegarás a tiempo a Regent Street.

Cuando el carruaje se llevó al general Mina a Londres, Juana suspiró. Apartó la cortina de flores que había cosido ella misma y miró por la ventana. Tenía veintidós años menos que él. Era una joven delgada, morena y avispada, de piel pálida. Lo más llamativo de su rostro eran sus ojos de ardilla, su expresión de estar siempre planeando un ardid, eso le decía su amado padre antes de que su cerebro empezara a marchitarse. Juana vestía completamente de negro. Su madre hacía poco que había fallecido en La Coruña y ella no había podido asistir al entierro, en el cementerio de San Amaro. Se frotó las manos: el frío del exterior era terrible. Empezaba a nevar. La preocupación por Mina no la abandonaba. Y la convicción de que Torrijos, después de crear a espaldas del general la Junta Directiva del Alzamiento, no tardaría en actuar, la acongojaba todavía más.

Pronto anochecería.

Los dos pilluelos abandonaron su juego de espadas de madera, sofocados a pesar del frío. Extendieron las manos para atrapar los copos y empezaron a reír. Juana salió a la puerta y los llamó: no llevaban ropa de abrigo, solo pantalones raídos y unas chaquetas que ya les quedaban pequeñas, y sus caritas coloradas auguraban una posible pulmonía si seguían allí fuera. Les prepararía un chocolate y le diría a la doncella que buscara algún viejo chal de lana para que llegaran a sus casas sin enfermar.

Los mellizos corrieron hacia la casa de campo sin cesar en su alboroto. Sabían que la dama extranjera que vivía en ella era generosa y siempre les daba algún penique, o té amargo, o *pancakes* que hacía ella misma, ayudada por su cocinera, y luego llenaba de miel o manteca.

Mina y ella no podían tener hijos. A él le perturbaba no poder darle hijos, pero Juana no estaba demasiado angustiada por el tema: no creía que la maternidad fuese su destino y, además, siempre habría niños a los que proteger y cuidar, allí o en La Coruña.

Ver a aquellos críos pelirrojos y agradecidos merendar con avidez frente a la chimenea era para ella satisfacción suficiente. No

necesitaba mucho más.

La Coruña, otoño de 1854

FAITH Y PASCUAL

—Les he preparado el desayuno. Tendrán hambre. Tantos días de viaje en barco... Algo caliente les vendrá muy bien.

—Gracias, es verdad. Han sido muchos días de arroz y pescado. Pero Faith no tiene demasiada hambre.

Consuelo hizo un gesto de tristeza.

—¿De verdad? Pues he preparado un desayuno muy rico, señora. Café, chocolate, filloas, miel...

Faith hizo un mohín. Seguía encontrándose muy débil. Solo con ver la comida se abría a vómitos.

—Preferiría un poco de limonada fresca.

Pascual atacó las filloas y el café. Al contrario que su mujer, estaba deseando llenar el estómago de algo caliente.

—Pensábamos subir a la ciudad alta y parar a comprar dulces en el convento de las Clarisas.

Consuelo le sirvió la limonada a Faith.

—¿Monjitas? No hay muchas ya en el convento. Con la desamortización tuvieron que irse, pero ya conocen a las hermanas: en cuanto pueden, vuelven y se congregan. Pero dudo que esta temporada cocinen para los de fuera. Si quieren dulces, en la calle Real hay una confitería que los hace deliciosos.

Terminaron de desayunar. Faith fue a cambiarse de vestido. Eligió uno de seda, de color azul celeste, y un abanico de plumas para combatir el calor. Se calzó unas botas de piel de vaca y suela gruesa,

suaves y cómodas, que había comprado en Londres hacía unos meses, y eligió una pequeña sombrilla a juego. Los dos bajaron las estrechas escaleras de madera y salieron al sol de la mañana. La brisa marina les trajo un profundo olor a mar y a algas. Faith se apoyó en el brazo de su esposo y ambos caminaron hacia el puerto. La ciudad bullía de animación: comerciantes de fruta, castañeras, paseantes, vendedores de periódicos, lavanderas que volvían con sus cestos de ropa limpia, mujeres que llevaban en perfecto equilibrio sobre sus cabezas fajos de nabizas, pescantinas, milicianos, niños que corrían con aros y pelotas de trapo.

Pascual se fijó en que mucha gente en el puerto se paraba a observar el extraño barco que había fondeado la noche anterior. Era cierto, había algo en aquel navío que emanaba oscuridad. Los dos se detuvieron unos segundos. Pascual, sin embargo, tomó a Faith del brazo delicadamente.

—Vamos. Hace un día demasiado bueno para estar aquí parados.

—Ese barco me da miedo. Pascual, más despacio. No me encuentro demasiado bien.

Londres, 1831

LA TERTULIA

—General Mina, bienvenido.

El aspecto del general Espoz y Mina, guerrillero implacable, héroe de la guerra de la Independencia, sorprendió a Espronceda. Se lo había imaginado enorme, fiero, con ojos torvos y largas patillas, jamás el hombre de complexión delgada, casi enfermiza, de pelo y ojos castaños y piel clara que estaba ante él. Tenía el aspecto de un inglés, acentuado por su ropa a la moda, no como los demás españoles, vestidos con capa y más reacios a adoptar las costumbres del lugar. Para la mayoría de los exiliados, estar allí era solo un tiempo, un paso previo antes de volver a casa, por eso no querían ni siquiera aprender inglés, como si aceptar la nueva vida fuese un modo de renegar del futuro.

Todos los asistentes a la tertulia se levantaron a la llegada del general. Se ayudaba de un bastón: el dolor que le producía la bala y sus problemas reumáticos se agudizaban con el frío invierno londinense. El librero Salvá los convocó para que todos fueran hacia una amplia habitación en la parte de atrás de la librería, caldeada por una chimenea. En una mesa había tazas y platos para el té. Algunos se sentaron, otros permanecieron de pie, apoyados en la pared. Varios encendieron pipas o cigarros.

—Hoy tenemos aquí a dos nuevos asistentes a la tertulia. Los dos son jóvenes poetas. Uno español, José de Espronceda, y otro de Cambridge, invitado por nuestro ilustre tertuliano Richard C. Trench:

Alfred Tennyson.

Salvá señaló con la barbilla a un hombre alto, de ojos rasgados, con barba espesa y pelo gloriosamente encrespado. Tennyson saludó con una inclinación de cabeza y habló en un español bastante aceptable.

—He aprendido su idioma para poder leer a San Juan de la Cruz y a Cervantes. Mi colega y amigo Trench me ha ayudado mucho. —Sonrió y se atusó el cabello—. Intentaré comprender todo lo que digan, solo les pido que no hablen demasiado rápido.

Se escuchó un murmullo de aprobación entre los asistentes. Después de presentar a Espronceda, el socio francés de Salvá, Martin Bossange, comenzó a servir el té.

Torrijos permanecía de pie, en una esquina, con semblante grave, mirando a Espoz y Mina con severidad. A Espronceda aquel joven militar en la flor de la vida le pareció el paradigma de héroe romántico: reconcentrado, serio y de rostro hermoso como una estatua, semejaba un ángel caído. Sintió una simpatía instantánea hacia él. Salvá comenzó la tertulia leyendo un poema de Wordsworth en el que comparaban a Mina con Viriato, avergonzándolo, lo que le hizo sonrojarse. Los partidarios de Mina aplaudieron; sus detractores rieron, alguno abiertamente. Luego, los dos ingleses pusieron en común sus composiciones y el librero se dirigió a Espronceda, instándole a hacer lo mismo.

Espronceda carraspeó y comenzó a recitar:

Inspíranos tu fuego,
divina libertad:
y al trueno de tu nombre,
¡oh, déspotas, temblad!

Todos aplaudieron con fervor cuando terminó su «Canción patriótica». Las almas atormentadas de aquellos a los que les faltaba la libertad, la patria y, peor aún, la suerte estaban ávidas de emoción. Especialmente la de Torrijos, que secó una lágrima de manera furtiva.

Quería a aquel joven para su causa. Quería a todos los poetas para su

causa. Su causa feroz de libertad.

CARTA DE ESPRONCEDA A SU AMADA, TERESA MANCHA

Querida Teresa:

Deseo verte sobre todas las cosas del mundo. Estás en Londres, casi siento tu olor a rosas al pasear por las calles de Somers Town. Solo quiero besarte y tenerte entre mis brazos, cauterizar el frío de esta ciudad que atenaza mi alma. Llevo en mi muñeca el brazalete que bordaste para mí, lo toco y aspiro su aroma. ¿Cuándo esquivarás a tu padre? ¿Cuándo podremos al fin satisfacer nuestros anhelos? Sé que soy un hombre pobre y tu padre no acepta que nos veamos.

Ayer estuve en una tertulia en una librería española que han abierto en Regent Street. Te he comprado allí dos libros, uno de poesía de Sor Juana Inés de la Cruz y una novelita francesa, Manon Lescaut, recién traducida al español por uno de nuestros emigrados. La librería es maravillosa y, lo mejor, ¡está caldeada por braseros y una pequeña chimenea!, así que podemos pasear por ella sin morir congelados por culpa de este helor espantoso. Los ingleses han despertado a la literatura española, tienen mucha curiosidad por nosotros. He conocido a un poeta inglés bastante peculiar, Tennyson. Acabamos intimando y me ha invitado a asistir a una reunión de liberales en Cambridge. Está muy interesado en la causa. Por lo visto, no es el único inglés que lo está.

Vuelvo a insistir en verte, Teresa, amada. Te lo suplico: esquiva

a tu padre. Necesito tus besos y tu calor sobre mí. Así podré darte los libros como regalo de Navidad.

Tu amado.

PEPE

LA CULPA ES DEL ROMANTICISMO

—Estoy preocupado por Torrijos, querida mía. Muy muy preocupado.

Juana ayudaba a su marido a quitarse las botas. Había permanecido despierta, esperando hasta que llegase el general de Londres.

—¿Qué ocurrió? ¿Algo nuevo?

Mina sacudió la cabeza con aspecto preocupado. Emitió un leve quejido de dolor cuando ella consiguió extraer la bota de la pierna herida.

—Ha conseguido poner a muchos de su parte. Y, de paso, también convertir en mis enemigos a hombres que antes consideraba leales. Todo por mi habitual cautela, Juana. Están todos desesperados por actuar. Pero sin dinero y sin hombres, ¿qué hacer? No se dan cuenta de que son presa fácil para los espías del rey Fernando. No saben guardar secretos, no tienen la más remota idea de cómo organizar un grupo de hombres armados. ¡No tienen idea de nada y ahí los tienes, conspirando y buscando adhesiones como si fuesen pollos sin cabeza!

—Calma, querido. Berta, por favor. —Le hizo un gesto a su doncella—. Dile a Mary que prepare un consomé bien caliente. No puedes detenerlo, es muy tozudo y está bien relacionado. Si quiere tomar las armas, déjalo. Ya sé que es muy cansino, pero él piensa que puede conseguirlo.

El general negó con la cabeza con insistencia. Sabía que aquello no podía fructificar, o él mismo lo hubiese llevado a cabo. Miró a su mujer con intensidad.

—En cuanto Wellington se entere de su radicalización tomará medidas. ¿Lo peor? Es que tomará medidas contra todos. Conozco bien a Wellington. Una cosa es su apoyo a los refugiados, puro maquillaje; otra muy distinta, que esos refugiados conspiren contra una monarquía. Aunque sea la española.

—Wellington adora a José María. Si vive bien en Londres, es gracias a sus asignaciones, además de por su trabajo.

Mina se frotó la pierna, intentando aliviar el dolor.

—Lo dejará de adorar cuando se entere de que se ha convertido en un exaltado sin frenos. Ya conoces al Duque de Hierro, no se anda con tonterías. Juana, no sé cómo pararlo. Las posibilidades de que un pronunciamiento tenga éxito en este momento en España son remotas, muy remotas. Y mucho menos si el pronunciamiento lo lleva a cabo Torrijos. Solo le falta recorrer Londres a caballo contando a diestro y siniestro sus planes delirantes. Lo único que va a conseguir es que, cuando llegue el momento de actuar, todos nuestros enemigos estén en guardia.

—Relájate un poco. —Juana se levantó y se dedicó a masajearle las cervicales. Él soltó un gemido de placer—. No puedes convencerlo de que un pronunciamiento no valdrá de nada. Quiere ser un héroe.

—La culpa de todo la tiene el romanticismo, Juana. Todos quieren ser como Lord Byron, pero olvidan que Byron murió de fiebres, llorando como un perro, acibillado a sangrías. Jamás participó en una batalla. La guerra es lo más terrible que hay. La guerra embrutece y destruye.

—La guerra es el paso anterior a la libertad. Y no olvides que el romanticismo también hace que aquí te consideren todo un héroe, cariño. Los ingleses adoran a los guerreros. Y todavía más a los trágicos.

—Prefiero un guerrero vivo y sin espada a un héroe muerto. En fin. Tendré que resignarme y pensar que no podré convencerlos. Por cierto, a la tertulia fue hoy por vez primera un joven extremeño, Espronceda. Un poeta que promete ser brillante. Otro aspirante a Lord Byron, con

su perilla y su melena negra. —Sonrió recordando al poeta—. Todo un *dandy*. Le invitaré a comer para que lo conozcas... Te gustará. Aunque sospecho que acabará fascinado por Torrijos. —Chasqueó la lengua con afán de reproche—. Como todos.

CARTA DE TERESA MANCHA A ESPRONCEDA

Amado mío:

Mi padre sospecha y ha redoblado la vigilancia. Todavía peor, quiere alejarme de ti y casarme con un hombre mayor y rico para salvar la economía de la familia. Se llama Gregorio de Bayo. Es horrible. Viene todos los días a verme. Pero no te angusties: mi amor por ti sigue igual de poderoso. Te quiero.

Nos podemos ver en la misa del gallo que se celebrará en la iglesia de Saint Pancras. Mi padre no tiene a bien creer en el nacimiento del Altísimo, y mi madre a esas horas estará durmiendo. Asistiré con la doncella, que sabes que esconde nuestros amores a mis padres.

P. D. Trae los libros.

P. D. Yo también quiero que me beses. Aunque sea en plena misa.

Londres. Belgravia. 1831

LADY SYLVIA AXEL

—Aprieta más el corsé. Así está bien. No temas. Puedo aguantar.

Lady Sylvia Axel Morgan-Brown contuvo el aliento esperando el tirón de su nueva doncella, tirón que no llegaba.

La voz de la joven sonó imperiosa.

—He dicho que «no temas». Venga. Aprieta. Sin miedo. ¡Ahora!

Al fin la doncella consiguió sacar fuerzas de su timidez y estrechar la cintura de su señora hasta convertirla en un delicado junco. Lady Axel sintió náuseas durante unos segundos y se llevó la mano a la boca, del color del coral. Las superó. Se miró al espejo y admiró su pura belleza de rosa inglesa. Su piel blanca, a la moda. Su cabello rojo fuego, hijo del demonio. Sus labios encendidos y sus ojos verdes como pálidos zafiros africanos. Cosas así le decían sus admiradores a diario. Intentaba tapar sus pecas con los polvos de maquillaje, pero resultaba imposible. Dejó que la doncella le domase el cabello para convertirlo en guedejas rizadas, más o menos dignas de lucir su nuevo sombrero, recién llegado de París, un prodigio verde de flores, plumas, rasos, seda tornasolada, quisicosas atrevidas típicas de la capital francesa. Luego eligió el vestido adecuado para visitar a su amante en un lugar secreto a las afueras de Londres: escote-bote lechoso, mangas a la boba, corpiño verde agua decorado con leones rampantes en honor al escudo del duque.

«Desde luego, soy mucho más bella que la Pakenham», se dijo, admirándose en conjunto con la barbilla levantada delante del enorme

espejo.

La pavisosa de Kitty Pakenham hacía tiempo que había perdido toda oportunidad de ser amada, o eso decían los mentideros de Londres. En realidad, a lady Axel le daba lo mismo. Ella reinaba en el corazón del héroe nacional y era a la vez su sierva y su dueña. Y haría lo que él ordenara. Por muy desagradable que le pareciese, su devoción siempre sería mayor. Se perfumó con esencia de lavanda y depositó en sus ojos dos minúsculas gotitas de belladona. Sus pupilas se dilataron hasta convertir sus ojos claros en negro *raven-black*.

Miró por la ventana. En la plaza ya esperaba el carruaje.

—Se echa el tiempo encima. Apresúrate: tráeme el chal español y la capa de pieles. Está nevando y va a hacer mucho frío. El duque no es muy amigo de la impuntualidad.

La Coruña, otoño de 1854

EL BERGANTÍN MISTERIOSO

El farero sacó el catalejo y enfocó.

—Es un barco muy elegante, desde luego. Demasiado negro, ¿no? Lleva la Cruz de San Jorge. A ver si soy capaz de leer el nombre... Creo que se llama El Temido.

Un grupo de gente se había acercado después de la tempestad. Mujeres preocupadas por sus hombres, pescadores curiosos, niños desocupados, autoridades locales, marinos que querían ver si el oleaje y el viento habían afectado a sus naves. Sin embargo, a pesar de la fuerza de la tormenta, los daños eran pocos: algún pesquero con el casco abierto, alguna barca semihundida. Como si el temporal violento que se había desatado nunca hubiera existido, como si hubiese sido un mal sueño.

El bergantín había fondeado lejos del puerto. Se hallaba rodeado de jirones de bruma, en silencio, como un barco fantasma. La cubierta estaba vacía. A través del catalejo no se veía a nadie. El farero recordó la extraña llegada, el apagón de la luz del faro, pero no lo comentó con los demás. No quería que lo tomaran por loco. O peor, que se corriese la voz de que aquel barco era un barco maldito. Un barco de esclavos. Los esclavistas eran muy peligrosos.

Algo terrible y pútrido del fondo de los mares, algo oscuro, emanaba de aquel navío. Era el barco fantasma del que le hablaba su padre desde niño.

El alcalde de la ciudad, Fernández Cid, que estaba hablando con las autoridades del puerto, saludó al farero y le inquirió, curioso, sobre el apagón momentáneo. Sin embargo, el farero se guardó muy mucho de comentar aquel suceso misterioso. Solo que «durante unos minutos lo pasó muy mal», pero «la maquinaria es muy buena y se recuperó con presteza». Nada más. Un farero tenía que permanecer siempre sobrio y alerta. Sin ningún tipo de vacilaciones. Y mucho menos dar pábulo a creencias absurdas o leyendas que no le llevarían a ningún sitio.

EL DUQUE DE HIERRO

Lady Axel esperó de pie, en la antecámara de la casa de campo que el duque tenía habilitada para recibir a sus «visitas», lejos de su mansión en Apsley House; lejos de su mujer. Desde la ventana podía observar el discurrir lento y gris del Támesis, con las orillas heladas y el frío que atería hasta el tuétano. Pero la villa del duque era un lugar cálido, de techos artesonados y lleno de jarrones de flores y obras de arte, algunas realmente atrevidas, así que la gelidez de la tarde invernal se detenía en los muros como si un dios mayor obligase a Bóreas a permanecer en la puerta, enroscado en sus pies de serpiente.

Se despojó del chal que había conservado para mantener el calor mientras esperaba, lo dejó sobre un sofá isabelino y se acercó a la chimenea. Las llamas parecían albergar pequeños demonios alados y sonrientes. Lady Axel no era impaciente, sabía esperar; sabía también que el duque era un prócer, uno de los hombres más importantes de Inglaterra. No debía ponerse nerviosa, aunque fuese la primera vez que estaba allí y, en cierto modo, notara cómo el estómago se le subía a la garganta. El corsé, que se le clavaba en las costillas con cada respiración profunda, tampoco la ayudaba a relajarse.

Se dedicó a contemplar las obras de arte que colgaban de las paredes y al momento se vio sorprendida en gran modo: no eran cuadros al uso o, por lo menos, los que ella suponía que tendrían que adornar aquella mansión: escenas de caza, damas empolvadas, paisajes. En su lugar, desnudos, figuras fantasmagóricas, un extraño ser

cornudo y desdibujado. Le perturbó especialmente el que mostraba a una mujer desnuda con aspecto de diablesa, los ojos transparentes y brazos como los de un cangrejo. Tenía una piedra preciosa en la frente que se abría como los ojos de una criatura de las profundidades del infierno. A su alrededor, monos con ojos fieros y las mandíbulas abiertas, y un niño pequeño que tocaba el violín, todo ello pintado con rojos, negros y amarillos. El único color frío era el azul de la piedra en el rostro, pero al acercarse constató que lo rompía una minúscula mota color sangre.

«Seguramente, es una diosa india o un diablo», pensó, recordando que sir Arthur Wellesley había estado varios años guerreando en aquel país extraño de donde llegaron el té y el curri. Y, sin embargo, había algo que no cuadraba con nada que ella hubiese visto antes.

—¿Te gusta la pintura?

Lady Axel se volvió, sorprendida por el sigilo del duque de Wellington. Estaba a pocos metros de ella, alto, fuerte, vestido con redingote azul oscuro, casi negro, el cuello alto con cravat, los pantalones también negros y ceñidos, y unas botas de montar que brillaban como si hubiesen sido recién pulidas. Olía a cuero y a lirios. Levantó sus cejas en arco y por unos instantes tuvo un aspecto casi infantil, pero su famosa nariz aguileña y aquella boca desdeñosa, cruel, disipaban cualquier duda sobre su carácter.

La mujer se encogió de hombros.

—No lo sé. Es sorprendente. Creo que me da miedo. Especialmente ella. ¿Es un demonio hindú? Un día leí una de esas historietas macabras, un *penny dreadful*, sobre la diosa Kali y los estranguladores...

Él la interrumpió al momento.

—Eres muy perspicaz. Se lo encargué a un pintor español muy famoso. Ese otro cuadro también es de él. —Señaló el ser fantasmal desdibujado y horrible—. Algún día te contaré la historia de cómo conocí a Goya y de cómo estuvo a punto de matarme de dos tiros. No hoy. Tenemos otras cosas más importantes que hacer.

Los labios finos de Wellesley esbozaron una sonrisa intrigante. La desnudó con la mirada sin pudor alguno. Luego clavó los ojos en los hombros al aire y el inicio de los senos, que se abombaban a cada respiración. Su rostro adquirió una cualidad sensual que parecía incluso atávica.

La voz sonó ronca.

—Pasemos a la cámara. Vamos a ponernos cómodos, querida. Dentro hay más cuadros. —Le guiñó un ojo, se lamió los labios—. E imagino que te parecerán más atractivos que ese...

MISIVA DE TORRIJOS A ROBERT BOYD

Querido Robert:

Mañana tendremos reunión con los A. de C. No faltes. Están deseosos de que asistas, especialmente tu primo John. Y yo de verte al fin y de que lo organicemos todo. Carlota insiste: ¿pasarás la Navidad con nosotros? No tenemos mucho que ofrecerte, pero siempre podremos cocinar pavo relleno y habrá cerveza, vino y dulces españoles que guardamos como oro en paño para estas fiestas. La pasaremos con otros amigos, amantes de la libertad y del honor. Por favor, hónranos con tu presencia. Queremos saber de ti y muchos de los nuestros, de Grecia.

Hasta mañana.

Tuyo afectuoso,

José María.

POETAS

Tennyson se atusó la barba crespa y bebió un sorbo de té. La pluma rascó el papel. Un soneto exaltado, un poema para convocar la libertad de los pueblos. Un poema para Torrijos, como Wordsworth había hecho para Mina. En medio de la exaltación, su brazo tiró la taza de porcelana y toda la composición acabó emborronada. El té hirviendo disolvió las palabras y se tiñó de negro el papel.

Con su voz baritonal de barítono soltó varios juramentos que hicieron reír a Arthur Hallam, su íntimo amigo y miembro también de los Apóstoles de Cambridge, que corrió a buscar un paño para cortar la hemorragia poética. Luego se bebió su taza de un trago y cogió una botella de cristal que había en un aparador. Vertió el líquido oloroso en las tazas de té vacías.

—¡Embriaguémonos de brandi, no de té! ¡El té es para viejas!

Tennyson negó, moviendo el dedo índice.

—¿No es muy temprano para beber?

Hallam abrió aquellos ojos claros de inocencia que le hacían parecer un ángel y aquello bastó para convencer a su colega. Ambos brindaron y apuraron el licor afrutado.

—Con una no llega. ¡Más, más brandi!

Al cabo de un rato, Tennyson levantó el papel aún húmedo y soltó una carcajada.

—Lo peor es que con el brandi se me ha olvidado el poema. Y se lo

quería recitar a Torrijos mañana por la noche.

—No te preocupes. Te acordarás cuando se te pase la curda. Tenemos que ir a comprar pan y sardinas, no te olvides. O nos quedaremos sin *ballenas* para la reunión. Y cerveza. Y también sidra.

Tennyson rompió el papel en varios pedazos y los lanzó al aire.

—Por cierto, hay que comprar más comida. Viene Boyd. He invitado también a un poeta español. Un admirador de Lord Byron. José de Espronceda. No hace mucho de su llegada a Londres. Un patriota por la libertad y la literatura. Y tiene pinta de pasar hambre. Tenemos que tratarlo bien. Alimentarlo. Hablar un poco en español...

—Bueno, bueno. No exageremos. El español es una lengua complicada. Con todas esas erres que explotan en la lengua. Imposibles de pronunciar.

—Nuestros invitados españoles lo merecen. Un pequeño esfuerzo.

—Torrijos habla inglés perfectamente. Y francés... —Hallam levantó la taza e hizo un brindis al aire—. Seguro que nuestro nuevo amigo habla francés. —La taza voló hacia su boca, pero antes de apurar el brandi miró a su amigo y gritó, la voz ya un poco gangosa—: ¡Por el francés!

LA AMANTE

Sylvia Axel se miró en un espejito, mientras el centro de Londres se desdibujaba a través de la ventana de la berlina. El rubor de su rostro reflejaba su estado de una forma demasiado evidente. Al darse cuenta, se sonrojó todavía más. Gracias a Dios, su marido no estaría en casa. En realidad nunca estaba: sus negocios, su ministerio, sus barcos de esclavos, su tabaco, su té. Mejor. Poco a poco se hacía inmensamente rico y eso compensaba con creces su falta de atención. ¿Se habían casado enamorados? Eso creía. Charles Morgan-Brown, conde de Pembroke, un galés alto, de ojos azules, patillas muy pobladas y fuerte como un toro. Al principio, incansable en la cama.

Se conocieron en una fiesta secreta de máscaras en Edimburgo. Un resumen de su matrimonio, en realidad. Fiesta de máscaras tras fiesta de máscaras, y ese absurdo interés de su esposo en que ella tuviese hijos y le destrozase así el cuerpo y la vida. Odiaba con toda su alma a las matronas rodeadas de críos gritones y caprichosos. Charles Morgan-Brown, conde de Pembroke, no tenía ni idea de que su mujer hacía todo lo posible por no quedarse preñada.

Sylvia Axel se aburría.

Mientras su esposo escocés hacía dinero, ella languidecía en su mansión de Belgravia.

Sombreros, corpiños, cintas, lazos, diademas, diamantes, telas, damascos, muselinas, miriñaques, sedas, broches, perlas, camafeos, marfil, turbantes, abrigos, manguitos, pieles, plumas de pavo real,

guantes, abanicos españoles, pañuelos, rosas, turquesas, palisandro, azabaches, obsidiana, nidos de pájaro, laudes, clavecines, músicos italianos, profesores de francés, profesores de esgrima, una tortuga, dos cacatúas, tres perritos de raza de York, libros, fascículos de a penique de terror.

Todo le cansaba, como le cansa una muñeca a la niña rica y caprichosa. Despreciaba furiosamente las actividades femeninas, la costura, el piano, que sabía tocar con gusto, y cantar también, bordar tapetes y chales, hablar de futilidades. La vida malgastada en nimiedades y cebada con galletas de jengibre y té al atardecer. Axel necesitaba emociones. Y, al fin, tenía emociones: ser la nueva amante del duque de Wellington, muy amigo de su marido. Tan amigo que estaba muy bien dispuesto a compartir a su mujer.

Mientras aspiraba el perfume de su abanico, mecida por el suave traqueteo de las ruedas sobre el suelo empedrado, Sylvia pensó en sus nalgas doloridas y en cómo disimular las marcas que sir Arthur había dejado en su cuello. Marcas del color de la sangre. «De un precioso carmesí», había dicho él. Arthur. ¿Podría llamarle así ya? Wellesley era un hombre cortés, delicado, contenido. Pero en el lecho pareció disfrutar de prácticas que harían sonrojar a cualquier cortesana. Prácticas que a ella jamás se le hubiesen ocurrido que existieran. Y no era precisamente una mujer timorata en la cama.

Prácticas que dolían, pero no tanto al pensarlas.

Y luego aquellas órdenes extrañas que le había obligado a memorizar.

Sylvia Axel se echó hacia atrás en el asiento y respiró profundamente. Aguantó un quejido de dolor y repasó de memoria los pañuelos más finos que podría colocarse al cuello. Le esperaban días agitados. Sintió su pecho inflamarse de gozo. Y rezó para que la ausencia de su esposo continuase indefinidamente.

LA ZORRA DEL DEMONIO

—**E**stá muy inquieto, señora. Más de lo normal. Llama por usted. Creo que tiene mucha fiebre.

Juana siguió ordeñando la vaca hasta el final. Disfrutaba haciendo ella misma las labores del campo, tal y como las hacía en La Coruña, en su finca de San Pedro de Nós. Lanzó un breve suspiro y miró con firmeza al fiel Gastón, el ayuda de cámara de Mina desde hacía años.

—Ahora subo. Ve a llamar al médico. Coge mi caballo.

Le entregó el cubo de leche a la cocinera. «Tres hervores», le indicó. Luego se lavó las manos y se quitó el mandil. Subió a la habitación de su padre.

Juan Antonio estaba de pie, delante del ventanal, vestido solo con la camisola de dormir. Murmuraba. Ella intentó llevarlo a la cama de nuevo; aunque un fuego caldeaba la habitación, podría coger frío. Le tocó la frente; estaba ardiendo. Él volvió sus ojos, brillantes de enfermedad, hacia ella. La agarró por los brazos con fuerza.

—Juana. Eres tú, hija mía. Bien. Escucha. La he visto. Es ella.

Juana intentó soltarse y acostarlo, pero fue inútil. Su padre parecía poseído. Se llevó el dedo índice a la boca y, mientras miraba a su alrededor con aire sospechoso, mandó callar con un «shhhhhh» muy largo. Luego prosiguió con sus delirios febriles.

—Ten mucho cuidado. Es una lumia, ¿entiendes, verdad? Un dragón de mil brazos. *Unha zorra do Demo. Unha chupasangue.* Ella. Vendrá. Dice que vendrá.

—Sí, padre. Pero ahora vuelva a la cama. Aquí estamos a salvo. No nos encontrará.

—Nos encontrará, claro que sí. Y dejará el cubo fuera. Lleva siempre ajo, hija mía. Y un cuerno de vaca.

Juana lo agarró de la cintura y lo llevó hacia el lecho. Al fin consiguió sentarlo. Ardía de fiebre. Era muy mayor para tener aquella fiebre, había que cortarla. Llamó a la sirvienta.

Un último esfuerzo y consiguió que se tumbase.

—Acuéstese, padre. Haga el favor. Ah, Berta. Tráeme una tina con agua helada, por favor. Y paños limpios.

La criada corrió escaleras abajo, presta a cumplir el recado. Juana tapó a su padre con una sábana de lino, tirando hacia atrás las mantas para evitar que la ola de calor que emanaba de su cuerpo lo consumiera. El hombre se quedó quieto, las manos huesudas agarrando el borde de la tela.

—Hazme caso, hija mía. Ella vendrá. Ajo, mucho ajo. Y la cruz.

—Sí, padre. La cruz. Claro. Si sabes que en esta casa no hay cruces... —musitó, preocupada. Su padre hacía años que había dejado de creer en Dios y Mina odiaba a los clérigos. Ella era la única fervorosa y creyente en aquella familia.

Un rato después, tras aplicarle las compresas frías en la frente y mientras aguardaban por el doctor, su padre se quedó dormido.

Juana aprovechó aquel momento de tranquilidad para continuar escribiendo un capítulo interrumpido de las memorias de su esposo.

MISIVA DE ROBERT BOYD A TORRIJOS

Querido José María:

¡Claro que asistiré! Estoy deseando veros y comer ballenas. Y pasaré con gusto la Navidad en tu hogar, con Luisa Carlota y contigo. No os preocupéis por el pavo, llevaré dos faisanes recién desplumados. Y una botella de vino de Francia.

Mañana a la tarde os recojo en Euston. Hay un pub con buena cerveza y buenos pasteles de riñones.

*Tuyo afectísimo,
Robert.*

CLASES DE ESGRIMA

Sylvia Axel rememoraba las palabras de sir Arthur Wellesley mientras hacía los ejercicios con la espada que le enseñaba su profesor de esgrima, un español apuesto y de hermosos rizos oscuros. El español chapurreaba el inglés bastante bien, pero se defendía mejor en francés, así que se comunicaban en la lengua de espadachines por excelencia. A ella le gustaba. Especialmente porque era muy guapo a la manera española. Siempre iba muy bien vestido. A la última moda.

—*On garde!* Atenta, *madame*. Os noto descentrada. No quiero que tengamos un incidente como el de la Princesa de Éboli.

La ceja de lady Axel subió hacia el pico en la frente que hacía su cabello de leona.

—¿La Princesa de Éboli? ¿No era la que odiaba a Santa Teresa de Jesús?

—La misma. Veo que conocéis la historia de España.

—Tengo mucho tiempo libre y no me gusta demasiado bordar. Dicen que era la amante del rey Felipe. ¿Qué le pasó?

—Se quedó tuerta en un lance con su profesor de esgrima española. Seguramente estaba distraída, como usted hoy. Ese codo, más arriba. La rodilla, más centrada. La muñeca, recta. El tronco, también. Así. Mejor. Mucho mejor.

Espronceda había conseguido aquel trabajo gracias a los contactos de su padre, militar, en Londres. El poeta era un esgrimista notable — había aprendido desde niño a manejar la espada—, era cortés y

galante, y trataba a las damas con delicadeza. Muchas jóvenes adineradas y nobles gustaban de adiestrarse con sables y espadas, era la moda romántica, y si las clases las daba un español, todavía mejor. Lo español también estaba de moda. Era mucho más exótico un profesor español que uno francés. Sylvia estaba fascinada por sus rizos negros y porque, en alguna conversación, había deslizado que escribía poemas. Un profesor de esgrima español y, además, poeta. Mientras su marido no lo considerase una amenaza, todo iría bien. Además, Wellesley le había encargado una misión: quería que se acercase a alguno de los exiliados españoles. Quería que fuese su espía. ¿A través de su profesor? Y ¿por qué no?

Seguro que Espronceda sabía dónde encontrarlos.

El profesor se acercó al cuerpo de su alumna para corregir el ataque y, casi sin querer, aspiró el perfume de lavanda. Estaba enamorado de Teresa, pero aquella mujer vestida de hombre era dolorosamente hermosa. Quedó prendido en sus ojos verdes, que destellaban con promesas de lujuria. Tenía un lunar más oscuro que las pecas justo al lado del ojo izquierdo.

Ella curvó los labios carmesíes en un amago de sonrisa.

—¿Qué hace cuando no está dando clase, profesor? ¿Todo el rato escribiendo poesía?

—Por favor, llámame Pepe.

Ella ladeó su adorable cabeza y elevó la vista al techo.

—Muy bien... Pepe. ¿Qué haces cuando no estás dando clase?

—Oh..., escribo mayormente, como bien dices. Y voy a tertulias con mis paisanos. Hoy, en cuanto salga de aquí, acudiré a una en Cambridge.

—¿Cambridge? ¿Españoles en Cambridge?

El escritor quiso pavonearse ante aquella diosa pelirroja.

—En realidad hay españoles e ingleses. Poetas, intelectuales, gente importante. No todo el mundo tiene acceso. Yo estoy muy orgulloso de poder ir. Estará Torrijos.

—¿Torrijos? No lo conozco.

—Un militar español. Liberal. Es muy famoso. Lucha por la república.

Lady Axel asintió, interesada.

—Dejemos la clase por hoy. ¿Tienes tiempo de tomar un té antes de marcharte? Así me cuentas más cosas de ese tal Torrijos. Me encantan los luchadores por la libertad.

LA HERENCIA

—Acabo de heredar cinco mil libras, José María.

Torrijos dejó lentamente el vaso de cerveza en la pegajosa madera del pub de Euston. Boquiabierto, parpadeó. Estaba nervioso.

Robert Boyd, irlandés, alto, ojos verdes, brillantes, pelo color jengibre, semblante casi siempre serio y grave, rico, muy rico, sonrió.

—Y he vendido mi comisión del ejército de Su Majestad. ¿No es maravilloso? Tenemos mucho dinero. Podemos hacer todo lo que queramos.

El madrileño miró a su alrededor y le hizo un gesto con el dedo para que bajase la voz.

—Shhhh. Calla. Hay espías por todas partes. El rey está obsesionado conmigo. Hasta Wellington me ha quitado la asignación por emigrante liberal. El hijo de la gran perra... Y era mi amigo. ¡Combatí a sus órdenes por la libertad de España!

—¿Qué dices? ¿La asignación?

—Por conspirar. ¿Qué te parece? Por conspirar contra la monarquía española. El muy advenedizo... Se ha convertido en un tirano. No puedo creerlo. No lo comentes por ahí. No lo sabe nadie aún.

—No seas ingenuo: perro no come perro. A ningún noble le conviene que España se convierta en una república. Y mucho menos al duque de Wellington, con todas esas tierras y negocios que ha montado en tu país y que le hacen todavía más inmensamente acaudalado. ¿Te ha quitado la asignación? No importa: si necesitas dinero, yo te ayudaré.

Torrijos negó con las manos y bebió un sorbo de cerveza amarga.

—Ya sabes que gano unas buenas libras traduciendo a Napoleón. Deja el dinero para financiarnos. Tenemos que conseguir un barco, recuerda. Hombres. Espías. Provisiones. Adeptos. Gente que se una por todo el país para lograr un alzamiento al unísono. Luego, en la reunión de los Apóstoles, buscaremos contactos para fletar una goleta.

—Conozco amigos masones que nos ayudarán. Conseguiremos derrocar al Felón. Y volverá la libertad a España, una libertad que durante tanto tiempo le ha sido negada.

La Coruña, otoño de 1854

EL VIGILANTE

El ángel del cementerio levantó sus ojos pétreos al cielo. La tormenta del día anterior había sido un aviso.

El cementerio estaba vacío.

Pronto se llenaría.

Y las playas. Y las hogueras. Vendría la muerte. Con su guadaña. Enterrados de pie en la orilla. Devorados por los perros. Devorados por los cuervos. Devorados por las ratas.

El barco traía la plaga.

Vio como llegaba aquella caja que había venido en el barco. Unos hombres la llevaron hasta el cementerio de San Amaro. Los enterradores leyeron las instrucciones y recibieron la bolsa con el dinero: había que meterla en uno de los panteones de la parte nueva. Uno sin cruces ni ningún símbolo cristiano. No había nombre ni nada se sabía del difunto. Daba igual, solo importaba el dinero que les pagarían por hacerlo.

El vigilante alado quiso gritar a los cuatro vientos, pero su boca de piedra no se abrió.

Pronto llegarían las primeras víctimas. Pronto toda la ciudad sería un cementerio.

APÓSTOLES DE CAMBRIDGE

Hasta Torrijos sonreía, abandonando su habitual semblante circunspecto. Tennyson repartió otra ración de *ballenas* y Arthur Hallam, más vino en las copas. Los Apóstoles de Cambridge habían recitado sus poemas, leído sus proclamas y presentado a sus invitados. Hacía frío en aquella estancia subterránea del Hostal del Obispo, húmeda e iluminada por antorchas, que le daban el toque dramático necesario a sus reuniones.

Espronceda bebió un trago largo de aquel vino peleón para tragar el bocadillo de sardinas. Estaba emocionado. Era como volver a las juntanzas secretas de Los Numantinos. Se sintió exultante, casi tanto como cuando veía a Teresa. El alcohol comenzaba a hacer efecto y los hombres, hasta el momento serios e incluso solemnes, se dejaron llevar.

Torrijos se levantó. Hizo que se pusiera de pie también Robert Boyd.

—Tengo que anunciaros una cosa. Este irlandés, amigo mío y amigo de la libertad, va a destinar cinco mil libras para nuestra causa. La causa que derrocará al rey y devolverá la Constitución a España. Así podremos volver a casa y salir de este exilio infamante. Con ese dinero podremos fletar un barco y proveernos de armamento. Mi plan es llegar a la costa y tomar Málaga con un pronunciamiento. A partir de ahí, todas las ciudades liberales se unirán para devolver al país lo que le es negado.

Boyd notó cómo su piel blanca enrojecía de vergüenza y orgullo

mientras Torrijos lo abrazaba. Todos le vitorearon y levantaron las copas para brindar por él. Richard Trench, hispanista y poeta también, y John Kemble, erudito medievalista, lanzaron vivas exultantes mientras abrazaban al joven militar.

Torrijos los hizo callar con un gesto.

—Hace unos días me enteré de que Wellington me ha denegado la ayuda que el gobierno inglés ofrece a los exiliados españoles.

Se escuchó un murmullo entre los Apóstoles. Hallam abrió la boca de asombro.

—Pero qué dices... ¡Si te adora! Todo el mundo lo sabe...

—Me la ha denegado por conspirador y rebelde. Por favor, os pediría que fueseis lo más discretos posible. No tengo ni idea de hasta dónde pueden llegar los intereses del duque en España, pero sin duda son muy poderosos. El primer ministro nos quiere sumisos y que continúe Fernando VII en el poder.

Todos se revolvieron. Alguno levantó la mano, decidido a ayudar a Torrijos como fuese. Otros movían la cabeza, consternados. Wellington castigando al que había sido su amigo español más cercano, castigando al que había luchado codo a codo con él y Hill en la batalla de Victoria. Espronceda tragó saliva: él sí recibía aquella ayuda monetaria y no sería conveniente perderla. Sin embargo, su idealismo era mayor que su necesidad de dinero. No dejaría a Torrijos solo en su empresa.

Uno de los Apóstoles, el obispo George Tomlinson, ebrio de vino, apostilló, bajando la voz:

—Dicen las malas lenguas que Wellington usa las malas artes, las artes negras para medrar. Nadie se explica que un tipo tan poco espabilado haya ganado al gran Napoleón en la batalla. Ni que haya llegado a primer ministro.

Se escuchó un murmullo de protesta entre los asistentes.

—¡Eso son paparruchas para viejas! —Erasmus Darwin, hermano del famoso científico, levantó el vaso de vino y lo bebió de un trago—. Nadie puede creer en magia negra a estas alturas. La ciencia lo explica

todo. También explica que a veces los necios pueden llegar a lo más alto. Además, el duque no es un patán. Nadie puede negar su talento militar.

El obispo insistió mientras cogía otro sándwich y sacudía la mano pringada de aceite.

—Tuve una amiga que estaba convencida de ello. Había estado con él durante un tiempo. Decía que guardaba en Apsley House una piedra mágica. Una piedra que había robado en la India. A lo mejor al mismísimo sultán de Tipoo. Una piedra maldita. Esa piedra hace invencible al que la posee.

Richard Trench dio un golpe en la mesa y miró al obispo de arriba abajo.

—Pues muy invencible el sultán de Tipoo no parecía, más bien una ballena... ¿Tú, una amante compartida con el elegante héroe patrio Arthur Wellesley? ¿Estás de broma, no? ¡Venga! ¡Desembucha! ¡Yo no me lo creo!

Tomlinson se tambaleó un momento y decidió sentarse antes de hablar. Miró al suelo con la angustia propia de la ebriedad del vino barato.

—Prefiero no hablar de ella. Era una belleza marchita. Apareció muerta en el río.

—¿Qué dices?

—Le habían arrancado el corazón.

Tennyson lanzó una carcajada y le arrebató la copa de vino de la mano. Se la bebió él entera.

—Deja de beber, anda. ¿Quién se puede creer que el duque de Wellington tiene una piedra mágica que le hizo ganar la batalla de Waterloo y causa la muerte de sus amantes? ¡Por favor! ¡Esta es una reunión seria!

Tomlinson lo miró con absoluta seriedad mientras se tambaleaba y lo señalaba con el dedo.

—Yo... Yo me lo creo. ¿Habéis oído hablar de Harriet Green? Otro día os contaré la historia. Hoy no. —Se miró y se dio pena—. Hoy

estoy demasiado triste por ella, y también demasiado borracho.

HELOR NOCTURNO

Sylvia Axel notaba la boca seca y una angustia extraña que le atenazaba el pecho. Se acercó a un espejo y se miró el interior de los párpados, más pálido que de costumbre, apagados, casi blanquecinos.

Hacía años que no sufría de anemia perniciosa, así la llamaba su matasanos, una enfermedad que de niña la había perseguido sin tregua. ¿Habría vuelto? Y, sin embargo, no se sentía débil; al contrario, estaba llena de vida. Febril, pero llena de vida. Pálida, angustiada, pero llena de vida. Como si su corazón no cupiese en el pecho y quisiese bombear una sangre que no existía.

Sentía el ansia trepar por su vientre, ansia voraz, pero no tenía hambre. Aquella noche había soñado con el cuadro misterioso que tenía el duque de Wellington en su mansión al lado del río. Con aquella mujer diabólica y su piedra azul en la frente.

La mujer flotaba en la ventana envuelta en una niebla oscura.

Luego tocó suavemente el cristal.

Seguía en la cama, pero recordaba de forma difusa cómo a la vez se podía levantar, respondiendo a una llamada que solo se había conformado en su interior. La cama se movía como presa de un terremoto, pero ella a la vez se acercaba a la ventana para abrirla, en plena nevada invernal, el frío negro rodeando a aquella figura fantasmal que la llamaba.

Recordaba también, de forma muy vaga, el frío de la noche mezclado con un calor que abrasaba su cuello y su pecho. Y la voz de aquella

dama de la oscuridad que la invitaba a poseer la piedra azul e incandescente que le daría todo el poder sobre la Tierra, sobre los vivos y los muertos, sobre la luz y la oscuridad, sobre los poderosos y los humildes. Aquella mujer susurraba en su oído con el sonido de los violines y las arpas más delicadas. Luego la besó en los labios y en el cuello.

Despertó por culpa del aire, que acuchillaba, los copos de nieve arremolinados en el suelo de la habitación. Tiritando, cerró la ventana. Cuando volvió a la cama, miró la almohada.

Había dos pequeñas gotas de sangre en la tela de algodón.

EMIGRADOS ESPAÑOLES

Juana bajó del coche en Hyde Park y notó cómo los cristales helados querían adherirse a su rostro. Apretó las manos en el manguito de piel. Empujó la verja y caminó hacia la puerta principal de Apsley House, residencia habitual del primer ministro cuando no estaba en Downing Street, refugiado en su casa de campo o en el castillo de Walmer.

Quien solía ir a por la asignación semanal que el duque de Wellington dedicaba a los emigrados españoles era, casi siempre, Mina, pero aquella mañana se había encontrado mal. El frío acentuaba el dolor de la rodilla, y la humedad de la campiña no hacía más que acrecentar sus problemas reumáticos. Sin embargo, a Juana el frío le daba igual. Estaba acostumbrada a la humedad de La Coruña. Incluso, aunque la temperatura fuese mucho más baja, la sequedad del ambiente le sentaba bien. Prefería mil veces estar en el campo a vivir sumergida en aquella ciudad gigantesca, contaminada e insalubre en la que se estaba convirtiendo Londres.

Acompañada de Gastón, caminó hasta la cámara en donde el general Rowland Hill despachaba personalmente a todos los emigrados. Un retrato de sir Arthur vestido con una elegante casaca roja y mostrando el toisón de oro presidía la estancia.

Muchos ya esperaban, haciendo cola de forma más o menos ordenada. La mayoría, vestidos con ropas harapientas. Otros, con capas pesadas y negras que no habían cambiado desde su llegada a Londres. Juana notó el olor de la escasa higiene de algunos. Mina

dedicaba gran parte del dinero a ayudar en la sombra a muchos de los desgraciados que no tenían ni para comer, y, aun así, no llegaba para todos.

Juana se fijó en un joven guapo de cabello negro acaracolado y ojos de mirada ardiente. No lo había visto nunca. Vestía de forma atildada y a la moda londinense, con la corbata a lo Byron. Recordó el comentario de su esposo sobre un poeta recién llegado a la tertulia de Salvá, José de Espronceda. Quizá fuese él.

El poeta la miró con curiosidad. Juana no tenía el aspecto de las demás mujeres de refugiados. También vestía a la moda inglesa, con telas sobrias, oscuras, pero a la vista estaba que eran caras. Su rostro rezumaba inteligencia. Llevaba un pañuelo enganchado a la manga izquierda. Reconoció al momento el símbolo liberal coruñés: las lágrimas de Porlier, el Marquesito, ahorcado por capitanear un pronunciamiento, recogidas por un fraile franciscano en el pañuelo que guardaría su atribulada mujer.

—¿La señora del general Mina?

Juana esbozó una sonrisa. Le llegó un olor a perfume caro.

—¿José de Espronceda, el poeta?

Espronceda levantó una ceja, divertido.

—Ya veo que las noticias vuelan.

—Somos pocos. Nos conocemos todos. A mi marido le llamaste mucho la atención. Dice que escribes muy bien. Para ser tan joven...

—Juana suspiró, contrita—. Y aquí estás, fuera de la patria. Un talento, un poeta hace tanta falta en nuestro país...

—Tarde o temprano, acabaremos con el Rey Felón.

Espronceda apretó los puños y soltó la frase como un puñetazo. Juana ladeó la cabeza. Le hacía gracia aquel exaltado, aunque no le costaba reconocer en sus palabras el idealismo fiero, suicida, que tanto daño hacía a la causa.

—¿Tienes alguna ocupación esta tarde? Puedes venir a tomar el té con nosotros. La casa está en el campo, pero no demasiado lejos. Vendrías en el coche. Me está esperando fuera.

Espronceda pensó fugazmente en lo moderna que era aquella mujer, sin trabas para ir con un desconocido en un carruaje sin pensar demasiado en las consecuencias.

—Me encantaría, pero tengo clases de esgrima. Me gano la vida de muchas maneras. Una de ellas es dando clases de esgrima a señoritas.

Juana rio con ganas. Seguro que tenía mucho éxito con las «señoritas», con aquellas facciones románticas y el aspecto galante y español que tanto gustaba en Londres.

—¿Tienes con quién pasar la Navidad? —Juana insistió. No quería perder el contacto—. Haremos una comida para los refugiados que quieran asistir. Me encantaría que vinieras. Te puede recoger Salvá, también está invitado. Vivimos en el campo, pero a una hora más o menos de Somers Town.

Espronceda meditó unos segundos: en realidad no lo había pensado. En su mente solo estaba la misa del gallo. Su encuentro con Teresa.

—La verdad es que no. Me siento muy solo. Mis padres están en España, es algo que me angustia... De verdad, gracias.

—Pasar las fiestas en soledad es algo terrible.

—Llevaré vino. Mis alumnas de esgrima española me regalan botellas de vino francés.

—Nos llega con que vengas y nos recites alguno de tus poemas. Hay muchos emigrados que necesitan escuchar versos hermosos. A veces la vida aquí puede ser muy dura.

Espronceda pensó en Teresa de inmediato. Su familia, arruinada. Su padre usando su extrema belleza —el cabello negro, los ojos azules como el océano, la piel de mármol—, vendiéndola como una esclava para salir adelante. Asintió, compungido. Era cierto: muchos de los emigrados no tenían suficiente con la asignación de Wellington y hacían lo que podían para subsistir, desde coser brazaletes hasta arreglar zapatos, clases de canto, traducciones —como Torrijos—, montar negocios con mejor o peor suerte, o directamente dedicarse a la mendicidad. O casar a la hija con un militar acaudalado.

Tras uno de los liberales exiliados, Rowland Hill salió de la cámara

y saludó con extremada reverencia a Juana en cuanto la vio.

—Señora de Mina. Muy honrado por su presencia. Pase, por favor.

—Rowland, querido. Permite un momento a este caballero escribir una dirección en tu escritorio.

—No hace falta, de verdad... —Espronceda rebuscó en su levita negra y sacó un tarjetón. Sonrió, satisfecho—. Vengo preparado para todo: tengo tarjetas de visita... «a la moda».

Se escuchó un murmullo a lo lejos. Juana se volvió hacia la ventana, tras coger el tarjetón del poeta. Llegaba el duque de Wellington, montado en un caballo nervioso y fino, de color brillante y crines doradas. Un criado agarró al equino por las bridas cuando Wellesley descabalgó. Vestido con un levitón negro y grueso, botas de montar y pantalones blancos ajustados, caminó a grandes zancadas hacia el portalón. Juana no pudo evitar la curiosidad y se acercó a la puerta que daba al recibidor principal de la casa.

Wellington llevaba la fusta sujeta bajo el brazo mientras se quitaba los guantes. Un ejército de criados esperaba, servil, a que se liberase del abrigo. Juana nunca había visto al duque en persona: Wellesley sí trataba a veces con su marido, aunque las relaciones, en España muy cordiales, se habían deteriorado por la postura abiertamente libertaria de Mina en Londres y las sospechas de conjura contra el Rey Felón.

El primer ministro se volvió hacia aquella joven menuda de ojos oscuros que lo escrutaba fijamente con una mirada vivaz. Se fijó en que la ropa era distinguida, cara, muy distinta a los ropajes viejos y raídos de los otros españoles. Ella ladeó la cabeza y no bajó la mirada, desprovista de todo pudor o la timidez típica y necesaria en una mujer.

La curiosidad del duque pudo más que su habitual desapego hacia los que no eran de su clase. Se acercó a ella. Probablemente no supiera hablar su idioma, pensó. Casi ninguno de los refugiados se molestaba en aprenderlo. Y menos las mujeres.

—¿Es usted española?

Juana le sonrió con cortesía y respondió al momento en inglés.

—Soy Juana de Vega, milord. La esposa del general Mina.

Wellington movió la cabeza. Era cierto, Mina se había casado con una española liberal y podrida de dinero. Pero nunca se imaginó que fuese tan joven, casi una cría. Y con aquella expresión de inteligencia que no se molestaba en esconder. ¿No se daba cuenta de que podía resultar ofensiva? Cualquiera otra dama se habría sonrojado ante su presencia.

—¿Cómo anda nuestro general? He oído que ha estado enfermo.

—Oh. Mucho mejor, gracias. Las aguas de Bath hacen milagros. Sin embargo, le duele mucho la bala que recibió en la guerra de España. Ni siquiera los cirujanos de Londres han sido capaces de sacársela. Con este tiempo diabólico es imposible curarse del todo.

Wellington se rascó la barbilla recordando el sol de justicia español.

—Mmmm. Puedo enviarle a mi médico particular si así lo desea. Hace milagros, se lo aseguro.

—Estaríamos encantados. De todos modos, ahora le atiende mister Hammick. Es un gran hombre y, gracias a Dios, no lo acribilla a sangrías como hacían los otros. Tampoco me gustaría que hubiese un conflicto entre los doctores...

—Hablaré con él. —El duque se quedó mirando a Juana durante unos segundos. Ella seguía manteniendo aquella actitud orgullosa que le molestaba en cierto modo—. Tenemos que cuidar a los héroes de guerra. ¿Dónde viven ahora?

—Fuera de Londres, en el campo. No muy lejos. A leguas de aquí, cerca de Sussex.

—Está bien. Dele la dirección al general Hill. El médico se pondrá en contacto con ustedes.

Wellington le hizo una inclinación con la cabeza y se marchó abruptamente. Juana lo siguió con los ojos. Era un hombre altivo, apuesto, de mirada abierta y perfil romano. Solo molestaba aquella boca desdeñosa que parecía en cualquier momento presta a decir alguna crueldad sin mayor remordimiento.

Espronceda había observado la conversación desde un segundo

plano.

—El duque de Wellington. Es gracioso... —El joven recordó la conversación ética de los Apóstoles de Cambridge sobre las artes malignas del primer ministro—. Ayer unos amigos hablaron de él.

—Todo el mundo habla del duque de Wellington, querido. Mira, ha vuelto a nevar. Espero que no se colapsen los caminos. ¿Quieres que te acerquemos a Somers Town?

TRES CARTAS

El sirviente sostuvo la misiva sobre una bandeja de plata. Sylvia Axel bajó las escaleras hasta el vestíbulo con rapidez. Su vida aquellos días transcurría entre la debilidad más absoluta y una fiebre maniática que la impulsaba a hacer cosas que jamás había pensado. En aquel momento era la manía nerviosa la que parecía poseerla, y bajar las escaleras como un potro desbocado era lo mínimo que deseaba hacer para quemar la energía. Abrió el sobre sin reparar en el lacre que lo sellaba.

Era de sir Arthur Wellesley.

De hecho, habían llegado tres cartas. Dos cartas de sir Arthur Wellesley: una a su marido ausente, otra a ella. La carta a su marido, invitándolos a ambos a la comida de Navidad en Apsley House y a la fiesta de disfraces «Phantom ball» de New Year's Eve. La carta para ella, incitándola a que, aprovechando la ausencia del citado, corriese como un gamo a su casa de campo la noche siguiente. La noche anterior a la Nochebuena.

Y la tercera, de su esposo.

El marido de Sylvia Axel volvería para Nochebuena, ya la había avisado. Durante unos días estaría pendiente de su bella esposa, para luego retornar a sus negocios de ultramar. Charles Morgan-Brown, conde de Pembroke, intentaría preñarla de nuevo, como hacía en todas las fiestas. Era necesario que engendrara un heredero para aquella fortuna naciente. Y ella, como en todas las ocasiones, intentaría

librarse del yugo de la maternidad.

Recordó con agrado que por la tarde tendría clase de esgrima con aquel profesor español tan apuesto. Y se repitió que Wellesley le había asignado una tarea a partir de la intimidad con aquel joven: enterarse de las actividades de los emigrados españoles. Recordó también que José había acudido a una reunión con los Apóstoles de Cambridge. Era cuestión de indagar en profundidad acerca de los temas que trataban aquellos «Apóstoles» con respecto a los españoles. Y se le ocurrían, sin demasiado trabajo, varias maneras de sonsacar al ingenuo maestro de espada.

La Coruña, otoño de 1854

LA EPIDEMIA DEL GANGES

La primera víctima de la que se tuvo constancia fue un joven marinero. Embarcado durante varios meses, había regresado a su casa en la calle de las Bestias. Diarrea fulminante, vómitos, más diarrea.

Llamaron al médico.

Cólera morbo. La epidemia del Ganges. El mal de la India.

Luego cayeron su madre y su hermana. Todos murieron en cuestión de horas.

El médico puso en cuarentena a todos los vecinos, mandó quemar las ropas, fumigó las paredes, destecharon la casa para airear.

Las campanas empezaron a tocar a difunto.

GAJES DE LA BATALLA

Mina se duele de la pierna. Berta, la doncella, calienta una cataplasma en la cocina de hierro. Mina espera al médico. Juana está en Londres, en Apsley House. La nieve arrecia. Teme que colapse todos los caminos y su mujer no pueda regresar a casa o el doctor no sea capaz de llegar hasta allí. Juana no le preocupa demasiado: va acompañada de su fiel Gastón. Y eso le basta.

Hoy los críos pelirrojos no juegan afuera. El frío es demasiado intenso. Mina no teme al frío, salvo por el terrible dolor que le puede causar. El reuma. Los dedos, incapaces muchas veces de sostener el sable. Un soldado sin manos es un soldado muerto. Un general incapaz de comandar sus tropas. Mina acude a tomar las aguas sulfurosas a Bath una vez al mes. Sus manos mejoran con el calor ardiente. La bala incrustada en su pierna duele menos.

Nunca olvidará aquella sensación, la aguja del cirujano rebuscando en el muslo sin poder atrapar aquel trozo de metal infectado, sus gritos. Alguien le puso un trapo en la boca, apretó los dientes, la aguja clavada en el túnel de la bala que se cerraba, lleno de pólvora y tierra.

Gajes de la guerra, pensaba. Como fusilar y arrasarlo a todo un pueblo de realistas. O matar a la madre de un traidor en el centro de la plaza. Una mujer inocente. Gajes de la batalla. Mina acerca a la chimenea una butaca y ceba el fuego con tacos de madera. El crepitar de las llamas y el calor le producen consuelo. Dar la vida por la libertad de España. Matar al rey Fernando. Matar al conde de España. Aquel degenerado

que se disfrazaba de beato para destruir todo y a todos campaba en Barcelona con total libertad. Liberar al país de aquellos dos monstruos.

Un conjunto de ilusiones que no llevan a ninguna parte. Perdido en un pueblo a las afueras de Londres, su influencia se diluye al mismo tiempo que su enfermedad arrecia.

Pero dentro sigue siendo el guerrillero que le robó sin pudor el apellido a su sobrino, el más fiero de los soldados, el más brillante de los capitanes. El único que se enfrentaba sin tregua a los franceses. El único que desafió al duque de Angulema cuando los demás huían como ratas. Y ahora todos lo desprecian por cobarde, por no correr hacia la muerte con planes descabellados y absurdos, vigilados, sin duda, por la mirada de águila del duque de Wellington.

Alguien aporrea el aldabón de la puerta. La doncella corre a abrir. Al fin ha llegado el médico. Entra en el *hall* y el frío entra con él, un frío tan potente que hasta tiene olor propio.

Mina abandona sus meditaciones y se levanta con lentitud. Echa de menos a Juana para comunicarse con el profesor Mr. Hammick: ella habla inglés y francés perfectamente. A él le cuesta más.

La pierna le produce un latigazo eléctrico que lo paraliza.

Cuatro onzas de opio en cinco libras de agua caliente, una libra de miel y dos dracmas de espuma de cerveza, vino, clavo, canela, azafrán.

El láudano le otorgará una tarde bastante más feliz.

EL VIOLÍN

Si algún testigo inoportuno hubiese podido observar sin ser visto a Arthur Wellesley, duque de Wellington, primer ministro, cuando se refugiaba en su mansión al lado del río, se habría llevado más de una sorpresa. Mucha gente pensaba que Wellesley era un buen general en el campo de batalla, pero, en el fondo, un patán con suerte y dinero, incapaz de disfrutar del arte o de la literatura. En realidad, cultivaba aquella imagen falsa con mucho acierto. A nadie le importaba su vida interior.

Wellesley tocaba un Stradivarius que habían encontrado en la guerra de España. Y lo tocaba muy bien. No como un gran maestro, pero sí como un discípulo avanzado. No solo tocaba: también componía. En aquel instante se encontraba en una de las habitaciones del segundo piso. Una de las camareras tenía la oreja pegada a la puerta, cerrada a cal y canto. Lo que sonaba en el interior era melancólico y dulce, casi doloroso. La joven le hacía señas a otra de las sirvientas, que reía y se sonrojaba a la vez, sin atreverse a acercarse más de lo debido.

A Wellesley no le gustaba que fisgaran en sus asuntos.

El servicio estimaba a Wellesley. Era apuesto, cortés, elegante y suave con ellos. Y, más de una vez, aunque ya no era un hombre joven, desprovisto de todo pudor, había hecho gala de sus habilidades amorias con las más hermosas y jóvenes de las camareras. En aquella mansión, por expreso deseo del primer ministro, solo había mujeres y un mayordomo de absoluta confianza, un hombre que había

combatido con él en España y Waterloo, y le había salvado la vida más de una vez.

Las doncellas de sir Arthur no entendían de música, pero de una forma inconsciente comprendían que la que atravesaba aquella puerta era hermosa, triste. El pelo del antebrazo de una de ellas se erizó en un pasaje especialmente emotivo, cosa que no le solía ocurrir con la música que escuchaba en las fiestas o en los pubs.

Sonó la campana de la puerta principal. Las dos jóvenes se sobresaltaron y entre risas tímidas corrieron por los pasillos para esconderse. El amable primer ministro podría entrar en cólera. Y Dios sabía que los contados momentos de ira de Wellesley podían ser tan letales como la explosión de un cometa.

UN VELERO BERGANTÍN

Tennyson agradeció haber llevado su abrigo y su gorro de piel a aquel embarcadero clandestino. En aquella parte del río, cerca de la Isla de los Perros, el frío y la humedad se metían en la carne como estalactitas. Su amigo Hallam exhalaba humo de la boca como un dragón de hielo. Torrijos, a su lado, no parecía sentir las gélidas punzadas. Al revés, miraba el velero como si fuera un sol ardiente capaz de inundar su pecho de fuego. Boyd discutía con el dueño del barco a grito pelado sobre el precio. El bergantín era un navío elegante, no demasiado nuevo, pero, a la vista, capaz de atravesar el Atlántico sin problemas. Al fin el pelirrojo consiguió que el hombre rebajase sus pretensiones monetarias y le entregó un saco lleno de monedas como adelanto.

Torrijos mostró unos segundos estar construido de cuerpo y alma, como cualquier humano con sus debilidades, dando unas patadas en el suelo para combatir el frío y golpeándose las manos enguantadas.

—Tal como me habían avisado, el barco está relativamente bien. Ahora necesitamos una tripulación fiel y armas. Un capitán hábil con las tormentas. Entre los emigrados hay varios que podrían cumplir con la misión.

Esproncada asentía, fascinado. Notaba un nudo en el estómago. Una intensa llamada de la poesía. Necesidad de sacar allí mismo la pluma y el papel y escribir. Escribir sobre la libertad, sobre el mar, sobre la patria. Notar el crujido de la madera bajo sus botas. El olor a sal y a

brea. Los aullidos de las sirenas y el retumbar de los cañones. Su imaginación romántica disparada no le daba tregua en aquel momento.

—¿Podemos subir a verlo? Me tengo que ir dentro de poco. Doy clases de esgrima en Belgravia esta tarde. He de llegar antes de que anochezca.

Subieron al barco. Estaba relativamente bien, solo necesitaría un buen lavado y adecentado, y algunas reparaciones menores. No era muy grande, pero se veía ágil y capaz de sortear algún posible temporal atlántico para llegar hasta Gibraltar. El mascarón de proa, una sirena de sonrisa etrusca, cola retorcida y pechos desnudos, parecía seguirlos con la mirada.

—El Temido. Un gran nombre para un gran barco. Nos quedamos con él.

«DARKNESS»

Sylvia leía, recostada en un diván, mientras esperaba la llegada del profesor de esgrima. Ya se había cambiado de ropa dos veces. Había rechazado la comida. Había salido a montar a caballo. Sin que nadie lo supiera, en una especie de trance, había entrado en una granja y había despedazado a dos gallinas. Se había bebido su sangre y comido las entrañas. Las plumas blancas, teñidas de carmesí. Los cuerpecitos calientes y el corazón palpitante. Luego —o eso creía recordar— rompió el hielo de un golpe y se lavó las manos en una fuente.

Pasó la página mojando un dedo en los labios. Aún sabía a sangre. La yema quedó pintada de rojo en la página.

«Darkness».

Lord Byron parecía haber penetrado en su mente. Sueños que no eran sueños. Bosques ardientes. La tierra helada. El reino de la oscuridad. La sensación de ahogo sin esperanza, la angustia, la fiebre y el dolor de aquel poema estaban conformados de la materia de sus pesadillas nocturnas. Y ahora diurnas. Las plumas ensangrentadas asaltaban sus ojos verdes a cada momento. El sabor succulento del corazón aún caliente.

Even dogs assailed their masters...

Uno de sus canes aulló en el piso de abajo mientras ella leía el verso. Cuando llegó de montar, habían huido de ella, temblando y gruñendo.

Sylvia Axel, perturbada, dejó caer el libro en su regazo.

Caía la tarde y el viento azotó la ventana.

—Señora, está aquí el profesor de esgrima.

La joven palmoteó, feliz de salir de aquella oscuridad. Por lo menos aquel joven le alegraba la vida.

En las afueras de Londres, 1831

EN EL FRÍO DE LA NOCHE

Era de noche. Juana aún no había vuelto.

Mina, aliviado de sus dolores, pero también preocupado por la tardanza de su mujer, escribía varias cartas a París como respuesta a las que acababa de recibir el día anterior. Allí tenía aliados que solicitaban su presencia en la capital francesa. Consideraban que en la conjura para matar al rey era imprescindible. El general tenía suficiente carisma y capacidad de organización como para encabezar un movimiento secreto que consiguiera llegar hasta el monarca y matarlo en una de sus visitas habituales a prostíbulos. El rey era famoso por el tamaño descomunal de su miembro, que impedía a su esposa realizar el coito, así que dedicaba parte de su tiempo —el que le dejaban los toros, la caza y perseguir liberales— a acudir a burdeles en donde poder desahogar su libido incansable. El plan consistía en matarlo en pleno acto sexual. Y, a la vez, hacer una entrada por los Pirineos, un rompimiento que proclamaría la caída del Felón. Navarra, su tierra, se sumaría sin dudar.

Mina estaba parcialmente de acuerdo. Pronto viajaría a París para discutir los términos; las cosas había que hacerlas con tiento y cautela. Pero —movió la cabeza, como siempre desesperado por las decisiones erróneas de sus colegas— actuar en invierno, entrar por los Pirineos, era una locura. Viento, nieve, frío, hombres sin fuerzas ni comida. Además, en aquel momento su salud necesitaba calor y reposo. Aunque fuese a Bath unos días a tomar las aguas, no creía que

se recuperase por completo en tan poco tiempo.

El temporal había cesado. Mina escuchó un ruido. Miró por la ventana para ver si el carruaje de Juana aparecía en el camino.

Juan Antonio de la Vega caminaba entre la nieve, descalzo, vestido tan solo con un camisón blanco y un gorro de dormir. Sin perder un segundo, el general se puso un abrigo y salió corriendo hasta el jardín mientras llamaba a Berta, la doncella.

La demencia se mostraba en sus ojos. Juan Antonio de la Vega miraba a Mina sin reconocerlo. Se quedó paralizado en la verja, intentando abrirla.

Deliraba, a todas luces.

—Se me ha aparecido un ángel, mi general, y me lo ha dicho. Ella «es». Francisco. —Abrió los ojos y miró al cielo como un poseído—. Pon ajo en la puerta y en la ventana. Frota los marcos con agua bendita. Un ramo de olivo, una cruz de plata, bendición del santo Papa de Roma. Hay que cortarle la cabeza. Hay que quitarle el corazón. O morirán todos los niños. Todos. Los marinos. Las lavanderas. Y los reyes y los príncipes. Todos morirán. Es la lumia. *A zorra do demo*.

Para alivio del militar, que no sabía muy bien cómo manejar aquella situación, el carruaje de Juana apareció al fin. Ella bajó al punto y ayudó a Mina a meter a su padre en la casa.

Mina susurró, entre enfadado y aliviado:

—¿Por qué habéis tardado tanto? ¡Estaba muy preocupado!

—Todos los caminos de las afueras estaban colapsados por la nieve, amor mío. Tuve que refugiarme en un pub hasta que salió el sol un rato y nos permitió el paso hasta aquí.

—¿Viste a Wellington?

—Sí. Hablé un rato con él. Es un hombre muy educado. Nos ha ofrecido a su médico particular, Hume, para lo de tu pierna. También estaba Hill. Le di recuerdos. ¿Dónde está Berta?

—Hace un buen rato que no la veo... Me hizo una cataplasma que me

sentó bien. ¿Médico particular? Eso sería excelente... Aunque no tengo queja de mister Hammick. Es el único que no me mata a sangrías.

Juan Antonio parecía haberse calmado y se dejaba guiar dócilmente hasta la chimenea del salón, donde lo llevaron para que recuperase el calor corporal. Berta lo cubrió con una manta gruesa. Estaba tiritando. Juana lo abrazaba y lo frotaba para acelerar el proceso.

—Estuve con Espronceda. Lo he invitado a la comida de Navidad. Un hombre muy agradable.

—Es un guapo mozo. Me alegraré de que venga. —Movi6 la cabeza, consternado. Baj6 la voz—. Juana. Tu padre. Ha tenido dos ataques en muy poco tiempo. Tenemos que hacer algo. Si quieres hablo con Mr. Hammick.

Juana mir6 a su padre, que había recuperado su semblante beatífico habitual y dejado de temblar. Berta trajo un ponche al que había ańadido una cantidad de láudano bastante generosa. Juana suspir6, un suspiro que le sali6 del fondo de las entrańas. Le acerc6 el taz6n a su padre, que bebi6 obedientemente.

—Ya. Tienes raz6n. Est6 peor. Y la muerte de mamá lo ha terminado de fastidiar todo. Llama al m6dico. Aunque dudo que pueda hacer algo m6s que no sean las sangrías y el láudano.

LUISA CARLOTA

Torrijos besa a su mujer en la boca y ella se abandona. Se abrazan. Viven en un apartamento pequeño y frío en Somers Town. Se tienen el uno al otro. Se aman con locura.

Torrijos pasó tres años en las cárceles de la Inquisición.

Luisa Carlota lo visitaba por las noches en la fortaleza de Santa Bárbara travestida de hombre.

Cada día de su vida está conjurado a acabar con el poder absoluto.

Cada día de su vida está conjurado a devolver la libertad a España.

Las manos de Torrijos acariciaban las mejillas de su amada.

—Ya tenemos barco. Y contactos para armas. La Junta del Alzamiento me ha nombrado jefe. Conseguiré un rompimiento en las playas de Málaga. Todos los liberales se unirán a mí y derrocaremos al Felón. ¡Muerte al despotismo!

Ella lo abrazó con mucha fuerza. Era el más valiente y hermoso de los hombres.

—Venceremos. Seremos héroes. Liberaremos al país del yugo opresor. Te quiero. Te querré hasta la muerte. Si mueres, yo también moriré contigo.

Esa noche, el frío en el apartamento de Somers Town no importó.

LA FIEBRE

Espronceda se tocó la cara con las dos manos. Estaba ardiendo.

¿Cómo podía haber caído en los brazos de aquella mujer?

Estaba enamorado de Teresa Mancha. ¿En qué estaba pensando?

Llenó una copa de brandi y lo bebió de un trago.

Paseó por la sala en círculo, haciendo ademanes sobreactuados que su compañero de piso veía desde la habitación con una sonrisa pintada en el rostro.

Repasó lo ocurrido con angustia culpable.

La clase de esgrima. Aquella mujer del demonio llevaba puesto un pantalón ajustado de color blanco y una blusa del mismo color que transparentaba el corsé. Ella le hirió con el sable en la mano. Luego le chupó la sangre.

Más tarde lo invitó a tomar un té sin cambiarse de ropa y él accedió. Estaba convencido de que la bebida llevaba algún tipo de sustancia. Era la única forma de entender lo que pasó después. Pronto la tuvo entre sus brazos. Besos ardientes. Aquellos pechos blancos y los pezones duros y erguidos. Lo llevó al lecho. La imagen de demonio insaciable, ella encima de él, gimiendo como una prostituta cualquiera, lo atormentaba de placer. ¿Qué cara le iba a poner a Teresa la noche siguiente, en la misa del gallo? ¿Por qué no había podido resistirse? Algo en el té, no había duda. Hasta el pelo del pubis era de un rojo furioso. No salía de su cabeza. No había forma de que saliese de su mente. Sangre roja, cabello de fuego, araña negra. La sien le latía

como si tuviese en su cerebro un millón de tambores retumbando a la vez.

Se sirvió otra copa de brandi y lo bebió de golpe. No encontraba otra solución a sus tribulaciones.

La Coruña, otoño de 1854

CÓLERA MORBO

El bergantín permanecía negro, quieto y solemne, fondeado en la bahía. La gente había empezado a murmurar. No parecía haber vida en aquel barco. Algunos lugareños querían que se enviase a un cura a bendecirlo. Otros, que fuese la Milicia Honrada a investigarlo. O la Guardia Civil.

—Tonterías —dijo el alcalde Fernández Cid, que bastante tenía con los primeros muertos por el cólera.

Hacía mucho calor para ser finales de octubre, se acercaba el veranillo de san Martín y el calor no era buena cosa para las enfermedades. Eso decía el médico. Lo fundamental era cuidar la higiene. Pero había gente que no tenía ni siquiera la oportunidad de lavarse. Y mucho menos de disfrutar de agua potable o saneamiento de los pozos negros. Habían muerto ya cinco personas y estaba muy muy preocupado.

Alguien había sugerido que disparasen un cañonazo de pólvora para limpiar el aire, pero el ayuntamiento no estaba dispuesto a derrocharla por una simple superstición de viejas y soldados. El alcalde levantó el catalejo y volvió a escrutar la goleta. Nada. Ni un alma en cubierta.

Se dio la vuelta para regresar a sus quehaceres y observó, con sorpresa, cómo la Generala, doña Juana de Vega, de pie al borde del muelle, miraba también el barco a través de un catalejo dorado. Luego cerró la lente y, sin mirar a nadie, se volvió a grandes zancadas a la calle Real.

SEDICIOSOS

El rostro, antes muy sano, de Sylvia Axel se había afilado, pensó con placer. Sus ojos, febriles, brillaban como el zafiro que estaba confinado en el piso superior de aquella mansión de campo. Sir Arthur Wellesley acarició los pómulos blanquecinos de la muchacha.

Era como si en muy poco tiempo un gatazo casero y vago, acostumbrado a dormir en la chimenea, se hubiese convertido en un felino letal.

—Mañana vuelve tu esposo.

Ella se desperezó, el cabello escarlata desparramado por la almohada, el cuerpo sensual y marmóreo abandonado al placer. Luego emitió un sonido muy parecido al ronroneo. Su voz sonó grave y arrastrada.

—Lo sé. Y la comida de Navidad en Apsley House.

Bebió un sorbo de champán.

Wellesley sonrió con levedad.

—¿Tienes ganas de verlo?

Ella dejó la copa a medio camino y, tras un par de segundos de duda, la apuró entera.

—Le tengo aprecio. Me cuida y es rico. Mis padres han muerto y estoy sola en la vida. Me sacó de la calle. ¿Por qué no habría de quererlo?

El duque permaneció unos instantes callado, observándola.

—Muy pronto lo considerarás de otra forma, amiga mía.

—¿Qué quieres decir?

Sylvia vertió más champán en la copa. Era extraño: bebía y bebía, pero no sentía mayor embriaguez que la de su propio ser.

Wellesley mantuvo un silencio obstinado antes de cambiar de tema.

—¿Cómo van tus clases de esgrima española con el joven poeta?

Las mejillas pálidas se tiñeron de carmín.

—He aprendido una defensa nueva.

Sir Arthur entornó los ojos, escrutándola.

—Otro día tenemos que practicarla. Me apetece comprobar tus progresos. Por cierto... ¿Has averiguado algo?

Sylvia esbozó una sonrisa orgullosa.

—Le he sonsacado alguna cosa. Es joven e inexperto. Pero no tonto. No he llegado a conseguir que me lo cuente todo... aún. Habló algo sobre los Apóstoles de Cambridge y Torrijos. Un velero bergantín.

—Vaya. Torrijos. Otra vez. —Wellesley miró al techo de madera y suspiró entre dientes de forma audible. Masculló para sí—: Siempre Torrijos. Liberales, sediciosos, inconscientes. Sé que Mina está conspirando por otro lado también, por muy enfermo que parezca. Si se estuvieran quietos... Tendré que intervenir en el asunto. De una forma definitiva.

BERTA SE ESCONDE

—Su padre parece estar bien de salud, doña Juana. Contesta con cordura a las preguntas, su corazón late con tranquilidad, sus pupilas se dilatan de una forma normal. Sus miembros funcionan. No debería haber mayor preocupación que la de su edad avanzada. Es normal una cierta demencia. Yo no me alarmaría demasiado.

Juana asentía, escuchando con atención. Lo que decía míster Hammick era tranquilizador, pero eso no quitaba que, fuera lo que fuese, ocurría algo en la cabeza de Juan Antonio de la Vega que provocaba aquellos extraños arrebatos de locura transitoria.

—¿Qué podemos hacer para aliviar esos ataques?

El médico rebuscó en su maletín y sacó un frasquito que contenía un líquido transparente.

—Unas dos gotas diluidas en agua templada. Bastarán para calmarlo, se lo aseguro. No dude en pedirme más si necesita.

—Muy bien. —Miró el frasco al trasluz—. ¿No sangrías?

El doctor sonrió.

—No sangrías.

Juana despidió al médico, que salió al frío de la calle. Confiaba de manera ciega en Hammick, uno de los médicos más reputados de Inglaterra, el único que conseguía mantener el reuma de Mina a raya. Le había aliviado de tal forma que el general conseguía usar las dos manos con normalidad la mayoría de las veces, sin tener que ponerse el cabestrillo. Sin embargo, una cosa era el reuma, y otra muy distinta

el funcionamiento del cerebro humano, pensó Juana.

El tiempo había mejorado. Fuera jugaban los dos mellizos de pelo rojo, lanzándose bolas de nieve. Guardó las gotas en una alacena que dedicaba a los remedios y medicinas, y pensó en ir a por parte de las viandas para la comida de Navidad que había encargado a un vendedor ambulante de su confianza que estaba cerca de allí. Pavos, faisanes, pollos y gallina vieja. Su criada, Berta, llevaba varios días despistada y no quería ningún fallo. Buscó a Gastón para que la acompañase.

Cuando salieron, los críos corrieron hacia ella. Juana sacó unas monedas de la faltriquera, se las entregó y les pidió que fuesen con ellos. Les ayudarían a cargar con las cestas.

Berta, que estaba en un lateral de la casa, se escondió, empujando hacia la sombra al joven que estaba con ella. No quería que Juana la viese perder el tiempo. Pero ella se había enamorado y el corazón la impulsaba sobre todas las cosas. Corrieron por la parte de atrás hacia la cocina. Allí, sin Juana en casa, nadie los encontraría.

FUSILES Y PÓLVORA

Torrijos cogió uno de los fusiles que había en el suelo del viejo molino y lo analizó.

—Es una belleza. Lástima que solo haya tres de percusión.

—Con los Baker nos llega y nos sobra —terció Boyd, contando mentalmente los barriles de pólvora para asegurarse de nuevo de que pagaban la cantidad adecuada al vendedor, que sonreía, enseñando una dentadura cariada y escasa.

El hombre se dirigió a los dos compradores con entusiasmo, hablando en un *cockney* cerrado que Torrijos entendía a duras penas.

—Son armas excelentes. También hay balas, pistolas y sables, espadas y dagas. Hasta un revólver.

Boyd sacó una bolsa con monedas y se la entregó al codicioso vendedor, que volvió a mostrar su colección de desgracias dentales al mundo mientras sus pupilas reflejaban el gozo del brillo de la plata.

—Ahora habrá que subir todo el cargamento al barco, y de la forma más disimulada posible.

El traficante de armamento soltó una carcajada breve y seca, luego señaló hacia la puerta de madera, que dejaba pasar la luz del sol entre sus fajas.

—Tengo un carromato lleno de ataúdes. No habrá problema con el traslado.

SONAMBULISMO

—¿Qué sientes cuando caminas en sueños, padre?

—Nada, querida hija. Solo son sueños. No me doy cuenta... No siento nada. Es como si estuviese sumergido en el mar, igual que cuando era un niño.

—¿Recuerdas algo? ¿Alguna imagen, alguna impresión? Siempre hablas de una especie de bruja o lamia, una chupasangre... Una meiga...

Juan Antonio de la Vega estaba sentado en un sillón orejero, tapado con una manta, leyendo un libro a la luz de un candil y varias velas. Suspiró profundamente. Miró hacia arriba, intentando memorizar.

—Recuerdo un rostro. Un rostro de mujer. Es muy hermosa, de cabello negro, los ojos muy muy azules. Lleva un violín en las manos. Luego se vuelve todo de un profundo color bermellón y me despierto. Estás muy preocupada, ¿verdad? —Levantó la mirada. En sus ojos, que ya habían comenzado a decolorarse por la edad, Juana notó una gran tristeza—. Te he dado una mala vida, hija mía. Por mi culpa has tenido que huir de la tierra y venirte a vivir aquí. Si hubiésemos abandonado nuestras ideas... No tenía que haber dejado que te casaras con Mina. No tenía...

—No digas tonterías, padre. —Juana lo interrumpió dándole un suave golpe en un hombro. No soportaba aquella cantinela triste, llena de morriña, que a veces lo aplastaba y amenazaba con aplastarla a ella—. Somos nuestras ideas. No podríamos vivir en La Coruña sin hacer

nada por la libertad. Además, nos hubiesen ajusticiado. Amo a Mina sobre todas las cosas. No te tortures. No hubieses podido hacer nada, *papa* —lo dijo a la manera inglesa—. Me habría casado con él aunque te hubieses puesto como una furia y me hubieses desheredado.

Juan Antonio asintió en silencio ante el discurso apasionado de su hija. Recordaba perfectamente cómo, asomada a la ventana, había visto pasar al general a caballo por la calle Real. Su emoción. Su determinación instantánea. El flechazo enloquecido de una cría que no tardó en requerir a su padre que llevase a Espoz y Mina a sus tertulias liberales. ¡Cualquiera se lo negaba! Menuda era ella, ¡con el carácter de un general de brigada!

Juana besó a su padre en la frente. Se puso en marcha. Era hora de empezar con los preparativos para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad. Había mucho que hacer y que cocinar. Mina ya había enviado las invitaciones. Y, encima, espabilar a Berta. Algo le pasaba. Le había encargado que comprase botellas de vino y cerveza para la comida de Navidad. Nada. Y ya estaban escasas de tiempo. Tendría que decirle a Gastón que la vigilase. No era normal que estuviese siempre en la luna.

¡RECIÉN CASADA!

Teresa Mancha espera, sentada en un banco de la fría iglesia. La cabeza baja; las mejillas, siempre tersas, parecen dos pergaminos. Lleva ropa nueva y cara. Una capa de pieles, un sombrero de color azul —como sus ojos— con plumas de pato, un vestido de lana y seda que hace juego, unos botines forrados que abrigan sus pies, las suelas manchadas de tierra del camposanto que hay en el exterior. Da golpecitos, con sus manos enguantadas de rosa, en el misal. Su anillo de casada aprieta bajo la tela fina.

Huele a incienso.

Las iglesias de Londres no son iguales que las iglesias españolas, mucho más dramáticas y barrocas, llenas de santos en torsiones imposibles, con velas derretidas y altares suntuosos. En Londres son luminosas y severas, colores alegres, vidrieras altas, el órgano atronando a Händel. Ha nacido el Niño Dios —hay un Belén en el altar, cerca de la estatua de la Virgen María— y la misa de media noche ha llenado el templo. Teresa nota cómo todo su cuerpo palpita de emoción y miedo. Emoción porque va a ver al fin al amor de su vida. Miedo porque la han casado contra su voluntad hace dos días. No quiere ni pensar en la reacción de su Pepe en cuanto lo sepa. Enloquecerá, aunque ella ya se lo ha comunicado por carta. Su única esperanza es que, al estar en la iglesia, pueda dominar su temperamento exaltado delante de la gente.

Espronceda se detiene en la puerta de la iglesia de Saint Pancras. La culpa no le ha dejado dormir. La imagen de la maldita mujer no sale de su mente. Cuenta las horas para volver a verla y cuenta las horas para ver a Teresa. La puta y la virgen, la rica y la pobre, la zorra y la dama. Teresa está en el último banco; José reconoce la fina y delicada forma de su cabeza, inclinada, su cabello oscuro de ala de cuervo, sus orejas adornadas por pendientes que brillan a la luz de las velas de la iglesia. Ella se vuelve. Sus ojos azules lo miran con la expresión de un cachorro abandonado. Espronceda se quita el sombrero con respeto, apura el paso y se sienta a su lado. Hace un frío tremendo; la levita de lana no le protege. Nota un escalofrío. Están solos en el banco.

La mano de Espronceda agarra el brazo de Teresa. Le dice al oído:

—Salgamos afuera, por favor.

—Afuera hace mucho frío.

—Aquí no podemos hablar. Y también hace mucho frío. La iglesia es vieja y está resquebrajada. El viento entra por todas partes.

Una mujer que está sentada delante se vuelve, ceñuda, y se lleva un dedo a los labios para hacerlos callar. La música de órgano atrona en la nave y reverbera por el aire: aleluya, aleluya, reinará para siempre, para siempre, para siempre, para siempre jamás.

Teresa accede. Los dos salen. Ella se coloca el gracioso sombrero azul y se abriga con el manguito y la capa.

—Estás preciosa.

Camina hacia la parte de atrás del edificio. Hay un cementerio de lápidas abigarradas, a todas luces superado por el número de tumbas. Se ven aquí y allá huesos y calaveras semienterrados, lápidas caídas, tumbas abiertas, el olor a flores y a podredumbre está atenuado por el frío y la nieve.

Un poco más lejos hay un banco, árboles. Se ocultan detrás del parterre, apartan los copos helados de la madera y se sientan. Se besan con apasionamiento. Se entrelazan las manos.

Espronceda nota el anillo a través del guante de seda.

Se separa con brusquedad y le quita el guante de la mano.

Ella mira hacia el suelo, abrumada por una pena que le destroza el corazón.

—Me han obligado mis padres, Pepe. Yo te quiero a ti, te amo con locura, pero me han obligado mis padres. Es rico. Muy rico. Y ellos están en la ruina...

Espronceda se levanta, la mira fijamente, unos ojos obsesivos y llenos de oscuridad, y se va sin decir nada.

Teresa lo ve marchar a grandes zancadas. Las lágrimas se congelan en sus mejillas como dos pequeños diamantes.

Espronceda escucha un «te quiero» desgarrado que le rompe el corazón, pero no se da la vuelta. Abre la puerta de la verja y camina con la cabeza gacha, escondida entre los hombros, evitando el frío y también escuchar nada más. En su mente se mezclan el dolor del despecho con el alivio de no sentirse ya culpable por haber caído en los brazos de la mujer-infierno.

Nota un pequeño dolor en el cuello, pero no es nada comparado con el dolor de su corazón.

LA MUJER-INFIERNO

La mujer-infierno —a decir de Espronceda— escuchó la voz de su marido llamándola. Sylvia Axel estaba leyendo en el salón una novelita que acababan de traerle, envuelta en un cuidadoso paquete marrón. Se titulaba *El Vampiro* y, por lo visto, estaba inspirada en el propio Lord Byron. El autor había sido médico personal del malogrado poeta. Habían acabado mal, seguramente porque el retratado en la novela, el vampiro, lord Ruthven, era el mismísimo Byron. Quizá no le había sentado demasiado bien. O quizá había sido verdad en el relato, y Byron era un chupasangre que destripaba gallinas.

Como ella.

Sus oídos eran como los de un zorro en el monte. Su nariz, como la de un sabueso. Escuchó el galopar del caballo negro de su esposo, rítmico y pausado. Detectó el sudor de caballo y jinete; el olor masculino, que, era cierto, echaba de menos. Su hambre atávica se despertaba con cualquier estímulo, tenía que disimular, aguantarse, no podía salir todos los días a masacrar animales de granjas cercanas. No podía bajar al sótano ni a las cocinas a cazar ratones, como si fuera un gato ansioso. Acabarían por descubrirla y meterla en uno de aquellos sitios sombríos en los que cortaban el pelo y encadenaban a las mujeres. Sitios de los que hablaban en las novelas de a penique. Sitios que nombraban en susurros sus amigas de la nobleza. Sitios que albergaban a despechadas o a enloquecidas.

Como ella.

Charles Morgan-Brown apareció en la puerta del salón de lectura leyendo la carta del duque de Wellington. La guardó y cogió a su mujer por el talle. La besó con ansia, mordiéndole los labios. Luego la soltó y la admiró de arriba abajo.

—Estás preciosa. ¿Qué habrás hecho estos días durante mi ausencia? Te brillan los ojos. Estás más pálida. Más delgada... ¿Has comido bien?

—Mejor que nunca, cariño.

—¿Me has echado de menos?

—Más que nunca, amor mío.

La volvió a besar y ella soltó un gemido y lo apretó entre sus brazos. Aspiró su olor masculino y acre. Él la miró, sorprendido por su calidez. Le enseñó la carta.

—Arthur Wellesley nos ha invitado a su baile de disfraces de fin de año. ¿Qué te parece? Tenemos que pensar de qué nos vestiremos. Quiero sorprender a todo el mundo. Algo atrevido, diferente. Algo que les muestre a todos tu extraordinaria belleza.

NAVIDAD OSCURA

Salvá ayudó a su esposa y a sus tres hijos a salir de la berlina. Detrás de ellos bajaron Espronceda, que cargaba ampollas con vino, y dos criados con bandejas y viandas. Juana ya esperaba en la puerta de su casa de campo. Eran de los primeros invitados en llegar.

—Berta, corre. Ayuda a meter las bandejas, ¡espabila! ¡Estos días andas muy boba! Feliz Navidad. Gracias por venir. —Y se dirigió al librero con una gran sonrisa en el rostro—: Nos encanta pasar la Navidad con mucha gente en casa. Sobre todo, emigrados españoles. —Luego saludó a Espronceda, que no podía abandonar el rostro sombrío que se le había pintado la noche anterior en la misa del gallo—. Gracias por venir a ti también, José. —El poeta inclinó la cabeza y le besó la mano. Luego le mostró las ampollas con vino—. Eres muy amable, pero no hacía falta que trajeras nada. Aquí hay de sobra. Ayer nos hicieron llegar varios galones. —Sonrió mientras se dirigían a la puerta.

Los Salvá la acompañaron a su vez.

—Los honrados somos nosotros. Ni más ni menos que pasar la Navidad con el general Mina y su esposa. —La mujer de Salvá empujó suavemente a los críos hacia dentro de la casa para que no se enfriaran—. Hemos traído un pavo relleno. Y pudin. Y pastel de carne. Y salchichas. Y galletas.

—A Mina le encantan las salchichas. Lo agradecerá.

Mina ya estaba de pie, en el *hall*, apoyado en su bastón. Avanzó unos

pasos para saludar a la familia y al poeta. Unos copos ligeros comenzaron a caer de forma suave sobre su cabello castaño. El aroma a alimentos especiados, a aves asadas, a patatas, a verduras, a dulces, a hogar, en suma, llegaba a todos los presentes y les llenaba de gozo.

—Vicente. Pepe... Feliz Navidad. Gracias por venir a esta humilde casa. Estamos muy honrados. Pasad al comedor. Hay una chimenea encendida. Estaremos de maravilla. Juana ha puesto el belén.

Y Juana añadió:

—Hemos hecho té de Navidad. Con jengibre, clavo, naranja y canela. Y ponche. Espero que os guste el ponche. Lo tomaremos mientras esperamos a los demás invitados. ¡Sois los primeros en llegar!

Muy pronto, la casa de campo de Espoz y Mina se llenó de gente. Amigos, españoles que no querían pasar solos el día de Navidad, excombatientes, ingleses devotos de la libertad de España y de la buena comida, vecinos, niños y niñas vestidos con sus mejores ropas, que contrastaban con los harapos de los pilluelos pelirrojos de la calle, a los que Juana destinó parte de las viandas como si hubiesen sido hijos propios. Se reunieron en torno a la gran mesa de madera del comedor, unos sentados y otros de pie, cerca de la chimenea. Espronceda pronto entró en calor y abandonó aquella expresión de abismo que parecía grabada a fuego en su rostro. Tenía hambre. Para su sorpresa, el anuncio del matrimonio de Teresa de la noche anterior no le había cerrado el estómago. Un ansia ciega y atávica se había apoderado de sus tripas; quizá mucho tiempo sin comer bien, mucho tiempo sin calor, mucho tiempo sin ver a sus padres, mucho tiempo fuera de su ciudad, de su patria. Salvá, contento de verlo sonreír, le dio unas palmadas en la espalda y, saltándose el protocolo, le puso en el plato un buen trozo de ternera poco hecha que había en una bandeja justo delante de ellos.

—Te veo muerto de hambre, Pepe. Come. Luego nos tendrás que recitar unos poemas y has de coger fuerzas. ¡Por favor, sírvanle un poco de vino a este joven poeta! Está muy pálido. ¡Tiene que recuperar

el color!

Espronceda esbozó una sonrisa tímida y miró el trozo de carne con codicia. Bebió un sorbo de vino y se sintió pletórico. Lo único que le incomodaba, además de una inusitada ansia por comer de una forma atávica, era aquella extraña sensación de tener detrás de sus ojos otros que escrutaban a su vez, unos ojos llameantes y azules como zafiros. Como si su cerebro proyectase lo que estaba viendo hacia otro lugar oscuro y lejano.

Juana, ajena a aquellas tribulaciones, estaba contenta. Le encantaba dar de comer, como buena gallega. Era ferviente católica y celebraba el nacimiento del Niño Dios de una forma devota, no como su marido, que apuntaba maneras de ateo a su pesar. Muchas veces habían discutido por ello, pero Mina siempre acababa con un categórico «en la guerra no hay Dios, solo hay infierno» y de ahí no lo podía sacar.

Y estaba contenta también porque su padre parecía tranquilo, sereno y en plenas facultades. Era cierto que los ataques le solían dar al anochecer, a la hora del lobo y los trasgos. Pero, por primera vez en días, mantenía conversaciones enteras llenas de lógica y estaba lúcido como en los buenos tiempos. Incluso bromeaba con alguno de los niños, a los que descubría metiendo en sus bolsillos chucherías y dulces para más tarde. Además, Berta también parecía estar atenta a sus tareas y servía comidas, bebidas y dulces sin despistarse un momento y con la rapidez requerida para la ocasión. Todo discurría de modo plácido y feliz; aquellos escasos momentos en los que la sempiterna morriña desaparecía y la bonhomía de los refugiados y los amigos servía de unguento para el alma.

Alguien comenzó a golpear una copa con un cubierto y pidió un brindis por parte del general Mina. Todos lo secundaron al momento; los cristales resonaban como una caja de música.

Mina se levantó con la copa en la mano. Brindó por todos y por la libertad. Luego bebió el líquido rojo de un trago.

A los pocos segundos se puso muy pálido y se llevó la mano al vientre.

A continuación, cayó sin fuerza sobre la silla y vomitó todo el líquido oscuro.

NAVIDAD

El salón Waterloo de Apsley House, decorado con obras de arte exquisitas —parte de la colección real española, cedida al duque por Fernando VII— era el lugar elegido por sir Arthur Wellesley para celebrar la comida navideña. Todo el gran Londres o estaba allí o en la fiesta que organizaba en el Palacio de Buckingham el rey Jorge. Era una estancia fastuosa y roja, con ventanales que daban directamente a Hyde Park, ventanales que estaban en aquel momento asegurados con barras de hierro para evitar un atentado contra el duque de Wellington, amenazado de muerte desde muchos ámbitos en el convulso momento histórico inglés.

Los carruajes se apelotonaban en Hyde Park, la nieve había vuelto y el suelo estaba resbaladizo. Mujeres y hombres cubiertos de pieles bajaban con cuidado ayudados por los criados y entraban en la mansión. Sylvia Axel iba abrigada por el brazo de su enorme esposo y un manto de armiño cálido y confortable. Avanzó hacia la puerta levantando el vestido de color verde oscuro para preservarlo de la nieve. Asomó su zapatito de color coral unos segundos, como un rastro de sangre.

Sirvientes negros e indios recogían los abrigos, las pieles, los levitones. Otros los acompañaban hacia el piso de arriba, en donde estaba el comedor. Dentro se escuchaban voces infantiles cantando, una pequeña orquesta de contados instrumentos tocaba melodías típicas de Navidad. Todo era cálido. En el *hall*, un enorme árbol

engalanado recibía a los invitados con velas encendidas.

La esposa del duque, una mujer menuda y pálida, de ojos azules desvaídos y poca gracia —a los ojos implacables de Sylvia era lo más parecido a un perrito chihuahua, aquellos perritos americanos tan de moda entre la gente rica—, esperaba junto a la entrada a los invitados e intentaba poner buena cara a un acontecimiento que a todas luces no le resultaba demasiado apetecible. Los criados ofrecían dulces y ponche, los invitados se sacudían los copos de nieve y todo el mundo parecía sonreír y disfrutar de la hospitalidad de aquella casa.

Arthur Wellesley sonrió abiertamente a la pareja y acudió a saludarlos. Sylvia bajó los ojos, fingiendo una timidez que estaba muy lejos de sentir. El primer ministro los acompañó de forma obsequiosa hacia sus asientos en el salón rojo, posando de forma subrepticia su mano en la cintura de la joven. Sylvia admiró al entrar la colección de cuadros que adornaban las paredes, incluido un retrato del duque pintado por sir Thomas Lawrence justo tras la batalla de Waterloo, vestido con el uniforme de capitán general, con la casaca roja y el toisón de oro.

Olía de maravilla, y la mesa estaba llena de manjares exquisitos: sopas, bacalao, salmón, trucha, ostras, jabatos, faisanes, patos, gallinas, pavos, pavos reales, gaviotas, cordero, ternera, garza, beicon, manzanas asadas, jarras con *gravy*, pollos de primavera, salsa Cumberland, grosellas, naranja amarga, guisantes, pan recién hecho y humeante, pudin de Yorkshire, cebollas, coles, zanahorias, huevos cocidos, peras, langostas, quesos, caléndulas, vino de España, vino de Francia, ampollas con cervezas. Los invitados se sentaban por orden estricto de protocolo. Reinaba un ambiente alegre, festivo, cálido, confortable. Sir Charles Morgan-Brown miró a su esposa, embriagado de felicidad. Su belleza resaltaba sobre todas las demás mujeres del banquete. Desde su marcha estaba mucho más delgada y pálida, y sin embargo, comía con un apetito voraz. Charles se preguntaba si no habría cogido el gusano al que los doctores llamaban *taenia*. Nunca había preferido la carne, y sin embargo, ahora engullía como un

estibador del puerto trozos bien grandes y sanguinolentos. Allí estaba, con un zanco de faisán en la mano, incluso a punto de comportarse fuera del decoro. Sintió una punzada de deseo por ella. Quería hacerle muchos hijos, sanos y que comiesen trozos de carne sangrienta como hacía ella. Pero la semilla se resistía a prender y eso le torturaba. Quizá fuese su culpa. Quizá su semen fuese aguado.

Wellesley observaba con atención las miradas de cordero degollado de sir Charles a su esposa: ella se las devolvía, o eso le pareció durante unos segundos. Los celos del duque le oprimieron un segundo el corazón. La muy desagradecida. Después de lo que estaba haciendo por ella. La castigaría de alguna forma placentera —para él— cuando quedasen. Tenía que espabilarla, era necesario que descubriera cuanto antes cuál era el plan de los temerarios españoles. Torrijos no perdía el tiempo. El duque conocía el enfrentamiento entre los bandos de Mina y los del madrileño, la Junta del Alzamiento, y el dinero que le proporcionaría el imbécil del rey Fernando si le descubría todas las conspiraciones contra él que se producían en su ciudad.

Lady Sylvia comía con gula. Ella le lanzó una mirada a través de la mesa, y sus ojos del color del zafiro guardado en la estancia secreta brillaron con lascivia.

Su deseo no podía esperar. Tenía que verla al día siguiente.

La Coruña, otoño de 1854

CÓLERA MORBO (II)

Las crónicas cuentan que muy pronto comenzaron a sucederse los muertos. Al principio de una forma escalonada. Luego, cuando los carrmatos llenos de cadáveres o incluso con gente que aún estaba medio viva, medio muerta, recorrieron sin cesar las calles de la ciudad hacia el cementerio de San Amaro, el pánico se hizo más y más intenso. Empezaron muriendo los más pobres. Los mendigos, los pedigüeños, los campesinos sin cosecha, hijos pobres de las nevadas y el crudo invierno. Habían escapado a la ciudad al ver sus arcones vacíos. Pero en la ciudad solo encontraron los toques de campana a muerto y los carritos arrastrados por los niños del hospicio al caer la noche.

Las campanas al principio repicaban de forma tímida; después se atrevieron a tocar más fuerte, y la población de La Coruña intentaba huir a toda costa de aquel sonido fúnebre y preciso que anunciaba el paso de los cadáveres. El olor a podredumbre y a miasma se hizo insoportable, como también se hizo insoportable la convivencia normal: cada segundo colmado por el tañido metálico y el traqueteo de camillas y carros llenaba de angustia el alma de todos.

Nadie sabía cómo parar aquel horror.

Los médicos morirían también. Y sus familias.

Los curas, los ricos, los pobres, los mendigos, los policías, los milicianos, las lavanderas, las costureras, los de la ciudad alta, los de extramuros... La parca los igualaba a todos.

Juana, desesperada, pidió ayuda a la reina Isabel. Había que crear un hospital para atender a los coléricos. El doctor Narciso Pérez estaba en contacto con ella y dispuesto a arriesgar su vida para salvar las de los otros. Ella también.

En el fondo intuía que ella era, en cierto modo, la responsable.

ESPÍAS

Arthur Wellesley vio a su mujer abandonar la mesa y mandar al aya encargarse de los niños. Kitty se despidió y subió a la *drawing room*.

Algunos invitados al ágape navideño comenzaban con lentitud a abandonar Apsley House. Cesaron los villancicos, los gritos excitados de los críos; las mujeres se ausentaron, los hombres aprovecharon para fumar sus cigarros.

Un criado apareció por uno de los pasadizos que llevaban a la habitación roja para comunicarle al duque que un hombre quería verlo. Wellesley asintió: esperaba aquella visita.

—Que suba.

El *novio* de Berta se quitó la gorra nada más franquear la puerta de Apsley House. El sirviente lo acompañó hasta el despacho situado en la tercera planta.

Sir Arthur hizo pasar al apuesto hombre rubio, que vestía como un estibador del puerto, nariz fina, uñas negras, ojos muy claros, pero de mirada turbia. En realidad, un espía a sueldo de Wellesley. El duque cerró la puerta tras de sí.

—¿Y bien?

—Sus sospechas eran verdad. Mina es muy inteligente: parece inofensivo y está algo enfermo, es cierto. Pero no para de conspirar en la sombra. Al revés que los otros exiliados, que no esconden sus anhelos, Mina se cartea en secreto con París y España. Quieren matar

al rey Fernando en un prostíbulo.

Wellesley permaneció unos segundos callado antes de romper a reír a carcajadas. Luego abrió una caja de marfil, eligió y encendió un cigarro, aspiró con delectación y le ofreció otro a su confidente.

—¡Qué hijos de puta! Hay que reconocer que nuestro general es mucho más inteligente que Torrijos y compañía. No imagino mejor lugar para matar al capullo del rey, con su enorme pene introducido en alguna pobre prostituta de la corte a través de almohadones.

El soldado enrojeció hasta la raíz del cabello al escuchar al primer ministro diciendo aquellas barbaridades sobre el rey de España.

Tosió.

—¿Almohadones?

—Es una historia muy larga, amigo mío. —Rio su propia broma mientras lanzaba volutas de humo al cielo de su despacho con satisfacción. Ofreció fuego a su confidente.

—¿Te has encargado de la botella?

El hombre asintió, notando la calidad del tabaco al fumar.

—Sí. No lo matará, pero le dará un buen susto. A ver si así lo deja. Creo que si es tan inteligente como parece, lo hará.

—Eso espero. Aprecio a Mina. Pero no lo quiero conspirando contra la monarquía española. Si hay alguien que podría acabar con Fernando, es él. No quiero que muera, pero me interesa que se detenga.

—¿Necesita algo más? ¿El entorno de Torrijos?

—Torrijos olería que eres un soldado desde varias leguas. —Le hizo un gesto con la mano para indicarle que podía retirarse—. Ya tengo a alguien haciendo ese trabajo. Alguien a quien nadie imaginaría como un espía del gobierno de Su Majestad.

Wellesley, pensativo, vio marchar a su espía. Luego bajó a la sala. Los invitados que quedaban habían empezado el habitual pasatiempo «viajar en carruaje»: las mujeres, subidas en alfombras, eran arrastradas por todo el edificio por maridos, pretendientes o

cualquiera con ganas de jugar. Se escuchaban los grititos histéricos de las damas y los gruñidos de esfuerzo de los hombres al transportarlas por los pasillos. Al duque aquel tipo de juegos le parecía una pérdida de tiempo, no necesitaba de aquellas futilidades para conseguir a una mujer. Sin embargo, se dirigió con una sonrisa hacia el barullo. Allí estaba sir Charles Morgan-Brown, jugando con unas jóvenes ruborizadas y con aspecto de leche hervida.

¿Dónde se habría metido su mujer? Sylvia se había excusado de la mesa y no había vuelto a verla... Wellesley se acarició la barbilla, en donde empezaba a salir el vello canoso y duro. Esperaba que no hiciese lo mismo que la enloquecida de Harriet. O igual lo deseaba en el fondo. A veces estaba harto de todo lo que le rodeaba: necesitaba algo que sacudiese su vida, instalada en el más absoluto acomodo.

Mientras todos se divertían en medio del juego y del alboroto, él se escabulló por los pasillos de su mansión, por lugares que solo conocía él. Ni siquiera había dejado que los obreros que reformaron la casa fuesen conscientes de ciertas partes que empezaban unos y terminaban otros. Muy pronto la música y los ruidos de la fiesta dejaron de escucharse, y sir Arthur Wellesley se perdió en las profundidades de Apsley House.

VENENO

—¡Paco! ¡Qué te pasa! ¿Estás mal?

Juana se abalanzó sobre Mina, cuya palidez había devenido en un preocupante color verdoso. El general señaló inmediatamente la copa de vino mientras balbuceaba.

—Berta, corre. ¡Haz té negro, muy cargado! ¡Traed agua y sal! ¡Tú, Gastón, vuela a por el doctor Hammick!

Hizo beber a su marido un gran vaso de agua salada. Alguien trajo un cubo de metal y Mina siguió vomitando, durante un rato largo, todo el vino, la escasa comida que había ingerido y bilis amarilla. Se tomó el té, respiró hondo y pareció recuperar el color.

Juana, más aliviada, cogió la botella y la olió. Vino, sí, pero algo más que no podía detectar, amargo y desagradable. Se la daría al médico para que la analizase: estaba convencida de que alguien había intentado envenenar a su marido, y quizá a todos los invitados. Pero... ¿quién?

Nadie parecía haber traído aquella redoma de vino.

Las de Espronceda estaban sin abrir; las de Salvá, también. Ninguno se hacía cargo de aquella misteriosa ampolla que había aparecido de la nada justo en la parte de la mesa que ocupaba el general.

El médico llegó. Todos se tranquilizaron al ver que Mina hablaba perfectamente con él, aunque temblaba como una hoja a pesar de que lo habían ayudado a sentarse al lado de la chimenea para que entrase en calor.

—Creo que vomitar le ha salvado la vida, o por lo menos ha impedido que llegase a su organismo lo que quiera que haya en esa botella —reconoció el doctor mientras observaba los ojos del general y le tomaba el pulso—. Me voy a llevar esta botella. El olor es penetrante, no descartaría cualquier cosa. ¿Solo ha tomado de ese vino el general?

Juana asentía mientras abrazaba a su marido con fuerza. Mr. Hammick rebuscó en su maletín negro y sacó un par de botellitas de cristal con líquidos rosados.

—Diluir esto en un litro de agua y tomarlo durante todo el día ayudará a asentar el cuerpo. Yo creo que la recuperación será total. Pero, si pasa algo, no dude en volverme a llamar —dijo dirigiéndose hacia Juana—. Aunque sea Navidad. —Sonrió y metió la botella con lo que quedaba de vino en su maletín de piel—. Cuando sepa algo, os lo comunicaré. Se la llevaré al boticario cuanto antes.

Un rato más tarde, Mina dormía plácidamente, gracias a los remedios del doctor Hammick. Juana charlaba con voz queda con Vicente Salvá y Espronceda, mientras los hijos de Salvá se entretenían con otros niños en un rincón de la sala. Juana les había dado un juego de mesa.

Berta sirvió el café. La anfitriona salió un momento del comedor y al poco regresó con una caja de madera.

—Unos habanos que le regalaron a Mina. Son excelentes. Pueden fumar en mi presencia. Adelante: no hay problema.

—¿Quién puede haber intentado envenenar a Mina? —Salvá se acariciaba la barbilla mientras meditaba.

Juana bebió un sorbo de café caliente y amargo.

—Cualquier realista pagado por el Rey Felón. La pregunta es: ¿cómo entró la botella en esta casa? Ninguno de los invitados la trajo. De alguna manera ha aparecido aquí.

Mientras Salvá y Juana discutían cómo podría haber llegado aquel regalo envenenado a su mesa, Espronceda dejó el café a un lado y aspiró el humo del habano. Todo de una forma mecánica, porque dentro de su mente algo parecía estar tomando forma. Una forma oscura y

siniestra que miraba a través de sus ojos. Durante unos segundos, aquella forma abyecta observó todo lo que ocurría en aquel salón. Miró a aquellos niños que jugaban y se divertían, niños pobres, niños acomodados, niños rubios y pelirrojos, niñas dulces y sabias. Y eligió.

Cayó la noche y los invitados se marcharon. Juana subió a la habitación. Mina estaba despierto, había recuperado el color y se había incorporado en la cama para beber agua. Ella se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Me encuentro mucho mejor, amor mío.

Ella suspiró, sobrecogida de alivio y miedo a la vez. Intentó sonreír.

—Vamos a tener que contratar a un catador, como los reyes.

—Los tentáculos del rey llegan muy lejos. Pero no nos rendiremos. La libertad es más importante que nuestras vidas. A partir de ahora tendremos más cuidado, eso es todo. Yo no voy a dejar de beber un vasito de vino, querida...

Mina cerró los ojos, agotado de hablar. Juana lo arropó y lo besó. Estuvo con él hasta que lo notó dormido.

Cuando bajó a las cocinas, encontró a Berta acurrucada en un rincón, en el suelo. Lloraba a lágrima viva.

—¿Qué ocurre, Berta? ¿Estás bien?

—La culpa ha sido mía. Toda la culpa, señora. Perdone.

—¿La culpa de qué? Cálmate, por favor. ¿Qué ha ocurrido?

Intentó calmar los hipidos y tranquilizarse sin éxito. Tartamudeó.

—La... la... botella envenenada.

Berta ocultó su rostro con las manos y los estremecimientos se hicieron tan fuertes que Juana tuvo que abrazarla hasta que se tranquilizó. Luego le cogió la barbilla con la mano y le subió la cara a la fuerza.

—¿Qué pasó?

—Señora, no me despida, por favor. No sé qué haría sin ustedes. No sabría vivir sola en Londres.

Juana la abrazó, intentando consolarla. Durante un buen rato notó sus lágrimas y lamentos. Luego, al fin, pudo hablar.

CARTA DE TORRIJOS A JOSÉ DE ESPRONCEDA

Feliz Navidad, oh, poeta:

Mañana por la tarde tendremos tertulia en Cambridge. Espero que puedas venir. Necesitamos versos, necesitamos sangre y fuerza. Necesitamos ayuda para nuestro plan. Todas las manos son bienvenidas. Tennyson me ha prometido vino y ballenas para todos. Y, seguro, Tomlinson contará su extraña historia de la dama sin corazón.

Te esperamos en The Crutched Friar. A las dos de la tarde. Nos recogerá un carruaje, sé puntual.

EL ANSIA

Sylvia Axel cabalgaba, las gotas de lluvia mojaban su rostro, pero a ella le daba igual. Su hambre era lo único importante.

Se había escapado de casa. Su marido dormía. Lo había agotado. Entre la comida en Apsley House, los licores, el jerez, el ponche, el vino dulce y la actividad erótica posterior, un sir Charles vencido roncaba el sueño de los justos con su camión blanco y su gorro de dormir ridículo. Cuando notó que estaba profundamente dormido, se levantó con sigilo, se travistió con pantalones, levita, capa y sombrero, y bajó hasta las cuadras. Cogió su caballo negro, nervioso y de ojos vivaces, que relinchó de contento al verla.

A través de los ojos del poeta había visto algo que ella deseaba. Hasta que lo vio, no lo deseó.

Fue durante la comida en Apsley House. Al poco de entrar en aquella mansión notó algo que se removía dentro de ella. Algo que la llamaba desde alguna parte de la casa. Una voz oscura y redentora, llena de promesas. La llamada era suave y angustiada al mismo tiempo, tranquila pero acuciante. Sylvia era incapaz de resolver sus sensaciones con un mínimo de coherencia y, además, el hambre, aquella ansia que devoraba sus entrañas, la impelía a devorar todo lo que le ofrecía la mesa llena de viandas y las que pasaban en las bandejas. Notaba los ojos del duque fijos en ella, la media sonrisa de la boca cruel. Bebió un sorbo de vino español, espeso y suave, y la llamada se volvió más acuciante y rapaz.

—Voy a excusarme un momento.

Sonrió a su marido mientras se limpiaba con delicadeza la comisura de los labios, manchada de grasa. Sylvia salió del salón rojo hacia el descansillo de las escaleras amplias y llenas de luz. Notó de nuevo la voz en su mente; pensó que se estaba volviendo totalmente loca, pero el placer intenso que sentía en cada neurona superaba cualquier tipo de represión o vergüenza. Necesitaba saber. Necesitaba buscar. Necesitaba calmar el ansia que la atenazaba, que la despertaba por las noches y la obligaba a beber la sangre de los animales más abyectos.

Esperó a que un grupo de mujeres subiera a uno de los pisos superiores para camuflarse entre ellas mientras organizaban los juegos, y luego se cercioró de que no hubiese nadie mirando: ni criados ni invitados. Ni ningún habitante de la mansión.

La Coruña, otoño de 1854

DIARIO DE A BORDO

Juana se arrebujo en su capa de lana. A pesar de que de día hacía aquel horrible calor húmedo, por la noche refrescaba. Y mucho más cerca del mar.

Bajó las escaleras de piedra, procurando no resbalar en las algas verdosas. Gastón acercó la barca, que se deslizó por las aguas negras del puerto con suavidad, aproximándola todo lo posible para que subiera sin problemas la Generala, que ya no estaba tan ágil como antes, aunque aún cabalgaba como un hombre y caminaba durante varias millas sin cansarse. Bajo la luna menguante, Gastón remó con ímpetu y ritmo hasta acercarse al barco.

El bergantín permanecía en completo silencio, meciéndose al compás del vaivén marino. No había ni una luz. Nadie en cubierta. Juana se fijó en el nombre: El Temido. Gastón remó hasta quedar pegado al casco. Luego lanzó una escala varias veces. Al fin se enganchó en algún lugar. Pequeñas olas chocaban contra la madera en un sonido rítmico, relajante.

Gastón trepó. Aunque ya no tuviese la fuerza de la juventud, seguía conservando fuerza y destreza. Juana lo vio desaparecer al saltar a cubierta.

Gastón dio unos pasos sobre la madera resbaladiza. Miró hacia popa; luego hacia proa.

Nadie. Era como si la muerte hubiese pasado la guadaña hacía pocas horas. Solo el ruido del Atlántico lamiendo el casco.

Juana se levantó y tocó la madera con sus manos. La soledad pegajosa y siniestra que emanaba del casco de aquel barco era perturbadora. Aquella sensación de vacío absoluto golpeó a Juana en el cerebro de una forma contundente. La reconoció. La había vivido años atrás en Londres.

Era la sensación del puro miedo.

Al rato Gastón se asomó y la llamó.

—No hay nadie. Es como si a la tripulación se la hubiese tragado la tierra. O el mar, en este caso. Pero he encontrado algo.

Mientras Gastón remaba de vuelta al puerto, Juana agarraba con fuerza el diario de a bordo del capitán mientras evitaba los ojos muertos de la sirena de cola enroscada.

TUS OJOS COMO ZAFIROS

En los pisos inferiores de Apsley House se escuchaban villancicos cantados por niños. Las voces blancas y dulces subían por el amplio hueco de la escalera, el bullicio de los juegos de los adultos se escuchaba a lo lejos mientras ella se metía sin pudor por uno de los pasadizos que habían construido en la mansión para uso de los criados y del que acababa de salir una doncella con trapos y plumeros. No sabía bien por qué se había adentrado por allí, pero la voz la guiaba de una forma segura y exacta, y ella no podía hacer otra cosa que obedecer.

Subió unas escaleras, la madera chirriaba bajo sus pies, y se introdujo en un pasillo angosto que llevaba a una habitación estrecha y oscura. Cada vez había menos luz, las escaleras de caracol eran más empinadas y no parecían terminar nunca. Al fin apareció una puerta de metal, pesada y entreabierta. La empujó con fuerza. Daba a una habitación recubierta de tapices y con techo artesonado. En el suelo había una alfombra de color rojo que cubría la madera. El lugar olía de una forma extraña, a flores, a incienso, a sangre.

Sylvia avanzó con cuidado. La alfombra era gruesa y amortiguaba el ruido de sus pasos. Se fijó en los tapices, llenos de escenas abigarradas, cuerpos humanos entrelazados, seres mitológicos, decapitaciones, caballos, tigres enormes y fieros, elefantes de orejas pequeñas adornados con joyas. En aquella habitación la voz que resonaba en su mente parecía mucho más poderosa. Como una

presencia que lo impregnase todo, retumbaba en su pecho y la obligaba a atravesar la estancia y levantar uno de los tapices.

Detrás de la tela había una puerta, más pequeña. Sylvia asió el pomo de metal labrado en forma de cara de mujer e intentó abrirla. Estaba cerrada a cal y canto. La sacudió. Imposible.

Algo se movió al otro lado de la puerta. Sylvia apartó la mano del pomo. La voz se hizo insoportable en su cerebro. Como si mil niños torturados gritasen a la vez.

La voz estaba detrás de aquella pequeña puerta.

Le pedía entrar allí y que la liberase por fin.

«Eres mía. Libérame y serás libre. Tus ojos serán como zafiros y dominarás todo y a todos. Tendrás todos tus deseos. Tendrás a todos a tus pies».

Sylvia golpeó la puerta con desesperación. Pero siguió encajada e inmóvil. Se agachó y observó la cerradura. A través de ella se podía ver una luz tenue de color claro. Quizá el agujero fuese lo suficientemente ancho para poder ver algo del interior de aquella misteriosa habitación cerrada.

Sylvia pegó el ojo a la cerradura.

Logró ver algo, pero no pudo concretar qué era en realidad. Un resplandor extraño lo inundaba todo, un resplandor azulado y transparente como una piedra preciosa. Y en el medio de la habitación, algo que flotaba y daba vueltas sobre sí mismo de una forma muy lenta encima de una caja de plata que parecía contener una piedra preciosa.

El zafiro, enorme, sin tallar, parecía estar vivo, palpitaba como un corazón pálido y hermoso, y de él emanaba aquel ser flotante del que solo podía ver la parte inferior, velos transparentes de la seda más pura.

Sylvia se asustó. La llamada era tan grande, tan poderosa y gigante que notaba cómo su pecho ardía y se consumía al no poder abrir aquella puerta.

¿Dónde estaría la llave?

La voz en su cabeza se hizo estruendosa de repente.

«VETE. ÉL ESTÁ AQUÍ».

Cambridge

LA HISTORIA DE HARRIET GREEN

Todos los Apóstoles permanecían sentados en círculo alrededor de la chimenea, salvo Tennyson, que servía el vino en las copas, y su amigo Hallam, que se afanaba preparando las *ballenas* que se comerían después.

Espronceda, de pie, se dirigió a los presentes con semblante sombrío.

—Ayer estuve en la casa de Mina. Me invitaron a la comida de Navidad que celebraban con otros refugiados. Abrió una botella de vino para brindar. Estaba envenenada.

Torrijos le clavó una mirada estupefacta. Empezó a boquear, preocupado.

—¿Qué... qué le ocurrió? ¿Cómo está? ¿Está bien?

—Por lo visto, sí. Su esposa le dio un lenitivo y pronto vomitó todo. Al cabo ya estaba recuperando el color. El médico encontró algo extraño en el vino y lo llevó al boticario para que lo analice.

—Estamos vigilados y en peligro. —Torrijos, aunque no congeniaba en cierto modo con Mina por su supuesta cobardía, sabía que estaban en el mismo bando y debían unirse, y pronto—. Tenemos que ocultar todavía más lo de nuestro pronunciamiento.

—Seguro que es cosa de sir Arthur Wellesley. —Tomlinson se secó con un pañuelo el sudor que perlaba su frente, a pesar del frío que hacía en el invierno de Cambridge y en aquella sala enorme y gótica que ni la chimenea de gran tamaño era capaz de calentar en su

totalidad.

—Es verdad. Wellesley. —Torrijos torció la mirada. Aún le dolían las libras que les había negado a él y a su mujer—. Cuenta. El otro día nos dejaste expectantes. La historia de Harriet, la mujer sin corazón.

El sacerdote movió la cabeza. Estaba dispuesto a revelar aquella historia increíble a pesar de que nadie le iba a creer. Las copas de vino se llenaron al momento. Todos ocuparon sus sitios al lado del fuego. Tomlinson bebió un buen trago del líquido oscuro y aromático, y comenzó a hablar.

—La conocí en la iglesia. Venía a menudo.

Alguno de los Apóstoles carraspeó sin evitar una sonrisa.

Tomlinson los fulminó con la mirada. Estaba contando algo terrible, no una leyenda de brujas para niños. Todos callaron, impresionados ante la gravedad de aquellos ojos febriles.

—Venía a menudo a rezar. Era una joven devota. Acababa de perder a un hijo en el parto. Estaba destrozada. —Se hizo el silencio—. Era una mujer muy hermosa. Era rubia, muy rubia, con los ojos oscuros y las pestañas espesas. El talle fino como un junco, las mejillas del color del coral. Su marido era un militar retirado. Tenía sífilis. Por eso murió el niño. Ella estaba contagiada. Todo eso me lo contaba después de las oraciones. Nos hicimos amigos, muy amigos. Nada más. Yo... yo la amaba, pero era una mujer casada. Y los votos de Dios son sagrados para mí. Además..., estaba muy enferma.

Tennyson repartió vino caliente mientras todos escuchaban con atención la historia en la voz bien timbrada del sacerdote. Prosiguió, bajando la voz.

—Una vez hubo una misa en St Andrew por los militares muertos en acto de servicio. Ella asistió con su esposo. También el duque de Wellington. Yo, desde el altar, vi cómo la miraba. Sus ojos ardían como teas encendidas. Nunca creí que se atreviera..., pero lo hizo. Lo hizo, sí. Se atrevió. ¿Cómo no? Es sir Arthur Wellesley, *le Beau*. El consentido de Inglaterra. ¿Qué problema iba a tener seduciendo a una joven incauta?

Espronceda se removió en su asiento. Aquella historia le incomodaba y no sabía el motivo. Era como un eco que resonaba en su mente de una forma muy vívida, pero no era capaz de ponerle forma.

El sacerdote notó la boca seca: bebió un buen trago de cerveza y continuó con la narración.

—Desapareció durante un tiempo. Dejó de venir al templo, a los servicios. Yo me preocupé. Pensé que la sífilis... Un día había aparecido con un chancro. Lo intentó ocultar, pero me di cuenta... Pensé muchas cosas, en realidad, pero jamás se me ocurrió que había sido seducida por el duque. Una mujer sifilítica. No podía creerlo.

Torrijos intervino, deseando meter baza contra el militar.

—Wellington es famoso por el número de mujeres que ha seducido. Incluso a la novia de Lord Byron, lady Caroline Lamb. Y a varias antiguas amantes de Napoleón. Pero arriesgarse con una sifilítica... no es su estilo.

—Ya. Eso es cierto. Todos conocen la fama del duque, pero es extraño, en efecto. No es un suicida. Harriet era una presa fácil. Tan delicada, tan enferma... En fin. Pasaron varios meses. No supe nada de ella. Como si se la hubiera tragado la tierra. Al fin, un día, me decidí a ir a su casa. No quería hacerlo, no quería parecer un hombre enloquecido de amor o un metomentodo.

Tomlinson volvió a detenerse y todos, de una forma inconsciente, se adelantaron en sus butacas, deseosos de saber más y más.

—El jardín parecía en completo abandono. La casa... Era como si hubiese caído sobre ella una maldición, no sé explicarlo mejor. Como si estuviese sumida en la oscuridad en pleno día. Llamé. Nadie contestó. Quizá vi moverse unas cortinas. Pero nadie abrió la puerta.

—¿Y?

Tennyson lo apremió a seguir, pero el sacerdote prefirió dar un buen trago a su copa de vino. Tenía los ojos brillantes.

—Decidí esperar. Alguien tendría que entrar o salir en algún momento. Me escondí detrás de unos magnolios que había muy cerca de la puerta. Anocheció. Y fue entonces cuando la vi.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Volvió a interrumpir el relato, ante la desesperación de sus colegas, que intuían algo muy extraño y, por tanto, emocionante.

—Llevaba algo entre las manos, rojas de sangre. Se acercaba a la puerta de atrás de la casa. Caminaba como en trance, muy recta, decidida, fuerte. Ella no era así. Era tímida, delicada. Aquella era otra Harriet. Su cuerpo, sí, era igual, pero su expresión, su dureza...

Se abrazó a sí mismo con fuerza durante unos segundos y bebió otro sorbo de vino. Tennyson le volvió a llenar la copa para animarlo.

—Yo seguí parapetado detrás del magnolio, temblando como una hoja porque aquella imagen me estaba produciendo un terror intenso. Su vestido blanco se hallaba cubierto de sangre. No sabía si ella estaba herida... Solo sabía que había algo profundamente perturbador en aquella mirada. Se acercó. Pasó a mi lado. Yo... ¡Yo no pude apartar la vista de aquel horror!

Espronceda sentía sudar las palmas de sus manos. De alguna forma, aquella historia terrible resonaba en su cabeza como si algo demasiado familiar estuviese atormentándolo.

Tomlinson prosiguió, después de pasarse la mano por la frente.

—No me lo podía creer... Llevaba en las manos un corazón ensangrentado que aún parecía palpitar. Los dedos estaban rojos y apretaban la víscera. Ella no me veía, estaba concentrada por completo en aquel corazón.

—¿El corazón... era humano? —La voz de Espronceda tembló ligeramente.

—No lo sé. Quizá. Lo devoró allí mismo con un ansia terrible. Como si su ansia fuese ancestral. Era como una sacerdotisa de un culto diabólico. Parecía una lamia, una empusa.

Tennyson, impresionado, sacudió su regia cabeza con fuerza y su cabello se agitó, mientras se atusaba la barba.

—El poema de Keats. Al final, la bella era una serpiente. ¿Y qué pasó después?

Tomlinson bebió un trago largo de la copa de vino y la alargó para

que la rellenaran.

—Ella me miró.

Se hizo el silencio de nuevo. Aquella historia delirante había calado hasta lo más profundo en los Apóstoles, y no podían apartar la mirada del sacerdote, que sudaba profusamente y se secaba la frente con un pañuelo. Aquello había sonado como una revelación: ni se atrevían casi a respirar, esperando la recuperación de Tomlinson.

—¿Y?

—Dije su nombre. Un trozo ensangrentado de corazón cayó al suelo, un perro salió de la nada y se abalanzó sobre él... Tengo aquel momento grabado a fuego en mi cabeza. Harriet se quedó clavada, quieta, asustada. Se miró la ropa llena de sangre, las manos pringosas, como si despertara de un sueño. Parecía lady Macbeth saliendo del cuarto del rey Duncan. Yo... Yo me asusté. Me asusté mucho. Era como descubrir a un animal salvaje matando a un ciervo. Salí corriendo. Corrí... Corrí hasta llegar a la iglesia y refugiarme allí. Bien sabe Dios que yo solo creo en sus criaturas santas, pero aquella mujer parecía salida del mismísimo infierno.

Tomlinson levantó los ojos al techo y avanzó la mano con la copa para que Tennyson se la volviera a llenar. Los Apóstoles permanecieron en total silencio para animar al sacerdote a que continuase la narración, como cada vez que se detenía.

—Por la noche, alguien llamó a la puerta de mi casa. Yo estaba leyendo la Biblia con fervor, intentando aliviar la congoja que había sentido al ver a Harriet.

»Aparté la cortina de la puerta. Era ella. Era Harriet. Sin rastro de sangre, vestida de negro, sin vestigio alguno de chancro de sífilis en la cara. Bella como nunca. Pálida y perfecta, con los ojos oscuros convertidos en una sima de dolor... Sí, amigos, la dejé entrar. Era curioso, no tenía miedo, solo sentía una gran ternura y preocupación. Me inundaba todo el cuerpo. Como si estuviese totalmente alucinado. Era tan bella y tan triste y tan hermosa...

APARICIÓN

Sylvia se apretó contra la pared hasta notar los huesos doloridos. Estaba oculta, tapada por unos cortinones de color rojo sangre. El ruido de los pasos de Wellesley la hizo respirar hondo. Notó el sudor en sus sobacos y su frente.

El duque de Wellington abrió una puerta secreta, apareció en el pasillo como por ensalmo y se dirigió hacia la habitación.

La luz preternatural que había en el interior de la estancia iluminó el rostro del duque hasta hacerlo brillar antes de cerrar la puerta tras de sí. Lo que había allí dentro era como un milagro, una aparición. Sylvia supo que aquella luz, aquella piedra, aquella voz eran la causa de su ansia, de su hambre por la sangre. Y, sin duda, Arthur Wellesley era cómplice de lo que pasaba. Todo había empezado desde que se hizo su amante.

Sylvia, muerta de curiosidad, se acercó aún más al ojo de la cerradura.

Lo que vio la dejó fascinada.

DESESPERADA

Teresa Mancha mira a su flamante marido con ojos de desprecio. En su mente, una y otra vez la cara pálida de Espronceda en el cementerio, su expresión desesperada, su marcha digna entre los sollozos de ella. Su desesperación.

Su marido es un hombre de estatura media-alta, educado y respetuoso. Ha consentido en no consumir sus relaciones esa noche. Pero... ¿cuánto tiempo aguantará así? Los hombres son como animales, incapaces de resistir su lascivia. Y seguro que querrá tener hijos. Ella solo quiere hijos de su Pepe. Un montón de hijos de pelo negro y rizado y ojos brillantes.

Su nueva casa es acogedora: su marido es un hombre adinerado. Ha pagado a sus padres una buena suma de dinero por arreglar su matrimonio. Teresa se sienta frente a su escritorio, moja la pluma en el tintero y le escribe a Espronceda.

No puede vivir sin él. Lo ama sobre todas las cosas. Quiere salir de su cárcel de oro. Quiere vivir con él, hacerle el amor, ser feliz.

Quiere que la rapte. Es la única manera.

Su hermana la ayudará y llevará la carta al poeta. No puede estar un día más sin él.

REJUVENECIDO

Arthur Wellesley, envuelto en un resplandor carmesí.

Sylvia estaba paralizada por el terror, pero una fuerza superior la obligaba a seguir mirando por aquel pequeño agujero. Su pupila se dilataba hasta convertir el verde en oscuridad total.

Clavó las manos contra la madera.

¡El duque estaba rejuvenecido! Era como si tuviese veinticinco años menos. Desapareció de su vista unos segundos, luego volvió a ponerse en su punto de mira. Vestía de militar, una casaca roja. Era imposible que le hubiese dado tiempo a cambiarse. El pelo, completamente negro, sin las canas que lo poblaban. Más corpulento. Como si acabase de llegar de la guerra.

Wellesley abrió una caja labrada y larga que parecía de ébano. Salió de su ángulo de visión. «Maldito», musitó, a la vez que intentaba volver a tener una vista más amplia de las actividades del duque.

Nada.

De pronto comenzó a sonar una música extraña, melancólica. Era un violín, pero no con un sonido normal: estaba transido de una cualidad distinta y gloriosa. Sylvia notó cómo su apremiante voz interior se calmaba durante unos segundos y luego comenzaba a gritar, poseída por un placer incommensurable.

Su mente se colapsó al momento. Solo notó que sus piernas flaqueaban, y un ligero golpe al caer sobre la espesa alfombra india.

Alguien o algo la llevaba en brazos mientras ella a duras penas podía

abrir los ojos. Un dolor en el cuello, el pinchazo que había notado hacía ya días. La angustia y el placer. Intentó zafarse, pero fue inútil, sus brazos estaban sin fuerzas y la música, pegada a su piel, seguía provocando aquel estado de estupefacción que le impedía mover cualquier miembro de su cuerpo.

Se desmayó.

Cuando abrió los ojos reconoció el color verde agua de las paredes, el techo recién encalado, las lámparas de jade, sus sábanas de seda: estaba en su casa, en su cama, y, sobre ella, su marido, sudoroso, desnudo, poseído por una especie de infernal deseo que aliviaba penetrándola de forma salvaje.

LA HISTORIA DE HARRIET GREEN (II)

—Harriet me confesó que había estado con Wellington. Y que a partir de... «estar» con él, la sífilis remitió como por arte de magia. Sin embargo, la enfermedad fue sustituida por una especie de ansia. El ansia que empezaba con un hambre atroz y un..., no sé cómo explicar esto sin faltar a la decencia, apetito por las artes carnales fuera de lo común. Dios me perdone, pero ella... Ella dijo sentirse como una loba con furiosas ansias de matar, de fornicar, de comer, de beber sangre.

Espronceda escuchaba aquella historia con el estómago encogido. Era como si estuviese hablando de él, como si estuviese hablando de su alumna de esgrima, de su hambre atávica que apenas podía contener, de su apetito erótico, solo calmado por aquella zorra infernal. Se retorció las manos lleno de miedo y furia.

El sacerdote prosiguió con su narración.

—Wellington la llevó a su mansión en Hyde Park aprovechando que Kitty Pakenham estaba en Irlanda visitando a sus familiares. Allí la poseyó... —Tomlinson se atusó los cabellos un instante, visiblemente turbado, y a continuación tomó aire—... Durante varios días. Es un amante insaciable. A lo largo de ese tiempo, por lo visto, Harriet comenzó a mejorar de la enfermedad. Los chancros desaparecieron. Y a la vez... sucedió algo increíble: empezó a escuchar una voz en su mente.

Darwin, sin poder contenerse, intervino:

—Los alienistas hablan de una enfermedad que hace que escuchemos

voces en nuestra cabeza. No es magia ni brujería... Es demencia precoz. Catatonía.

Tomlinson levantó las manos y negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Espera. Déjame terminar. Ya falta poco. La voz le decía que cogiese la piedra. La piedra. La piedra sagrada del sultán de Tipoo. Cuando cogiese la piedra, el hambre dejaría de torturarla y ella se convertiría en inmortal. Bendecida y triunfadora. Como Arthur Wellesley. Todo aquel conjunto de delirios... Bien. Teníais que haberla visto. Era todo tan creíble... —Rio con una especie de histeria contenida—. Especialmente cuando la veías comerse un conejo vivo y palpitante...

Todos murmuraron, pero el sacerdote los hizo callar con un gesto.

—Una noche en la que Wellington había partido hacia París a pasar un par de días, ella se escabulló por la casa y llegó a una parte secreta del edificio. Me dijo que no supo cómo ni dónde, pero acabó en la parte alta de Apsley House. Como en un sueño, llegó hasta una habitación en la que había una «presencia», así la llamó. La voz le había indicado dónde estaba la llave de la puerta de aquella estancia: en el despacho del duque, dentro de una caja de plata.

Abrió la puerta y vio algo extraordinario. Algo parecido a un dibujo de William Blake: una especie de monstruo flotante, una mujer con cuatro brazos que surgía de una piedra preciosa. Estaba prisionera y, a la vez, era una especie de diosa, un fantasma, pero también una presencia real. Harriet cogió la piedra y huyó de la mansión de Wellington aprovechando la noche. No sabía dónde ir, se encontraba perdida, así que se puso a rondar su casa sin atreverse a franquear el umbral. Fue cuando yo la encontré. Luego acudió a pedir mi ayuda. Llevaba la piedra con ella.

—¿Llegaste a verla? —Espronedada sentía temblar sus manos. Las escondió.

—Oh, Dios, sí. La vi. Una maravilla. Una belleza. Algo inaudito. Un zafiro enorme, sin pulir, casi perfecto, solo manchado en el centro por una gota de un color rojo encendido como la sangre. Sentí cómo

aquella maravilla me bendecía en cuerpo y alma, como si el mismo Jesucristo estuviese encerrado allí. Harriet me la enseñó unos instantes y luego la guardó celosamente dentro de una bolsa de terciopelo. Yo hubiese querido seguir mirando aquella preciosidad toda mi vida.

Ninguno de los Apóstoles parpadeaba. Ni siquiera bebían o comían: permanecían expectantes y boquiabiertos ante la historia extraña de la piedra mágica y su ladrona.

—Aquella noche Harriet pernoctó en mi casa. Parecía agotada, pero no quería dormir. Solo custodiaba el zafiro. Abría la bolsa de terciopelo y lo escrutaba como si pudiese desentrañar algún arcano oculto en la piedra mediante la insistencia de sus ojos. Tengo que reconocer que la vigilaba, temeroso. Después de ver cómo devoraba animales y corazones sangrantes no me sentía muy seguro, os lo puedo jurar. Sin embargo, parecía demasiado obsesionada con aquella gema como para prestarme atención. Aquella bolsa... iluminaba la estancia con un resplandor que parecía el velo de la Virgen María. No sé si ustedes han estado en España: allí hay un pintor que refleja perfectamente lo que quiero decir. Era la pureza más perfecta.

—Murillo. —Richard Trench casi musitó el nombre del pintor sevillano en un estremecimiento. Había viajado por España durante un tiempo y le había fascinado.

El sacerdote lo miró y asintió.

—Intenté no dormir. Me senté en una butaca y agarré un crucifijo entre mis manos. Quizá me venció un sueño profundo en algún momento.

—¿Quizá?

—Veía a través de los párpados. —Tomlinson se despreocupó de lo increíble de su discurso, estaba en una especie de trance. Su voz había cambiado hasta convertirse en susurro—. Y podía escuchar perfectamente aquella voz, una voz de mujer y de hombre, de luz y oscuridad. Una voz tan pura como la virgen de Murillo. La voz del mismo diablo; Satán liberado del infierno, transmutado en una vestal.

—... Cuando desperté, Harriet había desaparecido.

Tomlinson se detuvo al fin y bebió un largo sorbo de vino para reponerse.

—Al poco se desató una epidemia de cólera. No sé si os acordáis, fue fulminante. Murieron unas dos mil personas; la gente acudía al templo desesperada. Pedían ayuda a Dios, pero aquello no cesaba. Yo olvidé a Harriet y aquella piedra infernal: me debía a los feligreses. Un tiempo después, vino un policía a la iglesia. Por lo visto, el marido de Harriet había aparecido muerto en su casa. Lo habían destripado. Sus vísceras, desaparecidas. Un horror. Piensan que fue alguna alimaña que entró desde el bosque cercano. La puerta estaba abierta... Preguntaban por Harriet. No estaba en la casa, había desaparecido, aunque sus ropas y sus pertenencias seguían allí. Desde luego, ella no era sospechosa, una mujer tan delicada y enferma... Sabían que era devota de la iglesia: si la había visto últimamente, si sabía algo de ella... Por supuesto, yo callé; no quería comprometerla, y mucho menos al duque de Wellington. No soy tan imbécil como para entrometerme en la vida del hombre más famoso de Inglaterra, y no quería poner la mía en peligro.

Estiró el brazo y Tennyson le sirvió más vino, hasta casi rebosar la copa.

—Una noche escuché ruido en la ventana de mi cuarto. Pensé en algún animal nocturno rascando los cristales. Me levanté. Allí estaba Harriet, en el jardín, mirándome. Mirándome muy fijamente. No tenía los ojos cálidos y oscuros como siempre. Los tenía brillantes, azules, como si aquella piedra hubiese poseído su mirada. Sin dudar, corrí la cortina y me metí en la cama, tapado por las mantas, rezando, con el crucifijo en una mano y una pistola en la otra. Algo arañó la ventana.

»El policía volvió a la semana siguiente. Quería que identificase un cuerpo de mujer que estaba en la morgue del hospital St Mary's.

Cuando entré en aquel lugar oscuro, lúgubre, maloliente, y el doctor destapó la sábana, creí morir. Creí morir porque allí estaba Harriet. No cabía duda, era ella. Pálida. Blanca como el mármol de la mesa en la que yacía. Desnuda. El agua del río la había dejado brillante y pulida, azul como aquella piedra funesta.

»Le faltaba el corazón. Le pregunté si se lo habían quitado en la morgue y me dijo que no, que cuando la encontraron en el río ya estaba así. Se lo habían extirpado de forma precisa, como si fuera obra de un cirujano.

Espronceda se lo pensó unos segundos antes de atreverse a preguntar. Le podía la curiosidad.

—¿Y la piedra?

Tomlinson resopló y se acarició los cabellos blanquecinos.

—Nada. Desaparecida. El cuerpo fue hallado totalmente desnudo.

—Con eso quieres decir...

El sacerdote se quedó callado y bebió lentamente de su copa.

—En el momento en que apareció el cuerpo, la epidemia de cólera cesó. Igual que había llegado, desapareció. —Miró un rato largo hacia el fuego de la chimenea y al final decidió apurar el vino—. Os he contado la historia. Podéis creerla o no, y podéis sacar cada uno vuestras propias conclusiones. Poco más puedo decir.

Adelantó la copa, pidiendo más.

Aquella historia dejó a Espronceda sumido en la perturbación. De alguna forma, Harriet le recordaba a la mujer-infierno: la sed, el ansia, la sangre, las vísceras y aquella voz que se metía en su cabeza una y otra vez, llamándolo y torturándolo con una fiebre infinita. Tenía que averiguar qué era lo que le estaba ocurriendo. ¿Acudir al médico? No, no. Lo tomarían por lunático, lo encerrarían. ¿A un sacerdote? Paparruchas de viejas.

Iría a ver a Salvá. En aquella librería puede que hubiese una respuesta a sus salvajes delirios.

CARTA DEL GENERAL ESPOZ Y MINA A LOS CONJURADOS DE PARÍS

Amigos míos:

Han intentado envenenarme. No os preocupéis, ya estoy mucho mejor. Pero el caso es que alguien nos vigila y me ha mandado un aviso, estoy seguro, a través de una botella de vino que introdujo alguien cercano a través de una doncella de mi esposa, una mujer buena, pero poco avispada. El rey Fernando no nos quita ojo: debemos tener cuidado con cualquier persona a nuestro alrededor. Mucho cuidado.

El intento de envenenarme no ha servido para acallar mis ansias de matar al rey, de llevar la libertad a la patria.

Sé de buena tinta que Torrijos prepara un pronunciamiento en las costas andaluzas. Nosotros deberíamos entrar por los Pirineos. Intentaré desplazarme a París muy pronto, en cuanto recupere la salud por completo. Aunque las relaciones con Chapalangarra no son muy fluidas, haré por comunicarme con él. Solo si estamos unidos, podremos conseguir algún resultado.

Necesitaremos más dinero y armas.

Nos veremos muy pronto.

Saludos afectísimos.

General Espoz y Mina

AL FIN, DECIDIDO

Las detonaciones asustaron a un par de palomas que buscaban comida por la zona. Mina, en la parte trasera de la casa de campo, practicaba tiro con dos pistolones. Disparaba contra un muñeco que quería representar a Fernando VII.

Se encontraba mucho mejor. Los síntomas del envenenamiento se habían disipado. La temperatura había subido, la lluvia, cesado y un aire agradable y cálido sorprendía en aquellas fechas navideñas. Ello mitigaba un tanto los dolores reumáticos que lo acosaban. Recuperado el movimiento de los dedos casi por completo, Mina cebaba las pistolas con agilidad y procedía a desfigurar el rostro del muñeco de trapo que con tanto celo había fabricado Juana en sus horas muertas.

Juana escuchaba los disparos mientras pelaba unas patatas en la cocina. Le había dado dos días libres a Berta, que, tras el disgusto sufrido por mor de aquel donjuán falso e intrigante, se había puesto enferma. La pobre Berta, seducida, engañada y utilizada para envenenar a su marido. Era su fiel criada desde hacía años en La Coruña, no la iba a dejar abandonada por cometer un error. Ella no tenía culpa de ser tan ingenua. Otro disparo le recordó que tenía que poner la carne a desalar. Juana sabía que muy pronto Mina partiría para Francia a reunirse con los conjurados, y quería que fuese lleno de energía. Era necesario que se alimentara bien después de tantas calamidades y disgustos. Sus problemas de salud habían mejorado y sus ganas de comer, también. El susto del vino envenenado le había

dado vida, era paradójico.

Mina esquivó una de las asustadas gallinas que habían huido espantadas por las detonaciones, y entró en la casa. El olor del guiso que estaba cocinando Juana le abrió el apetito, a pesar de su copioso desayuno a base de té y gachas. Se sintió bien por vez primera en mucho tiempo. Dejó la pistola en su caja y se masajeó los dedos de la mano, agarrotados de apretar el pesado gatillo. Pronto viajaría a París. Era necesaria una invasión de libertad a través de los Pirineos. O el Felón nunca dejaría el trono. Cada segundo bajo el yugo de aquel infame era la perdición para el país.

HERMANAS

Era igual que Teresa, pero un poco más delgada y plana, y sin sus ojos vivaces.

Espronceda volvió a mirar a la hermana de Teresa Mancha, la que le había esperado en la puerta de su casa en Somers Town durante varias horas, la que le había entregado la carta de su amada, bella, traidora, casada. Eran muy parecidas, Teresa mucho más hermosa, eso sí: los ojos más azules, las mejillas mucho más rosadas y frescas, el talle voluptuoso e incitante. Por eso habían casado a Teresa antes que a su hermana mayor. La belleza maldita. Miraba a la hermana como si fuese posible encontrar a su amor dentro de aquel parecido, en algún lugar de su cuerpo.

Se guardó la carta en el bolsillo interior de la levita, sin leerla delante de la mujer.

—Tengo prisa. Voy a dar clases de esgrima. Llegaré tarde. Los ricos no quieren que les haga esperar.

Ella le agarró la manga de tela gruesa.

—Quiere verte. ¿No vas a leer la carta?

Espronceda la miró con expresión vacía.

Ella apretó más los dedos, como un hierro.

—Está muriendo en vida. No la abandones, Pepe. Por favor... Teresa no ha tenido ninguna culpa. Han sido mis padres. Créeme. Te lo suplico.

El poeta se quedó paralizado unos instantes y luego sus ojos

parecieron cobrar algo de vida. Sus brazos temblaron, consiguió dominarse y saludó a la mujer con la cabeza. Se colocó el sombrero y desapareció calle abajo.

Ella lo vio marchar y se arrebujó en su chal. La calidez del sol del mediodía no podía vencer aquella mirada de hielo.

LA DAMA DE LA PIEDRA

Sir Arthur Wellesley esbozó una ligera sonrisa antes de dar un cachete en la nalga a la prostituta negra que dormitaba en la cama entre las sábanas revueltas. Después de enviarla a su burdel en un carruaje, escribió misivas a sus amigos y amigas más íntimos, recordándoles la invitación al baile de disfraces que se celebraría en fin de año en su mansión de Apsley House.

Estaba contento: su esposa pasaría el fin de año en Dublín. Todos los días se preguntaba por qué un hombre tan avisado como él no había sabido ver al llegar de la India a tiempo que su mujer, de la que se había enamorado perdidamente de crío, se había convertido en una persona poco atractiva, corta de miras y totalmente despreocupada de cualquier actividad inteligente. Una necia. Y a él le gustaban las mujeres inteligentes y bellas sobre todas las cosas.

Wellesley no era ya un hombre joven, pero sus apetencias sexuales jamás habían decaído un instante. Humedeció la pluma en el tintero y sonrió mientras escribía el recordatorio al marido de Sylvia Axel. Se preguntó de qué se disfrazarían para el baile. Él ya tenía su atuendo preparado desde hacía meses. Y conjuntado con el de la Grassini. Que su mujer se marchase a Irlanda no hacía más que ponerle las cosas más fáciles.

Luego recordó la excursión de lady Sylvia hacia el ático de la mansión y su sonrisa se congeló un tanto. Aquella joven le fascinaba, no solo por su espléndida belleza. Su ardor y su valentía le parecían

igualmente atractivos, pero por lo visto no solo a él. La Dama de la Piedra también la deseaba. Y él bien sabía lo que podía ocurrir cuando la Dama de la Piedra se encaprichaba de algo. O de alguien.

Decidió no pensar demasiado en ello. La Dama de la Piedra requería de un sacrificio cada cierto tiempo. Y él prefería seguir bajo su protección, aunque otros tuviesen que morir.

Ni siquiera la masacre de Waterloo había sido capaz de aplacar su hambre. Cincuenta mil muertos no habían bastado. Pensó en ir a la iglesia y rezar. Aún se sentía culpable cuando recordaba aquel campo lleno de hombres despedazados, el olor terrible a carnicería, los gemidos de los heridos, los caballos que intentaban levantarse, aquellos ojos equinos grandes y asustados sin tiro de gracia.

Pensó también en Harriet. La diosa nunca estaba satisfecha. Y la culpa era suya, por haberla traído a Londres desde aquel templo insano.

LA EPIDEMIA

Un ángel en San Amaro lloraba. Lloraba mientras las campanas de la ciudad tañían en bronce la muerte. Los carros llegaban y descargaban los cadáveres entre moscas doradas y verdes, que zumbaban con alegría desmedida antes de depositar sus huevos en los orificios de los muertos.

La maldición había llegado a la ciudad y descargado en ella toda su ira.

Juana levantó los ojos del diario del barco y escuchó con atención las campanas de la iglesia de San Nicolás. Tocaban a muerto. El repique ominoso que anunciaba el fallecimiento de algún vecino por el cólera. Un sonido que se repetía cada vez con mayor frecuencia y que solo servía para preocupar más y más a los habitantes de una ciudad que amanecía asfixiada por un calor impropio de noviembre. Se levantó y cerró la ventana para no volver a escuchar aquel tañido de muerte.

Berta le sirvió un café mientras ella continuaba con la lectura del cuaderno de bitácora del capitán Allen. Le producía un desasosiego extraño: llevaban solo unos días en el mar, en realidad no parecía ocurrir nada raro, pero tenía la intuición de que algo diabólico se cernía sobre el bergantín.

Juana recordó con cierto miedo la soledad húmeda, pegajosa, el olor a algas podridas y a algo peor, más profundo, más dulce y perverso que se respiraba en las proximidades del navío. Y el miedo que habían

pasado ella y Gastón.

Alguien llamó con el aldabón de su casa de la calle Real con dos golpes fuertes. Berta salió de la cocina secándose las manos con un paño y corrió a abrir.

Era el alcalde Fernández Cid.

—Malas noticias. Muy malas noticias —dijo, secándose la frente perlada de sudor, jadeante después de subir los dos pisos hasta donde estaban el despacho y la capilla de Juana. Su lugar sagrado. Tenía el semblante lívido y amarillento.

La epidemia se estaba extendiendo. Mucho más rápido y letal de lo esperado. El cementerio de San Amaro empezaba a colapsarse. No había enterradores. Los médicos huían. La gente escapaba de La Coruña como podía. Los mendigos y tullidos se arrastraban por la ciudad intentando sobrevivir. El caos se propagaba sin remedio.

—Le pediré ayuda a la reina Isabel. Conseguiremos dinero. Conseguiremos médicos. Pongo a su disposición mi renta, señor alcalde. Y mis manos y mi corazón. No es la primera vez que me enfrento al cólera. Sabré qué hacer. Por lo pronto, vamos a organizar un hospital para atender a los enfermos. Conseguiremos médicos de la corte. Y, por Dios, no empiecen con esas tonterías de disparar pólvora al cielo. Y olvídense de las sangrías y sanguijuelas. En Londres conocí a un doctor que conseguía curar a muchos enfermos dándoles agua con sal, agua de arroz, infusiones de ortiga, limones y reposo. Hace falta todo eso en grandes cantidades y mucha higiene. Y hervir el agua, por favor. O la cosa irá a más y será algo incontrolable. Haga un bando. Haga algo. Lo que sea. Y trate de calmar a la gente.

El alcalde asentía, aterrorizado. Por lo menos alguien en la ciudad parecía tener algo de cabeza. Y, mientras tanto, las campanas no dejaban de proferir aquel sonido funesto que convertía el aire en un órgano de templo en pleno funeral.

LA VOZ

—**E**stá mi marido en casa.

Sylvia miró a su profesor de esgrima con ojos ardientes de fuego y deseo. Espronceda sintió un miedo cerval al recordar la historia de Harriet que había contado el sacerdote en la reunión de los Apóstoles. Un miedo que se vio superado al poco por el deseo de aquellos ojos verdosos, transparentes como el agua de un lago helado. Sylvia Axel llevaba un blusón verde, el corsé de esgrima ajustado al pecho y, en vez de los pantalones que solía lucir, una falda negra de seda que parecía suave y pesada. Espronceda pensó en levantar aquella falda y en Teresa con su marido. Se contuvo. Teresa. La carta. Su amor.

—Pero está en el despacho, reunido con otros como él. No temas. No saldrá en toda la tarde...

Sylvia lo cogió de la mano con suavidad y lo llevó hacia la sala de armas. Cerró la puerta tras de sí y acercó su cuerpo sinuoso al del poeta, que sintió fundirse todas las células de su cerebro entre el pavor y el placer más exquisito. Ella lo besó y lo mordió con avaricia. Él la apartó con decisión.

—Tenemos que hablar, milady. —Sylvia emitió algo parecido al ronroneo de un tigre y volvió a unir su cuerpo, que se ajustó de una forma automática al del poeta, como si hubiesen sido separados de un molde—. Tenemos que hablar del ansia. Del hambre. De lo que me ocurre. De lo que os ocurre. Además, está vuestro marido en casa. No quiero problemas.

Espronceda notó un pinchazo en el cuello. La mujer, con una agilidad inusitada, había cogido una de las espadas colgadas de la pared.

—¿Qué quieres decir con «el ansia»?

Parecía estar fuera de sí. Apretó un poco y la sangre brotó como una rosa revienta en pleno día. Pero Espronceda estaba igualmente enloquecido. No cedió.

—Tú estás igual que yo. Sientes lo mismo. El hambre. El deseo. La muerte en tus manos. Lo sé. Sé que ves a través de mí.

La punta del florete dejó de apretar. Sylvia respiró hondo, su pecho subió sobre el corsé y Espronceda pudo ver sus pecas rojas sobre la piel del color de la leche recién ordeñada. Apartó la mirada.

—¿Oyes la voz?

—¿Qué voz? —preguntó él.

—La voz de ella.

—No entiendo.

—Ya entenderás. Cuando ella quiera, te hablará.

Espronceda se pasó las manos por la cara, confuso.

—¿Ella? ¿Hablarne? No, no entiendo. Yo solo quiero volver a ser yo. Por Dios bendito, qué me está pasando. Solo sueño con beber sangre, comer animales vivos, masacrar niños. No soy yo. Estoy poseído. Es tu culpa, Sylvia. Por ahora puedo controlarlo. Pero pronto no podré. No quiero acabar en un manicomio, atado con cadenas. O ajusticiado.

La joven sacudió la cabeza. Tenía un semblante desesperado, como si al enfrentarse a sí misma en otro se hubiese dado cuenta de la gravedad de aquel delirio.

—No, no es mi culpa... En realidad, no sé cómo explicarlo. No me vas a creer. Pensarás que estoy loca.

—¿Loca? ¿Te parece poco lo que está pasando? Yo sí que me estoy volviendo loco.

—Es culpa del duque de Wellington.

—¿Qué quieres decir? —La imagen de Harriet, tan vívidamente descrita por Tomlinson, volvió a su cabeza, el cuerpo en la morgue sin

corazón, la piedra funesta e irresistible. El maldito duque.

Sylvia se quedó callada durante unos instantes, la cara ansiosa y ladeada como la de un perro cuando escucha. Luego cogió dos espadas y le lanzó una a su profesor.

—Rápido —susurró—, en guardia. Viene mi esposo. Mañana os veré en la ópera. Estaré sola en el palco del Teatro Real, Covent Garden. No faltéis. Espero que os guste Mozart.

La puerta de la sala se abrió y Espronceda vio entrar a un hombre grande, apuesto, de enormes patillas y aspecto de *bon vivant*. Reaccionó con presteza y adoptó una postura de ataque y expresión seria y concentrada.

El hombre hizo como si Espronceda no existiera.

—Querida. Perdona que te interrumpa. Hemos recibido carta de nuestro amigo Wellesley. Recuerda el baile de fin de año. ¿Has preparado ya los disfraces? Quiere que vayamos todos disfrazados del tema de moda en esas novelitas..., los *penny dreadful*: Byron, Polidori...

Sylvia bajó el florete y se mordió el labio con coquetería. Recordó cómo la había violado en Nochebuena y apretó el puño con sus dedos finos.

—Aún no, querido. Dime, ¿de qué vamos a ir disfrazados?

—De demonios, por supuesto. De chupasangres. ¿No te parece una idea brillante?

DON GIOVANNI

El librero Salvá observó el rostro descompuesto de Espronceda. Su palidez enfermiza lo asustó y, sin más dilación, lo mandó pasar dentro de la librería.

—Necesito tu ayuda.

—¿Quieres un té? Te prepararé uno. Vamos al despacho de atrás.

El poeta escrutó la taza humeante de porcelana como si encerrase un arcano, sumido en un silencio obstinado, mientras el librero se sentaba enfrente y apoyaba la barbilla en las manos, esperando a que Espronceda abandonase su letargo. Al fin se llevó la taza a los labios y bebió un trago. Alzó la mirada, y el librero se dio cuenta de que el abismo más insondable aparecía en sus pupilas, pero al momento recordó que era un poeta exaltado y decidió no preocuparse demasiado. Los poetas eran almas delicadas; cualquier cosa, la más absurda, podía desnivelar el fiel.

—Espero que el té no esté muy cargado. Es la primera infusión de esas hojas. Pepe, tienes mala cara. ¿Qué te pasa? No será nada grave, imagino... ¿Necesitas dinero? —Salvá elevó las gruesas cejas y también las manos, como dispuesto a prestarle lo que hiciese falta.

La mirada del poeta seguía teniendo aquella cualidad abismal, pero por lo visto el té no le hacía daño, porque lo bebía con avidez. Salvá volvió a llenar la taza del líquido amargo y le acercó unos *scones* con mantequilla que el poeta devoró como si no hubiese comido en un mes.

Era como una mosca pegada a un trozo de azúcar.

—¿Y bien?

—Mejor. Mucho mejor. —Suspiró, algo aliviado.

—Ya has cogido algo de color, Pepe. Cuéntame tus tribulaciones, sin temor. Hay confianza.

Espronceda bebió otro sorbo de té para engullir las migas y se recostó en la silla.

—Necesito una entrada para hoy, para el Teatro Real de Covent Garden, y una capa decente para ir a la ópera. Traje tengo... —Se quedó callado, tragó saliva y continuó—: Y varios libros. Te los pagaré, como siempre. Te pagaré todo en cuanto llegue mi asignación de España.

Salvá volvió a levantar las cejas, entre jovial y asombrado. ¿Hacía falta aquella expresión impenetrable para tan poca cosa? ¿Una entrada y unos libros?

—Déjame pensar. Bien. Mi talla y la tuya no coinciden, pero mi cuñado... Creo que su capa te sentará como un guante. ¿Entradas para la ópera? ¿Qué ópera?

—El *Don Giovanni*. Mozart.

—Tranquilo, algo podré hacer. Y mira que está difícil la cosa, porque interpretará a Don Giovanni ese bajo francés tan famoso, Armand la Fosse. Hay mucha expectación. Además —bajó la voz—, la soprano que hace de Donna Anna, la Grassini, es amante del duque de Wellington. Pero tengo amigos que me deben favores. Te la conseguiré. Cuesta dieciséis guineas, nada barato, no, señor...

—Cómo no, por supuesto, el que faltaba... Wellesley... Vaya novedad. —Espronceda murmuró con desesperación. El maldito duque... ¿No había un sitio al que ir sin que el maldito duque estuviese presente? ¿No había una mujer a la que no sedujese?

El librero se atusó la barbilla, pensativo. Estaba sopesando a quién le podría pedir la entrada. De repente se acordó de la última petición.

—Dime qué libros quieres, Pepe. Espero poder ayudarte en esto también.

—¿Tienes algo sobre chupasangres, vampiros, criaturas de la noche? La expresión de sorpresa de Salvá hizo que Espronceda esbozara la primera sonrisa-mueca del día.

Salvá bajó la voz.

—Sí, tengo. A mi socio esos personajes le fascinan. Son temas muy de moda entre los ricos londinenses. Pero en inglés, en castellano no hay nada. La Iglesia ha hecho mucho daño.

—Me servirán igual. Los necesito para escribir un libro —mintió sin inmutarse.

—Ven conmigo. Los tenemos en la parte de atrás. —Salvá se detuvo al oír la puerta de la librería abriéndose—. Espera un momento, hay alguien en la tienda...

Juana caminó con decisión hacia el mostrador, sacó la mano del manguito de piel y tocó la campanilla. Había encargado unos libros días atrás y calculaba que ya deberían haber llegado.

Salvá salió de la trastienda con rapidez y sonrió con plenitud al verla.

—Doña Juana. Pase por favor. Ya han llegado sus libros. ¿Quiere tomar un té? Acabo de hacerlo. Dentro está el poeta Espronceda. Se alegrará de verla.

—¿Espronceda? Por supuesto que quiero un té. Discúlpeme un momento, voy a avisar a Gastón de que voy a tardar un rato más de lo previsto.

DISPARO

El mensajero cabalgaba rumbo a Dover metiendo espuela al caballo.

El disparo sonó a media tarde, cuando el sol comenzaba a ponerse.

Jinete y montura cayeron al suelo. El caballo se levantó; el jinete, no.

El salteador no tardó demasiado en registrar la bolsa de cuero y encontrar la carta de Torrijos a sus aliados en Gibraltar. La deslacró con cuidado. Nadie notaría nada.

La misiva llegaría a su destino días después, sí, pero el duque de Wellington estaría muy contento de conocer las inmediatas intenciones de Torrijos.

Ahora faltaba saber dónde tenía escondida la logística. Armas, barco, provisiones, tripulación. Con toda probabilidad, no lejos de Londres.

Seguro que el duque pronto tomaría medidas para parar aquello.

DON GIOVANNI (II)

—¿Cómo está su marido? —Espronceda se interesó por Mina al ver a su esposa entrando en la parte de atrás de la librería, quitándose los guantes y el mantón al percibir el calor agradable de la estancia.

—Oh, mucho mejor, gracias. Es un hombre muy fuerte y testarudo. Creo que el intento de envenenarlo lo ha espabilado. Incluso el reuma ha mejorado. Estuvo practicando tiro el otro día. Si yo fuera uno de sus enemigos, no estaría demasiado tranquilo.

—Soldados, guerreros... Están hechos de otra pasta, desde luego. Como los toreros.

Salvá volvió a hacer té y trajo más *scones* y mantequilla. Espronceda parecía más tranquilo que al llegar, se había forzado con la presencia de Juana de Vega a parecer un hombre en sus cabales. Sus ojos se iban hacia la parte de la librería donde deberían estar los libros ocultos, los libros que podían encerrar el arcano de sus males, la forma de librarse del ansia que le atenazaba el corazón.

—Pepe necesita entradas para el Teatro Real de Covent Garden. —Salvá no dudó en comentarle a Juana las necesidades del poeta—. Y una capa de gala.

—¿Pases para...?

—*Don Giovanni* —contestó el joven—. He intentado hacerme con alguno y es imposible.

—No habrá problema. Puedo conseguir las dos cosas. —Juana lo miró de arriba abajo y pensó en alguna de las capas de Mina. Los dos

eran de la misma constitución. Altos y delgados.

Espronceda levantó las cejas.

—¿Y eso? ¿Tan fácil?

—La mezzosoprano que hace de Donna Elvira es española, hija de un refugiado liberal. María Sabatini. En realidad se apellida Hernández. Pero viste más ser italiana. Son íntimos de Mina. Tenemos pases a nuestra disposición. Mina aborrece la ópera, pero a mí me encanta. Puede venir conmigo, si quiere, por supuesto. Luego le dejaré a su aire.

—Será un honor acompañarla mañana, doña Juana.

PESADILLAS

Lady Sylvia despertó de repente con una mano agarrando su corazón y se incorporó de un latigazo.

Estaba en los establos de su casa. El caballo negro pacía tranquilamente a su lado. Aún salía humo de su pelaje brillante.

Miró sus manos y estaban rojas. De sangre. El sabor metálico, dulce y agrio de su boca, sus dientes tintados de bermellón... Las lamió con gula.

Esta vez, la pesadilla había sido demasiado real.

La angustia de ser ella el monstruo.

La angustia de haber elegido.

La angustia de haber sido la elegida.

La angustia al darse cuenta de que aquella vez no había sido un conejo ni una gallina. Ni una rata.

La angustia que sentía lo que quedaba de humano dentro de su alma.

Y, sin embargo, su cuerpo parecía fuerte como el de un marinero; su cabello, más rojo y rizado que nunca; su piel pálida y translúcida se veía pintada por el arrebol de la excitación.

Se levantó y se sacudió los restos de paja. Su ropa estaba teñida de aquel líquido sabroso y espeso, ya coagulado. Se la quitó y, al subir a la mansión por las cocinas, la lanzó a uno de los hornos sin que nadie la viera.

Luego se acurrucó al lado de su marido, que roncaba de forma sonora, y se quedó dormida al momento, como un bebé que ha tomado

su leche.

DESAPARECIDO

Juana bajó del coche de caballos y esperó a que Gastón la ayudase a cargar con todos los libros que había comprado en la librería de Salvá.

Abrió la cancela de la verja, cargando con uno de los paquetes menos pesado. Se volvió al escuchar un gemido.

Uno de los golfillos pelirrojos que la solía ayudar lloraba mientras se abrazaba y se mecía acompasadamente al lado de la puerta. Juana dejó los libros sobre un angelote ornamental que había en el jardín y corrió hacia el crío. Lo agarró por los brazos, intentando que fijara la vista hacia su rostro.

—¿Qué te pasa, Keith? ¿Dónde está tu hermano?

El niño al fin alzó los ojos y Juana sintió un miedo cerval. Las pupilas eran como dos telarañas. En un segundo, las telarañas se desvanecieron.

—No sé, no sé dónde está. Ha desaparecido.

Juana se agachó y le limpió la cara, surcada de lágrimas y mocos, con un pañuelo.

—¿Y tus padres?

—No tengo.

—¿Cómo puede ser eso? —Juana movió la cabeza, consternada—. ¿Y dónde duermes y comes?

—En donde puedo. Nos juntamos y nos protegemos. A veces en un convento abandonado que hay cerca. Otras, en la casa de un hombre que nos paga por hacerle favores y recados, limpiar la chimenea,

llevarle paquetes, como a usted... Mi hermano y yo huimos del hospicio. —Los hipidos regresaron y volvió a bajar la mirada—. Porque nos pegaban y otras cosas...

Juana lo cogió por la barbilla con delicadeza y lo obligó a mirarla.

—Entra en casa. Te haré un chocolate. Te sentará bien. Luego buscaremos a tu hermano.

Sentado a la mesa, el niño devoraba un trozo de bizcocho mientras desaparecía el contenido del gran tazón de chocolate caliente. Juana lo veía comer con una sensación maternal que producen en las mujeres los golfillos hambrientos al saciarse. Le sirvió otro tazón, que desapareció igualmente.

El padre de Juana se acercó a verlo comer. Aquel crío pelirrojo era todo un espectáculo. El niño le sonrió con la boca manchada.

Mina se acercó al grupo y miró por la ventana. Hacía sol, aunque amenazaban nubes de tormenta a lo lejos.

—Cuando termine vamos a buscar a su hermano. Hay que salir antes de que se haga de noche.

Buscaron y buscaron durante horas. Cuando el sol cayó, volvieron a casa. Ni rastro del otro mellizo pelirrojo. Cerca de la casa de Mina se hallaba la campiña, un bosque no muy frondoso, prados para que paciesen las ovejas, una iglesia y su cementerio. Buscaron en casas abandonadas, en una granja y sus establos, en el viejo molino. Nada.

—Dormirás con nosotros. Te haré una camita en la habitación de padre.

Esa noche, en casa de Mina, todos durmieron plácidamente. El niño se subió a la cama del padre de Juana. Antonio, de forma inconsciente, lo abrazó y lo arropó como hacía con Juana cuando era pequeña.

Keith no dijo nada a nadie cuando los perros del vecindario comenzaron a ladrar, ni tampoco gritó cuando su hermano apareció

flotando en la ventana del segundo piso, entre jirones de niebla. Solo aguantó el terror y las ganas de abrirle la ventana, tembló y se tapó con la manta, enterrando su cara en el cuerpo cálido del anciano. Intentó rezar como les había enseñado el monje que aparecía a veces por el convento en donde se refugiaban. Aquel monje que les había dicho que jamás abriesen a nadie ni a nada las ventanas o morirían. Rezó más fuerte.

Poco más tarde, había desaparecido.

Antonio de la Vega comenzó a hablar en sueños, agitado. El niño lo consoló con susurros hasta que los dos acompasaron las respiraciones y cayeron en el más profundo de los sueños.

VAMPYR

Espronceda encendió un cigarro. Odiaba fumar y ahora amaba fumar. Odiaba la carne y ahora amaba la carne. Odiaba la sangre y ahora solo soñaba con grandes lagos de color rojo, brillantes, apetitosos.

Se sentó frente al escritorio, encendió una vela y cogió uno de los viejos libros que había elegido en la librería de Regent Street. Pasó la mano por aquella cubierta rugosa y negra, la acarició.

Lo abrió con cuidado. Estaba lleno de grabados antiguos, extraños, perturbadores. Leyó en alto la palabra que encabezaba todo:

VAMPYR.

Espronceda se santiguó de una forma automática. Comenzó a pasar hojas, con aquellos dibujos expresivos y palabras sueltas en algún idioma eslavo. Muertos que surgían de las tumbas con el cuerpo de color bermejo y llenos de sangre fresca. Revinientes, resucitados, impuros, seres de la noche.

Se había consumido la mitad de la vela cuando encontró el dibujo de una extraña mujer con la lengua fuera y ocho brazos armados, como una araña letal. Llevaba un collar hecho con cabezas humanas y de una mano colgaba otra cabeza cortada. ¿Serían perlas y piedras preciosas las que adornaban todo su cuerpo desnudo? El dibujo era bueno, pero no tan preciso como para distinguir si en la frente de la criatura funesta había un enorme zafiro.

Era un vetala, un chupasangre, pero también una diosa negra. El libro era confuso al respecto. Kali. La diosa que requería sacrificios

humanos. Un ser siniestro: si no recibía las ofrendas en forma de corazones sangrantes, enviaba plagas de enfermedades. La culpaban de las epidemias de cólera que asolaban la India y luego se extendían por todo el mundo, de las guerras, de las batallas cruentas. Kali nunca estaba satisfecha, siempre quería más: más sangre, más muerte, más poder. Más corazones palpitantes. Pero si conseguías su favor, tendrías todos los dones.

«Una especie de genio de la lámpara de *Las mil y una noches*», pensó el poeta, una llave a todos los poderes... Tomlinson, Teresa. Torrijos. Si tuviese a aquella diosa de su parte...

Siguió leyendo un buen rato. En aquel libro se describían extraños ritos y maneras de enfrentarse al mal. ¿Supercherías? Quizá. Pero no había nada que perder.

Le dolían las sienes, un dolor punzante. Espronceda dejó de leer. Notaba la angustia oprimiendo su pecho. Sopló el cabo de la vela y se metió en la cama, los ojos abiertos de par en par hasta el amanecer, pensando en Teresa. Su Teresa.

VIRIATO

—Amor mío. Ha llegado una carta esta mañana.

Luisa Carlota besó a Torrijos en la mejilla, un beso rápido, y le acercó el sobre. Estaba lacrado y sucio, como si hubiese recorrido un largo y polvoriento camino. Torrijos miró el remite y frunció las cejas. «Viriato», escrito con la letra pulcra de un estudioso.

—¿«Viriato»?

Lo abrió y al momento fue a su escritorio a sentarse para leer con calma. Mariana Pineda había sido ajusticiada por bordar una bandera de la república. La represión del rey no terminaba nunca. Había que terminar con aquello, y nadie mejor que el propio Torrijos para emprender una insurrección que abarcase toda la Península. Málaga sería el lugar para comenzar el rompimiento. Allí contaría con efectivos, armas y apoyo total.

Viriato.

¿Quién sería aquel hombre? Viriato. El héroe portugués contra Roma. Una insurrección global. Málaga como inicio de todo. Tendría que hablar con el general Mina. Mina podría atacar por el norte. Los españoles se irían uniendo para luchar contra el Felón. Mina. Por una vez tendría que estar de acuerdo. Como decía William Blake, «el que desea y no obra engendra pestilencia».

Y España era ya un país demasiado pestilente.

La Coruña, 1854

HOSPITAL DE CAMPAÑA

—**P**oned ahí las camillas. Separadas. Más separadas. Hay que dejar algo de espacio.

Juana organizaba la sala enorme que habían habilitado como hospital de campaña en el convento de las Capuchinas. Había donado mucho dinero de su fortuna y esperaba además una buena cantidad de su amiga la reina Isabel, de la que había sido aya cuando era cría, y que conocía su interés por proteger a los desfavorecidos y desarrapados de la ciudad.

Uno de los pocos médicos que no había huido de la ciudad, el doctor Rosendo Fontenla, se acercó con aspecto preocupado.

—Generala. Están llegando los primeros enfermos. Pronto no habrá suficientes literas ni tampoco cuento con un número adecuado de ayudantes para gestionar lo que se nos viene encima.

—No me llames Generala, por favor. Juana bastará. —Caminaba con decisión mientras señalaba a unos hombres el sitio de la cocina en donde había que colocar los calderos gigantes para hervir el agua—. Ten un poco de paciencia: el dinero de la reina y, con él, los refuerzos llegarán pronto. Estaré aquí el máximo tiempo posible. Haré lo que haga falta. La Asociación de Señoras estará noche y día. Berta y Paquita, mis sirvientas, para lo que sea menester. Y las monjitas nos serán de gran ayuda también. Están con Dios, no temen el contagio.

El médico no supo si Juana hablaba en serio o en broma, pero el semblante de la mujer no le dio demasiadas pistas.

—¿Y usted no teme el contagio, Gener...?

Juana lo fulminó antes de que terminase.

—No. Estuve en Londres y en Madrid en contacto con el cólera. Soy inmune. Es usted el que debe evitar el contagio. Además, tiene mujer e hijos. Lávese las manos, tenga cuidado con lo que toque y con el agua que beba sin hervir antes. —Lo observó con seriedad—. Venga. ¡A trabajar!

Las campanas seguían sonando a muerto y las camillas comenzaron pronto a ocuparse. Juana solo quería tener un momento de respiro para continuar leyendo aquel extraño diario del capitán del barco. Pero durante todo el día el goteo incesante de enfermos, los llantos, los muertos, el dolor y el olor fétido a podredumbre llenaron su existencia.

Al fin, de madrugada, pudo retirarse a su casa de la calle Real. No estaba lejos del convento, así que caminó por las callejuelas notando aquel extraño calor de octubre. Por lo menos, durante un rato, las campanas habían dejado de sonar.

Desvelada, decidió acercarse al puerto. A lo lejos, iluminado por la tenue luz de la luna, se veía el bergantín, inmóvil, siniestro, oscuro. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando en un callejón notó una sombra rápida y pegajosa.

Juana no era una mujer miedosa. Era valiente, arrojada, y no había dudado en participar junto a su marido en contiendas y luchas. Pero su intuición le avisaba de que aquel barco y los acontecimientos terribles que vivía la ciudad eran algo excepcional y diabólico. Algo que ya había percibido cuando vivía en Londres; algo contra lo que era inútil luchar con las armas convencionales. Algo contra lo que solo valía rezar.

ÓPERA

Espronceda se probó la capa delante del espejo de cuerpo entero. Era preciosa, con ribetes de piel en el cuello. Le iba como un guante. Y combinaba perfectamente con su levita de terciopelo negro, su pañuelo al cuello sujeto con un alfiler de diamante y sus pantalones ajustados.

Juana sonrió. El poeta era un lechuguino integral, pero nadie podía negar que fuese un hombre bello, con aquellos ojos profundos y las pestañas casi femeninas, además de la acusada palidez, que parecía crecer por momentos. Pepe le daría algo de vida a la capa de Mina, que casi no acudía a actos públicos que no tuviesen que ver con su cargo y su fama de guerrero.

—Está el coche abajo. Apresúrate o no llegaremos a tiempo.

Espronceda echó una última mirada a su figura reflejada y sonrió.

—Los elegantes siempre llegamos tarde a la función.

Según se acercaban al centro de Londres, la niebla oscura, el hollín industrial y el terrible olor desaparecían, y las mansiones y los jardines emergían y se ocultaban con celeridad ante la vista de los dos pasajeros del coche.

Espronceda estaba sumido en la melancolía. Juana se volvió hacia él con semblante adusto.

—Estamos muy preocupados por Torrijos, Pepe. Sé de buena tinta que tú estás muy cerca de él, conoces sus planes. Todo el mundo piensa que Mina está dolido porque él se ha apropiado de todo el

protagonismo en la Junta del Alzamiento, pero no es cierto; Mina está aterrado. Cree que un rompimiento no va a prosperar si el rey sigue vivo. En ningún sitio del país. El rey lo tiene todo atado y bien atado. Piensa en el intento de envenenar a Francisco. Ha sido un claro aviso. Otra cosa sería intentarlo con un Fernando débil, enfermo o muerto.

Espronceda mantuvo su silencio durante un rato, sin saber bien qué contestar. Era verdad que Torrijos estaba preparando un rompimiento, y era verdad también que, en el fondo de su alma, él pensaba que ese rompimiento iba a ser una catástrofe. Pero... ¿y los ideales, y la esperanza, y el amor a la patria? ¿Se lograba algo estando de brazos cruzados en Londres mientras otros morían torturados y ajusticiados?

Espronceda dibujó una «T» en la condensación de la ventanilla del carruaje.

—Algo de eso hay, pero no puedo hablar del asunto.

—Entiendo que quieras mantener el secreto, pero a estas alturas los espías ya sospecharán algo. No se habla con Mina, pero alguien tiene que decirle que no cometa insensateces. Es necesario que actuemos todos juntos. Esa idea de que mi esposo es un cobarde... sabes que es falsa. Nadie arriesga su vida como él en una batalla. Pero no es tonto. Ni un suicida. Va paso a paso, poco a poco. Torrijos debería sentarse a meditar y luego entrevistarse con mi esposo.

Espronceda continuó sumido en su mutismo durante un rato. Al fin habló:

—Está bien. Haré lo posible por convencerle. Pero no puedo prometer nada. Ya conoces a Torrijos. No parará hasta conseguir el rompimiento. Aunque vaya directo al abismo, no parará. Lo sé.

—Morirá en vano, Pepe. Tenemos que hacer algo. Una entrevista con Mina. Tú estás en el medio de los dos. Te harán caso.

—Morir por los ideales y la patria. No creo que haya nada más sublime para un militar.

EL PALCO

El murmullo se escuchó perfectamente. La entrada en el palco de Sylvia Axel fue celebrada primero con una especie de susurro contenido, luego con silbidos de aprobación por parte del público. El traje de raso negro y la piel de alabastro, los rizos del color del cobre cuidadosamente engarzados en perlas y trenzas intrincadas que aparecieron al quitarse el gorrito no podían pasar desapercibidos ni dejar de ser alabados, admirados y jaleados por la muchedumbre.

Espronceda escuchó el jaleo desde el palco de enfrente, que ocupaba con Juana de Vega, y le pidió los anteojos para poder ver mejor.

Sylvia se inclinaba hacia la barandilla y los pechos lechosos se elevaban sin pudor alguno. Estaba sola. Sin marido. La maldijo mientras intentaba pensar en Teresa. Bajó los anteojos y situó el palco en donde estaba para encontrarse con ella.

Se escuchó otro murmullo y todos miraron hacia el palco principal, en el que apareció el duque de Wellington, con una levita oscura en la que destacaba desde lejos el toisón de oro. Juana le quitó los binoculares a su acompañante.

—Ya estamos todos —susurró Espronceda.

—Sir Arthur Wellesley viene a ver a su novia... —Juana rio mientras admiraba la buena planta del duque y el elegante pañuelo blanco al cuello que adornaba con un broche dorado.

—A «sus» novias —masculló, más que habló, el poeta.

Juana de Vega bajó los lentes y lo miró con sorpresa al detectar el

odio en aquella voz. Sin embargo, Espronceda no se dio por enterado y volvió a centrar su atención en Sylvia Axel y su escote atrevido. Ella notó su mirada intensa y animal, y le hizo un gesto con la cabeza.

Las lámparas del teatro subieron, se apagaron las luces y las velas, y se hizo la oscuridad. También el silencio. Espronceda aprovechó los aplausos del público para escabullirse del palco sin dar explicaciones a una Juana que tampoco pensaba pedírselas. La orquesta empezó a tocar la obertura y ella se encogió de hombros y se dejó llevar por la música. Muy pronto Don Giovanni salió al escenario tirando de Donna Anna y el público prorrumpió en vítores al ver a la hermosa amante del duque de Wellington.

Alguien llamó a la puerta y lady Sylvia se levantó. Le abrió la puerta al poeta, cerró las cortinas del palco y ambos se besaron con avaricia. Espronceda la separó un momento, el sabor de la sangre en la boca, el dolor y el placer. Susurró al oído de la dama, temeroso de que los escucharan.

—Está Wellesley en un palco muy cerca...

—Lo sé, lo he visto. —Sylvia arrancó la camisa blanca presa en los pantalones y arañó con fuerza el pecho lampiño del poeta mientras jadeaba. Susurró—: Viene a ver a su amante cantar, Doña Anna.

Él notó el placer del dolor de aquellas manos de fiera.

—¿Y no le temes?

—¿Deberíamos temerle? ¿Tú le temes?

—Es el hombre más poderoso de Londres: le temo, no estoy loco. Además, él te desea. Te considera suya. Si me ve contigo, me destruirá.

Sylvia abrió mucho los ojos y agarró los hombros del poeta.

—Él nos considera tuyas a todas. Pero nosotros ahora somos poderosos, ¿no te das cuenta? Somos poderosos y conseguiremos todo lo que queramos del mundo y de la vida de los demás.

—¿La vida de los demás?

En cuanto la Grassini desapareció del escenario, sir Arthur Wellesley

comenzó a aburrirse. Movi6 la pierna de forma nerviosa, se rasc6 el cabello, se afloj6 el pa6uelo que le oprimía el cuello ligeramente. Mozart no le desagradaba, pero no era ni de lejos su músico favorito.

En un palco cercano estaba Sylvia Axel. Y, por lo visto, había acudido sola a la ópera, sin el marido campestre y animal que no era capaz de disfrutar de nada que no fuese contar monedas y más monedas. A veces se preguntaba cómo podía ser que aquella belleza salvaje se hubiese casado con un paleta, pero luego recordaba el dinero que aquel tipo estaba amasando con los negocios en ultramar y entendía los motivos. Si Sylvia no hubiese encontrado un buen partido, quizá estaría ganándose la vida como actriz barata, o peor, en la calle como «dama de la noche» en algún rinc6n fangoso y repulsivo del East End, o como estrella principal en algún burdel de flagelación que a él tanto le gustaban y que desde su fama absoluta no podía visitar tan a menudo como quisiera.

Se levant6, se coloc6 el chaleco bordado de flores plateadas, la levita y el pa6uelo a juego con el tois6n de oro reluciente, se sacudi6 los pantalones y decidi6 ir a hacerle una visita jovial a la dama pelirroja.

—No estoy seguro de poder conseguir tanto láudano.

—Mi marido es muy grande y fuerte. Lo necesitaremos.

Entre jadeos, Espronceda intentaba centrarse. Al lado de aquella mujer del averno, sus peores demonios despertaban, su mente se disparaba como un arcabuz del rey, sus ansias de poeta desaparecían para disolverse en la abyección. Mordió los labios de la lamia hasta notar la sangre y sus sentidos se agudizaron como los de un lobo.

—Está cerca —susurr6, apartándose con brusquedad.

Ella se zaf6, se apret6 más y lanz6 un rugido de fiera.

—No me importa. Lo destruiré. Él es el culpable de lo que nos está pasando.

—¡Calla, Sylvia! ¿Estás loca? —Espronceda le puso la mano sobre

los labios para enmudecerla—. ¡Él nos destruirá a los dos con un solo movimiento de su mano!

La mujer sacó una daga afilada de su pecho.

—Eso lo veremos. No le tengo miedo. Ella está conmigo.

Arthur Wellesley salió de su palco e intentó ubicarse. Había visto —y escuchado los murmullos de la plebe— a Sylvia Axel durante unos segundos antes de que se apagasen las luces. Avanzó por el pasillo y abrió un par de puertas con disimulo. Nada.

Se concentró durante unos instantes. Se dirigió con precisión hacia una de las puertas y sacudió el pomo con fuerza, pero no lo pudo ni mover. Estaba atrancada.

Iba a llamar con fuerza cuando una voz le interrumpió.

—Sir Arthur Wellesley.

Unos ojos de avellana lo escrutaban y Wellington se sintió incómodo. La mano enguantada que había entreabierto la puerta del palco soltó el pomo con disimulo.

¿De qué conocía a aquella mujer? Rebuscó en su mente, hacía poco que la había visto...

Juana ladeó la cabeza como un cachorro, esbozó una media sonrisa y se alisó el faldón con las manos.

—Soy Juana de Vega. La esposa de Mina.

Wellesley asintió con la cabeza lentamente. La reconoció.

—Sí. Claro. Ya lo veo... —Levantó una ceja con ironía—. ¿Cómo está su marido?

—¡Qué rápido corren las noticias por esta ciudad inmensa! Mina está bien, gracias. —Otra media sonrisa—. A pesar del intento de envenenarlo, está bien.

El duque elevó sus manos fingiendo bastante mal su disgusto.

—¿Intento de envenenarlo? ¿Está usted segura? ¿Quién querría cometer semejante infamia?

—El rey Fernando tiene *allegados* en todas partes. Incluso en

Londres.

—Está usted insinuando...

—Fernando es un ser cruel y despreciable. Además, es de todos conocida su aversión a mi esposo. No me extrañaría nada que lo hubiese mandado asesinar.

—Su marido en este momento no representa ningún peligro para la monarquía española, señora mía. ¿O me equivoco?

—¿Qué mal puede causar a un monarca todopoderoso un hombre enfermo en el exilio?

Wellesley permaneció unos segundos mirando a Juana de Vega como si quisiera escrutar su alma.

—He visto luchar a su marido. Puede estar mal de salud, pero es un militar de raza. Valiente, arrojado, listo y astuto como pocos. Si yo fuese el rey de España, me preocuparía. Me preocuparía mucho.

La orquesta atacó los compases que indicaban el descubrimiento por parte de Doña Anna del asesino de su padre, y el duque de Wellington hizo un gesto a la música. La Grassini volvía al escenario.

—Y ahora, si me disculpa... Debo volver a mi sitio.

Sylvia escondió la pequeña daga en su pecho al escuchar a Wellesley alejarse. Abrió la cortina y lo vio entrar en su palco y sentarse a contemplar a la Patty. Se dirigió a Espronceda con rapidez.

—Vete. Lo conozco. Volverá. No quiero que te encuentre aquí. Nos vemos en mi casa. Ven temprano. Consigue el láudano.

Espronceda asintió, el corazón golpeándole el pecho como un tambor guerrero. Le hubiese gustado que el gran duque entrase en aquel palco. Un duelo romántico en la tapia del cementerio. Morir susurrando el nombre de Teresa.

—Conseguiré el láudano.

La esposa de Mina esperaba a Espronceda apoyada en la pared cerca

del palco de lady Sylvia. La orquesta ejecutaba el final del primer acto, Don Giovanni huía de la turba persecutora; el poeta se secaba el sudor con un pañuelo y se sobresaltó al ver a Juana mirándolo con preocupación.

—Es muy hermosa.

Espronceda asintió. Se notaba a la legua que no quería hablar de ella. Juana prosiguió.

—He tenido una conversación sustanciosa con Arthur Wellesley. Iba a entrar en el palco en donde te encontrabas.

—Gracias.

—Debes protegerte, Pepe. Son poderosos, ricos. Tú ahí no pintas nada. Eres un poeta. Un revolucionario. Para ellos, escoria.

Espronceda se guardó el pañuelo y clavó sus ojos profundos de perro en los de Juana.

—Necesito láudano.

—Estás ido.

—Me harás ese favor, ¿verdad? Si estás conmigo, yo estaré con Mina cuando llegue el momento. Y ese momento llegará.

Los aplausos del público señalaron el final del primer acto mientras Juana acompañaba a la puerta del teatro al joven poeta, poseído por la angustia.

—Volveré andando. Somers Town no está demasiado lejos.

—Es tarde; más de una hora andando, y a partir de Saint Pancras te puedes encontrar de todo: mujeres de mala vida, salteadores...

—Me sé cuidar, Juana. Me sé cuidar bien. —Los ojos brillaron a la luz de las velas del teatro. A Juana aquella mirada le recordó a la de los lobos en el bosque.

—Te escribiré en cuanto tenga el láudano. Mi boticario me lo cede sin mayor problema.

CONSPIRANDO

Tennyson, siempre presto a los excesos, celebró las cartas de Viriato con unos hurras escandalosos. Boyd, sin embargo, las miraba con cierta aprensión.

—No puedo creer que tengamos tanta suerte. Justo ahora.

La dueña del pub sirvió unas jarras de cerveza y Torrijos apartó las cartas de la zona pegajosa de la madera.

—A la suerte hay que atraparla por los pelos en cuanto pasa por delante. De todas formas, me estoy informando por otros cauces. Hay que asegurarse de que el rompimiento llega a buen puerto. Yo me fío de Viriato, lo que dice es bastante cabal, su conocimiento de los puestos de Málaga es remarcable, los efectivos, el armamento, rutas... Afirma que lo mejor sería atracar en Gibraltar al principio y, de ahí, atacar a través de la costa.

El pelirrojo se acarició el mentón.

—¿Y qué dice la Junta de Málaga?

Torrijos cerró los labios durante unos segundos. Luego resopló.

—Son unos cobardes. Demasiado temerosos.

—Hay que valorar todas las posibilidades, hermano. Tenemos un barco, armas, héroes dispuestos. Pero hay que tener cuidado. No olvides lo que le acaba de pasar al general Mina.

Torrijos, pensativo, miró su jarra de cerveza y entornó los ojos.

—Debería hablar con Mina. La verdad es que sin su ayuda somos muy vulnerables. ¿Dónde está Espronceda? Pensaba que iba a venir

hoy. Espronceda podría arreglar un encuentro en paz. Me gustaría saber qué opina el general de las cartas de Viriato.

Tennyson dejó de cebar su pipa para contestarle.

—He oído por ahí que acudiría a la función del Teatro Real de Covent Garden.

—¿Ha ido al *Don Giovanni*? Seguro que se encuentra con lord Wellington. Por lo visto, a su larga lista de amantes acaba de sumar a la Grassini. Es insaciable. Mejor: mientras esté ocupado con sus mujeres, nos dejará en paz a los demás.

Tennyson lanzó una bocanada de humo mientras la pipa crepitaba.

—Sir Arthur tiene capacidad suficiente para fornicarse a todas las bellezas del país y a la vez conspirar, destruir y ascender en el gobierno. No lo subestiméis. Es lo que hizo Napoleón al considerarlo un paleta con sable.

EL DIARIO DE A BORDO

«**N**unca la tripulación de este barco fue tan feliz y nunca estuve tan preocupado».

Juana veía los mástiles del barco desde la ventana de su despacho, el que había sido de su marido durante algunos años. La luna emitía una luz tenue que iluminaba el puerto. Luego siguió leyendo aquel diario extraño, fascinante. Al principio, el capitán se había limitado a describir las rutinas de navegación. Más adelante, El Temido se convirtió en un lugar de pesadilla sobre el agua.

«Sonríen, sonrían sin parar. El Temido navega como un rayo, los marineros gritan de júbilo, piden vino, piden ron, quieren comer todo el rato. Ayer el contramaestre vino a decirme que los peces saltaban a cubierta como si el mismo Neptuno los enviase, el cocinero no paraba de dar vueltas sobre sí mismo, parecía un perro enloquecido buscándose el rabo. Creo que una de las pasajeras, una mujer mayor, se ha ofrecido a los miembros de la tripulación como una ramera y la han tomado en sus camarotes, igual que si estuviesen poseídos por el dios Baco. ¿Habrán comido algo que les ha envenenado? ¿Alguna provisión afectada por el cólera, el tifus, las fiebres, alguna enfermedad alucinógena? Temo que en cualquier momento yo también me vea condenado a enloquecer como ellos. Y no quiero.

»El bergantín navega a su antojo.

»No me atrevo a decir nada. Cada vez me dan más miedo. Y el pasajero misterioso, el *peregrino*, sigue con la puerta cerrada, sin salir

fuera ni un rato. Es imposible que no escuche el jaleo y los gritos, el olor a comida, la conversión de este lugar en una especie de feria salvaje. He golpeado su puerta, pero no contesta. Quizá haya muerto. No lo sé. Quizá haga bien en no salir y no contagiarse de la euforia que sigue poseyendo a todos.

»Siguen comiendo, bebiendo y fornicando.

»El barco navega y navega como en un túnel extraño, profundo, un túnel que da vueltas; no veo el mar, o sí, no sé, tengo hambre como todos los demás. Engordan, han devorado las galletas y bebido todo el ron, han saqueado la despensa, han bajado a la carga; comen y beben como en un banquete interminable. Como cerdos camino del matadero.

»Como cerdos que van a ser devorados.

»Esa imagen me viene a la cabeza de una forma obsesiva. Escucho algo justo bajo mis pies. La puerta del camarote se abre, la madera cruje, pasos. El *peregrino* ha abandonado el camarote.

»Muy pronto escucho aullidos y no quiero salir. El barco se detiene de repente, se encoje, se expande, se rompe, ellos gritan más y más fuerte; reconozco la voz chillona del grumete pidiendo ayuda.

»Luego el silencio. La nada.

»Los pasos se acercan.

»Abriré la escotilla de mi camarote y pediré a los santos que me lleven lejos de este lugar del infierno.

MELLIZOS

Berta secó las cacerolas y las metió en la alacena. Luego hizo lo mismo con unas copas y unos platos que estaban a escurrir cerca de la pila. Removió el guiso de carne que estaba al fuego con una cuchara de palo. El guiso le salpicó la mano, quemándosela. Ahogó un quejido y la sumergió en un cubo de agua helada.

Se dio la vuelta y vio al crío pelirrojo mirándola fijamente.

—¿Qué te pasa, Keith? ¿Tienes hambre? —Le señaló unas hogazas de pan cortadas sobre un mantel blanco en la mesa de madera.

El niño dijo: «Pan, gracias», en español. Arrimó una silla y se sentó; las piernas le colgaban y las balanceaba con ritmo.

—¿Un poco de carne? —Berta señaló la tartera.

El crío asintió, sin dejar de balancear las piernas.

Mina bajó a la cocina atraído por el aroma delicioso que desprendía lo que parecía un guiso de ternera. Tenía hambre. Llevaba sin comer desde el almuerzo y había caminado varias millas hasta la casa de unos amigos soportando el viento helado. Imaginaba que Juana llegaría muy tarde, el estómago apretaba y se conformaría con un poco de guiso y pan. La cocina estaba caldeada y limpia. Se sintió bien. Berta le señaló la botella de tinto que estaba en la alacena. ¿Vino? No, por los dioses. Lo aborrecía desde la comida de Navidad. Al pasar, despeinó al pilluelo con cariño.

Berta se secó las manos y sopló su quemadura.

—Es poca cosa. ¿Para cenar? Hay guiso de carne recién hecho que

me ha mandado cocinar la señora para mañana, pero hay de sobra, con nabos y verduras. Huele que alimenta. Y hay queso y pan.

—Un poco de guiso me bastará, gracias. Comeré aquí.

Berta les sirvió el potaje y el crío comenzó a engullirlo como si fuese su última cena. Mina sonreía al verlo comer con tanta ansia.

Keith se quedó quieto unos segundos, levantó la vista del plato y empezó a hablar en un *cockney* cerrado y rápido que ni Berta ni Mina fueron capaces de comprender. Señalaba la ventana que daba al huerto de la parte trasera de la casa. Al rato interrumpió su discurso y rebañó el pan oloroso que había amasado y horneado Berta la noche anterior en los restos de la comida.

La criada resopló. Fue a mirar a través del cristal. Empezaba a nevar y la ventana estaba empañada. La limpió con el codo y miró hacia fuera. No había nadie.

—No he entendido ni papa de lo que ha dicho.

—Yo tampoco. El *cockney* me parece algo imposible de aprender. Y llevo aquí casi diez años. Hablan demasiado rápido. Habrá que preguntarle a Juana. Ella es capaz de entenderlos. Ojalá tuviese yo su inteligencia...

Juana se arrebujó en la manta de viaje que tenía en el coche y dispuso un calentapiés. De nuevo bajaban las temperaturas y de nuevo amenazaban el granizo y la nieve. La salida del teatro provocaba un atasco masivo de carruajes en las calles de Covent Garden. Hacía rato que la oscuridad había cubierto el cielo de Londres y el frío intentaba entrar por las rendijas de la madera. Gastón levantó el látigo y Juana escuchó el chasquido. Se dejó mecer por el traqueteo mientras pensaba en Espronceda y en aquella mujer pelirroja y extremadamente bella. Creía que el poeta estaba enamorado de la hija de un militar refugiado en Somers Town, o eso decían los mentideros españoles. ¿Qué hacía metido en aquel berenjenal? ¿Y el duque de Wellington? El ubicuo sir Arthur Wellesley... Parecía que nada que ocurriese en la gran ciudad

se podía escapar de sus inquisitivos ojos grises.

«En el fondo, un militar. Un militar como mi marido, pero Mina es un acérrimo defensor de la libertad de los pueblos y Wellington, un tirano al servicio de la Corona y su dinero. El liberador de Europa convertido en un absolutista».

La nieve comenzó a caer y el carruaje a abandonar las callejuelas de Londres. La vista de la campiña en la oscuridad, los copos de nieve... La belleza de aquel paisaje tan parecido a su San Pedro de Nón la relajaba de sus preocupaciones. Gastón chasqueaba el látigo al ver los primeros copos y el coche avanzaba con rapidez por el camino hacia su destino.

Mina esperaba fumando en el porche.

—Tenía ganas de verte.

Juana lo besó. Sabía a tabaco. Sintió una oleada de deseo. Lo volvió a besar con pasión.

—¿Qué tal la ópera?

—Magnífica. El bajo, estupendo. Estaba Wellington, por cierto. Me saludó. Hablamos un rato.

La media sonrisa de Juana hizo que Mina levantara las cejas.

—¿Qué le dijiste?

—Oh. Nada importante. Solo le dejé caer lo del vino..., a mi manera, ya me conoces. Soy gallega.

—¿Y?

—Me lanzó una de esas miradas de hielo con sus ojos grises y lo negó todo. Ya lo conoces. Es irlandés. Algo bastante parecido a ser gallego.

Mina rio con ganas. Conocía a su mujer y sabía que Wellesley había entendido el recado.

—Vamos dentro. Hace mucho frío. ¿Has cenado? Berta ha hecho un guiso estupendo. Hasta el pilluelo se ha chupado los dedos.

—No, no tengo demasiada hambre. Antes de entrar en el teatro comí algo en Covent Garden. ¿Sabemos algo del hermano de Keith?

—Nada. Seguimos igual. Mientras cenaba soltó una cháchara

incomprensible mientras señalaba al huerto. Ni Berta ni yo entendimos una palabra. Pero parecía estar preocupado.

—Ya le preguntaré. ¿Dónde está?

—Seguro que durmiendo con tu padre. Le ha cogido mucho cariño. Se protegen.

—Bueno. Esperaré a mañana. No voy a molestar a papá.

APARICIÓN

MI hermano flota en el aire de la noche. Me mira con unos ojos grandes y brillantes. Me llama. Quiere que abra la ventana. Pero yo tengo miedo. Sí, tengo miedo, mucho más miedo que cuando aquel señor me llamó a su mansión y me dio moras y melocotones y me tuvo en su regazo... El «*colo*», lo llama la señora Juana, «estar en el *colo*». Eso hacía el hombre rico de la casa en el parque. Luego llevó a mi hermano al piso de arriba, porque ella lo había elegido a él; era mayor que yo y más espabilado. Eso me dijo Harry al volver, con su cara entre pálida y oscura, como si fuese el elegido y el más hermoso entre todos. Él ya era el elegido antes, cuando vivíamos en el centro y nos daban de comer y vino y té de Navidad, y siempre volvía, cuando alguno de los nuestros jamás lo hizo. Aquella mujer que nos dio su cobijo, Harriet, creo que se llamaba, se parecía a mamá. No puedes decir que se parecía a mamá, mamá solo quería a Harry. Pocos días estuvo Harriet, pero Harry siempre era el elegido y volvía pálido y sin sangre, pero lleno de alegría y hambre, lleno de amor, por eso me rasca la ventana y flota entre la nieve, porque quiere lo que nunca quisieron los otros: me quiere a mí.

Se lo he dicho a la criada, pero no me entiende, y al señor importante, el de la gran espada, también. Él no sabe que mi hermano lo visita y lo cura desde que están en esta casa. Tengo que decírselo a Juana. Juana me entiende cuando le hablo; ella buscó a mi hermano, pero no sabe que mi hermano tiene otro destino. Me refugio en la cama

de su padre porque él sabe mucho más de todo, él me protege con sus palabras, es el único que ha visto la verdad y el único que sabe el tiempo que le queda a la muerte antes de que llegue la vida.

Hoy vendrá. Hoy vendrá y volverá a la ventana. Pero yo no he sido el elegido. Yo quiero ser el hijo de Juana. Quiero el futuro. Quiero el calor. No fui el elegido, pero eso no importa. No quiero que entre. No quiero que ella mire más. Vea más. No quiero flotar en el río. Somos todos hermanos, sabemos que hay una forma de vivir y otra de morir.

OPIO

Juana mira las provisiones de opio que hay en su casa. Como buena enfermera de su marido, guarda más de lo necesario. Elige una redoma que le dejó el boticario para una crisis de reuma de Mina y una ampolla repleta. Hay algo en Espronceda que la anima a confiar. Es simple intuición. Es un hombre inteligente, pero arrojado, es un poeta, pero llegará adonde ella no puede llegar, está segura. Llegará a proteger a Mina de sí mismo, lo ha leído en esos ojos que antes eran de terciopelo triste y ahora son de lobo ansioso. Es un poeta, pero es un guerrero. Los poetas definen con su verso; es imposible que un poeta esté prendado de una bella sin alma como esa mujer pelirroja, hija del demonio. Hay algo más, pero... ¿cómo saberlo? Lo acaba de conocer. Pero entiende que Espronceda es un guerrero de la palabra, un indomable. Como su esposo. Aunque todos crean que su esposo es un cobarde.

Juana se siente protectora de los exiliados, de los tristes. Españoles con sus capas, pobres, buscando una vida nueva que se les escapa. Exiliados, refugiados, incapaces de entender nada salvo volver a casa. Contagiados a su pesar del romanticismo que nunca llegará a España. Pero Pepe es distinto. Por eso le dará el láudano. Además, Mina está mucho mejor desde lo del maldito vino. Acaban de hacer el amor como hace mucho tiempo que no lo hacían. Como si todos en esa casa fuesen muy felices, presas del ansia. El niño pelirrojo les da la vida. Ellos no han tenido hijos: podría adoptarlo, por qué no. No tiene padres, no

tiene hermano. Nadie se dará cuenta. Se lo llevarán de vuelta a España. Mina y ella son castaños y de ojos oscuros, pero el crío es blanco, y ese cabello... se puede teñir. Son diez años en Londres. Ojos verdes, pero nadie se dará cuenta. Y la edad. Sueños, sueños vanos. Tener un hijo. Volver a casa. La libertad. Y la muerte del rey.

EL TENOR

—¡P or Dios, ese tenor! ¿De dónde ha salido? Es terrible.

Wellesley se apoyó en la silla en donde estaba sentada Sylvia Axel. Ella dejó en el asiento de al lado los binoculares. El duque le acarició los cabellos de fuego.

—¿Y tu esposo? ¿Otra vez de viaje?

—Sabes que odia la ópera.

Sylvia tomó un sorbo de champán. La mirada de Wellesley bajó sin pudor hacia sus pechos, que mostraban una marca roja de succión. Levantó una ceja.

—¿Dónde has dejado a tu marido?

—Hace un rato intenté entrar, pero estaba cerrado.

—Una mujer sola tiene que protegerse. Puede entrar un ladrón de joyas o algo peor.

Wellesley se acercó a ella y la agarró del brazo para atraerla hacia sí. Ella se resistió un poco, no demasiado.

—Sé que has venido a ver cantar a tu nueva amante.

—No sabía que eras celosa, querida. —Le acarició el rostro mientras esbozaba aquella mueca cruel y desdeñosa tan íntima y alejada de la bonhomía que se le suponía al duque—. Yo, sin embargo, no tendré problema en que vengas a mi baile de fin de año con tu marido. Me encanta veros juntos. ¿Ya habéis encargado los disfraces?

—¿Celos? ¿De esa vaca? No bromees.

Sylvia se dejó besar, primero en los labios, luego en los pechos.

Wellington detectó un olor a perfume masculino muy marcado.

—¿Vaca? ¿La Grassini? —Soltó una carcajada y dejó de besarla durante unos segundos—. ¿Cómo vas con la misión que te he encargado? ¿Qué sabemos de los españoles?

—Mientras esté mi marido en casa, poco puedo hacer. Y sí, ya tengo los disfraces. Son espectaculares.

—Acabo de ver hace un rato a doña Juana de Espoz y Mina. Me han dicho que iba con uno de esos rebeldes que se juntan con Torrijos. Uno de esos muertos de hambre que quiere ser poeta... —Levantamiento de ceja y esa voz incisiva tan Wellesley—. Tu profesor de esgrima. El poeta de tres al cuarto.

Sylvia no contestó. No sabía si Wellington o alguno de sus contactos lo había visto entrar en el palco. Le devolvió los besos e introdujo su mano por dentro de los pantalones del duque para evitar que la conversación siguiese por unos derroteros que no le interesaban.

—¿No te parece que el tenor desafina mucho?

EL BARCO DEL HOLANDÉS

Los entierros se empezaron a hacer por la noche. Idea del alcalde, al ver como los habitantes de la ciudad se escapaban, muertos de miedo. Dicen que alguno ha llegado hasta El Bierzo a refugiarse. «Como si la enfermedad entendiese de fronteras», había dicho el médico, pensando interiormente en hacer lo mismo, en escapar de aquella ciudad maldita. Pero la orden es que los médicos y los curas permanezcan allí, a pesar de que casi todos huyeron al inicio de la epidemia. La orden y el dinero de la reina Isabel; ese dinero es suficiente razón para mantenerlos allí a riesgo de su propia vida. Eso y que, si son capturados lejos de La Coruña, quizá la reina decida encarcelarlos una buena temporada.

Juana se detuvo al oír el ruido de los cascos de los caballos. Puso una mano sobre el brazo de Gastón. Los dos permanecieron inmóviles en las sombras. Un carruaje pasó lleno de cuerpos, amontonados unos encima de otros, mujeres, hombres, niños, quizá alguno aún vivo y aplastado por los cadáveres, pensó Juana. Un vivo sofocado entre todo el peso de la muerte. Los cocheros iban embozados y en la oscuridad parecía que fuesen médicos venecianos de la peste. Juana había visto hacía poco en un libro unos dibujos en los que se veía a aquellos seres siniestros que cuidaban a los enfermos y evitaban los contagios con el largo pico lleno de paja y esencias. Sintió miedo. Se encomendó a su esposo; él hubiese tenido el temple adecuado y no sentiría las piernas vacilar y las rodillas a punto de ceder al paso de aquel carronato de la

muerte.

Ventanas abiertas en la noche y lamentos y lloros que se escuchaban desde la calle. La gente estaba empezando a darse cuenta de la magnitud de la epidemia, de que la Parca había decidido quedarse una temporada en La Coruña y sacar la afilada guadaña. Juana se deslizó detrás de Gastón, intentando no ser vista por alguna de las autoridades que acompañaban a los médicos a los hogares de los ricos comerciantes. El cólera era democrático en sus elecciones, y los poderosos de la ciudad veían morir a sus familias de la misma forma que los mendigos o las lavanderas.

Se aseguró de que la capa le tapase la cara y el cabello, y de que nadie la reconociera. No quería dar explicaciones.

Atravesaron el puerto entre sombras y avanzaron hasta donde Gastón había escondido la barca, en una cala apartada.

Gastón remó en la noche de nuevo. Otra vez el chapoteo de los remos, la mar calmada del puerto, el olor a algas y los peces que reflejaban con su lomo plateado la luz de la luna. El Temido seguía igual de solitario e inmóvil que el día de su llegada. Juana tragó saliva al acercarse: de la nave seguía emanando una sensación ominosa que lo invadía todo. Era tan evidente que Gastón detuvo su remar enérgico.

El sirviente la miró con aspecto serio. No daba tanto miedo.

—Mina no se arredraría, ¿verdad?

Cuando la barca chocó con el casco, Gastón echó el ancla y cogió la escala de cuerda y madera. La lanzó hasta lograr que el gancho se quedase clavado. Dejó que Juana subiese primero: a pesar de los años, seguía manteniendo la agilidad de la juventud y pronto estuvo arriba. Gastón la siguió y se puso a su lado. Lanzó un resoplido, mezcla de angustia y preocupación.

—Está diferente a la otra noche. Noto algo distinto.

—No se ve a nadie. Ni se escucha nada.

—No me refiero a eso. Es algo más... extraño. No sé. Algo terrible.

CASTIGO MUSICAL

El tenor se secó el sudor del cuello y la frente con un pañuelo y bebió un gran trago de cerveza. Los otros cantantes ya habían abandonado el teatro. La Grassini, sin demasiado disimulo, acompañada de lord Wellington, entrando en su carruaje con las mejillas arreboladas a pesar del frío. Menuda vergüenza, ella casada con un barítono español, él casado también, sin cortapisas, sin un poco de decencia.

Siempre esperaba a que el vulgo y los asistentes al teatro despejaran la zona bebiendo una jarra de cerveza. Una o varias, dependiendo de la minuta que le hubiesen pagado por la función. Aquella noche había sustituido a otro colega que se había puesto enfermo de la garganta: era normal, con aquel tiempo infernal que sufría Londres desde hacía semanas y encima con el *smog*, la niebla negra, que era nefasta para las voces de los cantantes.

Pidió otra cerveza caliente y un pastel de riñones, que no tardaría en aparecer, según el tabernero. Su voz necesitaba alimento y cantar le producía un hambre infernal.

Mientras esperaba la cena, se entretuvo mirando a través de las vidrieras coloreadas del pub. El immaculado manto de nieve se había convertido en una sucia capa de barro gris, profanado por las pisadas y las ruedas de los carruajes. El teatro poco a poco se vaciaba y la noche oscura se hacía cada vez más espesa.

El tenor devoró el pastel, los guisantes y el puré de patatas con avidez.

Una mujer cubierta con una capa con capucha pasó por la calle y miró con rapidez a través de la ventana. El tenor pudo atisbar unas guedejas del color del fuego y una mirada fulgurante, casi del mismo color que el cabello. A aquellas horas era una atrevida al andar sola por aquellas callejuelas oscuras, pensó mientras terminaba el *pie* y la jarra de cerveza.

Mientras decidía si tomarse otra pinta de cerveza o coger un carruaje para dirigirse a su alojamiento, dejó de nevar.

«Mejor salir ahora y parar un carruaje para llegar a mis habitaciones», pensó mientras buscaba los chelines en el bolsillo de su levitón de lana.

Salió. Se quedó quieto. Era como si la noche se hubiese helado, incluso el aire, el silencio inusitado en aquel lugar siempre lleno de ruido. Caminó procurando no resbalar en el hielo negro que se había formado por culpa de las pisadas, por Bow St abajo hacia el Strand. Allí no tendría problema en encontrar un coche.

Torció por Tavistock St. Era tarde, la calle estaba vacía, no se escuchaba ningún carruaje ni caballos, ninguna voz, solo sus pasos tímidos apagados por la nieve. Aquel silencio tan extraño en Covent Garden le resultó incómodo. Avanzó unos pasos y se acercó a una farola. Lo primero que notó fue el olor: un aroma a flores marchitas, a perfume de anciana, a putrefacción de cementerio. Luego, una sombra que esparcía el frío a su alrededor, un frío más helado que el de la noche de Londres.

El ataque duró unos segundos. Las gotas de sangre salpicaron la nieve y la tiñeron de rojo furioso. Las piernas del tenor se movían en el aire, espasmódicas. Solo un borboteo de saliva bermeja antes de que su conciencia se disolviera en la más absoluta nada.

El cuerpo fue dejando un leve rastro de sangre hasta caer al río. Allí se abrió paso entre cristales plateados y bajo el hielo, dejándose mecer suavemente por las pequeñas olas.

DE VUELTA AL BARCO

Juana levantó un fanal que llevaba enganchado a la cintura. Iluminó el suelo pegajoso: era como si estuviese naciendo en la madera algo vivo. Pero quizá era la sugestión del pavor que emanaba de cada rincón del barco, de cada maroma, de cada palo, de cada vela. La ciudad se veía a lo lejos; el único punto de tranquilidad que podían encontrar, el pensamiento de que a pocas millas estarían a salvo. Recordó a Espronceda y sus versos piratas. Allá a su frente, Estambul.

«Pobre, pobre Espronceda».

Abrió la escotilla y bajó por las escaleras que llevaban hacia los camarotes detrás de Gastón, que empuñaba una pistola.

Lo primero que notó fue el olor. Un olor a flores marchitas. A putrefacción dulce y penetrante. No era tan intenso como para hacerlos desistir de su exploración ni tan desagradable como el que se extendía aquellos días de cólera por alguna parte de la ciudad. Se trataba de un olor distinto, a veces embriagador, a veces repulsivo por su dulzura extrema.

—Le aseguro, Juana, que aquí pasa algo raro. Cuando bajé el otro día no olía así. Es como si estuviéramos en un cementerio. Flores y podredumbre.

Juana conocía aquel olor. Y su corazón se aceleró hasta golpear su pecho como el puño de una armadura de hierro. Agarró con fuerza su medallón con el retrato de Mina y suplicó que le diese coraje, como el que había demostrado él hasta el final de sus días. Los pequeños

fanales iluminaron los camarotes. Seguían totalmente vacíos.

Sus pertenencias seguían allí. En una mesa clavada al suelo había botellas de licor a medio terminar, vasos, juegos de naipes. Los pañoles en las paredes aún conservaban las pertenencias de los pasajeros. Era como si se hubiese detenido el tiempo. Juana notó cómo sus piernas temblaban de miedo. Aquel era un barco fantasma. Un barco de los que hablaban los marinos a la vuelta de sus viajes, los que daban mal fario, los que aparecían en mitad de la noche cubiertos de niebla y mandaban al fondo del mar a los tripulantes de otras naves menos afortunadas. A veces se escuchaban los cánticos fúnebres en las noches de tormenta. ¿Podría ser el barco del holandés? Pero aquel navío era inglés, seguro, y, por ahora, a pesar del silencio y de aquella pestilencia, no parecía morar en sus tripas ningún capitán maldito. Se recompuso. Tocó el medallón y pensó en lo rápido que su marido le hubiese quitado el miedo a las supercherías.

Gastón continuó su exploración. Subieron a cubierta y volvieron a bajar hacia el camarote del capitán.

El hombre avanzó despacio, pistolón en mano. El camarote seguía tal cual lo había visto.

—Está igual que la noche en la que cogí el diario de a bordo. No se ha tocado nada.

Los dos entraron. Sobre la mesa se podían ver restos de comida, una botella de vino vacía, una servilleta. Era curioso: hacía calor, pero ni un insecto ni un gusano sobre las sobras, que parecían recién abandonadas. Juana miró sin pudor, abrió cajones, observó la cama. Todo estaba como si la vida en aquel lugar se hubiese volatilizado hacía unos instantes. Husmeó la comida. El olor era fresco. Como si estuviese recién dispuesta.

Rebuscó por todas partes. Dentro de una carpeta de cuero encontró unos papeles en los que se leían los nombres de los pasajeros de la travesía. Eran unos diez. Los repasó. Levantó la vista, pensativa.

—El diario de navegación del capitán habla de un huésped misterioso, un «peregrino» que no abandonó jamás su camarote.

Tenemos que encontrar ese camarote. Por lo que he leído, estaba justo aquí debajo.

PHANTOM BALL

Los carruajes paran en la puerta de Apsley House; los caballos, sudorosos, desprenden vapor, golpean con los cascos el suelo, impacientes. Los invitados al baile de disfraces descienden de los coches con sus ropas extravagantes, entre risas y exclamaciones de frío. Los criados sostienen teas que iluminan la noche, los copos de nieve, los disfraces lujosos y recargados, máscaras que brillan, largas capas de terciopelo, capuchones, caretas de arlequín con manchas rojas que simulan sangre, cerdos, machos cabríos, bandoleros españoles, salteadores de caminos, monjas.

Se escuchan minuetos, pavanas, risas, algarabía. Los invitados se aprestan a entrar huyendo del frío; un criado los anuncia al pasar, aunque todos pueden ser cualquiera, tapados por las capuchas y las máscaras. De la temporada de bailes en Londres, todos saben que el del duque es el más desenfadado y apetecible, un baile en el que las reglas se rompen y no hay escasez de burdeos, champán y comida deliciosa, juegos, adivinanzas y libertad para aparecer y desaparecer del salón principal a placer, sin que nadie se preocupe por separar hombres de mujeres, hombres de hombres, mujeres de mujeres, blancos de negros, criados de señores. Todos podrían bailar con todos. Solo una vez se rompían las etiquetas, y era en aquel baile de la noche de fin de año, noche mágica que duraría unas horas antes de volver a las rígidas costumbres que hacían que aquel país funcionara como un reloj.

A Wellington se le consentía todo, hasta que rompiera las reglas estrictas de la sociedad londinense, especialmente si era celebrando una fiesta de Nochevieja en su mansión.

Sir Arthur Wellesley bebe champán en su despacho mientras lee una carta que le pone de un humor excelente. Una carta recién llegada de Málaga. El gobernador de la ciudad, Vicente González Moreno, está cumpliendo todas sus instrucciones de una forma metódica y perversa.

«Qué fácil es engañar a los exaltados y a los románticos», piensa mientras se coloca el turbante para completar el disfraz de Lord Byron. Un lord de verdad disfrazado de un lord de ficción. La idea de la Grassini le ha parecido muy ocurrente: el famoso traje de albanés del poeta maldito que luce en el cuadro de Thomas Phillips le favorece, fustanela y yatagán incluidos, y, además, la temática *penny dreadful* del baile le va al pelo a ese espectacular conjunto.

LONDRES. *THE OBSERVER*

El cuerpo de Michelle Borallini apareció flotando en el río Támesis la madrugada de ayer. Este afamado tenor boloñés estaba cantando las funciones del Don Giovanni de Mozart, a las que acudió el mismísimo duque de Wellington. Se reportó su desaparición hace varios días. La policía está investigando este extraño crimen. Su cuerpo se encuentra en la morgue del Royal London Hospital. Se dice que ha aparecido sin corazón.

VILLA DIODATI

El doctor Hammick bajó las escaleras mientras cerraba su maletín.

Sonrió con calidez.

—Señora Juana, su padre, como siempre, está de maravilla. Puede afrontar una buena cena de fin de año.

—Gracias, doctor. Pero, por favor, quédese. Nos honrará con su presencia.

—Imposible. Me esperan en casa. Por cierto..., ¿se han enterado de los últimos cotilleos de Londres? Ha aparecido muerto el tenor que cantó el *Don Giovanni* en el teatro de Covent Garden. Flotando en el río. Desangrado como un cerdo en la matanza.

Juana abrió la boca, asombrada.

—Lo acabo de ver cantando allí precisamente hace unos días, un señor rubicundo y agradable. No lo hacía demasiado mal. Pobre hombre... ¿Se sabe algo de quién puede haberlo asesinado?

—Tengo un amigo en la policía. Preguntaré. Es todo muy extraño.

Juana lo acompañó hasta la puerta.

—Muchas gracias por venir. Lleva varias noches durmiendo profundamente, pero luego nos cuenta sueños muy extraños, ya sabe que es algo que se produce desde hace algún tiempo. No sé si debería preocuparme.

—Por ahora está muy estable y tranquilo. Y con apetito, por lo visto... —Le hizo una inclinación de cabeza y se puso el sombrero—. Si ocurre algo, no duden en llamar.

Juana cerró la puerta y se frotó las manos heladas. Hacía mucho frío fuera. La nieve, después de haber dado tregua durante unos días, no dejaba de caer.

—¿No has invitado a Espronceda a cenar con nosotros? ¿No estaba el otro día en la ópera contigo?

Mina le daba vueltas a la copa de vino, intentando decidirse. La olió. El aroma a uvas y a madera era inequívoco, no parecía haber rastro de ningún tipo de sustancia perjudicial. Juana, entre risas, había bebido de la botella para asegurarle que no estaba envenenada, y él sentía algo de vergüenza al verse tan cobarde. No, no quería tenerle miedo a nada, y mucho menos a beber una copa de vino. Lo invitarían a fiestas y reuniones, y daría mucho que hablar si se negase una y otra vez a beber.

Aguantó una arcada y bebió. Era un vino suave, oloroso y casero. Se lo había traído personalmente el librero Salvá, que sonreía desde el otro lado de la mesa. Entró al primer sorbo.

—Espronceda. Sí, estaba en la ópera, pálido como un tísico. Si se llevó tu capa... No sé qué le pasa a ese hombre. Está ido. Si escribiera en vez de andar por ahí buscando mujeres y haciendo nadie sabe qué...

Juana recordó el aspecto fantasmal de José la tarde anterior, cuando acudió a su cita para que le diese el láudano. Le había prometido que no haría ninguna locura, pero ella se fiaba poco. Su intuición le avisaba una y otra vez de que el joven andaba metido en algún lío, y de los gordos. Pero aún no tenía la suficiente confianza con él para reprenderle demasiado.

Salvá tomó un sorbo de ponche, dulce y caliente. El olor a canela le abrió las fosas nasales y respiró, saboreando la bebida.

—Creo que su amada se acaba de casar con un empresario bastante rico. Sus padres están escasos de dinero, las hijas intentaban sacar algo haciendo brazaletes y pulseras. Son muy guapas las dos, pero Teresa es arrebatadora. Piel blanca como la nieve, unas mejillas sonrosadas, alta, cintura de avispa pero pechos llenos...

La mujer de Salvá se ruborizó y le dio un golpe en la mano. El

librero se echó a reír: el ponche lo desinhibía y le hacían gracia los celos de su esposa.

—Ni de lejos es tan hermosa como tú, querida mía. —Le pellizcó las mejillas, pero ella siguió enfadada—. El pobre Pepe está totalmente enamorado de Teresa Mancha. Creo que haría cualquier cosa por ella, fugarse incluso. Raptarla. Es muy romántico, ¿no os parece?

Juana sacudió la cabeza. Como si el romanticismo fuese a darles de comer. O a salvarles la vida. Todos aquellos jóvenes poetas estaban enloqueciendo, lejos de su casa, de sus padres; lejos de una vida tranquila. Pero así era la historia, y sin gente como Espronceda quizá España seguiría para siempre sumida en la miseria. Por eso le dolía tanto verlo fuera de sí, con aquella mirada de animal ansioso, siempre a punto de enfrascarse en cualquier polémica con lo que fuese más extraño o arriesgado.

—Lord Byron no ha sido un buen ejemplo para los jóvenes, desde luego... Todos quieren morir de fiebres y seducir a todas las beldades. Al final mueren ahogados por embarcarse sin saber nadar, como Shelley.

—Shelley fue un gran poeta, pero, sin duda, la que ha escrito el futuro ha sido su mujer, Mary. —Salvó se frotó las manos con entusiasmo—. Con su *Frankenstein* ha roto con todo lo anterior, es un verdadero éxito. Y escrito por una mujer, ni más ni menos. Una mujer. El futuro, os lo digo. He vendido muchísimos ejemplares. Muchos más que de *El Vampiro*, de Polidori.

—¿Y Lord Byron?

—Con Byron no puede competir nadie. Byron escribió esa noche su maravilloso poema «Darkness»:

Tuve un sueño, que no fue un sueño.
El sol se había extinguido y las estrellas
vagaban a oscuras en el espacio eterno.
Sin luz y sin rumbo, la helada tierra
oscilaba ciega y negra en el cielo sin luna.
Llegó el alba y se fue.

Y llegó de nuevo, sin traer el día.
Y el hombre olvidó sus pasiones
en el abismo de su desolación.

Cuando Salvá terminó el poema, todos permanecieron unos segundos en silencio, emocionados. Juana aplaudió.

—La verdad, es una maravilla. No me extraña que le guste a Espronceda. *El Vampiro* no está mal. Se nota de lejos que Polidori odiaba a Byron cuando lo escribió. Pobre Polidori. Además, todos pensaban que el autor del relato era el propio Byron y él nunca se ocupó de desmentirlo. Eso convirtió al médico en un ser profundamente desgraciado. —Juana disfrutaba de la lectura y de las recomendaciones de Salvá para aprender inglés, y los románticos se habían convertido en sus preferidos—. El otro día, en el periódico *The Times*, encontré un artículo muy interesante. Decía que Byron, Shelley, Mary y Polidori habían escrito sus libros y poemas encerrados en una casa en Suiza... ¿En el lago Lemán? Sí, creo recordar que fue allí. —Salvá asintió; conocía la historia perfectamente—. Debe de ser un lugar precioso. Y fue el año en el que no hubo verano. Yo era muy cría. En realidad —rio—, en La Coruña nunca hay verano, no tuvimos demasiada diferencia... —Se rio—. Pero me acuerdo. Las cosechas se malograron en toda España, hubo una hambruna que se mezcló con la de la guerra. Días y días oscuros y nublados.

Mina sacó un habano y empezó a fumar. Le dio otro sorbo al vino, ya más confianzudo con la bebida. Lo paladeó. Entraba muy bien.

—Ese libro, *Frankenstein*, ¿de qué trata?

—De un médico que resucita a los muertos. Una blasfemia. El médico crea un cuerpo humano a base de trozos de cadáveres. Lo resucita con electricidad.

—Electricidad... Absurdo. Qué desagradable, ¿no? —Exhaló el humo haciendo volutas.

—Bueno, al final el libro trata sobre los humanos y los monstruos, la dificultad de encajar en la sociedad, el amor, la venganza... Por eso

tiene tanto éxito. Me gustaría traducirlo al español. Se lo pediría a Torrijos; tiene el don de lenguas, como los apóstoles tras recibir al Espíritu Santo...

—Sin olvidar la pretensión de Frankenstein de ser Dios, de rivalizar con Él. —Juana, de profundas convicciones religiosas, había sentido mucha compasión por el doctor Frankenstein—. Dicen que Mary Shelley viajaba siempre con el corazón de su marido. Eso sí es romántico.

Mina sonrió.

—¿Tú viajarías con mi corazón también?

—Claro que sí. —Juana puso su mano sobre la de su marido y la apretó—. Tú no vas a morir nunca, amor mío. Nunca. Siempre estaremos juntos. Hasta la eternidad.

PHANTOM BALL (II)

El marido de Sylvia Axel duerme plácidamente. Sus ronquidos se escuchan desde fuera de la habitación, atraviesan la puerta de gruesa madera. Sylvia ha dado la noche libre a casi toda la servidumbre para que no le molesten. Calcula que dormirá toda la noche y parte del día siguiente, con todo el láudano que le ha suministrado en la bebida. Un jerez delicioso que se tomó sin saborear, un oporto que vino después, hicieron el amor y se bebió media botella de brandi. Al fin, el galés cayó rendido, olvidando el baile y los disfraces. Sylvia respiró varias veces para calmar su ansiedad.

Abre la puerta a Espronceda, que espera fuera con ese semblante oscuro que no le abandona ni un momento desde que se casó Teresa Mancha. Se desemboza al entrar. Con él entran los copos de nieve, que siguen cayendo sin descanso.

—¿Tu marido?

—Durmiendo como un bendito.

—¿Los criados?

—En los pubs celebrando el final de año. Vamos, sube. Tengo los disfraces preparados... —Le guiñó un ojo—. Te aseguro que nadie notará que no eres Charles Morgan-Brown.

El chambelán anunciaba a los asistentes a voz en cuello, pero nadie le prestaba atención. La música, los gritos, las risas, la gente excitada que comenzaba a beber, a jugar, a seducir... Estaban demasiado ocupados

para atender a los que entraban. Los criados se paseaban con bandejas con champán recién llegado de Reims, una donación de un importante militar francés amigo del duque de Wellington. Un champán que se deslizaba por la garganta con aquellas suaves burbujas, bebida de monjes y de dioses, pensaba la Grassini. Su antifaz ajedrezado dejaba ver su boca y aquella mítica barbilla partida por un hoyuelo, y permitía que sus admiradores la reconocieran y la adularan a placer.

Wellington quería que cantara para sus invitados. Todo el mundo hablaba de la muerte del pobrecito tenor, un mindundi al que seguro se habían cargado para que callase para siempre. Era un cantante muy malo. En cierto modo le molestaba que le quitase algo de protagonismo. Sin duda, ella no estaba dispuesta a morir para que se la echara en falta. Y menos con aquel baile de disfraces tan prometedor en perspectiva.

¿Dónde estaba Wellington? Sabía que su esposa, algo enferma, se había escapado después del banquete de Navidad a su Dublín natal. Aquel pajarillo feo y vacuo... ¿Cómo se le había ocurrido al duque casarse con ella al volver de la India? Misterios de la naturaleza de los hombres. Y encima con una salud frágil. No podía haber elegido peor. En fin, ella no estaba allí para casarse con el duque. Era una mujer libre y rica mientras tuviese aquella voz de oro en la garganta. Bebió un sorbo de aquel champán tan suave y, para distraerse mientras en aquel maremágnum no hacía aparición el duque, dejó que uno de los invitados, tapado con una careta de cerdo, la agarrase por la cintura y la llevase de habitación en habitación en un vals infinito.

La Coruña, 1854

UN GENIO DE LA MÚSICA

El niño Pablo cogió su violín y su atril. Situó con cuidado las partituras. Mientras su madre se abanicaba y bordaba un pañuelito para Juana, empezó a ensayar, escalas y arpegios para calentar. Más adelante, se arrancarían con Mozart y Vivaldi.

Con su padre en Santiago y la epidemia de cólera en pleno desarrollo, ninguno de los dos salía de la casa de Juana. Habían avisado al padre para que no se le ocurriese acudir a la ciudad con semejante panorama. A través de las ventanas abiertas se escuchaba el sonido angélico de las cuerdas frotadas con maestría. Los pocos transeúntes que se atrevían a pisar la calle se quedaban parados, mirando hacia las galerías, intentando adivinar si aquel sonido era real o una alucinación febril, el inicio de la enfermedad que los llevaría a la muerte. El violín era lo único que conseguía apagar el sonido incesante de campanas fúnebres.

La figura embozada permanecía oculta, la espalda pegada a la pared menos iluminada de un portal enfrente de la casa de Juana; las sombras de la noche hacían invisible su presencia. Escuchaba sin moverse aquella música celestial, sin saber aún que las manos que la tocaban eran las de un niño que estaba destinado a ser un genio de la música.

Había visto salir de la casa a Juana y a su criado. Pero la casa no estaba vacía, allí había alguien que tocaba el violín maravillosamente. Tan maravillosamente que no se escabulló de su escondrijo hasta que el crío dejó de tocar. Siguió escondido hasta que vio sombras moverse

en el segundo piso. A continuación, una mujer se asomó a la ventana con un candelabro en la mano, miró fugazmente y luego desapareció.

La sombra salió de su escondite y, sin ser vista, se dirigió a la ciudad intramuros a paso rápido, evitando a los grupos de gente que aquí y allá se lamentaban, se atiborraban a aguardiente —se había corrido la voz desesperada de que el aguardiente curaba el cólera, y las peleas por conseguir el destilado eran habituales por la escasez— y acudían a las iglesias al anochecer para suplicar por su vida y la de los suyos.

El violín. Era necesario que quien tocaba así pudiese seguir haciéndolo.

RECONCILIACIONES

Mientras Berta y la cocinera ponían la mesa y llevaban las viandas de la cena, los tres hijos de Salvá, el pelirrojo Keith y las hijas de su socio en la librería se afanaban, en el suelo junto a la chimenea, con una casa de muñecas y una caja de bloques de construcción, juguetes que Juana guardaba para las visitas. Eran más de las diez de la noche, una hora desacostumbrada para cenar en Inglaterra, así que todos estaban hambrientos.

Mina se situó en la cabecera de la mesa, como acostumbraba. Sus amigos e invitados procedieron a sentarse. Juana ayudó a su padre, que sonrió al ver el cerdo asado, el cordero y las patatas y nabos que tenía delante y humeaban, lanzando un aroma delicioso.

—Esta vez creo que el vino no nos dará ninguna sorpresa... —Todos rieron y aplaudieron, y el general esperó a que acabara el jolgorio—. Bien. Termina este año y empieza otro que, espero, esté lleno de felicidad para todos. De felicidad y de libertad. —Levantó la copa de vino y la mantuvo unos instantes en alto mientras hablaba—. Tengo que anunciaros una cosa. Muy probablemente vaya a París muy pronto...

Se oyó que llegaba un coche, que paró justo delante de la verja. A los pocos instantes, llamaron a la puerta. Mina interrumpió su discurso. No recordaba si esperaban a alguien más para la cena. Gastón dejó a un lado una botella de vino que estaba a punto de servir y fue a abrir.

Torrijos, semblante apuesto y enormes patillas, y su mujer esperaban

afuera, en la puerta. La adorable Luisa Carlota se sacudió los copos de nieve entrelazados en los tirabuzones que salían de la cofia y sonrió. Eran una pareja que irradiaba felicidad y pureza. Detrás, Richard Trench, el Apóstol más hispanista y conocido del general.

Mina permaneció unos instantes paralizado de la sorpresa. Miró a Juana, que sonrió levemente, mientras se apuraba en llegar hasta la puerta para introducirlos en la casa, seguida de Salvá, que abrió los brazos al ver a los recién llegados. Al final Mina también se acercó a Torrijos. Primero se evaluaron, como dos tigres en la misma jaula. Al poco, los dos se fundieron en un abrazo.

Torrijos rompió el silencio con una media sonrisa pacificadora en los labios.

—Hemos oído que en esta casa se cena mejor que en ningún sitio de Londres. Se ha corrido la voz por la ciudad. Especialmente se dice en cierta librería... —Le hizo un gesto con la cabeza a Salvá mientras aspiraba los aromas que llegaban de dentro de la casa—. Wellington nos ha quitado la asignación y pasamos bastante hambre.

—Esta reunión era necesaria. —Salvá los miró con orgullo. Al fin podrían llegar a un acuerdo y unir fuerzas contra los realistas—. No podemos seguir desunidos durante más tiempo. Los espías del rey están ya en todas partes y atentos a cualquier movimiento extraño. Si queremos hacer algo, debemos hacerlo juntos.

Mina les invitó a pasar al comedor.

—Ya he oído lo de Wellington. Nos tenía muy engañados. Pero sentaos, por favor. Berta, trae más sillas. Hay comida y bebida de sobra para todos. Mi mujer es gallega. —Rio mientras la abrazaba—. No nos va a faltar de nada en este fin de año.

PHANTOM BALL (III)

—El champán está delicioso. ¡Eh, no te quedes atrás! ¡Tú, suéltalo!

Sylvia Axel miró hacia atrás y tiró del brazo de Espronceda para que no se quedase rezagado al ver que alguien lo sujetaba entre risas e intentaba apartarle el capuchón de la cabeza. El gruñido de Sylvia, cubierta por un disfraz ceñido de diablo negro, espantó al momento a la joven, que desapareció entre la gente.

Habían entrado ambos acompañados del grito del chambelán anunciando al matrimonio Morgan-Brown, pero entre la música, el jolgorio, las risas histéricas, los bailes y el alcohol, nadie reparaba en realidad en los asistentes al baile. Sylvia había cogido dos copas llenas del líquido dorado y le había dado una al poeta, que la apuró en dos tragos. La máscara cubría su rostro salvo la boca, cubierta por un bigote de guías a modo mefistofélico. Su marido estaba en casa, en la cama, durmiendo profundamente, así que había podido cambiar el minúsculo antifaz por algo más grande para así no ser reconocida.

El disfraz de monje capuchino recoleto de Espronceda le tapaba la cabeza, pero, para asegurar su anonimato, también lucía un antifaz de color negro. Ambos intentaron subir las escaleras de caracol al primer piso, esquivando el gran número de invitados que se arremolinaban en cualquier sitio, bromeando, bebiendo, intentando reconocerse, comiendo de las bandejas de los criados como si se acabase el mundo. Alguien había puesto en la cabeza de la enorme estatua de Napoleón como Marte que estaba al pie de las escaleras un sombrero de húsar

medio torcido. También le habían pintado un pene sobre la hoja de parra de la inglé. Sylvia aguantó la risa al verlo y pilló al vuelo una especie de pastel de paté francés que llevaba uno de los criados en una bandeja llena de comida apetecible y olorosa.

Al fin llegaron al primer piso, a las salas donde ya se celebraba el baile, con los invitados mostrando sus disfraces, algunos a cara descubierta, otros totalmente tapados. Espronceda intentó detectar la presencia del duque de Wellington, pero entre tanta gente le resultaba imposible la identificación de cualquier personaje. Había máscaras de conejos, cerdos, ratones, fantasmas, elegantes mascaritas venecianas, pierrots, arlequines, colombinas, calabazas enormes, majos españoles, gitanas, médicos de la peste, mariantonietas, pero nada que se ajustara al primer ministro. Y, además, el disfraz de Wellesley era un secreto para los asistentes. Espronceda dibujó una mueca de desprecio: seguramente, solo con verlo ya lo descubriría, era un hombre demasiado egocéntrico como para permanecer oculto un solo minuto.

Escuchó aplausos en el salón contiguo y agarró por la manga a Sylvia, que devoraba con fruición una perdiz escabechada mientras hacía malabares para no derramar ni una gota de champán.

Espronceda le cogió la copa y la apuró, luego la depositó en una bandeja y los dos se dejaron llevar hacia el salón rojo, donde los vítores y exclamaciones eran cada vez más audibles.

Sylvia apretó los puños con ira.

—¡La Grassini! —gritó a la capucha para hacerse oír, y Espronceda levantó la vista y vio a la cantante subida en una mesa, todo reverencias, plumas y faldón levantado. Algún hombre intentaba tocarle el zapato, pero ella lo esquivaba con agilidad. A su lado, había alguien sentado frente a un clavicordio pegado a la pared. Llevaba un turbante de color dorado.

—Si está la Grassini, cerca estará Wellesley.

DESCONFIANZA

Mina leyó con semblante adusto las cartas firmadas por «Viriato». Luego levantó la vista y miró fijamente a Torrijos, que fumaba uno de sus habanos y hacía volutas de humo, reposando la copiosa cena con un brandi.

—Me extraña.

—¿Por? —preguntó Torrijos.

Mina no dejaba de mirar las cartas esparcidas sobre la mesa de su despacho.

—Me extraña que oculte su nombre —dijo—. Me extraña tanto optimismo cuando todos sabemos que en España los realistas podrían abortar cualquier rompimiento. Con sinceridad, José María: no me fio un pelo de este tal Viriato. No quiero que lo consideres cobardía, sé muy bien lo que se dice de mí en los mentideros españoles. Pero, ojo, conozco a la perfección cómo es el ambiente en el sur, y no me sentiría demasiado seguro de unas instrucciones tan detalladas y esa sensación de llegar y vencer. No sé... —Movi6 la cabeza y chasque6 la lengua antes de paladear su copa de brandi—. Yo tomaría precauciones. Sería importante conocer la verdadera identidad de Viriato. Recuerda que hace muy poco me han intentado envenenar. Hay espías por todas partes.

Torrijos respir6 entre dientes. Sabía que Mina estaba en lo cierto. Era todo demasiado hermoso y fácil para ser verdad. Pero... ¿y si lo era? ¿Cómo desperdiciar una oportunidad así? ¿Y con el barco y todas

las armas listas y el general Espoz y Mina dispuesto por fin a intervenir por el norte atacando Navarra desde Francia? No, no podía rendirse y dejar aquella empresa, por muy insensata que pareciese. A pesar de que el ilustre Mina tuviese razón. Pero no quería enfadarse, montar en cólera, hacer una escena. Cambió de tema.

—Estos habanos son magníficos, Paco. —Miró su saboneta—. Pronto serán las doce de la noche. Espero que el año que entra sea al fin el de la caída del rey Fernando.

—Por la caída del Felón. —Levantó su copa de brandi—. Os quedaréis a dormir, ¿no? Es demasiado tarde para volver a Somers Town y está volviendo a caer la nieve. Berta preparará las habitaciones de invitados. Estaría muy honrado de que pernoctaras aquí. Podemos seguir meditando sobre el rompimiento y la Junta de Londres.

Torrijos acercó la copa y los dos brindaron.

—Se lo diré a Carlota. Seguro que estará encantada. En nuestra casa hoy no se aguanta de frío y humedad. —Observó la chimenea, cuyo fuego ardía con fuerza—. Aquí se está de maravilla.

—Ya sé lo de Wellesley y la asignación. No tiene vergüenza. Siendo además gran amigo...

—Por eso mismo, Paco. Por eso mismo. Me ha castigado doblemente. Creo que el ministerio se le ha subido a la cabeza. Eso y todo el dinero que está haciendo gracias a la Corona española. Y todas las obras de arte que están en su mansión de Hyde Park, donadas por el hijo de puta del rey Fernando. Hay hasta un Velázquez... Yo lo he visto. Cuando me apreciaba y me recibió como héroe de guerra. Los tiene en el salón Waterloo. Un montón de cuadros.

—Por lo visto el rey se las regaló. Wellesley se empeñó en devolverlas. Dos veces. O eso dice. Pero el hideputa no las quiso. Estaban en el convoy que Pepe Botella iba dejando por los campos de Vitoria. Fue un desastre. Tesoros incalculables al alcance de cualquier indocumentado. Oro, sedas, joyas, caballos, obras de arte..., todo tirado en el lodo, abandonado por el cobarde del Bonaparte. El propio

Wellington estaba escandalizado del pillaje de sus hombres. Aunque nada comparado con el latrocinio del mariscal francés Stoult, que se agenció más de cien lienzos de arte español, incluidos varios Murillos.

Torrijos apagó su cigarro.

—Al contrario que Stoult, Wellesley era un hombre decente cuando era militar. Nunca debió dedicarse a la política. Por cierto, Tennyson está muy interesado en colaborar con nosotros. Él y sus Apóstoles quieren dar la vida por «las cosas de España», como lo llaman ellos.

El general Mina suspiró y se llevó la mano a la cara.

—Juventud exaltada y romántica, lo que nos faltaba. Llegará con que demos nuestra vida nosotros. Somos militares. Ellos, poetas. Mejor que canten nuestras hazañas. Juana siempre dice que los poetas son los que mueven el mundo. Está bien que nos ayuden, pero no permitiré que den su vida. Bastará con su influencia... y su dinero.

RECIÉN SALIDA DEL AVERNO

Sylvia agarró a Espronceda por el brazo y sus zarpas se clavaron a través del tejido grueso.

—Sí. Es él. Está al clavicordio. Había olvidado que Wellesley es músico. ¿De qué va disfrazado? Oh, claro que sí. El muy cabrón se ha vestido de albanés.

Espronceda levantó un poco su capucha de monje para observar la escena. La Grassini, antigua amante de Napoleón, disfrazada de Zaira, uno de sus personajes operísticos más famosos, miraba con arrobó al duque de Wellington, vestido como Lord Byron en su famoso retrato de Thomas Phillips, el turbante enroscado en el cabello, la casaca de color rojo y dorado, los pantalones blancos, el traje exactamente igual que el que habría llevado el poeta. El salón Waterloo parecía un lugar fantasmal, con todas aquellas máscaras bailando y vitoreando. Las sombras de los candelabros y las velas que titilaban daban vida a los rostros de los cuadros; las figuras de las obras de arte que Pepe Botella había intentado robar se reían de los borrachos y del mismísimo duque, que era bastante peor pianista que violinista. La Grassini brindó con su copa de champán y comenzó a cantar el «Ça Ira» haciendo aspavientos ridículos ante las risas de los aristócratas invitados. La voz de la contralto era todavía más impresionante que al escucharla en el teatro, y su belleza incontestable, su cuerpo tentador provocaron en Sylvia un arrebató de celos e ira sorda y mordaz. Apretó los puños y miró al techo, suplicando algo que no aparecía

aquella noche de fin de año. La llamada de aquel fantasma diabólico que la atormentaba desde la comida de Navidad.

—Tenemos que conseguir esa piedra. Tenemos que llegar hasta ella.

Espronceda asintió en silencio mientras buscaba otra bandeja con comida y bebida. Su hambre no paraba de crecer, ni su ansia. Día tras día notaba la transformación, la fuerza, la angustia. El cementerio en donde lo había dejado Teresa, con las lápidas rotas, los huesos pelados y las calaveras riendo, las bocas llenas de tierra y gusanos, la voz delicada, el anillo de casada, todo volvía una y otra vez a su mente, y también la historia del Apóstol, la historia de Harriet, la mujer sin corazón, aquellas imágenes de sangre y plumas, perros, venas azules, los ojos de Teresa Mancha, su carta, su necesidad de huir a París, de sacarla de las garras de su marido. Él comía y bebía sin descanso, pero su cuerpo perdía peso y color, afilándose como una máscara mortuoria. Su ansia crecía al darse cuenta de que se hallaba en la mismísima primera casa de Londres, Apsley House, la mansión en donde quizá se encontrase aquel objeto maldito-mágico que lo podría llevar a conseguir lo que más deseaba en el mundo:

Teresa. El fin de su hambre.

Teresa. Teresa. Teresa. En su cama, entre sus piernas, en su cuartucho de Somers Town.

Daría lo que fuera por tenerla. Su vida. Las vidas de los otros. Lo que fuera.

Y entonces fue cuando ella le habló.

Notó un zumbido y un dolor de cabeza súbito, profundo. Durante unos instantes, su corazón golpeó todo su pecho como el galopar de cascos de caballos en una guerra santa. Miró hacia la puerta del salón Waterloo y vio a un niño vestido de príncipe que, muy quieto, lo señalaba. Al principio creyó que era uno de los hijos de Wellesley, pero el crío era de tez oscura, los hijos del duque eran ya mayores y aquel duende extraño de ojos de telaraña seguía haciéndole gestos

inequívocos; era como si todo el salón se hubiese quedado mudo y quieto, un silencio también visual, pero el niño-príncipe de traje de oro y piedras preciosas seguía mirando y señalando, y la voz retumbaba en su cuerpo como el aire en los tubos de un órgano gigante.

—¿Qué te ocurre? —Sylvia notó aquel extraño trance, la mirada del poeta perdida en una de las puertas del salón Waterloo, la disonancia extravagante del clavicordio, la voz de la Grassini envolviéndolo todo.

—El niño. ¿Ves al niño? Tiene ojos velados, de tela de araña.

—¿Niño? ¿Qué niño?

Espronceda la miró sin ver. Las telarañas se habían apoderado de su mirada. Se quitó la capucha y se perdió entre el gentío, abriéndose paso por arte de magia, como llevado por una mano misteriosa y aérea. Sylvia lo intentó seguir, las máscaras la detenían, los cuerpos se juntaban, carcajadas, el aliento a alcohol y a comida, empujones, risas, pero el poeta seguía avanzando hacia la puerta en estado de trance y ella se quedaba atrás, atascada entre brazos, sedas, casacas, capas, candelabros, y la voz de la Grassini que crecía y crecía hasta alcanzar el cielo de la música.

Se puso de puntillas para ver la punta de la capucha de Espronceda, que ya había llegado a la puerta, y se afanó en abrirse paso entre la muchedumbre. Con gran esfuerzo consiguió alcanzar su objetivo: abandonar el salón Waterloo, la voz de la Grassini, la multitud y, luego, alcanzar a Espronceda, buscar la piedra. ¿Dónde se había metido ese español hijo de perra?

Una mano masculina la agarró y alguien susurró a su oído:

—Sylvia Axel, eres tú. Reconocería esa boca entre todas las bocas de las mujeres bellas de Londres. Por cierto, me encanta tu disfraz. Pareces recién salida del averno.

EL MIEDO

Luisa Carlota se despertó. Los últimos rescoldos de leña crepitaban y proyectaban sombras contra las paredes de la habitación. El cabo de la vela se había consumido, y la cera; Torrijos dormía a su lado, respirando quedamente. Se levantó y se puso un chal para abrigarse; tenía ganas de orinar y bajo la cama había una bacinilla.

Oyó un ruido fuera de la habitación y la puerta principal abrirse.

No hizo demasiado caso a aquellos ruidos. Sería alguno de los criados del general Mina o alguien que se marchaba de la casa antes del amanecer. Se agachó para buscar el orinal y volvió a oír algo, esta vez cerca de su ventana.

Luisa Carlota Sáenz de Viniegra era una mujer curiosa y aguerrida. Cuando Torrijos estaba preso en Alicante, se disfrazaba de hombre para entrar en la cárcel y poder así visitarlo en secreto. No temía a nada ni a nadie, como su marido. Eran almas gemelas en la lucha por la libertad. Así que se acercó a la ventana para ver qué era lo que arañaba los cristales, con sigilo, para no despertar a su marido.

Reprimió un grito de terror cuando vio a un niño de pelo rojo, desnudo y flotando a la altura de sus ojos, pegado a la ventana, las manos levantadas, los ojos brillantes, azules como una piedra preciosa, la boca convertida en una masa de sangre y carne. Carlota se echó hacia atrás de forma instintiva al ver cómo aquellos ojos se clavaban en los suyos y parecían penetrar en su alma. ¡Y fue entonces cuando aquella aparición demoníaca sonrió, una sonrisa dulce e

infantil de crío indefenso!

Corrió hacia la cama y despertó a Torrijos sacudiéndolo. El hombre se incorporó, asustado por la expresión pavorosa de su mujer, que había enmudecido y solo apuntaba a la ventana con una mano, la otra tapando la boca, como impidiendo contar lo que había detrás del cristal. ¿Un demonio? ¿Un ángel? ¿Una criatura revenida del más allá?

Torrijos corrió hacia la ventana, pero ya no había nada.

Carlota empezó a llorar, impresionada por aquella visión fantasmagórica. Ella solo había llorado una vez de aquella manera, cuando murió su bebé a los pocos días de nacer, así que Torrijos concluyó que aquel asunto no era broma. Se puso los pantalones por encima del camisón de dormir y las botas, se abrigó y cogió su pistola.

—Voy contigo. —Carlota se recompuso, se secó las lágrimas y se vistió también. Torrijos no intentó detenerla, sabía que era inútil.

—¿Qué has visto?

—Ayúdame a ponerme el vestido. Un niño. Era un niño con el pelo de fuego y la boca llena de sangre.

—Estaba en la puerta de la casa, ¿no?

Luisa Carlota abrió mucho los ojos azul de mar, estaba temblando de miedo.

—No. No estaba abajo, José María. No estaba abajo. Estaba flotando en el aire como un fantasma.

Un grito desgarrador de niño rompió la noche llenándolos a todos de espanto.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

EN EL BARCO FANTASMA

Juana avanzó despacio, el fanal bien alto, alumbrando los corredores estrechos y oscuros de aquel barco. Gastón abría puertas de pañoles y escotillas, buscando el camarote del pasajero misterioso. El olor era cada vez más intenso: flores marchitas, gusanos, putrefacción, dulzura... Mareaba y a la vez embriagaba, como una botella de vino amargo.

—El camarote debe de estar por aquí —susurró Juana, que sintió un escalofrío al ver el reflejo de la luz en los ojos rojos de una rata que huyó al punto entre sus pies.

Al fondo del pasillo, la vela de la lámpara iluminó una puerta. Estaba cerrada.

Juana miró hacia arriba, como si así pudiera ubicar la situación del camarote del capitán en el barco.

—Tiene que ser ese. Es el único que tiene la puerta cerrada.

Continuaron hacia el fondo del angosto corredor. Juana creyó escuchar una voz que suspiraba. Una voz de mujer, un gemido triste.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—No sé. Una voz. Un quejido.

—Será el viento, señora.

Gastón se adelantó y empujó la puerta. Retiró la mano al instante.

—Está helada...

Se la miró como si hubiese recibido la picadura de una víbora. Juana

también tocó la madera y, era cierto, estaba fría como una barra de hielo. Era curioso, siempre había imaginado el infierno como un lugar ardiente, y, sin embargo, aquella puerta le parecía la antesala de un lugar de pecado y ausente de piedad. Se santiguó tres veces para espantar el mal.

Los dos titubearon. Estaba cerrada a cal y canto.

—Señora, apártese. Voy a abrir esa puerta como sea.

Gastón cogió impulso y se lanzó contra la madera. Se oyó un crujido y la voz de mujer volvió a gemir, un suspiro largo y sostenido que solo pudo escuchar Juana, que vio cómo su criado volvía a golpear la puerta, esta vez con el pie.

—¡No quiero gastar la bala de la pistola, señora! —exclamó, jadeante y dolorido.

La puerta se había desencajado algo del quicio, pero seguía allí, retadora y puñetera como un muro sagrado. Juana respiró hondo y sacó de su bolso una pequeña Derringer Baby que le habían regalado en la corte.

—Guarda tu bala. Usaremos esta.

Apuntó a la cerradura y disparó.

PHANTOM BALL (IV)

Wellesley arqueó una ceja y la comisura del labio al mismo tiempo. Sylvia sintió odio y deseo en oleadas. ¿Qué hacía allí? ¿No estaba en el salón Waterloo con la Grassini, tocando el clavicordio? El duque se recolocó el turbante y el cuchillo yatagán, que parecía demasiado real para ser un disfraz, pensó la joven, sintiendo como sir Arthur se apretaba contra ella y le clavaba el pomo del arma en el abdomen.

Intentó zafarse, pero el duque la arrinconó contra la pared y la besó con descaro.

Habló quedo a su oído:

—No escapes, princesa del averno. ¿Dónde está tu marido? ¿Lo has perdido entre la gente?

—Estará borracho por ahí. No soy la guardiana de mi marido.

—Es curioso. De un tiempo a esta parte, tu marido no está nunca contigo.

—¿Y eso te molesta?

—Al contrario. —Se apretó más contra el cuerpo de Sylvia, que notó el calor y el terciopelo suave de la casaca albanesa.

—Sé que te gusta leer a Byron. Este traje es de él. Se lo he pedido a la baronesa Elphinstone. Lo tenía metido en un baúl desde que él se lo regaló.

Sylvia abrió los ojos de asombro. Acarició el traje como si pudiese traer a Byron desde el más allá tan solo con su tacto.

—Sylvia... Te echo de menos. ¿Cuándo vas a venir a mi mansión?

Ella sonrió, sus dientes afilados brillaron como perlas.

—Cuando pueda librarme de Charles. Pero no creo que dispongas de tiempo para mí. Veo que la Grassini te tiene totalmente obsesionado. Hasta vais disfrazados a dúo.

Wellington rio con ganas mientras sus manos recorrían con lascivia feroz el disfraz ajustado.

—No te pongas celosa. Solo me gusta la Grassini porque así me siento vencedor sobre Napoleón otra vez, querida. Es como si me lo follara de nuevo. Tú, sin embargo, eres mi diosa. Y mi demonio. Además, tengo que agradecerte que hayas descubierto las conspiraciones españolas. Ven, preciosa.

La arrastró hacia otra habitación y Sylvia comenzó a debatirse. Españoles. Había perdido a Espronceda. Wellington parecía algo achispado y sin un ápice de vergüenza; el peor de los escenarios posibles se cernía sobre ella si no lograba distraerlo y darle esquinazo. Porque aquella era una oportunidad única para encontrar la habitación secreta y la piedra maldita. ¿O había sido todo un sueño? No, Espronceda había oído hablar de aquel zafiro en los Apóstoles de Cambridge. No podía ser un sueño si había más gente que lo había visto.

—Te deseo, Sylvia. Ven conmigo.

«ES MÍO Y TÚ TAMBIÉN».

La voz resonó en su cerebro y le taladró los oídos.

Ella. Al fin.

LA LAMIA

—¿Qué ocurre?

Mina salió de la habitación y se reunió con Torrijos y Carlota en el pasillo. Llevaba en la mano un candelabro con velas. Juana apareció al poco, colocándose una bata sobre el camisón.

El rostro de Juana estaba desencajado.

—Ese grito... era de Keith. Seguro que está en la habitación de mi padre. Vamos.

Se dirigieron hacia el fondo del pasillo con rapidez. La puerta de la habitación estaba entornada, los postigos de la ventana golpeaban con fuerza y los copos de nieve entraban mientras el viento revolvió las cortinas con furia. La habitación estaba helada, pero el padre de Juana se encontraba allí de pie, desnudo, con semblante confundido y temblando de frío.

—¡Padre! ¿Qué ha pasado?

Juana corrió hacia la cama para coger una manta y ponérsela por encima. El anciano empezó a mover la mandíbula sin poder articular una sola palabra, solo gemidos inconexos. Su hija lo llevó hacia la cama y lo ayudó a sentarse, mientras Mina miraba primero hacia el jardín vacío y luego cerraba la ventana.

—¿Dónde está Keith? —Juana le puso el camisón de dormir y lo abrigó con el gorro de lana.

Juan de Vega la miró con los ojos entrecerrados. Luego señaló hacia la ventana.

—Se lo ha llevado su hermano.

—¿Qué quiere decir?

—Vino la lamia. La Santa Compañía en forma de niño se lo llevó.

Keith abrió la ventana porque él se lo pidió.

—Padre. Usted sabe que eso es imposible. Los niños no vuelan.

—Los niños no vuelan, pero los espíritus del infierno sí.

Juana miró a los demás.

—Vamos a buscar al crío. Tiene que estar en alguna parte de la casa. Yo buscaré en el piso de abajo y en el jardín.

Todos se afanaron en encontrarlo, pero el niño no apareció.

Juana bajó las escaleras y buscó en la cocina, en la chimenea, en los armarios.

Abrió la puerta trasera de la casa y fue hasta la leñera y luego al establo, donde dormían las gallinas, los conejos, la vaca y los caballos. Allí los animales daban calor, quizá estuviese escondido entre la paja. Nada.

Al salir del establo, los copos se arremolinaron en su bata y sus pies, y sintió el frío gélido de la noche. Apretó las manos contra el pecho y la bata contra su cuerpo.

—¡KEITH! —gritó.

Pero no hubo respuesta. Solo el eco de la noche le devolvió su propia voz.

STRADIVARIUS

La bala reventó la cerradura de la puerta. Juana no vaciló y empujó la puerta, humeante de pólvora quemada. Entró en el camarote con la pistola bien agarrada y el dedo presto en el gatillo. Pero no había nadie. Como el resto del barco, estaba desierto. La temperatura de la estancia era mucho más fría que en el exterior, tanto que ella y Gastón comenzaron a temblar. El aroma a flores mezclado con el hedor a podredumbre y miasmas era casi insoportable, embriagaba y repelía al mismo tiempo, un campo de orquídeas envenenadas en mitad del mar.

La luz lunar entraba por la ventana e iluminó las paredes. Parecían pintadas de distintos tonos de rojo oscuro, el color de la sangre, dibujando formas extrañas.

En el medio del camarote, bastante más amplio que los demás, había una caja oblonga. Parecía maciza, pulida, y, aunque era de madera, semejaba una piedra oscura y compacta.

Juana se acercó con cautela, los cinco sentidos alerta. No se escuchaba nada. Aquel lugar parecía fuera del mundo. Ni un ruido. Solo frío, mucho frío, y el olor, que se metía en la nariz como un gusano feroz. Gastón analizó la caja y se atusó los escasos cabellos ralos y blancos que le quedaban.

—No quiero asustarla, señora, pero parece un ataúd.

Ella carraspeó.

—A buenas horas me va a asustar un ataúd, Gastón. Tengo uno en casa.

Pero el sirviente notó el temblor de su voz, por frío o por miedo.

—¿Nos vamos? ¿O quiere que lo abra?

—Hemos llegado hasta aquí para averiguar qué ocurre con este barco. No nos vamos a ir ahora. Ábrela sin miedo.

Gastón rodeó la caja buscando un asa o alguna rendija para poder abrirla, pero no encontró nada. Tenía las manos ateridas de frío y la sensibilidad comenzaba a escasear en la punta de los dedos, pero recorrió la madera suave con delicadeza.

Juana tocó la caja, deslizó la mano por la suave superficie, notó la fina línea que separaba la tapa y tiró hacia arriba, pero no ocurrió nada.

—Tiene que haber una forma de abrirla.

Meditó durante unos segundos, acuciada por el frío helador del camarote.

—Ayúdame, por favor. Vamos a tirar hacia arriba los dos a la vez.

Gastón se colocó en un extremo y Juana en el otro. Ambos tiraron hacia arriba con fuerza. La caja se movió unos milímetros.

—Se ha movido. ¿Lo has notado? Vamos, otra vez.

Consiguió clavar las uñas en la madera resbaladiza. Gastón hizo lo mismo.

—¡Venga, un último intento, señora!

La tapa se comenzó a desprender hasta que al fin se separó del cuerpo del cajón. Dejaron la pesada hoja de madera a un lado.

En el centro, reposando sobre un acolchado color granate, había una funda de violín.

Juana la cogió y la abrió.

Era una pieza hermosísima, de madera color caoba, un Stradivarius de brillo acaramelado. Juana lo reconoció, lo había visto antes en Londres, en los periódicos, en las revistas. Tenía una marca especial. Lo habían encontrado en España, durante la guerra, y lo había comprado lord Wellington.

—No puede ser —murmuró.

Cogió el instrumento entre sus manos como quien sostiene un cáliz.

En el momento en el que su piel entró en contacto con el violín, las paredes parecieron cobrar vida, las manchas rojas comenzaron a formar figuras fantasmagóricas, terribles. De la madera surgían bocas, caras monstruosas, hombres, mujeres, niños que empezaron a gritar en silencio: las almas de todos los pasajeros que permanecían atrapadas en el barco fantasma y que despertaron de su sueño. La temperatura del camarote descendió todavía más, los gritos subieron hasta volverse pavorosos, el olor a podrido se hizo más intenso e insoportable.

Juana devolvió el violín a su funda y asió esta entre sus brazos. Gastón tiró de ella hacia fuera del camarote y ambos huyeron aterrorizados hasta llegar a la barca.

Mientras Gastón remaba hacia puerto con los nervios marcados en los brazos secos y una expresión de absoluto desasosiego en el rostro y Juana acunaba el violín como si se tratase de un niño, el bergantín comenzó a temblar, a moverse. Se escucharon crujidos espantosos, una luz espectral brilló en la oscuridad iluminando las velas replegadas, los palos, la cubierta. Juana escuchó gritos que parecían ánimas del purgatorio, o peor, los condenados al infierno más doloroso y profundo.

Gastón empujó los remos con más y más fuerza.

El barco comenzó a girar sobre sí mismo, formó un remolino que lo absorbía todo a su alrededor y, en silencio, se hundió en el mar.

PHANTOM BALL (V)

Espronedada subió hasta el despacho de Wellington. Él no sabía dónde estaba esa estancia, pero, de una forma sutil, aquella presencia en su cabeza lo conducía hacia el tercer piso de la mansión. Sabía que en el despacho de Wellesley se encontraba la llave que abría la puerta de la habitación secreta. Lo sabía porque recordaba la historia de Harriet, la mujer sin corazón. La que había podido robar la piedra durante unos días. Tomlinson había afirmado que ella se coló de alguna forma y la encontró. Sin duda, guiada por la voz. Igual que él. ¿Dónde demonios se había metido Sylvia? Sylvia, culpable de su desgracia, la que le había inoculado el ansia, el hambre que cada vez se acrecentaba, crecía y crecía dentro de su ser como un monstruo que lo devoraba todo. Y, mientras tanto, Teresa se consumía en los brazos de un hombre al que detestaba. Ella también quería la piedra.

Había subido a través de los pasadizos que Apsley House tenía para los sirvientes, como ella le había contado. Se cubrió más el rostro con la capucha. Se escuchaban los gritos, la música, tarantelas, valsos enloquecidos, la gente bebía. Se acercaba la medianoche, el fin del año. Rebuscó entre su hábito y miró su reloj Napoleón de bolsillo. Faltaba muy poco, todos brindarían y beberían y jugarían a juegos estúpidos para poder manosearse y tener una burda disculpa para luego fornicar.

Aquella parte del edificio estaba desierta, los criados se afanaban en los pisos de abajo sirviendo vino, champán, cerveza y comida.

Espronceda sintió un escalofrío cuando la puerta del despacho del duque de Wellington se abrió sin que él hubiese puesto la mano en el pomo.

Entró.

Era un espacio amplio y elegante, el buen gusto de Wellesley se combinaba con la adustez de su pasado militar. La cara pálida, la nariz aguileña, el retrato pintado por sir Thomas Lawrence con su catalejo y la elegante capa negra presidía la estancia. Los ojos grises lo miraban con burla desde el óleo. Había estantes llenos de libros perfectamente ordenados y obras de arte, sin duda parte de su colección de rapiña española. Allí estaba el gran Quevedo —un Velázquez, sin duda—, con sus lentes y su expresión de indefinible descaro. Un escritorio que debía de costar una fortuna, cerca de la ventana. Candelabros. Un globo terráqueo. Botellas con licores y copas delicadas.

¿Dónde estaría la llave?

Sylvia intentó escabullirse, pero el duque la tenía muy bien sujeta.

—¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa por si te ve tu marido? No tengas miedo. A él le da igual.

La voz pastosa de Wellesley le dio asco; nunca lo había visto tan ebrio. El aliento le apestaba a vino. Y aunque era un hombre espigado, también era fuerte y fibroso, y difícil de vencer por la fuerza.

¿Qué hacer?

Tenía que reunirse con Espronceda como fuese. La Voz quería que subiese con ella. La llamaba y no podía esperar. Y, por lo visto, la lascivia del duque tampoco.

—La Grassini tiene un amante.

Tras soltar la bomba, Wellesley se tensó, la soltó, dejó de manosearle el pecho. La apartó y escrutó su mirada a través de la máscara.

—¿Qué quieres decir?

—Los vi el otro día en Covent Garden. Juntos. Besándose. Al salir

de la ópera.

—No te creo. Está casada.

—Tú también. Y yo. —Sylvia soltó una carcajada inevitable ante el descaro del duque y corrió hacia la puerta de la habitación—. Pregúntale. Es el bajo que hacía de Don Giovanni...

Aprovechando la estupefacción alcoholizada del duque, alcanzó la puerta y escapó con agilidad, mezclándose con la multitud que gritaba y bailaba de una forma cada vez más enloquecida. Subió por las escaleras apartando gente, abriéndose paso hasta el pasadizo por el que había entrado la primera vez.

Tenía que encontrar a Espronceda.

DUDAS

Juana intentaba quitarse el corpiño. Estaba empapada, aterrorizada, los dedos ateridos no le respondían y eran incapaces de deshacer los nudos. Se sentó; las piernas le temblaban y no sostenían su cuerpo. El violín descansaba en su funda, cerca, sobre las sábanas de lino. Lo había cogido en un extraño arrebató. Al fin consiguió despojarse de la ropa mojada y ponerse un camisón y una bata gruesa. A pesar de que no hacía frío, estaba aterida y seguía temblando de forma convulsa.

Cogió el instrumento. El tacto era exquisito. Olía a resina y a madera noble. Encendió un quinqué y bajó con el violín y el arco al primer piso, donde se encontraban el salón y la capilla.

Juana era una mujer creyente, y ni siquiera los años que había pasado junto a su marido habían menguado su credulidad. Aun así, contempló el violín con respeto.

Aquel violín. Era propiedad del duque de Wellington. Wellington era un gran violinista, algo que el gran público desconocía por completo.

Pero Wellington había muerto. Había fallecido hacía ya dos años. O eso habían dicho los periódicos. Enterrado con todos los honores en la catedral de San Pablo. Hacía dos años también que el violín había desaparecido.

Se acercó a la capilla. Rezó delante del ataúd abierto. Pidió consejo. ¿Qué hubiera hecho Mina en su lugar?

Pero no obtuvo respuesta. Mina estaba muerto. Hacía mucho tiempo que estaba muerto. Juana sintió miedo. Sabía que aquel barco, aquel

violín, el cólera tenían que ver con ella. Había llegado el momento que había esperado durante años; el momento sobre el que Mina la había prevenido la noche de su muerte.

Dejó el instrumento en el salón, sobre la mesa, y subió al dormitorio. Se asomó a la ventana. Una espesa niebla había cubierto la ciudad.

Le esperaba un día duro en el hospital del cólera. Tenía que descansar. Durmió muy poco: el recuerdo del barco y sus demonios la acompañaron hasta el amanecer. En cuanto los primeros rayos asomaron tiñendo de naranja el puerto, volvió a mirar hacia el sitio en donde había estado fondeado el bergantín. La niebla se había disipado. No había sido un sueño: El Temido ya no estaba fondeado allí.

NAPOLEÓN

—¿Dónde te habías metido?

Sylvia entró en el despacho sofocada de angustia.

—Wellington. Quería... Ya me entiendes. Me he librado de él a duras penas. Le he puesto algo en la bebida. Algo de lo que me sobró de mi marido. Muy poco, pero servirá para aturdirlo. —Sonrió, y sus dientes afilados relucieron como los de un animal salvaje.

Espronedada la miró con ansiedad. La Voz cada vez era más apremiante. La llave. ¿Dónde estaba la llave?

El poeta se acercó al escritorio. Un tintero, pluma, cortador de pluma, secador de tinta, papel de primera calidad con la doble uve grabada en una esquina. Un candelabro y una pequeña figura de Napoleón. Abrió los cajones, pero ni rastro de llaves ni de nada parecido. Legajos y pliegos, mapas, planos, sellos y lacres.

—Aquí no hay nada. Después de que Harriet encontrase la llave seguro que la tiene bien escondida.

Sylvia meditó unos momentos y soltó una exclamación.

—Arthur estuvo en la India. Está obsesionado con el tiempo que pasó allí. En su casa de campo tiene cuadros y extraños grabados con figuras inquietantes. Si la piedra es de allí, igual la ha escondido en algún sitio que tenga que ver. Conozco a Wellesley, le encantan ese tipo de cosas. Tiene un sentido del humor muy particular. Tenemos que pensar rápido. El efecto del opio no va a durar para siempre. Además, me buscará. Hoy está obsesionado con poseerme.

Espronceda la miró de arriba abajo disimulando el deseo.

—¿Y te extraña? Vas disfrazada de pura tentación.

Los dos repasaron la estancia. Ninguno de los cuadros tenía que ver con la India. Miraron tras los retratos buscando una cámara secreta o una caja, pero nada; tras los espejos, de nuevo en los cajones y estantes. Dentro de la chimenea.

Nada.

La Voz los había llevado hasta allí, allí tenía que estar la llave.

Espronceda tuvo una revelación. Se acercó a la mesa y cogió la figura de Napoleón. La agitó. Sonó algo metálico en el vientre abultado del Emperador.

La tiró al suelo y se rompió en mil pedazos. Una llave dorada apareció del interior. Se agachó y la agarró con fuerza, hasta clavarla en la piel.

La Voz susurró algo ininteligible en su oído y supo al instante que era la llave de su escondite.

—Ahora hay que encontrar la habitación donde se encuentra el zafiro.

Sylvia.

Cogió a Sylvia de la mano y tiró de ella hacia los rincones más profundos de la mansión.

CELOS

—Estás achispado, Arthur. A tu edad, ¿no te da vergüenza? Te estás creyendo demasiado tu disfraz de Byron, querido.

La Grassini observaba, divertida, los celos absurdos de Wellesley. Lo golpeó con el abanico en un hombro.

—Confiesa. Te vieron con un hombre. En Covent Garden.

Ella enarcó una ceja y comenzó a reírse a carcajadas.

—UN HOMBRE EN COVENT GARDEN. Por Dios, Welly. Trabajo allí. Pareces un cura católico. Claro que me habrán visto con hombres en Covent Garden.

—Os estabais besando.

Le quitó la copa de champán de la mano y la dejó sobre una repisa.

—No dejaré que montes un escándalo en tu propia fiesta. —El susurro de la diva sonó como el de una madre regañando a su hijo—. Y no bebas más.

—Pero ¿tienes o no tienes otro amante? Dime.

—No seas insistente. No, solo tengo a mi marido y si se entera de lo nuestro, nos matará a los dos, así pues, mejor shhhhh... —Se llevó el índice a los labios—. ¿Quién te ha dicho algo tan disparatado?

Wellesley suspiró y volvió a coger la copa dorada.

—No tengo costumbre de beber tanto. Este champán entra como agua. ¿Que quién me lo ha dicho? Lady Sylvia Morgan-Brown. Te vio (o eso dice) al salir del teatro.

—Lady Morgan-Brown. No me suena. No será alguna admiradora

tuya...

Wellington pareció despertar de repente de su letargo etílico.

—Por cierto..., ¿dónde está? ¿Dónde se ha metido? ¿Y su marido, sir Charles?

El duque se apoyó en la pared durante unos segundos, mareado. Intentó recomponerse. En realidad, aquel champán tenía un sabor amargo. ¿Y si alguien le había puesto algo en la bebida? Maldita, maldita Sylvia. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Oh. Dios. La piedra. Seguro que la piedra era su objetivo esa noche.

—Discúlpame, querida. Ahora vuelvo.

Wellesley entró en un baño y se lavó la cara y la nuca con agua fría para despejarse. Respiró hondo. La gente seguía bailando y cantando, emborrachándose, jugando, celebrando el año que entraba, ajenos al frío y la nieve del exterior. El agua refrescó sus ideas. En la comida de Navidad, Sylvia había desaparecido. La habían encontrado unos sirvientes desvanecida en un pasillo en el segundo piso. La piedra. La Diosa llevaba mucho tiempo sin su ración de muertes. La Diosa necesitaba ser libre a través de la destrucción. El juego con Sylvia tenía que terminar.

Tenía que detener aquello. O volvería a desatarse su furia.

EL ZAFIRO

El silencio reinaba en aquella parte de la casa. Espronceda y lady Sylvia caminaban despacio procurando no hacer ruido, los pasos atenuados por las alfombras de color bermellón. Cauteloso, el poeta se paraba en las esquinas y esperaba durante unos segundos antes de continuar, con la esperanza de que nadie se cruzara en su camino. Allí arriba ya no se escuchaba la algarabía de los pisos inferiores. Desde los ventanales se podía ver la parte trasera de la casa, con los jardines y las copas de los árboles llenas de nieve.

—Creo que es por aquí. Recuerdo ese cuadro... —Sylvia levantó la vela e iluminó el retrato de una bella y lánguida mujer de rostro empolvado y ojos grises, con un innegable parecido a Wellesley—. Y ese jarrón tan grande y vistoso. Tenemos que subir unas escaleras estrechas y luego caminar por un pasillo que va a dar justo al sitio en donde estaba aquella... cosa. Ahí están las escaleras. Subamos.

Llegaron a la estancia que hacía de antesala, llena de tapices con formas siniestras; al fondo, la puerta metálica. Avanzaron en silencio.

Espronceda metió la llave, que encajó perfectamente, y la giró.

La Voz cesó su murmullo. Espronceda notó en su mente una liberación, el alivio del que ha sido prisionero y es liberado de repente.

En la habitación reinaba la más absoluta oscuridad. Olía a flores y a

muerte, a placer y a dolor. Lo único que brillaba era la piedra, azul, del tamaño de un puño. Estaba dentro de una caja negra de plata y terciopelo con la «W» entrelazada en hilo dorado en la tela. Espronceda se fijó en el punto granate, del color de la sangre coagulada, que profanaba la pureza del zafiro.

Cuando fue a cogerlo, Sylvia se adelantó con rapidez y le puso el puñal afilado en el cuello.

—Quieto. He puesto veneno en la punta. No te conviene moverte.

Espronceda levantó las manos. Ella parecía poseída, así que permaneció inmóvil.

—No podrás salir de aquí sin mi ayuda, Sylvia. No seas tonta. Podemos dividir la piedra en dos. Es enorme. No es necesario que hagas tonterías. ¿Qué demonios te pasa?

—Ella me enseñó la piedra por vez primera. ¿Por qué iba a querer compartirla contigo? Es la llave para mi independencia, para salir de casa de mi marido, para ser yo misma y hacer lo que me dé la gana.

—Sientes el ansia como la siento yo. E irá a peor. Ya no se trata de matar conejos para beber su sangre, Sylvia. Se trata de salvarnos. He leído libros en los que se cuenta lo que nos pasa. Estamos condenados.

—Tu condena no me importa, español.

—Tú me contagiaste la maldición. Debería importarte.

El poeta clavó los ojos llenos de ira en la mujer, que retrocedió un tanto para tener margen de maniobra y poder coger el zafiro mientras la punta de la daga seguía amenazándolo. La mirada de Sylvia era febril; le temblaba la barbilla como a una adicta al láudano antes de beber su dosis. Al fin se decidió y lo cogió con los dedos vacilantes.

El temblor de la barbilla se extendió a todo su cuerpo. La voz comenzó a expandirse en su cerebro, un chillido agudo y agónico que la paralizó. La piedra se le escurrió hasta caer al suelo, mientras Sylvia se llevaba las manos a los oídos para tapar aquel estruendo doloroso y punzante.

Espronceda escuchó la voz también, pero en su mente sonó dulce, acariciadora. Los ojos de ella se volvieron del color azul de la piedra.

Aterrorizado, vio como la mujer se elevaba y comenzaba a flotar en el aire mientras daba vueltas sobre sí misma. La voz de la diosa comenzó a surgir de su boca, feroz y adictiva como el opio.

—Libérame. Sácame de aquí. Llevo encerrada años en esta casa. Llévame lejos. Te daré lo que me pidas. El mundo será tuyo. Coge la piedra y huye. Corre antes de que venga él.

Sylvia cerró los ojos y se desplomó con un golpe seco sobre la alfombra. Espronceda intentó salir de aquel estado de estupor y entender lo que había pasado. Recogió la piedra del suelo y se hizo con la daga. Luego corrió hacia el pasillo y la escalera de caracol. Comenzaba a bajar cuando escuchó pasos que ascendían, el crujir de la madera, una respiración.

Alguien subía con rapidez las escaleras; buscó un lugar donde esconderse. Pero no tuvo tiempo: el turbante dorado del duque de Wellington apareció y en un instante estaba a su lado.

—¿Quién eres, fraile? —Wellington llevaba la espada albanesa en la mano y la adelantó hacia su corazón.

—Nadie. —Espronceda levantó a su vez la daga, fina y afilada—. Está envenenada. Un solo rasguño y morirás, Wellesley.

—Eres español... Bien. No importa. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has encontrado este sitio?

—Déjame pasar.

—¿Dónde está lady Sylvia?

Espronceda no contestó, pero dio un paso al frente y, de forma ágil, se situó cerca del duque y le acercó la punta de la daga. Wellesley se apartó y durante unos segundos se desequilibró. El láudano y el alcohol aún le hacían efecto, y el poeta aprovechó para empujarlo contra la pared y lanzar su bota contra la mano. Al duque se le cayó la espada y Espronceda aprovechó para apartarla. Lo amenazó con la daga.

Wellington no se arredró. Al ver la mirada extraviada de su adversario detrás de la máscara, lo comprendió todo.

—Has cogido la piedra. No sabes lo que haces. Está maldita.

Morirán muchos por eso. Ella pide su ración de muertos una y otra vez, su ración de sangre. No podrás dominarla. Te engañará y te convertirás en su súbdito eterno. En una eterna búsqueda de sangre y de dolor. Matarás a los tuyos sin querer y llevarás la desgracia allá donde vayas...

—Calla de una vez, duque del infierno. Eres una imitación perversa y triste de Lord Byron.

Espronceda lo golpeó en la cabeza con la daga y escapó escaleras abajo. En unos segundos estaba fuera de la casa, caminando entre la nieve, sin sentir frío ni dolor. Solo una profunda felicidad.

Muy pronto raptaría a Teresa y huiría con ella a París.

FELIZ AÑO

Berta preparó té para todos. Nadie podía dormir después del incidente de la ventana y la desaparición de Keith. Bajaron al salón. Juana echó al fuego de la chimenea varios troncos y el lugar se calentó al poco.

—Lo siento. —Juana se sentía mal al comprender que sus invitados no habían podido dormir; la cara pálida de Carlota, a la que aún no se le había pasado el susto, lo decía todo.

—Por lo general llevamos una vida muy tranquila en el campo —terció Mina mientras se echaba azúcar en la infusión—. No solemos experimentar sucesos tan extraños.

Carlota movió la cabeza mientras aceptaba una taza de té.

—Estoy segura de lo que vi. Nunca he pasado tanto miedo. Era un chupasangre. En Cádiz había una mujer, una mendiga gitana, que siempre hablaba de ellos: los vampiros. Decía que venían de la India, como ella. Siempre me habían parecido unas paparruchas de vieja.

—En Galicia también se habla de ellos. Decían que un vampiro habitaba en las Fragas del Eume, no demasiado lejos de mi casa de campo. Se llevaba a las mozas más sanas y robustas, y nunca volvían a aparecer. —Juana se quedó callada unos instantes y sopló el té para enfriarlo—. Mi padre lleva días con esas visiones. Pensamos que era por su enfermedad. A veces se comporta como un demente. Dice cosas extrañas, inconexas. En fin... Feliz año a todos. Los ingleses creen que lo que haces durante esta noche simboliza lo que te ocurrirá a lo largo

de todo el año. Dios quiera que no estén en lo cierto.

MALDITO SEAS

Wellington se levantó después de un infructuoso primer intento. La cabeza le ardía y la sangre le tapaba la vista. Se arrancó el turbante y lo usó para limpiarse el rostro. Avanzó a trompicones hacia la estancia de la piedra, sabiendo ya lo peor: que aquel español la había robado. En efecto, el zafiro había desaparecido y, lo peor, lady Sylvia yacía en el suelo, desmayada, quizá muerta.

La cogió en brazos. Aún respiraba, pero su rostro macilento y afilado no auguraba nada bueno. Sacó fuerzas suficientes para bajarla hasta el segundo piso, rezando para no caer por las empinadas escaleras de caracol.

Estaba seguro de que ella la había poseído. Ahora la piedra era libre y la diosa maldita también. Se avecinaban malos tiempos. Tiempos oscuros para los que estuvieran cerca de aquel símbolo depredador de almas.

Mandó llamar a su médico personal. La fiesta seguía en su mansión, pero él no quería que nadie fuese testigo de aquel suceso. Lady Sylvia sabía quién se había llevado el zafiro. Necesitaba que se despertase y se lo revelara.

Un criado se acercó, respetuoso.

—Milord, la Grassini lleva un buen rato buscándole.

—Dile que espere. Dentro de poco me reuniré con ella.

—Está furiosa.

Wellington elevó sus ojos al cielo y lanzó un suspiro de hastío.

«Mujeres. No dan más que problemas», masculló. Se sentó en el borde de la cama mientras lady Sylvia Axel susurraba y gemía en sueños, la frente perlada por la fiebre ardiente.

Él era el culpable de todo. Había sustraído la piedra de aquel templo. La había traído a Inglaterra. Había sucumbido a los encantos de la Diosa de los Muertos. Había traído el ansia, el hambre y la carnicería a cambio de su triunfo y de su éxito.

El médico llegó y observó con preocupación la herida que Wellesley tenía en la cabeza.

—Luego me curará. Ahora atiéndala a ella. No sé qué le ha pasado, le ha dado un desmayo, un síncope. La encontré tirada en el suelo.

El médico la examinó profusamente.

—No sé. Está muy enferma. Los latidos del corazón son casi imperceptibles. Tiene los párpados blancos y la lengua sucia. La sangre está muy débil.

—Intente despertarla. Aunque sea un momento.

Le administró un cordial. Al poco, la mujer empezó a parpadear con rapidez y abrió los ojos y la boca al mismo tiempo, aspirando el aire con angustia.

—Déjenos solos, por favor.

—Sylvia. Dime, ¿quién ha robado la piedra?

Ella fijó la vista en el duque y balbuceó. Su voz apenas tenía fuerza.

—Dímelo. Hay que recuperarla. Sabes el peligro que se corre.

Acercó la mano al rostro de Wellesley y le acarició la mejilla.

—Maldito, maldito seas, Arthur —musitó.

Él enarcó las cejas y acercó un oído a su boca.

—Dímelo, por favor. Es necesario.

—Nunca te lo diré. Estás maldito. Tendrás que averiguarlo tú mismo. Estoy así por tu culpa.

Wellington la miró con desprecio. La muy ladina tenía razón. Era su culpa y lo seguiría siendo. Cogió una de las almohadas de la cama y la

aplastó con fuerza sobre su rostro. Ella se resistió, sí, pero en vano. Al poco, dejó de bracear.

Era bella incluso en la muerte, pensó el duque antes de llamar al médico fingiendo un disgusto que en absoluto sentía.

CACHEMIRA

Una mujer joven, morena, de cejas puntiagudas y nariz prominente asomó la cabeza al escuchar los golpes en la puerta. Aquella zona de York era plácida, calles estrechas, empedradas, aire limpio, alguna que otra gallina helada de frío y el ladrido de un perro a lo lejos.

La mujer se encontró con un rostro hermoso, cincelado en mármol, cabellos ensortijados tan oscuros como los de ella, ojos muy brillantes y poseídos por el anhelo de la búsqueda. Sintió una mezcla de miedo y curiosidad. Dio un paso atrás. Sin embargo, el aspecto elegante del hombre y cierta cualidad honesta que emanaba de su persona la tranquilizaron un poco.

—¿Qué desea? —El aire se condensó al salir de su boca.

El fondo de la tienda estaba lleno de armaduras desvencijadas, muebles antiguos, relojes dorados, un clavecín, piedras resquebrajadas con forma de ángel. La luz del sol de la mañana entraba por una ventana de forma ojival y un haz hacía resplandecer como insectos miríadas de motas de polvo antes de reflejarse en los ojos de vidrio de una vieja marioneta.

—Vengo de Londres. Me han dicho que vive aquí el mejor tallador de piedras de toda Inglaterra. Tengo algo que le puede interesar.

—Pase. Está helado. Le prepararé un té bien caliente.

Espronedada bajó los escalones, entró en la tienda de antigüedades y se quitó los guantes.

—Gracias. Se lo agradezco. Ha sido un viaje largo.

La mujer apartó una cortina en el fondo de la estancia y entró en la trastienda. Espronceda pudo ver su traje pasado de moda, de un hermoso color verde oscuro, con el talle alto y adornado por una cenefa con pedrería y azabache. Llevaba un velo verde agua a juego, tapando parte de su pelo suelto. Escuchó dentro una conversación; no era en inglés..., ¿hebreo, quizá?, entre ella y una voz masculina y grave. Luego, ruido de cacharros y, al poco, la voz que lo llamaba para que se acercara.

Habían dispuesto una mesa con té y dulces de almendra. Detrás, un taller lleno de artefactos de precisión, pequeños cinceles, lupas, sierras, botes con productos químicos. El hombre del que procedía la voz estaba sentado de espaldas, el cabello largo y blanco le llegaba hasta los hombros. Se dio la vuelta al notar la presencia del poeta español. Se levantó. Era alto, imponente, pero sus manos eran pequeñas, tanto que llamaban la atención: era como si tuviese cosidas las manos de un niño a las muñecas. La mujer puso unos troncos en la chimenea y encendió un candelabro con velas para aumentar la luz.

—Siéntese, por favor.

Espronceda hizo un gesto con la cabeza y se sentó.

—¿Leche?

—Por favor.

Tomaron el té y los dulces en silencio. Espronceda admiró las facciones angulosas del hombre, sus ojos, iguales a los de la joven, y las cejas oscuras, que contrastaban con el cabello plateado.

—Me han dicho que...

—Ya. Ya lo sé. Aprendí a tallar hace muchos años, en Venecia. Los reyes vienen aquí a que les talle sus diamantes. ¿Qué le hace pensar que voy a tallar algo que usted me ofrezca? Tallar no es fácil. Requiere habilidad, técnica y un cierto don. Cuesta dinero. Y hace tiempo que

ninguna piedra me interesa lo suficiente.

Espronceda rebuscó en su levita y sacó una bolsa de terciopelo negro. Al abrirla, el resplandor azul, delicado y fascinante, inundó la habitación. El silencio y la expresión alucinada de los ojos del tallador de piedras le indicó que había llegado al lugar oportuno.

—De Cachemira. Tiene que ser de Cachemira. Nunca he visto un zafiro tan hermoso y tan grande. Y esa gota de sangre en el centro... De aquí se pueden sacar varias maravillas. Oh, por todos los cielos. ¿De dónde ha salido esta piedra? Nunca he visto nada igual. Y le aseguro que hace muchos años que estoy metido en este negocio.

VELATORIO

El cuerpo de Sylvia yacía dentro de la caja descubierta, la piel blanca como el papel, los ojos cerrados, el cabello rojo revuelto como el de una náyade. Las flores esparcían un aroma delicado a muerte. Las cortinas de la mansión estaban cerradas. Los relojes, detenidos. Los espejos, cubiertos. Las criadas lloraban y se tapaban la boca con un pañuelo para apagar los gemidos.

Todos iban de riguroso luto menos ella, que vestía un hermoso sudario blanco bordado de encajes.

Su marido sollozaba y gimoteaba mientras la miraba sin dar crédito a lo que estaba viendo. Se atusaba los cabellos crespos y dejaba caer las lágrimas sin pudor. Tan joven, tan hermosa, tan brillante, tan llena de vida. Y tan fría y yerta y muerta.

Wellesley tenía los ojos enrojecidos. Alguien pasó con una bandeja con bocadillos de pepino y mantequilla y cerveza. El duque dejó pasar las viandas con un gesto dramático. Le puso la mano en el brazo al viudo desolado, que volvió a acercar su cara a la de Sylvia.

—Está como dormida. No puedo creer que esté muerta. Ni siquiera huele. A estas alturas ya debería oler. Mi abuelo olió a la mañana siguiente. Era horrible. Ni con ramos de flores y perfumes consiguieron disimular el hedor.

Sir Charles se pasó las manos por el rostro. Las ojeras estragadas mitigaban su aspecto rubicundo y saludable.

El médico de Wellington también estaba allí, con cara de

circunstancias.

—Hace mucho frío, por eso no... huele.

—Me da igual. No quiero que la entierren aún. He mandado reformar el panteón familiar en el cementerio de Bunhill Fields. Tardarán unos días. Espero que vengan mis padres desde Cardiff.

—Vamos, Charles. Tienes que despedirte. No la puedes tener aquí toda la vida.

—No. No aún. Tenía que haber ido a ese baile. No tenía que haberla dejado ir. Pero me dormí... Y ella se fue sola. Ella es así, libre y salvaje. No sé por qué me quedé totalmente dormido. No había bebido tanto, un poco de brandi...

Wellington enarcó una ceja y notó el dolor del golpe en la cabeza, considerando si respetar la ingenuidad de aquel idiota galés. La muy ladina los había narcotizado a los dos. Pero... ¿para qué decepcionarlo? Bastante tenía con su desgracia. Si se hubiese casado con una joven limpia y ordenada de su tierra, no estaría pasando por aquel trance. Pero buscó en las calles, en los hospitales de lunáticos y en los burdeles de Edimburgo y encontró a aquella furcia de belleza enloquecedora a la que hizo pasar por una joven de la alta sociedad escocesa. Y así estaban los dos, catapultados al desastre por la poca cabeza de la pelirroja, Hija del Demonio. De todos modos, pensó cuando la culpa intentó instaurarse fugazmente en su corazón, o en lo que quedaba de él, después de haberse responsabilizado de la muerte de miles de hombres, sumar una «muerte» más a su alma no le produciría demasiada pena. La verdadera culpa era de ELLA, la que debía ser obedecida. El poder de la oscuridad siempre se elevaba por encima de cualquier intento de triunfo del bien. Siglos y siglos de existencia humana lo atestiguaban.

El duque lanzó un suspiro quejumbroso.

—No te tortures más. No sabemos qué le ocurrió, quizá el garrotillo. Fue fulminante. No pudimos hacer nada. Pero ahora descansa en paz. Despídete durante el tiempo que quieras. —Su voz mostró un tono irónico que el desgraciado marido no percibió—. No te preocupes: su

belleza perdurará para siempre.

El médico y Wellington salieron al poco rato de la casa. El sol derretía la nieve y los pájaros competían por celebrar los rayos después de días de nieve y helor.

—Pobre hombre. Mal consuelo eso de que su belleza perdurará para siempre. En un par de días la podredumbre se instaurará en su bello rostro. Aunque es raro que no haya empezado... A saber. Esa muerte tan extraña... Me gustaría investigarla. Pero sir Charles no me dejará nunca el cuerpo.

Wellington hizo una mueca de desagrado. No era tonto. Sabía que muchos matasanos tenían perversiones inimaginables y las satisfacían con los cuerpos de las muertas.

—Tienes todos los cuerpos que quieras. La gente es muy pobre y no paga los chelines extra para enterrarlos más profundamente. —Empujó al médico dentro del carruaje—. Deja al pobre sir Charles con su pena. Bastante tiene ya para encima aguantar una autopsia para tus investigaciones de matasano.

DESAPARECIDO

—Ha desaparecido. No sé nada de él desde el día de Año Nuevo.

El compañero de apartamento de Espronceda, Antonio Arnáiz, se encogió de hombros con un ademán cansino. Era casi tan apuesto como el poeta, pero a todas luces menos atildado.

—¿No dejó ninguna nota, ningún aviso? —preguntó Juana.

—No, que yo sepa. Pasen a la habitación si quieren. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Desde lo de Teresa Mancha estaba enloquecido.

—¿Teresa Mancha?

—La hija del coronel Epifanio Mancha, sí. Están enamorados. Pero ella se ha casado con otro hombre, Gregorio de Bayo, por dinero. Para ayudar a su familia, ya saben. Pepe no lo ha llevado nada bien.

Juana asintió, pensativa. Era verdad, en la ópera parecía un demente. Aquella mirada de desesperación... Mandaría a alguien a enterarse de la situación de Teresa con su marido. Igual tenía algo que ver con la marcha del poeta.

Salvá dejó pasar a Juana delante. Llevaban una lámpara de aceite en la mano. El cuarto estaba casi vacío. La ropa había desaparecido del armario, ni rastro de zapatos, botas, levitas, abrigos, chalecos. Solo un cabo de vela gastado y un hatillo de libros. Encima, un papel que ponía: «Para el librero Salvá».

—Vaya. Los libros que había cogido prestados. Menos mal. Son una rareza. No me gustaría perderlos.

Abrió el paquete y comprobó que estaban todos. Juana estiró el cuello para verlos mejor. Los títulos y los grabados de las cubiertas le llamaron la atención.

—¿Vampirismo? ¿Demonología? ¿Tratado de las artes oscuras?

—Me dijo que eran para escribir un poema. O un relato, no recuerdo bien. Cosas de poetas.

—¿Podrías prestármelos? Será por poco tiempo. Te los devolveré.

Salvá hizo un gesto de extrañeza. Los volvió a atar y asintió.

—¿Qué moda extraña os ha dado a todos con ese tema de repente?

—Vivimos en tierras de fantasmas, Salvá. Como en Galicia, aquí hay misterios que no tienen fácil explicación. A pesar de las fábricas y las máquinas de vapor, de los avances mesméricos y la electricidad, lo oculto continúa atormentándonos... —Juana se acercó a la escribanía de Espronceda y examinó los papeles. Había dibujos y poemas. Los cogió sin pudor.

—Igual aquí hay alguna pista de dónde puede estar.

El compañero de habitación de Espronceda volvió a encogerse de hombros. Buscó en una bolsita tabaco mientras su expresión de aburrimiento se acentuaba.

—Pepe tiene más vidas que un gato. Yo no me preocuparía demasiado. No es la primera vez que desaparece. Volverá en cuanto menos se lo esperen.

PREPARANDO LA GUERRA

Torrijos subió la pasarela cargando con un saco de verduras secas. Lo dejó en la cubierta. Detrás, Tennyson se había puesto a la espalda un cajón con arenques que despedían un olor terrible. Las provisiones para la travesía incluían también ron, té, cerveza y agua, además de carne en salazón, galletas, bacalao, judías, tocino y bizcocho duro. Boyd, Flores Calderón, Golfín, Francisco de Borja y otros revolucionarios reclutados que partirían en el velero hacia Gibraltar ayudaban a transportar víveres y toneles de bebida. Hacía un frío de mil demonios, pero el sol del mediodía aliviaba un tanto aquel helor doloroso y la humedad de la orilla del río. Una gaviota graznó y se acercó a los sacos de provisiones con descaro.

Tennyson la espantó haciendo aspavientos con los brazos y luego se secó el sudor con la manga. Era un hombre grande y corpulento, transpiraba como un toro y acabó por quitarse el levitón. Su amigo Hallam se había sentado sobre los sacos de provisiones, agotado. Era joven, pero de salud delicada, y el esfuerzo lo sobreexcitó. Hallam miró hacia el grupo. Se había dado cuenta de una cosa.

—¿Dónde está el bueno de Espronceda? Hace días que no lo veo.

Torrijos se quedó unos instantes quieto. Era verdad, Espronceda, que siempre se mostraba tan activo y revolucionario, estaba callado como una tumba. ¿Dónde se habría metido?

—Ya aparecerá. Es bastante mayor para cuidarse solo.

Sin embargo, notó que su preocupación se hacía intensa de repente.

Espronceda no se hubiese perdido por nada del mundo un instante como aquel, el de llenar las bodegas de provisiones y preparar el barco para el momento en que fuese necesario partir. No era normal que no apareciese en el instante en el que la conspiración contra Fernando VII estaba en su cénit. Pero, bueno, era un literato. Los poetas no eran gente de fiar; en realidad, aunque se hubiese criado como un militar, al final no era lo mismo. En fin, ya aparecería. Admiró el barco de nuevo, el velero bergantín que los llevaría a Gibraltar y luego a las costas de Málaga. No era muy grande, pero lo suficiente para aguantar la travesía sin problemas. La sirena verde de cola retorcida del mascarón de proa mostraba una sonrisa etrusca y cínica, pero no le importó: las cartas de Viriato les impelían a actuar cuanto antes. En poco tiempo irían todos a París: Mina al fin había accedido a entrar por los Pirineos, y Chapalangarra también estaba ansioso por actuar en Navarra. Todo empezaba a cuadrar en la vida y en su mente. Pasarían a la historia, sin duda. Y los poetas cantarían sus hazañas.

CARTA DE TERESA MANCHA A JOSÉ DE ESPRONCEDA

Amor mío:

Siento no haber podido huir contigo en el principio de año. Sabes que mi marido me tiene constantemente vigilada, y también mi señor padre, que, de alguna forma, se ha enterado de mi incomodidad con Gregorio y de mi amor a otro hombre. No me dejan ni un momento sola, me tratan como si fuera una niña chica. He conseguido ver a mi hermana para que te envíe esta misiva que lleva todos mis besos.

Sabes que te quiero con toda mi alma.

Dentro de poco, en cuanto mejore algo el tiempo, nos iremos a París. ¡París! ¿Te imaginas? Allí no nos conoce nadie. Te aseguro que en cuanto mi padre deje su vigilancia y mi marido se relaje, me escaparé, como hemos convenido. En París. Viviremos en una casa llena de flores y rodeados de pájaros. Lejos de esta ciudad funesta, oscura y fría.

Un gran beso de amor.

Teresa Mancha

EL ENTIERRO DE SYLVIA AXEL

El carruaje, tirado por dos caballos negros tocados con penachos de enormes plumas con reflejos azules, se detuvo delante del flamante panteón familiar de los Morgan-Brown. El viejo cementerio de Bunhill Fields resultaba deprimente aquel día nublado, con sus árboles de ramas secas, las tumbas antiguas y decrépitas, lápidas rotas, hojas muertas. Wellington observaba la escena entre los árboles, alejado y extrañado de que el conde de Pembroke hubiese elegido como lugar de reposo el cementerio de los rebeldes e inconformistas, los más locos y más fuera de sitio. El trastornado de William Blake estaba allí, enterrado en alguna parte, y también Defoe, gente agitadora y funesta para el pensamiento. Charles acompañaba el ataúd mientras sus lágrimas caían sin freno, sus hombros se sacudían de dolor y sus manos temblaban. El duque levantó su ceja, su gesto favorito, pensando en lo triste que era ser tan poco espabilado, tan ignorante de la maldad de su esposa. Pero llegaría el momento, llegaría, sin duda, y llegaría muy pronto.

Wellington analizó a los asistentes al entierro. Igual entre ellos se encontraba su misterioso asaltante. Era curioso: desde el robo de la piedra, su mente estaba en calma por primera vez. Desde hacía años, todos los días acudía a la iglesia atormentado por todas las almas que habían muerto bajo sus órdenes. Muertos de la India, muertos portugueses, muertos franceses, muertos españoles, muertos holandeses, muertos alemanes. Todos le gritaban en un silencio

estruendoso, se aparecían de noche con sus brazos mutilados, sus ojos ciegos, las caras destrozadas por las balas de cañón, las miradas espantadas de los caballos antes de caer con los tendones cortados o una bala en el corazón, animales y humanos convertidos en trozos muertos que se arrastraban en un mar de cabezas dolientes. Sí, el golpe de aquel desconocido aún le dolía, pero el tormento de años había desaparecido. Ya era un hombre mayor. Quizá iba siendo hora de dejar el ministerio, de dedicarse solo a ver crecer a los nietos, de amar por fin de verdad, abandonar a aquella mujer corta y pacata que había tomado por esposa en un alarde de juvenil inexperiencia. Era como si aquella piedra fuese el símbolo a la vez de su triunfo y su desgracia. Ya lo había hecho todo en la vida; había traído a Londres aquella maldición. Quizá ya era hora de dejarla ir y acabar con todo. Que el zafiro manchara a otro con la codicia de la diosa. Ya había entregado demasiada sangre a cambio. Y, sin embargo, él era el causante de haber traído a Londres aquella tragedia del templo escondido, del zafiro maldito. No podía dejar de responsabilizarse. Al fin y al cabo era un prócer, una eminencia, un héroe de la vieja Inglaterra.

El ruido del cincel durante la apertura del sello de la puerta rompió el silencio del amanecer. Un cuervo —¿o era una urraca?— graznó desde las ramas de los árboles. El duque observó cómo los deudos metían el ataúd de Sylvia Axel en el panteón y los enterradores los seguían para bajar la caja negra a la cripta subterránea.

Se dio la vuelta de forma abrupta y se dirigió a la puerta del cementerio. Su caballo relinchó de gozo al verlo. El animal olía la muerte desde fuera del recinto. Tenía tantas ganas como él de alejarse de aquel lugar.

LA CRUZ

Espronedado, arrullado por el traqueteo de la diligencia, se quedaba dormido por momentos. Los ojos se le cerraban del agotamiento. Eran las cuatro de la tarde y ya era noche cerrada. Las nubes negras amenazaban. Llevaba la carta de Teresa en un bolsillo del chaleco cerca del corazón, un montón de libras y dos zafiros con el corazón de sangre guardados en un lugar secreto de su levita. Quien le había informado sobre aquel judío en York tenía razón: era el mejor tallador y tasador de piedras de toda Inglaterra. No había tardado mucho tiempo en convertir la gran piedra azul en tres zafiros, uno grande y otros dos más pequeños, tallados y pulidos. El trato había sido que una de las piedras, la más pequeña, la más pura por no tener la mancha roja, se la quedase él.

Desde aquel momento su hambre, su ansia, su ferocidad habían cesado como por encanto. La Voz había desaparecido. El hambre había desaparecido; la angustia extraña y profunda que le llevaba a matar animales, a comer carne cruda como un enloquecido, también. Era como si aquel runrún interminable que devoraba su mente se hubiese marchado de dentro de su cabeza. Como si todo encajase. La carta de Teresa era su talismán y la piedra y la fortuna, su seguro de vida y de sus amigos, el pasaporte a la revuelta. La mala mujer había desaparecido también, la Mujer Demonio, pelirroja hija del Diablo. La había dejado en aquella infausta habitación. ¿Muerta? ¿Desmayada? ¿Qué más daba! Era una furcia de Satán. Lo había seducido y

endemoniado. Merecía todo lo que le ocurriera.

El poeta intentó acallar los remordimientos por haberla dejado allí sola y a merced de la Diosa Fantasma; del duque de Wellington. Insultándola y vejándola podría tapar bajo un peso gigantesco su tremendo dolor y su culpa, que no lo habían abandonado ni por un instante desde la noche del baile de disfraces.

Un relámpago iluminó el camino. Estaban cerca de un bosque. El trueno y la lluvia torrencial que comenzaron después acabaron con la paciencia del cochero, que comenzó a soltar juramentos mientras los caballos se encabritaban y relinchaban al notar las afiladas gotas de la tormenta clavarse en su flanco.

Espronceda abrió la puerta y asomó la cabeza. El viento helado sacudió su cabello rizado y, a pesar de las gruesas gotas que revoloteaban a su alrededor, consiguió ver una figura blanca confundida entre los troncos de los árboles del bosque cercano. Otro relámpago cruzó los cielos y los pasajeros del carruaje se estremecieron de frío y miedo. Una de las pasajeras, una monja católica, se persignó. Llevaba una cruz colgada del pecho, guedejas rubias se escapaban de la tela de la toga; era joven, delicada y temerosa, y su mirada reflejaba un pavor auténtico. El cochero consiguió dominar el tiro y avanzaron a duras penas por el camino embarrado que cruzaba el bosque.

Un relámpago cayó sobre un tejo cerca de la diligencia, el carruaje se tambaleó como si hubiese explotado sobre él una bala de cañón y las hojas comenzaron a arder como teas. Los caballos relincharon de nuevo, los ojos abiertos de terror y las fauces llenas de baba y saliva. Espronceda sintió idéntico terror cuando los animales se detuvieron delante de una figura cubierta por un sudario blanco y largo, una figura marmórea, de cabello negro, que parecía inmune al agua de lluvia y al granizo.

El poeta notó sus cabellos erizarse, se santiguó y lo mismo hizo la monja, que agarró con fuerza la cruz en su puño. Los otros viajeros comenzaron a increpar al cochero, que era incapaz de desviar a los

equinos o incluso de calmarlos. La figura, descalza, llevó sus manos hacia delante y caminó despacio hacia la puerta del carruaje, la parte en donde estaba Espronceda, cada vez más aterrorizado. El fuego del árbol iluminaba la fantasmagórica escena.

Las facciones de aquella mujer eran las de Teresa Mancha. Y aquellas facciones se acercaban sin remisión hacia la ventanilla, los ojos muertos y abiertos de telarañas, las manos como sarmientos, crispadas y heladas, muertas.

La monja empezó a gritar de forma desaforada, totalmente fuera de sí. Sin que nadie pudiese detenerla, abrió la puerta de la diligencia y salió con la cruz de metal en la mano. Se abalanzó sobre aquella visión sobrenatural.

El relámpago cayó sobre la cruz.

Una bola de luz incandescente los cegó por completo durante unos segundos. Cuando recuperaron la vista, la mujer de blanco había desaparecido. En el suelo, la monja despedía humo; su cuerpo, desnudo y convulso, atravesado por mil ramas de árbol pintadas en la piel.

Espronceda tocó su bolsillo. Allí seguían las piedras, a salvo. Cuando miró su mano enguantada aún seguía temblando. Temblando de horror. Sin embargo, logró salir del carruaje entre los gemidos de los otros viajeros. Se quitó el levitón y cubrió el cuerpo muerto de la monja.

El cochero, nervioso, aterrorizado, intentaba calmar a los caballos, tan nerviosos como él. No había rastro del fantasma. ¿Era un fantasma? Todos la habían visto, todos, incluso el tiro de caballos, que había enloquecido a la vez que ellos. Igual que la monja, muerta por el estallido del relámpago en la cruz, que aún permanecía en el suelo, cerca de la mano inerte. Espronceda la cogió y la metió en su bolsillo. Luego envolvió el cadáver con su abrigo y lo metió dentro de la diligencia, ante el horror de los viajeros, que empezaron a murmurar.

Aquel carruaje se convirtió en un coche de difuntos.

HOSPITAL DE CAMPAÑA

Juana asomó la cabeza en la habitación de invitados. El pequeño Pablo Martín Melitón duerme, su cabeza reposa sobre la almohada al lado de su madre, que respira boca arriba con la boca abierta y el cabello recogido en una red. Los dos parecen sanos y relajados; no los despertará, es demasiado temprano y las cortinas gruesas detendrán la luz del amanecer hasta que Berta les prepare el desayuno.

Juana no ha dormido. Sobre sus hombros aún duele el pavoroso viaje al barco, la mirada sin párpados de la sirena en la proa, la cola enroscada en su mente, el navío hundiéndose en un remolino negro y el violín que reposa en la capilla del segundo piso.

Juana baja las escaleras de la casa procurando no hacer ruido y, sigilosa, abre la puerta de madera y hierro. Sale a la calle con su vestido negro —jamás abandonará el luto—; hace fresco, mira al cielo, hay nubes al fin, quizá llueva y limpie el ambiente enfermo y perturbado de miasmas. Espanta a una mosca verde que revolotea. Mira hacia el puerto con cierto temor; el mar oscuro parece agitarse en su mente y no en la bahía, aunque algunas olas rompen con más violencia de la habitual, es cierto. No como la noche anterior, en la que el agua parecía aceite de ballena. Es muy temprano, alguna barca se acerca llena de pescado, de los pocos vestigios de vida en una ciudad sitiada por el cólera. Se apresura al ver un carro en el que deliran varias víctimas y una procesión de devotas con velones encendidos y rezando plegarias, y sin dudar se dirige al hospital de campaña del

convento. Espera muy pronto la ayuda de la reina Isabel; quizá lleguen ya por la mañana el dinero y los refuerzos, antes de que toda la población de la ciudad sucumba. Mientras, las monjas cocinan bajo sus órdenes agua de arroz, té, zanahorias, algo de brandi barato. Juana ha conseguido detener las sangrías, responsables de llenar el cementerio tanto como el cólera, y obligar a todos a lavarse las manos y a hervir el agua antes de beberla. Los médicos han obedecido en cuanto han visto que algunos de los enfermos, a punto de morir, sobrevivían de forma milagrosa.

Cuando entra en el convento, nota unas gotas en la cara.

«Al fin algo de lluvia», se dice, mientras se quita la cofia también negra y saluda a una de las monjas, que lleva la boca tapada con un pañuelo y carga con una pota de agua hirviendo. Las hermanas observan a Juana con veneración; creen que está bajo la mirada de san Roque, patrón de las pestes y epidemias. No teme acercarse a los enfermos, no teme a sus ojos abiertos y desesperados, ni a sus vómitos de sangre. La madre superiora se acerca a ella. Es una mujer fibrosa y adusta; en su rostro, muchos años de devoción al Señor, y en sus manos, callos del duro trabajo en la huerta.

—Señora condesa. Buenas y malas noticias. Han muerto varias cigarreras de la Fábrica de Tabacos y las otras han huido. Ha fallecido la madre del antiguo alcalde Juan Flórez. —La monja se persignó, piadosa y cariacontecida—. Y también los dos hijos pequeños de José de Vila. Una desgracia terrible. Dos críos tan hermosos y llenos de vida.

Juana apretó los dientes. Aquel horror no tenía ni fin ni sentido. ¿Dónde estaba Dios? Ni los niños se libraban de la muerte.

—Dígame alguna nueva buena, hermana. Algo de esperanza.

La monja elevó los ojos al cielo y cogió el rosario colgado del cordón en un ademán inconsciente.

—Han llegado donaciones, gracias al cielo. Tenemos carbón, kilos de arroz y de zanahoria, manzanas, barriles de vino espirituoso, sacos de sal. Es un milagro.

Juana se frota las manos enfundadas en mitones, súbitamente llena de energía al tener algo provechoso a la vista.

—Manos a la obra. Espero que hoy llegue la ayuda de la reina al fin. Algún médico de la corte y opio, cloroformo y demás medicinas que aquí escasean.

—¿Se ha fijado, condesa? El barco de la mala fortuna ha desaparecido. Aquel negro que estaba a lo lejos, fondeado en la ría. Y, además —la monja señaló el techo del refectorio—, ha empezado a llover. Buena cosa.

Juana permaneció en silencio durante un rato. Asintió con lentitud y se santiguó.

—Esperemos que sea, en verdad, un buen augurio, hermana. Pero dejémonos de barcos y vayamos a ayudar a las demás. No hay tiempo que perder. Los barcos no van a cuidar a los enfermos ni a hacer que la epidemia desaparezca.

Juana se pone un delantal blanco sobre el luto y baja a las cocinas del convento, en donde varias hermanas y algunas voluntarias seculares hierven agua y pelan zanahorias y manzanas. Otras cuecen arroz. La actividad a esas horas de la mañana ya es frenética, se esperan más enfermos y, además, durante la noche han fallecido unos cuantos, incapaces de retener líquido alguno.

Sube una bandeja con agua de arroz y zanahoria rallada y se dispone a atender a unos niños pálidos y enfermos, con las mejillas enjutas por la enfermedad. Por un momento, los ojos claros y el pelo rojo le recuerdan a los niños mellizos de Londres. Su madre le clava los ojos con una mezcla de desesperación y ansiedad, mientras Juana los alimenta y reza para que no vomiten todo lo que acaban de ingerir a duras penas. Ve entrar a una pareja que viste hermosas ropas burguesas y que ha tenido la mala suerte de pernoctar esos días en la ciudad. El joven, moreno, elegante, intenta sostener a su acompañante, una dama rubia y lechosa que se quiebra. Las hermanas corren a ayudarlos y la llevan a un catre improvisado. Juana suspira, sobrepasada. ¿Nunca terminará la epidemia?

Afuera, los coches de muertos recogen los cuerpos que las monjas sacan del convento, envueltos en sudarios que amarillean. San Amaro ya no da más de sí; los entierran apelotonados, de pie, paladas de cal y de sangre y de vómitos.

Juana consigue que los críos beban agua de arroz y coman un poco de zanahoria sin vomitar. Se levanta y se aproxima a los recién llegados. El hombre aprieta la mano de la chica contra su pecho. Juana ha de multiplicarse si quiere que los enfermos sobrevivan.

La joven rubia tiritita, los dientes le castañetean, pero no vomita ni parece tener diarrea. Su piel presenta una blancura marmórea en el rostro que la acerca más a una muerta en vida que a una enferma de cólera. Ese pensamiento la hace estremecerse.

El hombre levanta la mirada, los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

—Estábamos de viaje... Hace unas noches llegamos desde Gibraltar en el Santa Clara y nos hospedamos, como de costumbre, en la casa de una viuda de la calle Riego de Agua... Caminamos hasta la Ciudad Alta. Allí visitamos la tumba de sir John. Mi mujer, Faith, es escocesa. Yo me llamo Pascual. Pascual de Llano.

—¿Sir John Moore? ¿Al jardín de San Carlos?

El joven asiente, mientras limpia las gotas de sudor de la frente perlada de Faith.

—Era mi abuelo. —La mujer balbucea con los labios agrietados por la fiebre en un español con acento—. Siempre venimos a la ciudad a verle.

—Nos sorprendió la noche llegando al jardín. Hacía mucho calor. Subió la niebla, no había nadie por las calles, escuchamos a lo lejos sonidos extraños, lloros, lamentos. No se veía nada. Nada.

Pascual miró a su mujer y Faith lo acarició. Intentó calmarlo con un hilo de voz.

—Pascual... Tranquilízate.

Pascual agarró la mano de Juana con fuerza, hasta hacerle daño, y se incorporó como poseído por un ánimo maniaco.

—No sé qué nos pasó. Ni cuánto tiempo estuvimos allí. Ayúdenos,
por favor. Me siento morir.

HACIA CAMBRIDGE

Al fin luce el sol en Londres, tras días de nieve, lluvia y un frío helado glacial. Espronceda, escondido, ve pasear cerca del río a Teresa Mancha, cogida del brazo de su marido, un hombre de grandes patillas y porte adusto. No es feo, parece bien formado, pero demasiado mayor para la juventud fragante de la dama. El poeta siente el dolor más profundo y, a la vez, el alivio de ver que su amada no es un fantasma espectral, está viva y coleando, sus gloriosas carnes y su piel de alabastro en su sitio, tan perfectas como siempre. Durante unos segundos sus miradas se cruzan. Ella enrojece hasta la raíz del pelo y hace un gestito encantador con la mano del que no se percata su marido, demasiado ocupado en apartar con su bastón a una golfilla que le pide limosna.

Espronceda mira su reloj Napoleón por la hora de Londres. En un rato ha de partir para Cambridge: hay reunión de los Apóstoles a la que acudirán Mina y Torrijos. La salida hacia París se halla próxima. La Junta está ansiosa, los quiere a todos allí. Torrijos, Mina, Chapalangarra, todos los líderes militares dispuestos a acabar con el rey. Camina con paso firme hacia Trafalgar Square. Un mendigo joven que tiritaba de frío, con la pierna cortada a la altura de la rodilla, le pide limosna. Él le entrega el levitón negro que cubrió a la monja muerta durante el viaje. Aún siente escalofríos al recordar aquel episodio de locura, pero el mendigo no sabe nada y nada recuerda, de modo que sus gemidos de agradecimiento le hacen soltar algunas lágrimas. En

una callejuela hay un sastre al que ha encargado ropa nueva, la necesita antes de partir. Si algún ladrón supiera todo el dinero y las piedras que lleva en su bolsillo secreto, duraría vivo pocos segundos. Mira a su alrededor por si alguien lo reconoce. Desea partir hacia París sobre todas las cosas; Londres se le hace una pesadilla. Teme a los fantasmas, pero teme más al todopoderoso duque de Wellington, aunque está seguro de que no lo reconoció. ¿Quién sabe? En esa ciudad maldita todo el mundo parece saber algo. Como si hubiese ojos en cada esquina o en cada teatro o tienda. Mientras espera al sastre, cerca de Covent Garden, entra en una taberna y se toma una jarra de cerveza, sentado al fondo del establecimiento, entre el humo de las pipas y las sombras, solo rotas por algún rayo de sol que se abre paso a través de las vidrieras multicolor del viejo pub. No ha pasado por su apartamento de Somers Town, pero le enviará dinero a su compañero para que lo siga manteniendo. Los hombres que entran en el local, de todo pelaje, ven al fondo a un joven de mirada sombría, atildado y de cabello muy negro, que contrasta con los rostros rubicundos y el pelo pajizo de la mayoría de los que están allí bebiendo y comiendo *pie* y salchichas.

Una vez satisfecha su sed, Espronceda acude a recoger parte de la ropa. Ya tiene pantalones de montar, de vestir, levitas de diario, camisas. Aún faltan una capa y una levita de primavera, para el buen tiempo. También —se recuerda— necesita botas y zapatos. Busca un carruaje. Quiere llegar a Cambridge pronto; la noche le aterrera. Después de lo ocurrido con la visión de Teresa y la monja, no quiere estar solo en algún lugar remoto y peligroso. Varias horas con el cuerpo aún caliente de aquella joven en sus brazos, frente a las miradas de horror de los otros viajeros. Luego, llevarla a la puerta del convento católico de las Adoratrices de Tyburn y dejarla allí, ante el estupor de las hermanas. Aún no se ha recuperado de la impresión.

Mina se viste para acudir a la reunión. No está demasiado convencido.

Por mucho que todos intenten disfrazar el asunto, el rompimiento tiene muy mala pinta. Se lo guarda para sí; está un poco harto de que lo consideren, en cierto modo, aliado del rey Fernando y de los ingleses más conservadores. Peor pinta todavía tienen las cartas del tal «Viriato». No hace falta mucho para encender el entusiasmo de Torrijos.

Mina suspira mientras busca el fajín rojo. Su olfato militar le avisa de que todas esas cartas son un engaño.

—Juanita. ¿Has visto el fajín? No lo encuentro.

Juana mira por la ventana. Sigue preocupada por lo ocurrido la noche de fin de año: la desaparición de los mellizos, los fantasmas, su padre. Y la inminente partida de su esposo, de nuevo hacia la lucha.

—Está dentro de la cómoda, en el tercer cajón.

El sol luce y deslumbra. Los cristales se empañan. Berta camina por el jardín con un cubo lleno de agua. Va a dar de comer a los animales.

—Hoy vendrás conmigo, ¿no?

Mina ha encontrado el fajín y Juana le ayuda a ajustarlo.

—¿A Cambridge? ¿Seguro? ¿Con todos esos guerrilleros y prohombres ingleses?

—Quiero saber tu opinión sobre lo que se hable allí. Eres más lista que muchos de ellos. Y, además, eres más lista que yo.

Juana suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Yo no pinto nada entre tantos hombres rudos, Paco.

—Torrijos va a llevar a Carlota. Los dos queremos que estéis allí. Nuestro futuro se va a dirimir en esa reunión. Es justo que vayáis.

Juana observa su mandil y su vestido verde de flores: no es el más indicado para acudir a una reunión de militares e intelectuales. Elegirá uno gris perla, más discreto.

—Está bien. Iré. Me voy a cambiar. Y a avisar a Berta. Llegaremos tarde. —Juana lo besa en los labios y él adopta su típica cara bromista: la comisura de los labios levemente levantada en una media sonrisa—. Ponte las medallas. Estás muy guapo con ellas puestas. Tienes más que Torrijos. Eso le molestará.

En Cambridge esperaban los Apóstoles. Todos ansiosos, expectantes. La liberación de España se iba a cocer en aquella enorme sala gótica. Y ellos iban a ser los testigos directos.

Tennyson echó su pelo rebelde hacia atrás.

—Por lo visto, Torrijos y Mina van a traer a sus esposas. Creo que no se fían de nosotros. Y hacen bien.

Tomlinson elevó las manos al cielo ramificado del salón. Un ángel trompetero parecía observarlo con burla. Él lo señaló mientras comenzaba a despotricar.

—Mujeres en asuntos de guerra. Estos españoles están locos. ¡Qué sabrán ellas! Son asuntos de hombres. Asuntos de guerreros.

—Nosotros tampoco somos guerreros. Somos poetas, estudiosos, tú eres un padre de la Iglesia... Tenemos tanto que ver con la guerra como cualquier mujer. —Tennyson colocó unas sillas forradas de terciopelo granate delante de la robusta mesa de madera noble—. Estas sillas son algo antiguas, pero valdrán para las damas. ¿Dónde están el jerez y el brandi? Hoy toca algo más que vino barato. Hallam, madera para la chimenea y carbón para las estufas, por favor. Por lo visto Carlota, la mujer de Torrijos, es una belleza española.

—Por cierto, ¿sabemos algo de Espronceda? ¿Sigue desaparecido? —Hallam acercó a la chimenea unos troncos gruesos con gran esfuerzo. Era un joven de constitución delicada.

El poeta inglés se acarició la barba y se atusó el cabello crespo y castaño, dejando ver su frente señorial.

—Me ha escrito. Dice que vendrá. Que tiene una sorpresa para todos nosotros.

Tomlinson levantó una ceja.

—Poetas. Siempre envueltos en el misterio. Mujeres, poetas... Así se hace la guerra en España. Y así están como están. Si dejaran a los hombres las cosas de hombres...

—No estarás insinuando que los poetas somos delicadas señoritas...

—Tennyson hizo un gesto afeminado y le agarró los mofletes.

—Yo no insinúo. Tú lo dijiste antes. Los poetas y las mujeres no tenéis nada que ver en la guerra.

—Alguien tiene que cantar las hazañas, padre. Los bardos estamos precisamente para eso. Ten por seguro que Espronceda será el mejor cantor de los guerreros españoles.

HAMBRE DE RESURRECCIÓN

El sol, todo el día helador y brillante, se ha puesto. La oscuridad comienza a expandir su reino sobre la ciudad de Londres. Las gentes de bien se retiran a sus hogares mientras las criaturas reptan y renacen a la luz de la luna.

En el centro de la ciudad, un cementerio dormita. Los gusanos — hijos de la mosca verde, de la mosca común, de la mosca azul—, los escarabajos hacen su trabajo en alguno de los cuerpos frescos que los profanadores o los ladrones de tumbas aún no han encontrado. La luna, casi llena, aparece y desaparece entre las nubes negras. Un zorro, escondido tras una lápida, deja ver el reflejo de sus ojos antes de huir con rapidez al escuchar el ruido.

Un niño descalzo abre la verja y camina entre las tumbas. Tiene el pelo rojo y va totalmente desnudo. Está muy delgado: las costillas se le marcan a través de la piel. Sus pies descalzos acarician el suelo. A pesar de los guijarros y el frío, el niño no parece sentir dolor. Una sonrisa dibujada en el rostro blanco de mármol produce espanto, los ojos de telaraña parecen mirar más allá del tiempo. No hay ningún ruido en el camposanto, el silencio es sepulcral. Otro niño muy parecido al primero, pero vestido con una camisa sucia, rota, y unos pantalones que no llegan a los pies, lo espera en la puerta del panteón de los Morgan-Brown. Coge de la mano a una niña pequeña que tiritita y llora. Una niña que lleva un vestidito azul celeste, un gorrito blanco y zapatitos del color del coral más intenso llenos de barro. Una niña que

no quiere estar allí.

Sylvia Axel. Ven. Ven a la noche.

La voz silente de la diosa atraviesa la puerta del panteón como un trueno subterráneo.

Sylvia abre los ojos y solo ve oscuridad. No sabe dónde está, solo que tiene hambre. Hambre voraz, de loba. Y frío, un frío terrible que parece fuego. Comienza a palpar con las manos y encuentra a pocos centímetros una tapa de madera forrada de tela. Le hubiese gustado sentir su corazón palpar de miedo, pero no está ocurriendo. No está ocurriendo nada de lo que debería ocurrir, solo la voz de la diosa en su cuerpo, recorriéndolo como un amante, reverberando como una campana en cada uno de sus huesos muertos.

Sylvia, ven.

La caja se abre con suavidad. Ella se incorpora, su cuerpo no pesa, es puro aire y hambre feroz. Ella detecta el hambre, pero también una felicidad angustiosa que la ataca y la perturba. ¿Será así su muerte a partir de ahora? ¿Una vida de angustia y hambre?

Avanza por la cripta, recién arreglada, limpia. Flores frescas. Es invierno. Su marido ha pagado una fortuna por ellas. La fragancia de las rosas se clava en su pituitaria y su cerebro explota de gozo. Hay más que hambre y angustia. Hay un poder nuevo y excesivo, una energía oscura que lo abarca todo.

Sylvia Axel.

La voz es ahora de su marido.

Charles.

Charles calmará su hambre. Siempre lo ha hecho.

Charles. La echa de menos. La ama. Con locura. Charles la «sacó del arroyo», eso escuchaba muchas veces a otros matrimonios que se llevaban la copita de jerez a un aparte para poder cuchichear sobre ella libremente. Charles. Es tan bueno, tan tan bueno con ella...

Su esposo llora. Sufre su falta. Lo sabe, lo detecta, lo huele.

Sube las escaleras de la cripta hacia la puerta del panteón. Allí la esperan los dos niños de ojos muertos. Sylvia ve a la niña del vestido

azul celeste y solo quiere consolarla. Solo quiere que ella también goce de la angustia y del poder.

Solo quiere que la cría deje de llorar.

Solo quiere que su estómago muerto deje de rugir.

LOS CONJURADOS

Torrijos señaló en el mapa Fuengirola. Robert Boyd, a su lado, asentía con la cabeza y hacía gestos nerviosos con las manos.

—Creo que después de Gibraltar deberíamos desembarcar aquí. Tendremos el apoyo de las guarniciones. Hay calas en donde esconderse antes de efectuar el rompimiento. Viriato dice...

Mina intentó no cambiar la expresión cuando Torrijos comenzó a manifestar su entusiasmo por los planes conspirativos del misterioso personaje anónimo. No entendía cómo lo que para él era tan claro como el agua del río para los demás permanecía sumido en el arcano de la fascinación. Juana le apretó el brazo para que siguiese callado. Conocía bien a su marido, y a ella aquellos planes delirantes del joven general le parecían igual de suicidas, pero no estaban en situación de decir nada o las sospechas de su adhesión al rey Fernando, que siempre planeaban sobre Mina, hiciera lo que hiciese, volverían a salir a la palestra y, tras la reconciliación de los dos guerrilleros, no valía la pena.

Un murmullo primero, luego una serie de vítores y pasos marciales interrumpieron el discurso de Torrijos. En la enorme sala gótica, caldeada por la chimenea y varias estufas de carbón, hizo su entrada triunfal y tardía Joaquín Romualdo de Pablo y Antón, el mítico guerrero Chapalangarra, abrigado con una gruesa capa española y guantes de piel. Los rostros de los Apóstoles se iluminaron todavía más. Estaban siendo promotores y testigos de la liberación de España,

aquel país exótico, romántico y triste que los necesitaba para alcanzar la gloria.

Chapalangarra, un hombre no muy alto, fuerte, un navarro de raza y sangre, de ojos enormes de buey, patillas espesas y mandíbula de hierro, avanzó hacia la mesa en donde estaban todos situados, alrededor de un mapa de la Península, sabiéndose protagonista de la reunión por unos instantes. Saludó a Mina. Sus tirantes relaciones con él después de que lo hubiese abandonado en plena guerra de la Independencia —Chapalangarra estaba a sus órdenes— para ponerse de parte de Fernando VII tendrán que suspenderse durante un tiempo.

Ahora todos tienen el mismo objetivo: la libertad de España. Han de permanecer unidos. Chapalangarra, al igual que Torrijos, es un exaltado que necesita acción. Acción inmediata. Guerra. Después de años de exilio en Francia e Inglaterra, cuanto antes comience la expedición hacia los Pirineos, mejor. La Junta del Alzamiento ha conseguido dinero suficiente para sufragar gran parte de las expediciones; no es mucho dinero, pero el suficiente para que soldados como Joaquín Romualdo de Pablo y Antón se vean respaldados y pongan su vida en peligro por la libertad.

Tras las presentaciones se sirvieron más copas de jerez y brandi. Chapalangarra acaparó la atención de los Apóstoles, que no fueron ajenos a las miradas de sorpresa del guerrero al ver allí a las esposas de los dos generales. Así no se iba a llegar a ningún sitio, sin duda el exilio los había enloquecido y convertido en dos señoritas, pensó el navarro, que consideraba a las féminas como lo que eran, delicadas flores a las que había que proteger, mimar, mientras ellas cocinaban y calcetaban. Allí no pintaban nada, pero, dado el rango de los dos y su ascendencia, no se atrevió a objetar nada, solo a lanzar miradas de soslayo muy significativas.

Torrijos bebió un sorbo de brandi y alzó la voz para calmar la algarabía. Había que centrarse y continuar con los planes. Los murmullos se fueron desvaneciendo hasta que todos los asistentes volvieron a centrarse en el tema principal de la velada. Retomó el

plan.

—Yo entraré por la costa de Fuengirola. Allí tenemos el apoyo seguro de guarniciones y de los liberales, que anhelan nuestra llegada. A partir de ahí, Mina y Chapalangarra entrarán por los Pirineos y llegarán hasta Navarra, y allí continuaremos con nuestro pronunciamiento. Al igual que hizo Riego en su momento, no importa que la acción transcurra en Madrid. Los liberales de todo el país comenzarán a moverse. Recordad cómo La Coruña —señaló a Juana con la barbilla—, Ferrol y Vigo comenzaron la sublevación y luego se unió toda España contra el Felón. He recibido carta de los coroneles Valdés y De Pablo y del general Méndez, todos deseosos de participar en campaña.

Mina intentó no perder la compostura. ¿Era solo él quien veía lo disparatado de la propuesta? ¿Otro pronunciamiento baldío? Ninguno había servido para nada, incluso el de Riego; bien que triunfó a duras penas, acabó como acabó, con el rebelde humillado y suplicando clemencia mientras lo arrastraban hacia la horca. Las miradas de Juana hicieron que siguiese la conversación con cierta tranquilidad; si ella no hubiese estado allí, seguro que no habría permanecido en silencio ante aquellos arrebatos románticos y poco prácticos que todos los demás parecían considerar factibles. Por otra parte —se engañó a sí mismo—, estar sin hacer nada en Londres acababa con el equilibrio mental de todos los emigrados, de eso no cabía duda, y en cierto modo el destino de un militar era la guerra, y no estar en los baños de Bath o en los salones de París intentando conspiraciones que jamás tendrían buen fin.

Respiró hondo y se inclinó sobre la mesa. Su voz sonó segura y marcial.

—La idea es bajar a Bayona desde París. Allí reuniré a todos los hombres que me son fieles. He hablado con Mendizábal: tiene caballos, armas y refuerzos a mi disposición. También cuento con la Compañía Sagrada, cincuenta y un oficiales que hicieron la campaña de Grecia y me son fieles. Y, por lo visto, con bastantes milicianos

voluntarios franceses que se han sumado a nuestra causa.

Todos los Apóstoles miraron a Mina con admiración. Los libertadores españoles que, enviados al exilio después de la guerra de Independencia, acabaron en Grecia luchando por la libertad se habían puesto bajo el mandato del general navarro. Aquello era increíble. Tennyson pensó rápidamente en alguna oda, algún poema épico.

Mina continuó, su dedo recorrió los Pirineos para bajar hacia el pequeño pueblo de Vera de Bidasoa.

—Aquí hay una guarnición de unos doscientos hombres que no me dará demasiados problemas. Si la ocupamos, daremos un golpe de efecto. A partir de ahí puedo bajar hasta Zaragoza, si las fuerzas no nos fallan. Lo necesario es que el pueblo español responda. Yo confío.

—¡Y responderá, claro que responderá! —Torrijos no desaprovechó la ocasión para arengarse y arengar. Que Mina estuviese tan concienciado le estaba dando la vida. Los años en Londres y la vida en el campo no habían terminado con su espíritu guerrero; y que por su cuenta hubiese contactado con Mendizábal era todavía más sorprendente. Miró a todos con el ánimo exaltado y pegó un puñetazo en el mapa—. Chapalangarra encabezará la entrada por Valcarlos. Con las tres incursiones, el pueblo se dará cuenta de que hemos vuelto. Con la ayuda del gobierno francés, las ansias de libertad y justicia harán el resto.

Todos los asistentes brindaron y jalearon el discurso. Tennyson y Hallam, emocionados, prometieron acompañar a los expedicionarios a Francia y después a Navarra y Málaga. El rostro de Carlota Torrijos era de pleno éxtasis: ver a su marido al fin emocionado y lleno de energía, líder de todos aquellos guerreros, dispuesto a todo por la libertad de España. Era algo que habían soñado muchas noches juntos, noches de frío y exilio, lejos de casa y de la familia. Al fin parecía cumplirse aquel sueño. No podía ser más feliz.

Espronceda, embozado, se acercó a la pequeña puerta de arco ojival.

Miró hacia atrás, por si alguien lo seguía. Todo el tiempo tenía aquella impresión agobiante y amenazadora sobre sus espaldas. Golpeó la madera y esperó. Al cabo de poco tiempo escuchó ruido en el interior. Dio el santo y seña para entrar. Su respiración era agitada; el vaho del frío aparecía una y otra vez.

Juana hizo un gesto de alivio en cuanto lo vio aparecer en la sala. Espronceda se quitó la capa y la capucha, y todos pudieron ver que su ropa era nueva y de aspecto caro, pero su rostro y las ojeras oscuras representaban la viva imagen de la muerte. Fue hacia él en seguida. Lo miró de arriba abajo con ternura, como si fuese su madre.

—Estábamos muy muy preocupados por ti, Pepe. Llevabas días desaparecido.

Espronceda asintió, la voz ahogada por la emoción. Todos celebraron su llegada. Tennyson acudió raudo con una copa de jerez y lo acercó a la chimenea.

—Estás congelado. Acércate, tómate el vino, te reconfortará. ¿Dónde estabas metido?

Recuperado del resuello, el poeta miró a su alrededor. Allí estaban todos los conjurados por España, la Junta del Alzamiento en pleno. Sonrió.

—Traigo buenas noticias. —Pausa dramática—. En realidad, muy muy buenas noticias.

Torrijos se adelantó, entusiasmado.

—¿Y bien? ¿Qué quieres decir con buenas noticias? ¡Suelta!

Se acercó a la mesa ante la mirada atenta de los conjurados. Rebuscó en el bolsillo de su levita y sacó una bolsa pesada. La abrió.

—Para la causa.

Las libras resonaron sobre la madera como gotas de plata. Las caras de asombro de los conjurados se convirtieron en gritos de asombro y alegría.

—¿Cómo has conseguido ese dinero? ¿De dónde lo has sacado?

Las preguntas se acumulaban y Espronceda permanecía en silencio, mirando el brillo de las monedas con fascinación.

—Eso no importa ahora. Lo único que importa es que servirá a nuestros planes. Habrá que repartirlo según las necesidades.

Mina calculó.

—Hay suficiente para financiar los dos rompimientos y conseguir más hombres en el norte. Es increíble. Así dependeremos mucho menos del dinero del gobierno francés. No me fío un pelo de Luis Felipe, y mucho menos de las maniobras del Rey Felón. Se oye por los mentideros que Fernando está a punto de reconocer el gobierno revolucionario francés. Eso nos convertiría en apestados al momento.

—Viajaremos a París antes de que ocurra. Tenemos un barco preparado y dispuesto. Hay que actuar ya. —La cara de felicidad de Torrijos resplandecía—. Antes de que Wellington nos eche a sus perros. Si todos estáis de acuerdo, yo mismo me encargaré de custodiar el dinero.

Cuando salieron al exterior, la luna iluminaba los pináculos y las chimeneas en los tejados. Del río Cam emanaba una humedad que se apoderaba del tuétano. A lo lejos se veía el puente de los Suspiros, recién construido. Se desperdigaron en silencio y se perdieron en las calles desiertas. Boyd, Torrijos y su mujer pernoctarían en la casa de Tennyson y Hallam; Chapalangarra saldría esa misma noche a caballo hacia Dover. Había un barco esperándolo para partir hacia Calais, explicó.

Juana se dio cuenta de que el desasosiego de Espronceda no solo no había desaparecido, sino que parecía aumentar con la llegada de la oscuridad.

—¿Vienes con nosotros? ¿Quieres que te dejemos en Somers Town?

Espronceda permaneció unos segundos callado, mirando el discurrir del agua plateada.

—Preferiría alojarme en cualquier otro lugar. No es seguro que vuelva a mis antiguas habitaciones.

—Pasarás la noche con nosotros. Tenemos habitación de invitados.

El día de Año Nuevo estuvieron Torrijos y su mujer. Cenaron y se quedaron a dormir.

Torrijos asintió. Se frotó las manos para calentarlas. Hacía un frío helador. Le guiñó un ojo.

—La criada de Juana hace un estofado de primera. Y los postres... Si te quedas allí, recuperarás el color en las mejillas, Pepe.

Carlota emitió un suspiro audible que salió de su boca envuelto en vaho helado. Hizo un mohín medio en serio, medio en broma.

—Eso sí, espero que no tengas miedo a los fantasmas. Ni a los revenidos. Ni a los aparecidos...

El poeta adquirió un aspecto contrito y pareció empequeñecerse.

—Confesaré que, de un tiempo a esta parte, lo sobrenatural me afecta más que cuando estaba en España. He visto cosas muy extrañas. Es la verdad. —Tocó la cruz que había recogido aquella noche funesta.

—No, no admitiremos negativas, ¿verdad, Juana? —Mina no dudó, era obvio que el poeta se encontraba en un momento de nervios y preocupación. Y, sin duda, pensó, seguro que aquel estado se debía a la forma de conseguir la gran cantidad de dinero que había aportado a la causa de los refugiados. La desaparición, el comportamiento extraño... Algo ocurría y no era algo bueno.

Juana lo cogió de la mano.

—No veo mejor sitio para pasar la noche que la casa del general Espoz y Mina, Pepe. Allí estarás seguro. Gastón nos espera con un coche muy cerca, un par de calles. Ven con nosotros.

Espronedada asintió. Tenían razón: quedarse en Cambridge era una opción, pero, en verdad, se sentiría más seguro en la casa de campo de Mina. Especialmente después de aquella historia de terror de Harriet y la piedra, la misma piedra que estaba guardada en su chaleco. Necesitaba algún lugar cálido, acogedor y lejos de las pesadillas que lo atormentaban desde la visión en el bosque.

—Gracias por la hospitalidad. No está mal: un lugar en donde quedarme hasta partir hacia París, en unos días. No molestaré mucho. Lo prometo.

—Nos encanta tener invitados. No te preocupes. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

Juana miró a Carlota y recordó el incidente y las visiones de su padre, y su entusiasmo se desvaneció. Aunque el paso de los días —y su no repetición— había mitigado la rareza de aquellos sucesos, sintió miedo de que se volvieran a repetir. Solo les faltaba que corriese la voz de que la casa de Mina estaba llena de fantasmas o espíritus malignos. Se santiguó con rapidez. Intentando disimular su aprensión, sonrió a Espronceda al tiempo que iniciaban el camino hacia el carruaje.

—Todos unidos nos protegeremos. Debemos estar juntos, es la única manera de sobrevivir. Por cierto, ¿has hablado con Antonio, tu compañero de habitaciones? El otro día estaba muy preocupado. Fuimos Salvá y yo. También lo estábamos. No vuelvas a desaparecer, por Dios.

DÉJAME ENTRAR

Es noche de Reyes, noche cerrada, y a través de las ventanas se ve la luna, brillante y luminosa. La noche parece el día. A lo lejos, los tejados de la gran ciudad, las chimeneas, las fábricas, la vida y la muerte.

Sir Charles no duerme. Desde que ha enterrado a su mujer no ha podido pegar ojo. Pasa la noche dando vueltas por la mansión, como un alma en pena. El retrato de Sylvia que hacía unos años pintó sir Thomas Lawrence lo sigue con la mirada desde el gran salón. Parece descender del cielo, con un vaporoso vestido blanco y un gorrito encantador con cintas de color rosa que contrastan vivamente con el rojo fuego de su cabello. Es un retrato trazado a pinceladas gruesas, distintas a las minimalistas y habituales en los artistas de la época. Los ojos verdes siguen al espectador todo el tiempo, y el pie calzado con un zapatito de color negro se posa apenas en lo alto de una colina desde donde se divisa un paisaje escarpado de páramos. Charles se enjuga las lágrimas. Tanto tiempo fuera de casa, lejos del hogar por sus negocios, haciendo dinero para ella, y ella ya no está. Ni su risa cristalina, ni su belleza sobrenatural, ni su sexo húmedo y siempre dispuesto, ni sus pechos blancos y dulces. ¿Por qué se quedó dormido aquella noche? ¿Por qué no fue a la fiesta? Una y otra vez, la mente de sir Charles se encalla en las preguntas absurdas que no tienen respuesta. Se sirve una copa de vino y la bebe de un trago. Quiere perder la noción de la vida, quiere estar siempre borracho para ocultar

el dolor lacerante, la mirada de los ojos verdes del último retrato de sir Thomas Lawrence.

La servidumbre duerme en el piso de arriba de la mansión.

Charles escucha unos toques en la puerta de entrada. Luego suena la campanilla.

Agarra un candelabro y baja las escaleras, extrañado. No son horas para las visitas. Quizá alguien de fuera que llega tarde al entierro. O quizá algún borracho que se ha equivocado de puerta. Pero los aristócratas no van llamando a las puertas borrachos, se dice, mientras llega hasta el vestíbulo, iluminado de forma tenue por unas velas que dibujan sombras chinescas en las paredes, dando vida a los retratos de sus antepasados.

Muy cerca, a unos metros, Wellington, escondido, espera. Cree conocer los tiempos por la experiencia. Entre las sombras, el frío es más intenso en Belgravia. La mansión color crema, espléndida y elegante de los Morgan-Brown no está demasiado lejos de Apsley House; a caballo son menos de diez minutos. A él, el frío le gusta. Tras años en la India y en España y Portugal, bajo aquel sol abrasador, le resulta reconfortante.

Abre la tapa de su reloj de bolsillo.

Nadie le espera en casa. Su mujer sigue en Dublín, alejada y harta, con sus nietos. Nietos. Se da cuenta de que es ya un hombre mayor. Desde que la piedra ha desaparecido, su cabello ha dejado de ser castaño. Ha encanecido en cuestión de días. Se recuerda de pronto que ha de devolver el disfraz de albanés de Byron a su dueña, Margaret Mercer Elphinstone. Se lleva la mano a la herida de la frente, que aún duele, y recuerda la empuñadura de la daga en su cabeza. El día que atrape al ladrón será el día de su muerte, piensa. Y lo atrapará, vaya si lo hará. Es el hombre que venció a Napoleón. Un vulgar ladrón español no podrá con él. Ya ha puesto a investigar a sus espías. Los ojos de la ciudad son suyos y no le traicionarán. Casi todos los españoles se conocen entre ellos, son un grupo cerrado.

Patea el suelo para combatir el frío. Lleva puestas las botas

especialmente diseñadas para él por un zapatero militar, botas que han copiado en toda Europa hasta la saciedad. Espera con paciencia hasta que su tesón se ve recompensado. A lo lejos, una figura vestida de blanco se desliza con lentitud fantasmal.

Wellington se aprieta más contra la pared de ladrillo. Ve aproximarse la figura, vestida con una especie de sábana blanca, manchada de rojo, como rojo es el cabello de la mujer que se acerca a la puerta de la mansión. Su belleza no solo sigue intacta, ha crecido hasta convertirse en una estatua de hielo, un diamante de fascinación irresistible. La luz clara de la farola de gas le permite ser un espectador de excepción.

La resucitada se acerca al recio portón de madera y primero golpea con los nudillos. Luego toca la campanilla con un gesto grácil, como un hada. Su sudario —al acercarse, el vestido blanco se convierte a los ojos del duque en una mortaja— es fino y se adhiere a su piel, marcando los senos y las caderas cinceladas. Sylvia está muerta, pero está viva a la vez. Se ha convertido en una revenida. La diosa elige a los que quiere eternos en vida y a los que quiere eternos en la muerte. Y Sylvia había sido elegida para ser eterna en la oscuridad. Como antes lo había sido Harriet.

Wellington vio que al poco la puerta se abría. Sylvia Axel preguntó, con voz cristalina como el agua de un río puro, si podía entrar.

—¿Puedo entrar?

Sir Charles abre la boca, desencajado. Allí, en la puerta, está su mujer, el cabello rojo como el fuego, los ojos verdes como dos gemas preciosas. La piel, tan blanca que compite con el mármol de Italia. Se ha levantado de la tumba en la noche y ha ido hacia él. No es capaz de articular palabra. Solo balbucea mientras las lágrimas caen por sus mejillas.

—¿Puedo entrar?

Sylvia repite la pregunta y ladea la cabeza, en un gesto tierno y algo mecánico. La voz irresistible entra en la cabeza del duque con esa calidad untosa y dulce de las mantis. Se pega todavía más a la pared fría. Como Ulises, desearía estar atado y no poder moverse más de allí, escuchando aquella voz embriagadora. Desde su escondrijo ve toda la escena, algo que Wellington ha contemplado más veces con otras mujeres y otros maridos, algo que le llena de pavor y a la vez de gozo. Sabe que está presenciando un acto de amor eterno e infinito. Sabe perfectamente lo que ocurrirá.

Sir Charles se aparta, le deja sitio y la agarra de la mano para introducirla en la casa.

—Puedes entrar, mi amor.

Desde fuera, Wellington ve como el candelabro ilumina una estancia en el segundo piso de la mansión. Sir Charles ha cogido en sus brazos a su mujer y la ha subido a su habitación. La deja delicadamente sobre la cama, arrobado, el amor de la primera vez en su pecho.

—Amor mío, mi vida. Has vuelto a mí. Has vuelto.

Ella asiente y deja caer al suelo el sudario. Su cuerpo brilla como las estatuas que ha visto sir Charles en Roma. No se pregunta por qué está ella allí; su cerebro se ha colapsado por el amor y el deseo. Sus manos acarician los pechos duros, los pezones rosados, bajan hacia el vientre coronado de pelo rojo. Los dedos se mueven con pericia, los ojos de Sylvia se encienden y al poco se cubren de telarañas oscuras, pero su marido no las ve, solo desea penetrarla sobre las mantas y devolver el calor a aquel cuerpo helado. Sylvia lo detiene, se lleva el dedo a los labios y hace un gesto de silencio.

—Shhhhh. No le digas a nadie que he vuelto.

Él no atina a contestar, está tan excitado y su deseo es tan doloroso que no puede articular palabra, gime de placer, la tira sobre la cama y se pierde entre sus piernas.

¿Qué más da si lo saben o no?

¿Qué más da si ella está allí de nuevo, de vuelta, en su cama?

Su cuerpo es aún más delicioso que antes del entierro.

Wellington se debate entre montar a su caballo y pasar el resto de la noche fuera de Apsley House. Hay un prostíbulo secreto muy cerca de allí, solo para aristócratas, y una pelirroja de ojos verdes muy parecida a lady Sylvia. La puta estará viva, cálida y caliente. En cierto modo, sir Arthur tiene envidia de su amigo. La belleza de la eternidad es más intensa que la mortal. Y, a sus años, después de todo lo que ha vivido, lo único que le queda es buscar la intensidad. Mira su reloj Saboneta: aún falta algún tiempo hasta que amanezca. Escucha el chirrido de una puerta en la parte de atrás de la mansión, y él se vuelve a ocultar entre las sombras. Sylvia Axel sale de las caballerizas montando a pelo un caballo negro y brillante, cubierta por una capa oscura, el pelo largo y rojo le sobrepasa los hombros, está descalza, y en ese momento surge la niebla como si bajo la tierra hubiese un río incandescente. La mujer avanza, la boca llena de sangre roja y espesa, camuflada entre la niebla, como si el caballo cabalgase por debajo del agua helada. El duque sabe que, tras alimentarse, irá a buscar la piedra. Para eso acabó con su vida, para convertirla en un animal sediento y anhelante. Sin duda, Sylvia tiene un propósito indomable.

Corre hacia su caballo y decide seguirla. Ya se ocupará al día siguiente del destino de sir Charles.

LO BUSCAN A ÉL

—Tengo yo los libros que le pediste a Salvá. Fuimos a buscarte a tus habitaciones de Somers Town. Estábamos preocupados. Hablamos con tu amigo Antonio.

—¿Cómo está?

—Le gustaría verte.

Juana se sienta con los libros en el regazo y observa con atención a Espronceda, iluminado por las llamas de la chimenea. Berta, con la trenza desgreñada y cara de recién levantada, aparece con una bandeja de té y bollos de manteca. El poeta coge sin dudar el de tapas negras, *Vampyr*.

Juana no aparta la vista, sabe que ocurre algo extraño desde hace días. Lo de Luisa Carlota, la desaparición de los niños pelirrojos, aquellos libros de magia oscura. Mina fuma en pipa, repantingado en su sillón. La luz de la luna entra por las ventanas del salón, otorgando a la estancia una cualidad fantasmagórica.

—Cuéntanos qué ocurre, Pepe. Algo pasa, no lo niegues. Algo que te perturba. Y el dinero. ¿De dónde has sacado tanto dinero? Gracias a ese dinero, nuestra causa tiene alguna posibilidad de tener éxito... Pero sin duda tú te has tenido que guardar algo para ti. Eso significa miles de libras, Pepe.

Espronceda permaneció obstinadamente callado, el libro aferrado a sus manos, mirando el crepitar de la leña que había cortado Gastón durante el día. El calor de las llamas estaba devolviendo algo de color

a su rostro macilento.

—No me creeríais si lo cuento. No quiero parecer un alienado.

—Querido amigo, hemos visto y oído de todo estos días. —Mina sacó la pipa de la boca y exhaló el humo antes de hablar—. En confianza: puedes decir lo que quieras. Nadie te considerará un loco.

Espronceda se pasó la mano por la cara varias veces y respiró hondo.

—En realidad es todo tan confuso... Necesito el dinero para ir a París. Teresa se trasladará con su marido, Gregorio de Bayo, dentro de poco. Planeo raptarla allí. Alguien me habló de una piedra, de un zafiro.

Espronceda volvió a callar. Al verbalizar lo ocurrido, sentía una mezcla de vergüenza y asco. Era aquella mujer pelirroja, diabólica, la que lo había convertido en un pelele. Juana y Mina esperaron con paciencia un rato, pero el poeta permaneció sumido en sus pensamientos.

—¿Teresa Mancha? —inquirió Juana al fin, sorprendida—. ¿La hija del coronel Epifanio Mancha?

Espronceda asintió y apartó la mirada.

—Somos amantes. Nos conocimos en España. Yo la seguí hasta aquí. No puedo vivir sin ella. La amo con locura. Necesitaba dinero. Desesperadamente. Teresa se ha casado con un burgués acaudalado para salvar a su familia de la pobreza. Ahora yo tengo suficiente dinero para acceder a ella sin que queden en la ruina.

—¿Y la piedra de la que hablabas?

—Uno de los Apóstoles contó una historia imposible sobre la piedra. La verdad es que... —vaciló el joven.

Aunque confiaba en Mina y en su mujer, no estaba preparado para asumir los acontecimientos de aquellos días. ¿Cómo contarles que había golpeado al mismísimo duque de Wellington en su mansión de Apsley House y robado un zafiro «de Cachemira» —eso le dijo el judío de York— de incalculable valor del que se decía que era el talismán que le había dado las victorias en India, España y Waterloo?

Era tan absurdo como las libras que acababa de donar a la causa. Era tan absurdo que su sola posesión había acabado con su hambre. Con su hambre de sangre. Con su sed de sangre y de carne. Se pasó la mano por la perilla e intentó continuar con la historia.

—Yo... No sé por dónde empezar. Es todo tan... absurdo...

Un fuerte golpe en la puerta interrumpió la conversación.

Espronceda notó cómo su corazón empezaba a galopar como los caballos de las valkirias. Sus oídos resonaron y la Voz, la que lo había abandonado desde que la piedra estaba en su poder, pugnaba por invadir su cerebro. Se llevó las manos a las orejas, intentando parar aquel estruendo que amenazaba con reventarle la cabeza.

Todos se miraron, extrañados. ¿A aquellas horas? ¿Alguien del pueblo vecino? ¿Alguien pidiendo ayuda?

Mina se levantó y fue hacia el recibidor. De forma inconsciente, cogió su sable. Se escuchó otro golpe, todavía más estruendoso. El relincho de un caballo. El ruido de los cascos.

Alguien hizo ruido en el piso de arriba. Al poco, Juan Antonio de la Vega bajaba las escaleras, sonámbulo, descalzo, vestido con gorro y camión de dormir. Sin mirar a nadie, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, como un autómata. Sus ojos abiertos parecían dos enormes ciénagas. Se dirigía hacia la puerta cuando Juana corrió hacia él y lo detuvo, sujetándolo por el brazo. Él se volvió y se dejó parar, aunque su rostro seguía mostrando la misma expresión de embobamiento.

—Hay que abrirles la puerta. Es necesario. Tienen que entrar. —El padre de Juana levantó el brazo y señaló a Espronceda, que estaba paralizado en la puerta del salón—. Lo buscan a él.

LONDRES. *THE OBSERVER*

Una niña ha desaparecido en el distrito de Islington. Sus padres reportaron su ausencia al poco de ocurrir los hechos: paseaban hacia casa cerca del cementerio de Bunhill Fields cuando, de repente, una espesa niebla cubrió la zona. La pequeña, de nombre Daphne, se soltó de la mano de su madre y se perdió en menos de lo que canta un gallo.

La niña mide poco más de tres pies, es de pelo rubio oscuro y ojos azules muy grandes, y llevaba una cofia blanca, zapatitos rojos, una capa verde y un vestido azul. Si alguien la ve, que avise al policía más cercano o a sus afligidos padres, el señor y la señora Moore, con residencia en Banner St.

VAMPYR

Juana se asomó a la ventana con cautela. Soltó un grito velado. Allí fuera, en la noche helada, rodeados de una fina capa de niebla, estaban los dos mellizos pelirrojos. Una niña pequeña lloraba, su abrigo verde manchado de sangre y barro. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y dejaban un surco triste de limpieza.

Detrás de los críos, un caballo negro como la noche. Y, sobre él, una mujer de largos cabellos del color del cobre recién pulido, cubierta por una capa también negra como las plumas de un cuervo. Se bajó con agilidad y avanzó hacia la puerta de la casa. De su boca roja goteó un líquido oscuro y espeso que manchó el sudario que asomaba bajo la capa que la cubría.

—Venid. Rápido. ¡Están los niños afuera! Keith y su hermano. Con una niña pequeña —susurró para sí misma, alucinada—. ¿Qué hace esa niña ahí? —Recordó de pronto la noche en que Luisa Carlota, la mujer de Torrijos, había creído ver, muerta de terror, a uno de los niños flotando en la ventana—. Y detrás... —Juana reconoció a aquella mujer: estaba con Espronceda en la ópera el día de *Don Giovanni*, cuando distrajo al duque de Wellington para salvar del apuro al poeta español. Pero estaba cambiada, como también lo estaban los niños, mucho más pálida, y aquella boca roja llena de... ¿sangre fresca?

—*Vampyr*.

Espronceda había estirado el cuello para ver mejor. Luego masculló

la palabra prohibida.

Juana se dio la vuelta, no pudo evitar un estremecimiento. El libro de Salvá.

—¿Qué dices?

—No pueden entrar. ¡Detén a tu padre, no puedes dejarles entrar!

Mina dio un salto ágil y detuvo al sonámbulo justo cuando iba a retirar los cerrojos de la puerta. El anciano trató de zafarse con una fuerza intensa; sus ojos se convirtieron en telarañas oscuras y su boca se abrió de una forma desmesurada. Una voz de mujer salió de su garganta y comenzó a desgranar una especie de oración que al principio era suave, pero que gradualmente fue creciendo hasta taladrar los oídos de todos los presentes.

«Déjame entrar, déjame entrar, déjame entrar, déjame entrar, déjame entrar, déjame entrar, déjame entrar...».

«DEJADNOS ENTRAR. DEJADNOS ENTRAR. POR FAVOR, DEJADNOS ENTRAR», dijeron las voces al unísono, como un coro desafinado de ánimas del infierno.

Mina no era un hombre demasiado corpulento, pero su fuerza nervuda y guerrera solo fue suficiente para reducir durante un tiempo a Juan Antonio de la Vega. Juana también se acercó e intentó tranquilizarlo, pero su padre no atendía a razones y, lo peor, podía desarrollar una energía que crecía y crecía a la par que aquellas voces insoportables, agudas, capaces de paralizar y destrozarse la mente. Juan Antonio de la Vega se zafó de su presa y corrió hacia la puerta, asió la llave y le dio la vuelta.

Se empezó a abrir. Una ráfaga de viento gélido penetró en la casa. El anciano se lanzó hacia el frío como si fueran los brazos de una amante.

Afuera, la niña pequeña lloraba con desconsuelo.

Mina agarró a su suegro por las piernas y lo derribó; el golpe fue seco contra las escaleras y comenzó a sangrar por la ceja izquierda. En ese momento las voces cesaron: los niños y la mujer se quedaron

totalmente quietos, como lobos antes del ataque al percibir el olor de la presa temblorosa. La nena redobló sus llantos. El general agarró a su suegro y lo intentó arrastrar hacia dentro; el anciano, conmocionado, se dejó llevar con más facilidad. Juana avanzó hacia su padre sin perder de vista al siniestro grupo, oyó ruido detrás de ella: a su lado apareció Gastón, armado con una espada enorme.

La rapidez de la mujer pelirroja los sorprendió a todos. Apareció al lado de Mina, lo agarró con fuerza y lo lanzó hacia donde estaban los niños. Gastón corrió a auxiliar a su señor, al ver como los mellizos se abalanzaban sobre su cuello, feroces como alimañas hambrientas. Aprovechando la confusión, Sylvia se acercó a la puerta, pero seguía sin poder entrar.

Los vampiros no podían franquear el umbral sin que les dejaran. Eran una raza educada de seres del infierno.

Juana, mientras arrastraba a su padre hacia dentro, vio con terror que los dos niños se cernían sobre su marido, mientras las facciones de aquella diabólica mujer comenzaban a transformarse. La cara se derretía como manteca al fuego para luego convertirse en algo nuevo, distinto; el pelo color zanahoria pasaba a negro, la estatura disminuía, los ojos verdes mutaban en azules... Su padre susurraba letanías incomprensibles y el peso muerto se hacía imposible de mover. Mientras dudaba entre socorrer a Mina o poner a su padre a salvo, algo se movió detrás de ella.

Espronedada miraba con los ojos muy abiertos a Teresa Mancha, pues era ella el ser en el que se había convertido el Vampyr, la resucitada Sylvia.

Notó cómo se le erizaba el cabello, igual que la noche en la que el coche de caballos se detuvo en el bosque y ella apareció flotando entre la neblina. El monstruo se acercó a él moviéndose como una empusa, seductor e irresistible. Su voz sonó insoportable, dulce como un cristal helado.

—Pepe. Déjame entrar. Tú sí me dejarás entrar. Estás hecho de la misma sangre que yo. Estás unido a mí para siempre. Ella quiere que

vengas conmigo, que te unas a mí. Ella quiere que devuelvas su zafiro. El zafiro de la diosa. Somos uno, somos el mismo. Tu vida sin mí no existe. Tu vida es mi vida. Ven, ven a mí. Seremos uno al fin con ella. Reinaremos sobre todas las cosas.

Oculto entre sombras, Wellington contemplaba la escena que se desarrollaba a las puertas de la casa del general Mina. Porque es Mina, se dijo, el que está luchando contra dos criaturas convertidas, dos niños del averno. Ve como su criado le consigue acercar una espada y como ambos luchan por conservar la vida. Y la mujer... ¿ya no es Sylvia? Tiene que ser ella, la ha seguido, cruzando Londres y la campiña hasta casi reventar al caballo. Y el hombre que permanece en la puerta al lado de Juana de Vega, un español moreno de ojos negros, profundos... Aquellos ojos... ¿El hombre del baile de disfraces? ¿El asaltante que le robó la piedra? Tenía que ser él. No había duda: la estatura, el porte... El profesor de espada. Amigo de los Mina. Tenía que haberlo sospechado. Los conspiradores. Los golpistas.

Wellington dudó un momento, pero se dio cuenta de que no podía intervenir. No quería descubrirse. Si aquel hombre tenía la piedra y ella era capaz de arrebatársela... Observaba la escena con fascinación morbosa, la fascinación de ver como aquellas criaturas parecían capaces de multiplicarse y vencer.

Mientras trataba de zafarse, Mina notó los dientes de Keith hundiéndose en su muñeca. Eran finos como alfileres, como los de un cachorrito de gato. Su vida se escapaba por aquellos dientes y la boca pequeña, pero efectiva, que chupaba y chupaba mientras los ojos del crío enrojecían y se velaban de rojo. Sintió que le flaqueaban las piernas. Gastón no vaciló, levantó el sable y, de un solo tajo, consiguió desgajar parte del cuello del crío sin tocar al general, que soltó un bufido y cayó al suelo, alejándose de aquel ser que aún permanecía

con vida. Su hermano corrió hacia Gastón y saltó sobre él profiriendo gruñidos preternaturales y repulsivos. Mina consiguió recuperar las fuerzas y alcanzar la otra espada, su sable de un metro de hoja y dos kilos de peso, que con tanto mimo solía afilar hasta dejarlo convertido en una fina cuchilla mortal. Antes de que el pelirrojo consiguiera morder a su criado, Mina lo degolló de un mandoble hábil, tantas veces entrenado y efectivo.

Teresa Mancha emitió un grito horroroso, agudo y desquiciante al notar el dolor de sus hijos, la sangre de su sangre, la pérdida de la vida en la muerte. La diosa comenzó a acercarse a Espronceda con violencia contenida, serpenteando y agitando los brazos, que empezaban a salir de su tronco, a cada paso convertida más y más en una quimera terrible de inexorable crueldad. El rostro de Teresa aparecía y desaparecía, y de su garganta salían voces de hombre, de mujer, de niño, en una sucesión absurda y cada vez más espeluznante.

Juana consiguió al fin meter dentro de la casa a su padre con la ayuda de Berta, que había acudido con todo el barullo de la lucha, las dos tirando del anciano, haciendo acopio de energía con desesperación. Luego Juana corrió hacia un aparador que había en una salita que hacía de capilla, mientras Berta conseguía dominar por momentos a su padre con toda la fuerza de sus poderosos brazos.

Espronceda se mantuvo firme a pesar del terror. En el fondo él también era uno de ellos, aunque no hubiese desarrollado aún la enfermedad. Sentía una pena absurda y apabullante. ¿Terminaría él así, siendo un viajero en la muerte, una criatura despreciable y ajena a todo bien, honestidad o belleza?

Apretó con fuerza la cruz de la monja que llevaba siempre en el bolsillo de su levita y, de una forma casi intuitiva, la alzó a la altura de los ojos de aquel monstruo de cuatro brazos. Al momento se retrajo como si aquel trozo de metal fuese una tea ardiente, y volvió a convertirse en Sylvia, con su sudario ensangrentado y sus pies desnudos.

—Amor, amor mío, deja esa cruz y abrázame. Devuélveme a la vida.

Solo tú puedes hacerlo. Hazme el amor como hacías antes.

La mano de Espronceda tembló. Empezó a bajar la cruz, poseído por aquella voz hipnótica. Todas sus defensas parecían desmoronarse, su escudo mental, destrozado por la avalancha de sensaciones dolorosas, volcánicas.

—¡Apártate, hija de Belcebú!

Juana se interpuso entre los dos; en la mano, un frasco de agua con el que roció a la bestia. Sylvia gritó, se echó hacia atrás y comenzó a retorcerse como una culebra y a manosearse el cuerpo como si un ácido la estuviese corroyendo. Detrás de ella, Mina avanzó con la espada, dispuesto a atravesarla de parte a parte.

Un instante después, miles de arañas negras cayeron al suelo y huyeron ante el espanto y el asco de los presentes, que saltaron para evitarlas. Las arañas se juntaron en el aire como un espectro, cogieron a la niña, que gritó espantada, y se volatilizaron en un instante.

Ambas, junto con el caballo negro, habían desaparecido antes de la salida del sol.

Desde su escondite, Wellington notó cómo el terror le cerraba la garganta. Nunca había contemplado a una criatura en su esplendor. Solía acabar con ellas antes.

Todos se miraron, presas del pánico y la angustia.

—¿Qué es eso que llevas en la botellita? —preguntó Mina, buscando el resuello, totalmente sobrepasado aún por todo aquel suceso fantasmal.

—Es agua sagrada del río Jordán. Siempre la llevo conmigo. Antes de venir a Londres la bendijo mi confesor, el padre Amador, de San Nicolás. No sé por qué se me ocurrió cogerla, Paco. No sé. Fue una intuición. Algo que leí en ese libro...

Berta lloraba. Gastón miró los cuerpos de los dos niños.

—¿Y ahora qué hacemos con...?

—Está todo en el libro. Todo lo que hay que hacer. Cómo terminar con eso. Cómo hacer para que no vuelvan a la vida. —Espronceda se miró las manos, aún temblaban y aferraban la cruz.

HACIA FRANCIA

Juana apoya la cabeza en el respaldo de la diligencia. Se dirigen a todo galope hacia Dover. Allí les espera un velero que los llevará a Calais.

El sol comienza a caer. El traqueteo del carruaje va meciendo a sus ocupantes, pero Espronceda no duerme; lleva en la mano una pistola. Sus ojos aún muestran el pavor de la noche pasada y una firme determinación: nada se interpondrá entre su felicidad, Teresa Mancha y él. Repasa mentalmente la carta que le ha escrito antes de partir.

CARTA DE ESPRONCEDA A TERESA MANCHA

Amada mía:

Parto hacia París. Acontecimientos urgentes me llaman. Espero verte muy pronto. En cuanto llegues, llevaré a cabo nuestro plan.

Te adoro, vida mía. Muy pronto estaremos juntos.

Tu Pepe.

Juana no pierde de vista a Mina. Lleva la muñeca vendada con un apósito que le preparó Berta. El general permanece callado; a veces levanta la mirada hacia Juana, que le devuelve la suya, entre perpleja y desesperada. Sin embargo, su cuerpo no muestra ningún síntoma: Mina está alerta, los músculos tensos, la mente presta para los combates que se avecinan. Aprovecha el trayecto para idear manifiestos y proclamas que servirán para arengar a los soldados. La diligencia vuela hacia Dover y Juana echa de menos, preocupada, a su padre y a Berta. Ambos se han quedado en Londres, en casa de unos amigos íntimos; su padre, a cargo del médico, que le ha administrado una buena dosis de láudano. Después de lo ocurrido, Juana no deja de pensar en que dejarlo solo es una locura, pero ¿qué otra cosa puede hacer? Han abandonado la casa de campo: es imposible quedarse allí otra noche más. Algún vecino se hará cargo de las gallinas, la vaca, el par de ocas, puesto que nunca más volverán allí; es imposible, ese lugar está maldito, maldito mil veces.

Torrijos y los suyos, Chapalangarra, los Apóstoles, todos se encontrarán en unos días en París para ultimar los rompimientos. Juana suspira y se echa para atrás: el asiento acolchado huele a viejo y a sucio. Conoce a su marido, no confía en que el entendimiento al que se ha llegado en Cambridge continúe en París. Torrijos tiene madera de líder, pero es un inconsciente, querrá gobernar todos los pasos de la rebelión y Mina no se lo va a permitir. Y esas cartas de Viriato... Se ve a la legua que es una trampa. O por lo menos ella lo tiene claro. Pero quién va a creer a una mujer y a su intuición en ese mundo de militares aguerridos.

«Se avecinan tiempos difíciles», piensa Juana, arrebujándose todavía más en su manta de viaje, mientras en su regazo descansa el libro que nunca le será devuelto al librero Salvá.

Wellington descabalgó delante de la casa. No se oía nada. Como si la muerte hubiese hecho reino del lugar. Dos soldados permanecieron montados en sus caballos a pocos metros.

Subió los escalones hasta la puerta y la intentó abrir. Estaba cerrada. La golpeó. Nada. Tocó la campana.

Nadie contestó.

El olor a carne quemada le inundó la nariz primero, luego el cerebro. Conocía perfectamente aquel hedor, el preludio de lo más terrible, de lo atroz. Carne quemada, carne humana. Dio la vuelta a la casa, espantó con los brazos a una oca enorme que venía dispuesta a atacarle como si fuese la dueña del lugar, a varias gallinas que picoteaban, y llegó hasta la parte trasera. Allí se veían los restos de una hoguera, aún humeante. Alguien había puesto encima una plancha de metal que estaba ennegrecida por el humo para acelerar la combustión. La pestilencia era insoportable.

Wellington se acercó y, con un tronco que encontró entre la hierba, apartó la plancha.

Ya quedaba muy poco de los restos de los dos niños. Los ojos de

Wellesley, entrenados en mil batallas, no dudaron al reconocer las cabecitas reventadas y separadas del cuerpo. Con el mismo tronco volvió a colocar la plancha en su sitio. Se cubrió la boca con un pañuelo perfumado, lanzó una última mirada a la casa vacía y volvió a grandes y elegantes zancadas a la parte delantera para montar en su caballo. Hizo un ademán a sus soldados y los tres cabalgaron hacia Londres antes de que el sol cayese y las calles de la ciudad se vieran enfangadas de la inmundicia nocturna. Inmundicia que desde la muerte de Sylvia se había multiplicado hasta el paroxismo. Picó espuela y, al rato, al llegar a Apsley House, despidió a sus acompañantes.

Quería quedarse solo para volver a la mansión de Belgravia.

SEGUNDA PARTE
EL REO DE MUERTE

Yo estoy no solo pronto, sino ansioso de inmolarme en obsequio de la patria.

JOSÉ MARÍA TORRIJOS

MATADERO

Wellesley empujó con cautela el pesado portalón de la casona de sir Charles Morgan-Brown. Estaba abierto, como había imaginado. Paso franco. Caminó despacio percibiéndolo todo: los olores, el ruido, el pulso de aquella casa fantasmal y silenciosa.

Subió las escaleras del *hall* hacia el piso superior. En el primer rellano se encontró con una de las criadas tirada en el suelo, boca abajo. Se agachó y le dio la vuelta.

Tenía el cuello desgarrado, mordisqueado, la carne blanquizca carente de sangre, la ropa destrozada, colgajos deshilachados del vestido negro de lana de mala calidad, jirones de la cofia blanca, el pezón rosado que asoma entre las telas... Wellington no pudo resistirse a pellizcarlo: estaba frío como el hielo. Se irguió y continuó explorando aquella mansión que parecía oler a flores de cementerio y a matadero. Otra criada en el pasillo, una mujer más gruesa y de piel rosada, aún viva, delirando, el cuello también floreado de rojo bermellón. Wellington saltó por encima de forma ágil y se dirigió directamente al dormitorio, siguiendo un rastro espeso y ya casi coagulado que se veía en el suelo sin dificultad.

Allí estaba sir Charles, pálido como una hoja de papel. Sentado en una butaca, el fuego de la chimenea consumía los últimos rescoldos. Miraba hacia el infinito con una expresión embobada; la camisa abierta y manchada le salía por fuera del pantalón, las botas aún puestas, el cabello hirsuto, revuelto. En su mano derecha agarraba con

desgana un libro abierto.

—Charles.

Al cabo de unos segundos interminables, el hombre levantó la mirada, al principio nebulosa y perdida. Luego la fijó y sonrió.

Wellesley avanzó hacia él. Parecía sumido en una especie de letargia, pero al notar la presencia de su amigo, reaccionó. Cogió del suelo una botella de brandi por el gollete y se la llevó a la boca, derramando parte por las comisuras. Luego la tiró con fuerza contra la chimenea. El cristal reventó en mil pedazos y el alcohol produjo una fantasmagoría azul en el rojo de las brasas. Levantó el libro y lo mostró en el aire, la mano crispada y los labios balbuceando palabras al principio inconexas. A Wellington le costó entender. Sir Charles hablaba de los libros que estaban tirados a sus pies.

—Sylvia estaba leyendo esta mierda, Arthur. Por eso ha pasado todo lo que ha pasado. La culpa es de los libros, ¿no te das cuenta? Del maldito Lord Byron. De su médico enloquecido. Ellos trajeron a Londres todo ese mal.

Sir Charles arrojó a la chimenea *El Vampiro*, de Polidori. Cayó en medio de las brasas mortecinas. Las páginas tardaron poco en comenzar a arder y una llamarada saludó la combustión de la novela. Charles continuó con sus delirios mientras agarraba por la tapa otro de los ejemplares.

—Ahora está viva y caliente y viene todas las noches a por mi amor. Antes no quería saber nada de mí. Pero solo viene porque le doy sexo y vida. ¿Tú qué crees, Wellesley? ¿Crees en la resurrección? ¿Crees que estoy perturbado, verdad? ¿Crees también que he perdido la razón? El otro día enterramos a Sylvia, estaba tan hermosa en la muerte..., y ahora viene por la noche a hacerme el amor. Sin duda, me he vuelto totalmente loco. Pero bendita locura, la locura de la resurrección. Y me ha traído a una niña. La niña que nunca tuvimos por mi culpa, por culpa de mi semilla débil y aguada. Nuestra hija. Es preciosa, Wellesley. ¿Qué te parece? Ahora al fin somos felices. ¿Dónde están las criadas? Necesito otra botella de brandi. El brandi es

lo único que me mantiene vivo hasta que llega la noche.

Sir Arthur Wellesley sintió una profunda melancolía. Le daba pena sir Charles, un buen hombre, quizá algo simple por sus orígenes rurales, pero del todo inocente de aquel final absurdo que le esperaba. Quizá Wellesley el duque ya empezaba a cansarse de aquel juego; quizá por sus manos había pasado demasiada sangre y demasiado dolor. Quizá por primera vez se sentía responsable de todo aquel puzle absurdo que había empezado en la India. Quizá la ausencia de la diosa, la ausencia de la piedra, le confería, además del comienzo de su decadencia, una nueva perspectiva humana dentro del espacio y del tiempo reales; una nueva visión del dolor personal, de las relaciones, del mal y del bien. Quizá la ausencia de la piedra y de la diosa, quizá la primera señal de que vivir para siempre no era algo deseable, y el comienzo de detectar las primeras señales de la vejez, las ansias de reposo, saber que has hecho algo en la vida, algo más que mirar como un Narciso tus logros, batallas, mujeres, sangre acumulada, hijos y nietos, y los que andarían por ahí fuera sin haber sido reconocidos, con la nariz aguileña y las cejas pobladas, altos y apuestos ellos, de ojos vivaces y gran inteligencia ellas; todo aquel conjunto de años sin descanso, de años de creer en la vida eterna del héroe; todo aquello se resumía en sir Charles, tirando libros a la chimenea, poemarios oscuros de Lord Byron, la obra de la histérica hembra de Shelley, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, *El Vampiro* de Polidori, ficciones que eran reales, ficciones de escritores voraces, tan voraces como un guerrero o un político, o quizá más, escudados en la ficción. Todos aquellos seres habían sido lobos desgraciados, malditos y enfermos, y habían creado aquella realidad siniestra de las noches tanto como él al traer a la diosa de los mil brazos y la piedra sagrada. En Londres, gente que aúlla. En el centro de la civilización mundial, lobos salvajes.

Por un momento, Wellesley acarició la daga con el filo de plata que llevaba siempre oculta dentro de su levita. Pensó en matarlo, en acabar con aquella pesadilla en la que el bueno de Charles era el alimento

nocturno de una diablesa cuyo único fin sería el de matar y adorar a diosas sanguinarias y caprichosas, y buscar una piedra como un Sísifo sin descanso. Solo cortarle el cuello y quitarle el corazón, y se habría acabado su penitencia.

Pero no lo hizo. El duque de Wellington sintió tristeza y asco por sí mismo y por toda aquella casa que pronto solo viviría en la muerte y en la noche.

—¿Necesitas algo?

Un silencio prolongado de sir Charles, un gemido.

—Más brandi. Trae brandi, por favor.

París, 1831

EL RAPTO

Espronceda esperó. Llevaba tanto tiempo esperando que poco importaban unos minutos más.

Esperó y esperó, hasta que Don Gregorio salió de la habitación del hotel Favart y se calzó los botines que había dejado fuera. Escuchó su bastón golpear la madera. Escuchó sus pasos por las escaleras de caracol. Escuchó su conversación con una doncella. Escuchó la puerta al cerrarse.

Los zapatitos de Teresa seguían en la puerta.

Espero otro poco. No fuese a volver el marido por haberse olvidado alguna cosa.

Espronceda llamó con timidez. Unos golpes secos que a duras penas podrían percibir posibles vecinos.

—¿Gregorio, eres tú?

El poeta apretó los labios contra la puerta y siseó.

—Teresa. Abre, por Dios. Soy yo. Pepe. Deprisa. Abre.

Se escuchó un gemido ahogado. Teresa abrió la puerta con la mano en la boca, apagando las ganas de gritar. Llevaba un camisón y una bata de color rosa con bordados color crema. Espronceda la cogió en brazos y la apretó contra su pecho con fuerza, hasta dejarla sin respiración. La besó de forma voraz, apasionada.

—Vístete. Nos vamos.

—Yo...

—Nos vamos. Corre. ¡Apura! Antes de que vuelva tu marido y nos

meta en un buen follón.

Teresa cogió su maleta y la llenó de ropa sin elegir demasiado.

—Un abrigo, zapatos, algún vestido, cofia.

—Teresa, apresúrate. Ya compraremos ropa en las mejores tiendas de París. Tengo dinero de sobra. Y recuerda que tienes unos zapatos en la puerta.

Una hora después, los dos se besaban y se desnudaban en el hotel en el que se había alojado José de Espronceda. Cayeron en la cama de almohadas de plumón que olían a rosas. Hicieron el amor con lujuria y sin descanso, como si jamás se fuesen a volver a encontrar, como si los fueran a separar mientras estaban unidos. Pidieron pollo frío y champán helado.

Se hizo de noche. Teresa se incorporó para encender la lámpara y luego besarlo en la boca.

—Tu marido tiene que estar desesperado.

—Gregorio sabe que yo no lo amo. Se lo dije el primer día. Me respetó. Déjalo estar. Sé que no hará nada contra nosotros.

Espronceda la abrazó y le puso un dedo en la boca.

—No quiero hablar más de él. Solo de nuestra futura felicidad. De nuestra casa con jardín, flores, el canto de los pájaros. Quiero llenar esa casa de bebés tan hermosos como tú.

Teresa le apartó el dedo de la boca y lo calló con sus labios y su lengua.

LUCHA SUICIDA

Al grito de «tierra», Torrijos subió atropelladamente por la escalerilla de popa, cubierto con su capa de bellotas de oro, que relucieron al glorioso sol del mar Mediterráneo. Sacó un catalejo y oteó hasta que el peñón de Gibraltar apareció en el círculo óptico. Boyd subió tras él. Los dos se abrazaron. La travesía desde Calais había sido rápida y segura, y allí estaban al fin, cerca de su objetivo.

Pensó en Luisa Carlota, sola en Francia. Los últimos acontecimientos antes de la partida no habían sido demasiado prometedores. La Junta del Alzamiento en Bayona había aprobado su idea de intentar la sublevación de todas las provincias del sur con la ayuda de Viriato, pero aquella idea a Mina le había parecido una locura. Allí comenzaron los desencuentros entre todos ellos, que tan bien se habían llevado en Londres. Mina se opuso a lo que consideraba «un viaje hacia la muerte segura de Torrijos y sus hombres», con la consiguiente negación del envío de más hombres a la causa del sur. Mina, siempre Mina y su proverbial cobardía, que lleva tantos años impidiendo lo inevitable, seguro que un aliado de Wellington en la sombra. A veces aquella idea se sobreponía sobre otras más razonables solo por el odio a su rechazo. Lo peor fue que, a partir del enfrentamiento entre todos ellos, muchos jefes militares se pusieron a favor del navarro. El predicamento de Mina molestaba a Torrijos, que sabía en cierto modo que igual su cautela no era descabellada. Pero sin arriesgar la vida no hay forma de ganar la gloria ni la batalla. Y encima el gobierno

francés. Justo en aquel momento clave habían decidido abandonar el apoyo a los sublevados. Fernando VII sería un felón y un cafre, pero no era tonto: sabía manejar bien los tiempos y sus espías estaban siempre al tanto de lo que ocurría con los emigrados españoles. Reconocer el gobierno revolucionario de Luis Felipe servía de inmediato para que los emigrados pasaran de ser unos héroes a ser un estorbo. Y a un estorbo no se le financia. Y a Dios gracias que Espronceda y Boyd habían donado una cantidad de dinero obscena, pero siempre hacía falta más, mucho más. Dinero para armas, para más hombres, para comida, para espías, para sobornos.

Los hombres subieron a cubierta y lanzaron hurras y los gorros al aire. Torrijos se dirigió a ellos con el puño cerrado y el rostro de patricio petrificado en un gesto heroico.

—Hemos llegado hasta aquí con bien, pero es solo el principio. A partir de ahora precisaré lo mejor de todos vosotros. Os necesito en alerta, valerosos y capaces de dar la vida. Antes que nada, quiero que alguien vaya a Gibraltar y se encuentre con mi cuñado, Nicolás Minuisir. ¿Un voluntario? Alguien que conozca esta costa y que sepa inglés, por si las moscas. Minuisir está al cabo de la misión y sabrá dónde escondernos. Una vez establecido el contacto, bajaré yo mismo y me pondré en contacto con Viriato. Pronto nos reuniremos con Flores Calderón y nuestros amigos Trench y Kemble.

Varios de los hombres se adelantaron. Torrijos eligió a dos: uno, moreno de piel y cabello, manos recias para que remara y le esperara en una cala; el otro, más delgado y cetrino, para que a mayor celeridad encontrase a Minuisir en el punto de encuentro. El capitán guiaría el barco hasta acercarlo a alguna cala solitaria para no ser descubiertos, aunque eso Torrijos lo tenía por seguro: tarde o temprano alguien vería El Temido, no era un barco que pudiera pasar desapercibido, con el casco negro y las velas imponentes. Hacía un tiempo espléndido, el sol relucía con total intensidad; allí el invierno era una gloria, comparado con los años oscuros en Londres. Vio perfectamente alejarse la barca a ritmo suave. Desembarcaron en una cala, arrastraron el bote hasta

esconderlo en una arboleda cercana y al poco desaparecieron de la vista del general Torrijos. Cerró el catalejo. Ahora solo quedaba esperar. Y escribirle una carta a su esposa. Una carta llena de esperanza. Una carta llena de amor. Ella había querido viajar con ellos, pero ¿qué podría hacer una delicada dama ante los avatares de la lucha suicida?

SIR JOHN MOORE

—Es precioso.

Faith cogió de la mano a su marido y apretó con fuerza. Estar delante de la tumba de su familiar le emocionaba profundamente. El jardín romántico que la albergaba era de un gusto exquisito, y ello servía para conmoverla todavía más. Árboles frondosos, el mar en calma a lo lejos, el azul solo roto con la oscuridad de aquel extraño barco fondeado, el canto de los pájaros, las horas de las campanas en las iglesias vecinas. Aquel lugar era un remanso de paz hermoso y fresco.

—Dicen que cada enero se aparece aquí una dama vestida de blanco y el rostro cubierto por un gran sombrero, lady Hester Stanhope, para visitarlo el día de su muerte, el día 16. Es un lugar perfecto para aparecidos, ¿verdad?

Pascual asintió.

—Lo es, querida. Pero estamos en enero. No esperes a lady Hester deambulando por aquí como un alma en pena.

Ambos permanecieron un rato en silencio delante del monumento funerario. La soledad del jardín y de la zona alta de la ciudad contrastaban con el bullicio del puerto. Pronto hasta los pájaros callaron. La caída del sol se avecinaba y las campanas del convento de Santo Domingo tañeron las horas con solemnidad.

—La niebla fue lo primero que notamos.

Juana asintió lentamente. Cada vez más preocupada y conteniendo el

miedo, la historia de Faith y Pascual le traía a la mente recuerdos que durante mucho tiempo había intentado soterrar. Sabía que tarde o temprano aquella maldición volvería. Y allí estaba, en forma de cólera mortal y, lo peor, de maldición del averno desde el mar.

La niebla llegó, gris y helada. Faith notó cómo el helor entraba en su cuerpo de repente, después de aquel día de calor húmedo. En unos minutos no veían más allá del largo de sus brazos. Pascual buscó la mano de su mujer para no perderla, tal era el espesor de aquel fenómeno inusitado.

—No te separes, querida. O nos extraviaremos.

Faith se abrazó a su esposo para intentar paliar la tiritona que la hacía temblar de arriba abajo. Iban caminando cuando tropezaron con una verja que casi les hizo caer. Pascual se dolió del golpe en la espinilla.

—¿Qué hacemos? ¿Esperamos a que pase? Esto no puede durar mucho.

Ella se estremeció.

—Movámonos un poco. Tengo muchísimo frío.

Pateó el suelo con los pies y se movió hacia delante y hacia atrás para intentar entrar en calor.

—Fue en ese momento cuando escuchamos el ruido, condesa. Algo se movía cerca de nosotros. Unos pasos. Parecía un sonido fantasmal que procedía de dentro de la bruma, como si formara parte de ella.

Juana asintió de nuevo. Permanecía en silencio, muy atenta, observada por los santos dentro de las hornacinas de la iglesia. Una de las monjas, en el coro, comenzó a tocar el órgano.

Faith abrió mucho los ojos y logró hablar; tenía los labios pegados y la boca seca, le costó.

—Fue en ese momento cuando saltó sobre nosotros y nos cubrió

como una sombra. —Respiraba con dificultad, pero parecía que desahogarse la hacía revivir un poco—. No sé lo que era, solo sé que olía a flores, a rosas de verano, y a la vez era pestilente; no puedo ni sé definirlo mejor. Desconozco si era una presencia o varias. Era todo tan confuso... Me desvanecí. No sé cuánto tiempo permanecemos allí, helados, en la oscuridad espesa.

Pascual la hizo callar poniendo su dedo en los labios de su mujer.

—Ni rastro de la niebla, ni de nada ni de nadie. Pero Faith estaba tan débil que nos costó Dios y ayuda poder salir de allí. Y las campanas tocaban a difunto una y otra vez. Era como si tocaran por nosotros... —Sollozó. Parecía desesperado.

El rostro blanco, casi sin vida, de Faith interrogaba a Juana desde el catre. La respiración era cada vez más débil.

—Aquí estarás a salvo —susurró Juana de forma mecánica.

No supo qué más decir. Solo que la angustia que ya reinaba en su pecho por la epidemia de cólera se había multiplicado por mil. Recordó aquel día en Francia en que Espronceda les había contado a ella y a Mina algo horrible, un secreto que cambiaría sus vidas para siempre. Pero en aquella época Mina estaba vivo. Y ella temía no saber combatir todo aquello sola, sin él.

CARTA DE TERESA MANCHA A ESPRONCEDA DESDE PARÍS

Pepe, mi Pepe. Adorado.

Te amo. Te amo sobre todas las cosas.

Te espero en nuestra nueva casita del barrio de Passy. Aquí estoy bien. Tranquila. Nadie me perturba. Mi padre ha viajado de Londres a Gibraltar para ayudar en la causa de Torrijos. Y mi antiguo esposo parece haber desistido al fin y también se ha unido a las fuerzas del sur: no hay rastro de nadie en este París que te aguarda con todo mi amor. Y con algo más.

Cariño, tengo una falta.

¿Te imaginas? ¿Un niño?

Aún no es seguro. Pero me siento distinta, extraña. Noto mis pechos más llenos y mi piel más blanca y suave. Y algo en mi vientre que forma parte de ti.

Por favor, ten cuidado y ven pronto. Aquí cantan los pájaros y hay flores hasta en invierno.

Te ama...

Teresa Mancha

HONOR Y GUÍA DE LOS VALIENTES

Mina permanecía totalmente quieto mientras aquella joven dibujaba su retrato a lápiz sobre papel verjurado. Rosario fijaba sus ojos vivos e inquietos en el general y luego reflejaba en el papel con una precisión asombrosa lo que veía. No en vano, Rosario Weiss era la protegida ni más ni menos que del mismísimo Francisco de Goya. Había bajado de Burdeos hasta Bayona para acompañar a su hermano Guillermo, un miliciano dispuesto a participar en el pronunciamiento que el general Espoz planeaba comenzar a través de los Pirineos al mismo tiempo que Torrijos lo hacía en el sur. Rosario no pudo dejar pasar la oportunidad de dibujar al famoso guerrero que iba a arriesgar su vida por la libertad de España.

Cuando terminó, lo observó durante un rato y al fin lo enseñó a su modelo. Juana aplaudió el parecido y la nobleza del porte que había sacado a su marido.

—Y ahora, si no es molestia, un boceto enarbolando el sable. Me gustaría. Haré una litografía que se hará famosa. Lo prometo.

Espronceda observaba con rostro sombrío todo el desarrollo de los dibujos de la artista. Su mutismo contrastaba con la alegría y la bonhomía de Tennyson y Hallam, que acababan de llegar de Cauterets, de entregar algún dinero a jefes militares que preparaban sus rompimientos a lo largo de la frontera y lanzaban vivas y hurras a cada trazo del lápiz de la artista.

Espronceda había dejado por unos días a su Teresa en París. Al fin se habían reunido en la capital francesa, al fin la había conseguido raptar y alejar de su marido. Al fin vivían juntos. Su esposo, ofendido, había pedido el divorcio ante el rechazo manifiesto de ella. Al fin habían conseguido alquilar una casita en un barrio encantador, en donde la primavera llenaría de flores el jardín y del canto de los pájaros los árboles cercanos. Y lo mejor de todo, creía haberla dejado en estado de buena esperanza. O por lo menos ella le había mandado una carta en la que lo sospechaba y perjuraba que si estaba preñada, el niño solo podía ser suyo. Todo les sonreía, pero su deber estaba en aquel momento en Bayona. Por muchas razones. La primera, la más importante: la revolución. Los guerreros necesitaban un bardo, un poeta, alguien que cantase sus hazañas. Y dos, Mina. Se sentía responsable de su suerte. Él había llevado a las criaturas a la puerta de su casa: él se encargaría de defenderlo. Aunque fuese algo ridículo defender al gran Espoz y Mina, un hombre capaz de partirlo por la mitad con un golpe certero de aquel sable mortífero. La piedra era lo importante, el zafiro, aunque estuviese tallado por el judío en trozos distintos era capaz, de una manera que no lograba entender, de evitar que el mal se diseminara por el cuerpo, conteniéndolo. Mina parecía otro, más fuerte y lleno de salud, lejos quedaban aquellos días de aguas en Bath y baños de mar para aliviar los síntomas de la bala incrustada, el estómago y el reuma. Parecía que, igual que le había ocurrido a él, aquellas criaturas les habían donado parte de su fuerza, y la sensación de la proximidad de la lucha todavía operaba en el general con más intensidad.

Rosario terminó de bosquejar el retrato de Mina con el sable en la mano y lo dejó libre. La litografía se iba a titular *El Genio de la Libertad*, y llevaría el texto: «Él es el honor y la guía de los valientes, el vengador y despertador de los pueblos; a su presencia, el despotismo, asustado, pierde su fuerza, y el fanatismo, desenmascarado, ni tiene más autoridad ni audacia».

Espoz y Mina se levantó, el semblante decidido, emocionado por

saberse parte de la historia de la libertad, inmortalizado gracias a aquellos dibujos de ni más ni menos que la discípula favorita —y decían que su hija— de Francisco de Goya, e impresionado por haber inspirado semejante texto épico sobre aquella lucha eterna e infatigable por las libertades de España.

LA VERDAD

Espronceda decidió que ya había llegado el momento. Antes de la batalla debía sincerarse. Fuera ya se empezaban a escuchar los cánticos de los soldados, los gritos de muchos franceses que apoyaban la causa, disparos al aire. La fiesta que precedía al combate. Debía contarles a Mina y a su mujer todo lo ocurrido, el robo de la piedra, aquella mujer maldita, la fiesta de disfraces, lo que él presumía que podía ocurrir con aquella enfermedad extraña que convertía a los muertos en vivos ansiosos por otros vivos. Y el peligro que corría después de aquella mordedura. Espronceda solo sabía que el ansia que había sufrido los primeros días, luego de yacer con aquella hembra condenada, desapareció al tener la piedra en sus manos. Mina debería ir a la lucha con una de las partes; debería estar siempre con él a partir de aquel momento. Nadie sabía lo que la batalla les iba a deparar, igual no podrían estar juntos en todo momento. Pero si llevaba con él la piedra, tendría la protección asegurada en la batalla. Y la protección sobre su propia infección de la sangre.

Espronceda llamó a Mina y a Juana y los llevó a un aparte. Era necesario decirles de una vez la verdad.

EL ORATORIO

Juana sonrió por primera vez en el día cuando comprobó que varios de los niños contagiados del hospital de campaña dejaban de vomitar. Sus lenguas blanquecinas comenzaban a recuperar un color rosado. Las diarreas se espaciaban y las madres dejaban de llorar para arañar un poco de esperanza. Con las férreas instrucciones de higiene y alimentación aprendidas por todo el mundo y con las monjas y los médicos trabajando todo lo que daban de sí, decidió retirarse durante un rato a su casa de la calle Real, para comer algo y comprobar que sus invitados se encontraban bien, especialmente el niño Martín Melitón. Confiaba en Berta y en Gastón de forma ciega. Los dos sabían cuidarse y cuidar del cólera y también de la otra infección mortífera que habían visto y sufrido en Londres. Pero la aparición de la mujer infectada, algo que sospechaba que podía ocurrir desde que aquel barco siniestro había fondeado en la bahía, la había desestabilizado por completo. ¿Quién había infectado a la joven? ¿Alguien que había venido en el barco? ¿Qué significaba aquel violín? A Wellington se le daba por muerto desde hacía dos años. ¿Habría fingido su muerte? Entonces..., ¿quién estaba enterrado en la catedral de San Pablo, en aquel hermoso sarcófago de cuarzo que había salido dibujado en todos los periódicos? El entierro más espectacular de todo el siglo en Londres, el de sir Arthur Wellesley, un fraude. Y ¿por qué no? ¿Acaso no se decía que Wellesley había usado las artes oscuras cuando las había necesitado?

Algo le decía a Juana que pronto saldría de dudas. Recordó a Espronceda. El poeta nunca había dudado en señalar a Wellington como el causante de todas las desgracias posibles. Espronceda. Hacía más de una década que su cuerpo descansaba en Madrid. Recordó su muerte espantosa y temprana. Ojalá estuviese allí para ayudarla. Y ojalá estuviese Mina, siempre presto a sacrificarse por todos los demás.

Cuando llegó a su casa, el crío jugaba entre risas con una escoba a montar a caballo mientras su madre se entretenía bordando en una sala del primer piso. Desde la cocina surgía un aroma succulento a carne asada que golpeó el estómago hambriento de Juana. Todo parecía estar bajo control, así que subió a la capilla a recogerse durante un rato. Allí, tan cerca de Mina, encontraba siempre la paz.

Juana recordó aquellas noches en la casa de las afueras de Londres, donde habían ido a vivir por consejo del médico. Aquellas noches antes de marchar a París. La noche en la que había pernoctado Torrijos; allí empezó todo. Nadie en verdad creyó a Luisa Carlota, que lloraba de terror tras haber visto a uno de los niños pelirrojos en la ventana. Luego sí creyeron, cuando fueron atacados por aquellos dos pequeños monstruos que tuvieron que exterminar. Juana jamás contó a nadie lo sucedido aquella noche terrible, ni a su confesor máspreciado de la cercana iglesia de San Nicolás. ¿A quién contarle que su marido y su ayuda de cámara habían decapitado a dos niños chupasangre sin sufrir excomuni3n? O peor, sospecha de locura y alienaci3n profunda. ¿A quién contar que había visto a una mujer cambiar de aspecto y de cabello en unos instantes, a su ya difunto padre delirar y combatir con una fuerza sobrehumana contra ella misma y su propia familia?

Juana se arrodilló en el oratorio de la capilla en la que estaba el ataúd que contenía el cuerpo embalsamado y descubierto de Mina. Al lado, en una pequeña urna de cristal, plata y ébano, cubierta por un paño negro de terciopelo, estaba su corazón. Como él mismo pidió, separado de su cuerpo. Todos pensaban que todo aquello era una locura de Juana.

Ella bien sabía que no era así.

CAMINO DE LA BATALLA

Mina espoleó a su caballo y pasó revista a sus fuerzas. El ejército minúsculo, pero fiero y salvaje, que había conseguido reunir, entre ellos los cincuenta y un oficiales que conformaban la Compañía Sagrada, militares profesionales que habían hecho la campaña de Grecia por la libertad, formaba un grupo prieto y aguerrido. Las antorchas iluminaban sus rostros duros, llenos de cicatrices, avejentados por años de combates. «Rostros en los que el heroísmo ha pintado su verdadero retrato», pensó Mina mientras reconocía entre los hombres al hermano de su retratista, Guillermo Weiss, a José María de Trueba y Cossío, al mismo Espronceda, que pensaba también unirse a las tropas de Chapalangarra que iban camino de Valcarlos. También se habían juntado a la tropa voluntarios franceses, aguerridos y muy entusiastas. De sobra sabía Mina que saldrían corriendo al escuchar los primeros tiros. Pero allí estaban, haciendo bulto y animando y vitoreando como el que más.

El plan era que Chapalangarra entrase por Valcarlos y ellos tomaran la guarnición de Vera, de la que él esperaba bien poca resistencia. Una vez allí, realizarían el rompimiento en varios frentes y esperarían a Torrijos. Prender el fuego de la libertad en varios puntos podría servir para que corriese la llama por toda España. Aunque, en realidad, Mina sabía que aquella empresa era una empresa suicida, y lo único que esperaba en el fondo de su corazón era salir vivo y volver con Juana, tan joven y tan valiente, para intentar darle algo de vida después de

tantas penalidades y exilios.

Mientras cabalgaba en la noche, Mina notaba su corazón palpar en la muñeca vendada. Era curioso: desde aquel suceso proveniente de las tinieblas, se sentía mucho mejor. Los dolores habían desaparecido; su estómago admitía bien los alimentos y el reuma parecía remitir, y eso que la temperatura según se acercaban a los Pirineos era cada vez más gélida. En un bolsillito de su casaca negra guardaba la piedra tallada que le había dado Espronceda. Aquel zafiro azul con el color del mar y de la sangre en su interior. Su cabeza daba vueltas y vueltas meditando sobre aquella historia increíble que les había contado el poeta sobre chupasangres, Wellington, la mujer diabólica, los niños muertos... ¿Qué significaba todo aquello? Él solo era un militar navarro, un hombre sencillo, de pueblo, acostumbrado a dirigir a soldados en la batalla, no a enfrentarse a cosas de curas y de magos. Su mente racional a duras penas creía en Dios como para tener que aceptar otro tipo de necedades y blasfemias. Y, sin embargo, no había dudado a la hora de cortarles la cabeza a aquellos críos pelirrojos, quitarles el corazón y quemarlos en una hoguera infamante. Aquello quedaba lejos, Londres ya era historia, ahora estaba camino de la lucha. Era lo único importante. Salir con bien, salir con vida de aquella empresa de locos. Acabar con el rey. Y volver de nuevo a España. Ya podía oler su tierra, estaban a pocas millas. Y después de tanto tiempo inactivo, la sangre que corría ardiente por sus venas ansiaba comenzar el ataque. Aunque fuese directo hacia la muerte. Y el peligro que le esperaba justo después de ella.

DESCUBIERTOS

Torrijos, sentado sobre unas gruesas maromas, leía la carta de su cuñado mientras comía unas nueces que había cascado hacía un rato. Minuisir estaba ansioso por verlos desembarcar. Sin embargo, ojo avizor, oído atento: estaban siendo vigilados por varios frentes. Wellington había dado orden de máxima alerta en Gibraltar; sospechaba que las tropas del norte no iban a actuar solas. El plan era que primero desembarcase Torrijos y algún fiel, disfrazados de marineros, en barca y con redes de pescador, y luego los demás en distintas fases. Tenían habilitados escondrijos y Viriato, armas y soldados cerca de La Línea.

Se escuchó el estallido de un cañonazo. La bala cayó muy cerca de El Temido y levantó una columna de agua que mojó a varios marineros. Torrijos levantó la vista de la carta. Viriato tenía armas y más hombres. Su plan empezaba a funcionar a la perfección.

El capitán abandonó el puente y corrió hacia el héroe.

—Señor, nos han descubierto.

Torrijos se levantó de su incómodo asiento de cuerdas. No le pillaba por sorpresa. En realidad, era cuestión de días. Los movimientos en el norte del país habían alertado a todos los hombres del Rey Felón. Suspiró. Los bergantines del gobierno español desde los que habían disparado el cañonazo se mantenían a una prudente distancia, sin parecer demasiado dispuestos a atacar.

—Mantente alejado de la costa hasta el atardecer. Por la noche, con

la marea, intentaré llegar en barca a Gibraltar. Luego busca una cala cerca de La Línea. Nos encontraremos pronto. Los Apóstoles Trench y Kemble nos esperan allí en una casa alquilada. Viriato está en contacto con mi cuñado, le ha prometido armas y hombres y, además, sin mayor demora. Efectuaremos el rompimiento lo antes posible. Pero lo primero es lo primero: desembarco yo, luego los demás, organizamos en tierra. Obraremos según nos vaya y según nos dejen.

Y luego, picado en el orgullo, masculló para su pañuelo: «Hay que actuar. No puede ser que Mina consiga antes que nosotros el triunfo».

EL COMLOT

González Moreno exhaló el humo de su habano con sumo placer. El general leía con satisfacción la misiva que le había enviado Wellington hacía poco tiempo.

Torrijos.

Era cuestión de días. El pronunciamiento se iba a producir y Torrijos había caído en la trampa que llevaban meses preparando. Todo había salido de la mente retorcida del duque irlandés. Hacerse pasar por un conjurado, hacerle creer que en Málaga esperaban su llegada, que media ciudad estaba preparada para el rompimiento, que tenía a su disposición dinero, armas y soldadesca. Torrijos era un romántico, un ingenuo, un militar que aún creía en la pureza y en la nobleza de los demás. En fin, Torrijos era un imbécil que no resultó nada difícil de engatusar, pues ya estaba allí, con su barco, con sus hombres, a los que arrastraba sin mayor problema a una muerte segura por mandato de Fernando VII, cuya mano, acuciada por Wellington desde Londres, no temblaría a la hora de pedir la ejecución sumaria.

González Moreno se carcajeó mientras se sentaba delante de su escritorio y, mientras terminaba el habano, comenzaba otra de las cartas que llevarían a Torrijos a caer como un ratón delante de un trozo de queso. Torrijos era su compañero de armas y antiguo amigo, pero... ¡demonios! A quién podría importarle eso ahora. Primero, el rey y, después, el rey. Y, sobre todo, la recompensa que le había prometido el buen duque en forma de tierras y dinero, mucho dinero.

Moreno secó la tinta y levantó el papel; lo sopló para que terminase de absorber la tinta y llamó a uno de sus criados.

—Lleva esta carta a casa de Minuisir. Cuanto antes. En cuanto la hayas entregado, me avisas, como siempre. Y pon a alguien a vigilar cualquier movimiento en esa casa.

EL SILENCIO DE LOS MUERTOS

Sylvia notaba cómo la voz de la diosa de los cuatro brazos se desvanecía poco a poco. Sylvia notaba cosas, como cuando estaba viva, pero de forma distinta. De día, todo era oscuridad, frío. De noche, llegaba la luz cegadora, el hambre, el deseo de vida. Recordó haberse alimentado una noche de un hombre en Covent Garden, al salir de la ópera: lo buscó. Su cuerpo lo reconocía como a un hermano. Cuando lo encontró en una morgue, el rostro desfigurado por el agua y los peces y con el corazón arrancado, sintió el desarraigo de los muertos en vida.

Alguien sabía cómo acabar con ellos. No solo el poeta, el que había ayudado a quemar a los dos niños en aquella casa para deshacer el hechizo. El que la había convertido en aquel horror sabía también cómo acabar con él.

Sylvia sentía la fuerza y el poder, pero sin la diosa cerca solo escuchaba el silencio de los muertos. Sabía que la única solución era encontrar la piedra, pero la piedra tampoco le hablaba ya. En el tránsito de la vida a la muerte los cambios eran traumáticos, y el peor de todos, el más doloroso, era el hambre. Era aquella especie de ansia inacabable, el dolor del desarraigo cuando cada noche se perdía un poco más de alma humana al matar, desgarrar, chupar e inflarse como una garrapata gigantesca. Lo único que la mantenía aún cerca de los vivos era su marido. Su marido y aquella niña que cada día era más como ella y cada día menos como los habitantes de aquel Londres

lleno de vida.

Sylvia caminó entre la niebla en el cementerio, con la cría de la mano. El sol había caído y los sonidos de la gran ciudad se amortiguaban poco a poco. La luz de gas nada podía hacer contra su camuflaje sombrío: nadie la veía, solo una sombra entre la neblina. Su marido la esperaba en casa, aún con sangre en las venas, sangre contaminada de alcohol que la ayudaba a soportar la soledad helada.

Necesitaba volver a la diosa. Se sentía perdida y hambrienta como aquella niña extraviada que se aferraba a ella con su manita sucia. Necesitaba encontrar la piedra. Solo con la piedra en su poder volvería a ser ella misma de nuevo.

La niña dejó de agarrarle la mano y desapareció en la noche.

Daba igual, ya volvería. Sabía perfectamente el camino de su nueva casa.

BUSCANDO LIBROS Y POETAS

Salvá sacaba de las cajas y luego ordenaba con mimo los libros nuevos que acababan de llegar. Una traducción al catalán de la Biblia realizada por un tal José Melchor Prat, farmacéutico. Las *Memorias de Napoleón*, traducidas por Torrijos. Una dramatización de don José de Urcullu sobre Porlier que le gustaría a Juana de Vega, lástima que hubiese partido para Francia; varios cuentos de aparecidos del mismo autor, traducciones de Walter Scott —*Ivanhoe*, *Rob Roy*—, novelas que tenían mucho predicamento entre los emigrados. Celebró otra remesa de la *Colección de obras poéticas españolas* y los flamantes *Catecismos* de Ackerman, libros de divulgación de química, geografía, historia, física y humanidades, agricultura y muchas otras materias, incluida la gramática española que el propio Salvá había redactado hacía ya unos años.

Era tarde ya, casi la hora de cerrar. Salvá decidió terminar todo el trabajo para que al día siguiente su socio se encontrase la librería ordenada y catalogada desde primera hora. Escuchó la campanita que había en la puerta y cuyo sonido indicaba que entraba un cliente. Dejó lo que estaba haciendo en la trastienda y acudió raudo al mostrador.

Allí esperaba un hombre alto, vestido con una levita azul marino y pantalones blancos ajustados de montar. Se quitó el sombrero de copa que de lejos se veía de gran calidad y asomó el cabello blanco y lacio, y debajo, el inconfundible rostro de cejas en arco y ojos inteligentes y grises del hombre más famoso de Inglaterra: el duque de Wellington.

Salvá se quedó mundo por un instante, luego hizo una especie de reverencia, asombrado.

—Milord...

Wellesley hizo gestos para que no continuase.

—Buenas noches. Perdona las horas. Pasaba por aquí y vi que aún no había cerrado.

Salvá continuaba con la mandíbula desencajada de asombro. ¿Qué hacía el duque en una librería española? ¿A aquellas horas? No le cabía en la cabeza. Volvió a hacer un gesto reverencial antes de atreverse a preguntar al fin.

—¿Busca algo?

El duque miró a su alrededor. La librería estaba llena de estanterías que guardaban ejemplares de todos los tamaños y temáticas. La mayoría de los libros estaban en español, pero también abundaban la literatura inglesa y francesa, y algún libro en italiano para contentar a la antaño numerosa población emigrada.

—En realidad estoy buscando algo que no encuentro en las librerías normales. Llevo una temporada y me ha sido muy difícil. Por no decir imposible.

—¿Ah, sí?

—Sí. Algo sobre lo oculto.

Salvá ladeó la cabeza, todavía más asombrado. Era lo último que esperaba escuchar de los labios del duque.

—¿Lo «oculto»? ¿Se refiere a magia? ¿A artes diabólicas? ¿Conjuros? ¿Adivinación?

—Algo parecido. Son los temas de moda en la alta sociedad londinense. Los ricos estamos hartos de luz. Quizá necesitamos algo distinto. Algo oscuro. Ya nos conoce, siempre en busca de lo novedoso. De la última moda.

A Salvá aquellas palabras le sonaron falsas. Aunque era la primera vez que veía cara a cara al duque —alguna vez en Apsley House

buscando su asignación en libras lo había vislumbrado de lejos—, su intuición le decía que iba en busca de algo más importante que unos libros de moda.

Wellesley adoptó una postura cómoda y elegante. Cruzó una pierna y se apoyó en la madera con desgana.

—Chupasangres. Vampiros. Esas leyendas griegas. En la India también abundaban, ¿sabe? Estaban atemorizados por los hijos de la diosa Kali. Los que robaban las almas. Entiendo que son temas difíciles de conseguir. Alguien me ha hablado de la librería española de Regent Street. Por lo visto, usted lo tiene todo.

Wellington puso sobre el mostrador una bolsa llena de libras de plata. Salvá, cada vez más asombrado, sacó de un cajón su catálogo de libros raros y lo consultó. Luego se dirigió la trastienda y estuvo un rato revolviendo en cajas y estantes.

Apareció con un montón de libros. Los puso delante del duque y les limpió el polvo con un trapo y un plumero.

—Señor duque. Estos libros... son muy valiosos. Se los puedo prestar. Pero no se los puedo vender. Son rarezas. No hay dinero que pueda comprarlos. Los dejo en contadas ocasiones. Ya he perdido unos cuantos que eran realmente extraños. Se los podría llevar, pero teniendo su palabra de que los devolverá en cuanto los lea. Incluso puede mandar copiarlos.

—¿Realmente extraños?

—Sobre vampirismo. Los presté hace un tiempo a un joven poeta español. Nunca los volví a ver.

«Al fin», pensó Wellesley. Al fin algo coherente. Al fin una pista. Un nombre. Tenía que conseguir un nombre. Rápido. Ya.

—Un poeta español... ¿Conocido? ¿Uno de esos genios de las letras que salen de su fértil país?

Salvá escrutó el semblante de Wellington. Era un rostro inocente e impenetrable a la vez. Emanaba sinceridad.

Negó con la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—Aún no es conocido, pero lo será. Será famoso. Será nuestro Lord

Byron. José de Espronceda. No sé si le suena a usted. También recibía la asignación en libras que usted destinaba a los refugiados en Somers Town. Creo que ahora vive en París. De todos modos, conseguí recuperar alguno de los libros gracias a la mujer del general Mina, doña Juana de Vega. Pero faltaban los más importantes. Es una pena, milord. Seguro que también le interesarían.

«Eres una imitación perversa y triste de Lord Byron».

Aquellas palabras dolorosas resonaron en su mente de nuevo. Las palabras del hombre que le había amenazado, golpeado y robado la piedra en su propia casa.

Y ahora ya tenía un nombre al que adjudicar aquellas palabras: José de Espronceda.

Cargado con los libros metidos en una cartera de cuero que colgaba de la silla, sir Arthur Wellesley espoleó a su caballo por Regent Street, esquivando peatones, carruajes y a otros jinetes. Tenía que llevar brandi a casa de su amigo Charles. Había que ser piadoso con los moribundos.

INVITACIÓN AL DESASTRE

Amanecía.

Chapalangarra levantó su sable. Su envergadura no pasó desapercibida, su voz tonante llenó el valle escarpado. Espronceda se estremeció.

Había dejado a Mina camino de Irún para acompañar a los conjurados de Chapalangarra que entrarían por Valcarlos. Espronceda notó con desánimo que aquella expedición era una invitación al desastre. Los pocos soldados que había conseguido el de Lodosa no parecían demasiado avezados en el combate; los voluntarios franceses, al ver a los demás soldados, emprendieron la vuelta a casa como alma que lleva el diablo.

El helor de la mañana no era solo lo que hacía estremecerse al poeta.

Algo más abajo, los realistas no hacían más que crecer. La salida del sol comenzó a mostrar de una forma inclemente el número de enemigos a los que se enfrentarían.

Oficiales a caballo, soldados de a pie armados hasta los dientes, fusiles, bayonetas, sables, pendones, banderas. Poco a poco, los realistas enseñaban su poderío y Espronceda no pudo por menos que ponerse a temblar: nadie les había dicho que eran tantos, al revés: las noticias que habían llegado eran que se iban a enfrentar a unos pocos voluntarios sin demasiado poderío. En fin: les habían engañado y ellos caído en la trampa sin demasiada picardía.

«Menos mal que ni Tennyson ni Hallam han venido con nosotros».

A duras penas había conseguido convencerles de que se olvidaran de la guerra: ya cantarían después las gloriosas hazañas. Mejor que se dedicaran a pasear por los hermosos valles del Pirineo, pues los dos andaban bastante mal de salud durante aquella temporada. Espronceda aferró su sable y se lamentó de no haber seguido su propio consejo. ¿Qué hacía allí, camino de la muerte? ¿Justo cuando al fin podía disfrutar de la vida, del dinero y de su Teresa en París?

¿Podía acaso empeorar todo aquello?

Cuando Chapalangarra se colocó su capa española, se adelantó, se subió a un risco y comenzó a arengar a las tropas realistas con proclamas liberales, apelando a sus orígenes navarros, se dio cuenta de que sí, de que todo podía ir a peor.

Un murmullo de los soldados de Francisco Benito Eraso.

—¡VIVALALIBERTAD!

A lo lejos se escuchó la respuesta.

—¡VIVAELREYABSOLUTO!

Un tiro que resonó en todo el valle.

Chapalangarra se llevó la mano al pecho y notó cómo la sangre acudía a su garganta a silenciar sus proclamas de libertad con un borboteo.

Luego cayó al vacío.

Los realistas gritaron y vitorearon la muerte del héroe. Luego comenzaron a subir hacia donde se encontraban ellos con la rapidez de un lince.

Espronceda arrancó a correr con toda la fuerza que le daban sus piernas. No tenía ninguna intención de morir allí, en medio del monte, atravesado por alguna hoz de campesinos navarros. Corrió y corrió hacia donde había dejado su caballo. Intentaría reunirse con Mina lo más pronto posible para darle la noticia de aquella terrible desgracia.

Tras él escuchó ruidos y, antes de que hubiese podido darse la vuelta, un realista cayó sobre él, espadón en ristre, dispuesto a atravesarlo. Espronceda se zafó como pudo, le lanzó una patada a la entrepierna que resultó acertar e intentó seguir corriendo hacia su

equino. El realista soltó un berrido de dolor, pero se recompuso muy pronto y volvió a insistir: consiguió agarrarlo de la pierna y tirarlo al suelo. Espronedada, ya harto, levantó el sable y, sin dudar un segundo, le cortó el brazo de un solo tajo. El hombre comenzó a llorar y a quejarse. Sorprendido, intentaba tapar la hemorragia profusa que salía de su muñeca sesgada con la otra mano, pero la sangre brotaba sin que nada pudiese detenerla. El poeta se agachó y lo desnucó con una fuerza seca y nerviosa. Cuando se irguió, vio sus manos llenas de sangre pegajosa y, sin darse cuenta, las lamió como si fuera miel. Su enfermedad seguía allí, incurable y ávida de las vidas de los otros. Durante unos segundos dudó, luego se llevó a la boca aquel manantial de vida. Mientras oía disparos y gritos de lucha a lo lejos, el poeta, aterrorizado, se levantó, encontró al fin su caballo y salió galopando de aquel lugar mucho más asustado de sí mismo que de la guerra que quedaba atrás.

LA PIEDRA

Sylvia puso la mano en el pecho de su marido.

Aún latía su corazón.

Pronto amanecería y tendría que volver a su tumba. Abandonarlo. La debilidad de su pecho indicaba que quizá no pasase otra noche vivo junto a ella.

Sylvia notó de pronto algo extraño. Se levantó de la cama y puso los pies desnudos en la alfombra. La sensación no se calmaba, iba a más. Caminó hacia la puerta del dormitorio, muy despacio.

La voz de la diosa. Júbilo. Victoria.

Espronceda vino a su espíritu oscuro, lo ocupó por completo, el sabor metálico de la sangre caliente de un soldado, la piedra... La piedra no estaba entera con él. La habían partido en tres.

York.

Pudo leer durante unos fulgurantes segundos la mente del poeta.

Luego se apagó todo.

Sylvia notó que se acercaba el amanecer. Pero antes de dormir su sueño de sol, grabaría en su cerebro marchito aquella visión, la primera en muchos días que le daba esperanza.

Tendría que ir hasta York y buscar a un hombre y a su hija.

YO NO TEMO

Torrijos señaló el mapa de la costa malagueña.

—Necesitaré dos barcazas para llevar a los cuarenta y siete conjurados a Mijas. Allí desembarcaremos y haremos el rompimiento. Viriato me ha asegurado que hay elementos dispuestos a seguirnos nada más bajar a tierra.

Minuisir, un hombre parecido a su hermana, de rostro fino y agraciado, delgado y con ojos del color de las almendras, se pasó la mano por el cabello y se atusó las patillas y el bigote con nerviosismo.

—¿No hay nadie que desconfíe de Viriato? ¿Qué dice Luisa Carlota de esta trama?

—Luisa Carlota piensa lo mismo que yo: es un alma gemela, un hombre de poder que, en la sombra, está dispuesto a morir por la libertad. Y lo mismo Flores Calderón.

Trench, emocionado, impaciente, dispuesto también a morir, aunque de una forma un tanto difusa, soltó una de sus máximas favoritas de Danton:

—«Audacia, más audacia, siempre audacia».

Sabía que Tennyson y Hallam estaban en los Pirineos. ¿Qué aventuras estarían viviendo? Aunque seguro que en Navarra estaban mejor organizados que en Gibraltar. Siempre pensaba «nada tan imbécil como una Junta Española», aunque en aquel momento de emociones se abstuvo de comentar sus impresiones.

Minuisir los miró con cansancio. Soltó un suspiro largo y decidió no

seguir con el tema, visto el humor con el que contestaba Torrijos.

—Las barcazas no serán difíciles de conseguir. Mis informes no dicen nada de soldados dispuestos a luchar contra el rey Fernando. Aquí hay mucho realista encubierto, Torrijos. Yo no andaré tan seguro de nada.

—Si continúo dudando, jamás lograremos actuar... —Torrijos miró a todos con dramatismo y golpeó la mesa con el puño, lleno de ira—. No quiero dudar más. Quiero acción. Llevo años en Londres mano sobre mano. Hemos llegado hasta aquí a pesar de las dudas de todos. Haré lo que tenga que hacer. Y, si muero, moriré como mueren los valientes: defendiendo mi patria y la libertad. Todos se comprometen, todos ofrecen, pero a la hora de la verdad todos temen. Yo no temo.

Su cuñado levantó las manos con el vano afán de calmar al contrito militar.

—En fin. Se hará como dices, amigo mío. Pero soy tu cuñado, recuerda: siempre querré lo mejor para Luisita.

Eso pareció calmar un tanto a Torrijos. Era cierto, si él moría, dejaría sola en el mundo a Luisa Carlota, la dejaría muerta de pena, ya que el amor que ambos se profesaban era algo que nadie podía cuantificar. Si él moría, ella moriría en parte también, de ahí que comprendiera la preocupación de su cuñado. Pero Luisa Carlota sabía bien el riesgo que corría y estaba preparada para lo peor. Por eso la amaba y estaba casado con ella, porque era fuerte y valiente. Y sin él se las sabría arreglar. Y, lo mejor, se ocuparía de honrar su memoria.

Torrijos sacó del bolsillo de su levita una de las cartas de Viriato.

—Tenemos el apoyo del capitán de guardacostas para bajar armas y provisiones, además del desembarco de los expedicionarios. Uno de los buques, el bergantín Neptuno, estará de nuestro lado hasta que logremos llevar todo el material a tierra. Yo propongo que el lugar sea Ventas de Bezmiliana. Llevaremos el manifiesto y las proclamas, las banderas tricolores, y gritaremos nuestro lema, Patria, Libertad e Independencia. ¡VIVA LA LIBERTAD!

—¡VIVALALIBERTAD!

Minuisir gritó con entusiasmo, a pesar de que una vocecita en su interior le decía una y otra vez que aquella aventura solo traería llanto para su familia.

TRAICIÓN SOLO HA VENCIDO AL VALIENTE

—Muerto. Válgame Dios.

Espronceda asintió, aún jadeante y cubierto de sangre, tierra y suciedad del camino. Mina ya había logrado conquistar el puesto militar de Vera sin casi oposición. Los doscientos cincuenta carabineros huyeron sin presentar batalla alguna. Los liberales habían tomado la fortaleza y se habían instalado allí sin mayor problema.

Agotado, se sentó en una piedra caída de la fortaleza.

—Ni siquiera hubo tiempo de entrar en combate. Chapalangarra creyó que solo con su presencia y su voz tonante todos los realistas caerían rendidos. Nos dijeron que el ejército estaría solo conformado por cuatro campesinos; nos mintieron. Eran muy numerosos y bien armados, y muy probablemente estén de camino hacia aquí. Chapalangarra se subió a un risco y comenzó a soltar una de sus arengas. Estaba convencido de que... En fin. Estaba convencido de que sus paisanos lo recordarían y lo respetarían y se unirían de inmediato a la causa. Craso error, Mina. No hay tal apoyo. Y los voluntarios franceses... Esos fueron los primeros en desertar. No podemos confiar en nadie. Traición solo ha vencido al valiente.

El general Mina respiró hondo. Se esperaba algo así, se esperaba algo así desde el principio. Él haría lo que estuviese en su mano, aunque su esperanza cada vez era más débil. Lo sabía, sabía que había tenido siempre razón. Pero no quería que dijese de nuevo que era un cobarde al servicio de los ingleses. ¿Necesitaban su sangre y su dolor?

Lo tendrían. La patria siempre, siempre antes que la vida. Y la libertad.

Espronceda se miró. Vio su aspecto lamentable y se sintió humillado.
—Mina. Necesito un baño. Y comer algo. Adecentarme.

Mina dejó ir al poeta. Por lo menos había salvado la vida. Era cierto que además de literato era buen guerrero. Le pediría que lo acompañase en el resto de la lucha. Si era verdad aquella historia de demonios, diosas y piedras, entre los dos podrían salvar la vida. Y la de sus hombres.

El cielo, que hasta entonces había lucido un azul majestuoso, comenzó a poblarse de nubes oscuras. Un trueno resonó a lo lejos y el viento helado movió el cabello del general. Mina soltó un gruñido. Lo único que les faltaba era sufrir un temporal, ahora que pensaba lanzar a su vanguardia a conquistar Vitoria o incluso Zaragoza.

El capellán que los acompañaba comenzó a officiar una misa de campaña por Chapalangarra y los caídos en el combate de Valcarlos. Los hombres se arrodillaron y comenzaron las plegarias, más por sí mismos que por los muertos, que ya ni sentían ni padecerían más. Todos comenzaban a sentir el temor que llevaba la guerra consigo, y más después de enterarse del desastre de Chapalangarra, al que tenían por un valor seguro de victoria.

Mina se arrodilló también. Él no creía en ningún dios, pero muchos de sus soldados eran fervorosos católicos y valía la pena unirse a sus rezos, aunque no sirvieran de nada. Mientras oraba, su muñeca comenzó a palpar. Mina sintió la punzada del hambre por vez primera.

Sin apenas darse cuenta, llevó la mano al bolsillo y tocó el bulto de la pequeña piedra tallada. A aquello se refería Espronceda, sin duda. A aquella paz en el ansia. Solo con tocarla.

El galope de un caballo y un grito rompió la magia de las oraciones. Un emisario de Jáuregui, el Pastor, afirma que ya han llegado a Irún y les espera al día siguiente. Los tercios guipuzcoanos son pocos, así que no les costará demasiado tomar la ciudad. Y luego, a por Vitoria.

Cuanto más tiempo estuviesen luchando en tierra española, más oportunidades tendrían de activar a los liberales y provocar otros pronunciamientos a lo largo del país.

Pensó en Juana, sola en Bayona. En cuanto se retirase a su aposento, le escribiría una carta para tranquilizarla. La pobre... Solo le daba mala suerte y disgustos. Ojalá terminase aquello de una vez y pudieran volver a España. Aquello no era justo para una joven burguesa. Por muy valiente y abnegada que fuera. Merecía algo mejor. Si él ni siquiera había podido darle hijos. Por lo menos, disfrutar algo de la existencia, de su casa de campo, de la vida.

Mina se aseó y alguien le llevó una tartera con guiso de carne para cenar. «Por lo menos traían a un buen cocinero», pensó mientras bebía un buen trago de vino de su tierra y dejaba que el aroma de la carne y los nabos y patatas inundara su nariz.

«Si he de morir, por lo menos lo haré con el estómago lleno». Intentó esbozar una sonrisa. Tenía que animarse como fuera. Y coger fuerzas para los días duros que estaban por llegar.

YORK

Antonio Arnáiz se encogió de hombros, en un gesto muy suyo. Ya estaba acostumbrado a que todo el mundo le preguntase por Espronceda. Ahora, que el mismísimo duque de Wellington hubiese llamado a la puerta de su apartamento le sorprendió algo más de lo normal, aunque consiguió moderar su asombro y mantener la compostura.

—Hace tiempo que se fue. Me dio dinero para el alquiler, sí, bastante. No dijo nada. Solo se marchó. Estaba muy enamorado de Teresa.

—¿Teresa?

—Sí, Teresa Mancha. Creo que huyeron juntos a París. A ella la habían casado con un empresario de los emigrados, un hombre de Bilbao bastante rico. Espronceda fantaseaba con raptarla cuando tuviese mucho dinero. Claro que nadie se hace rico con los poemas... No llenan la despensa, no.

—Pero dices que te dejó una buena suma para pagar el alquiler de las habitaciones...

—Eso es verdad. Pepe siempre andaba justo de dinero: le gustaba mucho vestir bien, ir a la ópera... De todos modos, sus padres siempre le mandaban la asignación y ganaba bastante dando clases de esgrima a gente rica. Es muy buen esgrimista. Un maestro. Lo último que supe de él antes de que se fuera es que viajó a York. Y cuando volvió había cambiado de ropa, mucho más cara, y de aspecto incluso. Parecía un

hombre acomodado.

Wellington asintió. Rebuscó en su bolsillo, le dejó una bolsa con monedas, se levantó dejando el té a medias y se marchó sin decir nada más, ante la mandíbula desencajada de Arnáiz, que aún tardó un buen rato en volcar en la mesa el contenido de aquel saquito lleno de dinero.

Wellington pensó rápido. En York había judíos, talladores de piedras, los mejores de toda Inglaterra. Muy probablemente, de ahí había sacado el dinero Espronceda para huir a París y raptar a la tal Teresa. El duque montó en su caballo y se dirigió a Apsley House. Mandó con rapidez a sus sirvientes que engancharan el tiro a uno de sus carruajes más veloces. Sin escudo ni divisas.

York no estaba demasiado lejos, unas ciento setenta millas, y bien comunicado con Londres por carreteras y caminos transitables. Aun así, tardaría en llegar. Dependería del cambio de caballos por el camino. Aunque él pagaría lo que fuera.

No quería perder más tiempo.

Uno de los criados se le acercó con una bandeja llena de cartas.

—Señor, han llegado de España.

Mientras los sirvientes preparaban carruaje, viandas y baúles con ropa y mudas, Wellesley rompió los lacres y leyó la correspondencia. Una era de González Moreno, *Viriato*. El barco de Torrijos ya había llegado a Gibraltar. Esperaban con atención sus movimientos. La trampa ya estaba preparada; caería como un ratón delante de un trozo de queso.

Otra de las cartas informaba de que el general Mina empezaba su campaña por los Pirineos. Wellington las leyó y las dejó de nuevo en la bandeja. Ahora sus prioridades eran otras, ya que sabía perfectamente que las expediciones españolas se dirigían al desastre sin la menor oportunidad de lograr ningún alzamiento, y mucho menos derrocar al rey Fernando. Ya se había encargado él de que todo fuese así.

—Señor. El carruaje ya está preparado.
Corrió las cortinas. Iría de incógnito. Dormiría durante el camino.
Quería llegar cuanto antes a York.

SANGRE Y NIEVE

Cuando comenzaron los disparos, Mina se dio cuenta de que todo iba mal.

Había dejado parte de su soldadesca en Vera para reforzar el terreno conquistado y ayudar a Valdés, sobre el que sospechaba que podría caer en breve el grueso de tropas enemigas al mando de Llauder.

Mina y Espronceda cabalgaban al lado de los pocos lanceros que había llevado consigo, mientras los fusileros subían a pie por aquella zona escarpada y llena de matorrales. La temperatura había bajado de una forma intensa incluso para ser invierno; a ratos nevaba y las rachas de viento helador no ayudaban a desplazarse por un terreno congelado y resbaladizo a ratos, otras veces embarrado por un fango que parecía adherirse a las botas de los combatientes.

Avanzaban tapándose el rostro con las capas, intentando evitar que los cristales de nieve se clavasen en la piel, cuando comenzaron los tiros. Mina dio el alto, detuvo el caballo y miró a su alrededor, decidido a encontrar un sitio donde guarecer a los suyos. No muy lejos había un pinar, aunque la distancia de subida los sometería al fuego enemigo demasiado tiempo.

¿Cómo los habían descubierto? Sin duda, entre las filas liberales había más de un infiltrado que se encargaba de enviar al enemigo información.

Espronceda había sacado sus pistolas. Espoleó al caballo, que hizo lo que pudo para sortear piedras puntiagudas, y fue directamente hacia

el grupo de realistas que les habían esperado en el recodo. Los soldados dejaron de disparar, sorprendidos por la temeridad de aquel loco. Mina gritó a los suyos que corrieran hacia el bosque para guarecerse y se unió a Espronceda, sable en mano.

El contraataque de los dos guerrilleros cogió desprevenido al pequeño batallón de realistas, que entre las ráfagas de nieve y algún disparo del grupo de liberales mientras corrían hacia el bosque no veía demasiado bien que eran solo dos hombres los que acometían, y decidieron emprender la fuga monte abajo.

Mina aprovechó aquel desconcierto para sacar su pistola y acertar a uno de los que huían en una pierna de un balazo certero. El hombre cayó con un grito desgarrador, pero sus compañeros poco hicieron por él; siguieron bajando el monte como si les persiguiese un huracán, hasta desperdigarse y desaparecer entre hierbas altas y arbustos.

Mina se acercó al caído y descabalgó. El tiro había sido certero: el pantalón roto dejaba ver el agujero del balazo y la pólvora alrededor de la herida, que había afectado a la arteria femoral. El hombre aún no lo sabía, pero sus horas estaban contadas.

El general se agachó y le levantó la cabeza. Sentía una pena infinita al ver aquello. El realista abrió los ojos y lo reconoció.

—Espoz y Mina. Mi capitán. —Mina sacó su cantimplora y vertió unas gotas de agua en sus labios, cada vez más pálidos—. Serví con usted en la guerra de Independencia. Fue un honor... no merecido...

—¿Quién os dijo que íbamos a subir por aquí?

Los ojos azules de color desvaído parpadearon bajo las cejas blancas. Agarró la capa de Mina con ademán convulso.

—Lo saben todo, mi general. Pero no nos dijeron que era usted el que comandaba. Si no, ninguno habría disparado. Nos dijeron que era... Valdés. —El soldado movió los labios pidiendo más agua. Mina se la dio—. Lo saben todo. Por eso no nos dijeron que venía usted... No sabíamos...

—¿Quién les informa? ¿Quién les informa de todo?

—Hay espías. En todas partes, general. No confíe en nadie. El

ejército realista es enorme y bien armado. No confíe en nadie... Escuche. Voy a morir. Lo sé. Rece por mí a la Virgen de las Nieves. Mi madre...

El hombre cerró los ojos y su boca se descolgó.

Espronceda bajó del caballo. No pudo evitar arrodillarse y lamer aquella sangre que se perdía entre la tierra y los hierbajos cubiertos de rocío.

—¿Qué haces, insensato? ¡Nos pueden ver! —Mina intentó apartarlo, pero la fuerza y la insania del poeta provenían de su ansia visceral por alimentarse. El general miraba aquel espectáculo asustado y, lo peor de todo, incapaz de hacer nada, pues él también comenzaba a notar la misma puñalada en el pecho, el mismo dolor infinito por absorber lo que su organismo cambiante necesitaba. Al fin, con un esfuerzo sobrehumano, apartó a Espronceda del cadáver. Mina lo soltó al ver su expresión. Su rostro resplandecía como el de un santo, sus ojos brillaban con fulgor sobrenatural.

—Lo... lo siento, Mina. No he podido...

Era como un niño pequeño pillado al meter el dedo en el pastel. Y, a la vez, algo atrayente y seductor que hacía comprender su postura hizo que Mina no lo decapitase allí mismo, del asco.

El poeta estaba de rodillas, se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar. El general miró a su alrededor y decidió que no era el momento de lamentaciones ni de filosofías de ultratumba. Lo agarró de la solapa de la levita de lana inglesa y carísima y escrutó sus ojos con la severidad del que ha visto la muerte mil veces de muy cerca. Lo sacudió, dientes apretados, un gruñido amenazador. No era el momento de especulaciones ni de lloros.

Su voz sonó salvaje como la de un lobo. Ya no era un general; era un guerrillero.

—Poeta. Nos has salvado a todos con tu arrojo. Levántate. Nos vamos al bosque. Tengo doscientos hombres con los que aguantar todo lo que podamos. Son mi responsabilidad. Arriba. Hay que hacer una contramarcha, los realistas conocen nuestras intenciones. ¿No se

supone que esa piedra con la mácula sirve para algo? ¡Úsala!

Espronceda logró, con gran esfuerzo de su conciencia, levantarse y coger su caballo. Mina tenía razón: estaban en grave peligro y no podía permitirse aquel tipo de desatinos. Si había aceptado estar en la guerrilla, tendría que soportar las consecuencias.

SOLOMILLO WELLINGTON

—Duquesa...

La mujer rubia y curvilínea emitió una especie de gemido cariñoso y dejó a sus perros en el suelo. Luego corrió hacia Wellington con la sonrisa más grande del mundo en el rostro.

—¿Arthur? ¡ARTHUR WELLESLEY!

La duquesa de York abrazó al duque de Wellington como si se acabasen de librar del fin del mundo. Lo besó en las mejillas, cerca de la comisura de los labios, desprovista de cualquier pudor o decoro. Los perritos lanudos intentaban trepar por las botas de piel del duque, que se agachó a saludarlos.

—¡Cuánto tiempo, querido mío! Dime... —Soltó el abrazo y lo miró de arriba abajo: Wellesley había perdido peso y se veía más viejo que la última vez que lo había visitado en Londres, pero continuaba siendo apuesto y con aquella perfecta nariz aguileña que la volvía loca, a ella y a otras mujeres que conocía—. Amigo mío. ¿Qué te trae por aquí?

—Durante la cena te lo contaré, milady. Llevo dos días ininterrumpidos de viaje. Tengo mucha hambre. Necesito un buen solomillo. Por cierto..., ¿tu marido?

—¡Oh! ¡Mark! Está fuera. En Newcastle. Según él, ha ido a vender unas tierras. —Le guiñó un ojo—. Yo creo que ha ido a visitar a una amante. ¿Te imaginas qué horror? ¿Una amante en Newcastle?

—Lo peor, querida mía, lo peor. Pero uno no es necesariamente un caballo por nacer en un establo. Yo soy irlandés. Incluso es algo peor

que ser de Newcastle.

—Adoramos a los irlandeses. Pero ven. Les diré a Kathleen y a John que te arreglen las habitaciones principales cuanto antes. La próxima vez, avisa con tiempo. Te mereces un recibimiento a tu altura.

—Vengo con prisa. Necesitaré tu ayuda. Busco a talladores de piedras. He oído que en York están los mejores.

—¿Quieres hacerle un regalo a tu mujer?

Wellington enarcó su ceja derecha con burla.

—A Kitty no le gustan las ostentaciones. Además, se ha ido al campo con los nietos esta temporada. Creo que prefiere un buen peñasco irlandés a cualquier joya cara.

—No seas malo con ella. Ya la conoces: es muy de campo. Yo también soy muy de campo. Pero no le digo «no» a un diamante...

Wellington sonrió y le pellizcó la mejilla, sonrosada.

—Tú no le dices «no» a nada, querida mía. Venga, cenemos. Estoy muerto de hambre. Y muy cansado.

—¿Wellington cansado? Venga. Tienes un aspecto estupendo. Sigues siendo nuestra «Nouvelle Religion».

—¿Nouvelle Religion? Eso ya pasó hace años. Nos hacemos viejos, querida mía. Nos hacemos viejos aunque no queramos. Ya no soy el que era. Pero en fin. Vamos a lo nuestro. Ese solomillo... y alguien que me indique dónde encontrar a los talladores de piedras.

CERCA DE LA LIBERTAD

Torrijos trepó por la maroma que le lanzaron. En una cartera de cuero llevaba los mapas y las cartas marinas necesarias para el desembarco.

Todos lo abrazaron. Torrijos bebió un buen trago de vino para refrescarse. Las gaviotas graznaban y pescaban cerca de ellos, y el sol picaba en los brazos salados de los marinos. Estaba exultante.

—Tenemos las barcazas preparadas en Gibraltar. Son dos: la Santo Cristo del Grao y la Purísima Concepción. Solo hay que llevar el barco hasta ellas. Hay hombres que nos ayudarán a desembarcar armas. Allí ya están las banderas y los impresos del Manifiesto a la Nación. Nuestro grito será: «¡Viva la Libertad!».

Todos lo gritaron a una.

Bajaron al camarote del capitán. Torrijos sacó los mapas y las cartas y los extendió sobre la madera.

—El plan es el siguiente: desembarcar en Ventas de Bezmiliana. Nos escoltará un bergantín, el Neptuno. El capitán me ha prometido escolta hasta el desembarco. Al mismo tiempo, en Algeciras habrá otros rompimientos simultáneos. Tenemos asegurada la guarnición de Málaga.

Flores Calderón no pudo aguantar más las emociones y rompió a llorar. Al fin veían la luz. Boyd lo abrazó con calidez. El pelirrojo irlandés suspiró con desgarró: tanto dinero, tanto esfuerzo, tantas ilusiones. Y allí estaban, tan cerca de su objetivo.

El capitán viró y mandó desplegar velas hacia Gibraltar. Torrijos

decidió escribir una carta llena de sentimientos para Luisa Carlota. Se acercaba la libertad. Y quería que ella lo supiera.

LONDRES. *THE OBSERVER*

¿Recuerdan a la pequeña Daphne, que desapareció días atrás y que trajimos a estas páginas por si alguien la había visto? Una desgracia mayor ha acontecido en Banner St. Los padres de la niña desaparecida han sido encontrados muertos en su casa. Degollados. La policía está investigando este hecho dramático dada su gravedad. El matrimonio estaba en el comedor, con la cena preparada. Allí fueron sorprendidos, se cree que por ladrones, aunque no se sabe aún si ha desaparecido algo de valor de la casa.

La niña sigue sin aparecer. Recordamos su descripción: rubia, estatura pequeña, ojos enormes y azules, cabello rubio, casi blanco, vestidito azul. Desapareció cerca del cementerio de Bunhill Fields. Si alguien la ve, por favor, que hable con la policía en cuanto pueda.

DAPHNE

—Hemos cerrado ya.

La voz femenina se escuchó desde fuera. Pero los golpes insistieron.

Rebeca abrió la puerta. Entró una corriente de aire frío. En principio, no vio a nadie. Luego miró hacia abajo y se sorprendió: era una niña rubia de cara sucia y ojos azules, enormes. Llevaba un vestido azul, caro y manchado.

—Pero... ¡pequeña! ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Me he perdido. Tengo miedo. No sé dónde están mis papás. Déjame entrar.

—Claro que sí. Pasa. Ven. Te haré un té muy dulce, con mucho azúcar. Ahora buscaremos a tus padres. No te preocupes. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Daphne.

—Entra en la tienda, pequeña. Fuera hace mucho frío.

LA FERRERÍA DE GOIZARIN

—¿Dónde estamos?

—Hemos llegado a Hernani. Quiero llegar a la ferrería de Goizarin. Allí podré alimentar a esta gente. Míralos: están muertos. Yo puedo aguantar; ellos, no.

Espronceda asintió. Él también estaba agotado. Y muerto de hambre.

Los hombres de Mina que aún aguantaban en pie eran cada vez menos numerosos. Algunos habían desertado y cruzado a Francia. Mina no hizo nada por detenerlos. Lo que en un principio había diseñado como un levantamiento general en Navarra que luego llegaría hasta Vitoria se había convertido en una encerrona en la que el ejército realista estaba por todas partes en un número que ninguno de ellos había llegado a imaginar. Y encima la bala. De tanta marcha y contramarcha para despistar al enemigo, a Mina se le había abierto la vieja herida. Aquella bala que seguía incrustada en la pierna. Maldijo el día en que, por puro orgullo, rechazó al cirujano que le había ofrecido Wellington a Juana.

Conocía aquel territorio como la palma de la mano, ahí llevaba ventaja. Aún conservaban los caballos. El capellán oraba y disparaba con la misma energía, como si la voz divina le ofreciera un extra de fuerzas con el que los demás no contaban.

Salieron del desfiladero y caminaron casi desmayados, enfrentando el viento glacial que no cesaba. Cruzaron el puente del Elama, el río helado, el musgo y los árboles desprovistos del intenso follaje que los

adornaba en primavera. Al fin divisaron la ferrería de Goizarin. Dentro, un carbonero que servía a la causa liberal los acomodó como pudo.

Mina y Espronceda sacaron provisiones que llevaban en los caballos. De los doscientos hombres que habían partido de Vera solo quedaban unos cincuenta, ensangrentados, alguno herido, agotados, sin energías nada más que para arrastrarse hacia un lugar medianamente cómodo y dormir. El carbonero encendió fuego y puso una enorme cacerola sobre él. Había comida de los trabajadores de la ferrería, arroz, alubias, pan y carne salada. También fue a la parte de atrás de la ferrería a por paja y agua para los caballos. Mina sacó de un morral varias perdices y conejos que habían conseguido cazar en el camino para asarlos. Aquellos hombres destrozados merecían una comida decente después de varios días huyendo por desfiladeros, montes, bosques y roquedales, muertos de frío y de dolor. Mientras aguantasen en España, había una posibilidad de que en el interior saltara la chispa de los pronunciamientos. El general cada vez albergaba menos esperanzas. Pero su orgullo de soldado estaba ya por encima de cualquier razón: tantas veces lo habían acusado de cobarde al servicio de la Corona británica, tantos días aguantaría hasta acabar con todos los hombres de Llauder y Villanueva que pudiese. Espronceda insistía en pasar a Francia cuanto antes; él decidió que se quedarían hasta que no pudiesen más. Después de la comida dejaría a los soldados que huyeran si querían, pero él no. Aguantaría hasta el final.

El olor del rancho pronto levantó los ánimos de los alicaídos guerrilleros. Todos rebuscaron en sus mochilas las latas y los cubiertos tanto tiempo sin usar. Estaban tan desfallecidos que el propio Mina, cojeando, se ocupó de servirles la comida uno por uno. El carbonero guardaba unos galones de vino que el general escanció con agua para que llegase para todos. Algunos de los soldados comenzaron a llorar al notar cómo el vino refrescaba sus gargantas reseca y la carne olorosa llenaba sus estómagos tanto tiempo vacíos y retorcidos de hambre. Durante un rato, el silencio, solo roto por algunos sollozos

emocionados y el chocar de los cubiertos de metal en los platos.

Se hacía de noche.

Mina sabía que el fuego de la herrería no tardaría en llamar la atención de los realistas y quizá no tardasen demasiado en presentarse por las cercanías. Pero decidió dejarlo encendido para que todos entraran en calor y olvidaran el frío exterior. Iba a dar permiso a sus hombres para dormir un rato antes de dejarles elegir si querían seguir con él o querían marcharse a Francia. Estaban muy cerca de la frontera. Era una oportunidad única para salvarse.

Espronceda se tiró al lado del general con un suspiro de alivio. Comió la carne y las viandas, saboreando cada bocado como si estuviese en un banquete real. Pensó en Teresa, preocupada por él, en su casa de Passy. Pero no abandonaría a Mina. Había hecho una promesa. Los dos juntos sobrevivirían a aquel infierno. Y en cuanto regresase a Francia, escribiría poesías en honor de los muertos y de los héroes.

Unas horas después, Mina despertó a sus hombres y les explicó la situación.

Ninguno de ellos se quiso marchar. Todos decidieron seguir con él hasta el final.

ENSAYOS Y ERROR

Wellington dejó que la duquesa siguiera durmiendo. La miró mientras respiraba, semidesnuda. Amanda no era una mujer excepcionalmente bella: demasiado rubicunda y de pechos enormes, el pelo rubio de su pubis resultaba casi tierno y cómico. Pero Wellesley agradecía sus esfuerzos en el lecho y su hilarante simpatía, nada que ver con las amantes intensas e interesadas que solía frecuentar. Además, su cocinero hacía un solomillo al hojaldre delicioso, su plato favorito.

Aún era de noche. Cogió un candelabro y buscó sus habitaciones en el claroscuro de pasillos y viejos retratos de aquel palacio de la época de los Tudor. Aún podía descansar una hora antes de que amaneciese. Si se quedaba en el lecho de la duquesa, lo sometería a otra sesión de sexo ardiente, y no estaba ya para tanto ejercicio: tenía que encontrar cuanto antes al tallador de piedras y volver a Londres con suma celeridad.

Wellesley se tumbó en la cama, pero no pudo dormir. Cogió uno de los libros que se había llevado consigo para el viaje: los *Ensayos*, de Montaigne. Aquel libro solía acompañarle en los momentos de soledad.

Antes de que la vela se apagara, Wellington se había sumergido en un sueño profundo que duró hasta que los rayos del sol entraron por una rendija del cortinón de color granate, iluminando las minúsculas motas de polvo y la mejilla que no estaba apoyada en la almohada de plumas.

La claridad lo despertó por completo. Un criado le llevó el desayuno a la cama. Luego se aseó y se vistió con elegancia: un chaleco de algodón de color blanco con motivos florales en azul, negro y blanco. Un pantalón ajustado también de color blanco. Las botas que llevaban su nombre. Una levita de lana de color azul marino. Un levitón que le protegería del intenso frío del norte. Un bastón con el puño de marfil que hacía las veces de estoque. Más de una vez alguien había intentado matarlo mientras paseaba por la calle: una pequeña pistola y el estoque nunca estaban de más para defenderse de atentados.

Wellington se puso en marcha acompañado de uno de sus sirvientes. La ciudad comenzaba a moverse: fruteras, lecheras, vendedores de tabaco, pañeros, costureras, jóvenes que repartían periódicos, lavanderas, obreros, chocolateros, herreros, carboneros, militares, carniceros, todos se ponían en marcha a la salida del sol. El duque disfrutó del paseo por la ciudad medieval, las callejuelas empedradas, las campanas antiguas de las iglesias, la catedral inmensa y majestuosa. Era un paseo agradable, nada que ver con las calles populosas y llenas de fango y contaminación de algunas zonas de Londres. Sin contar con que en York la gente no lo conocía ni esperaba verlo, y nadie le reconvendría o le jalearía según sus ideas y simpatías.

No tardó mucho en encontrar la calle en donde se encontraban los talladores de piedras, los anticuarios y los joyeros. El lacayo preguntó y pronto supo cuál era el de más renombre, el judío que tallaba las piedras para los reyes de toda Europa.

Wellesley tocó la campana de la puerta, pero nadie contestó. A aquella hora las tiendas ya estaban abiertas. Mandó al lacayo que permaneciese fuera. Empujó. Estaba abierta. Avanzó hasta el mostrador. Nadie. Se asomó.

Una mujer joven yacía en el suelo. Los ojos negros miraban ya hacia el infinito, el cuello abierto como una rosa marchita. El duque, con cautela, apartó la cortina y entró en la trastienda.

El hombre se había intentado defender hasta el final. Su ropa estaba

desgarrada, su cabello largo y blanco, totalmente despeinado, le cubría parte de la cara. Las cajas que habían contenido piedras estaban tiradas por el suelo, desordenadas. Las joyas seguían allí, brillando al sol de la mañana.

Wellington vio una bolsita de terciopelo en la mano del judío. Los dedos la aferraban como si fuese lo último que había hecho en vida, antes de morir desangrado como un cerdo en el matadero. La cogió, estaba vacía. La volvió a dejar en su mano.

Sylvia Axel iba dejando un rastro de oscuridad tras de sí. Aquel lugar olía a carnicería y a muerte. Tenía que volver a Londres. Sylvia tenía la piedra. O, por lo menos, una parte. La diosa podría volver. Y pediría su ración de muertes. De nuevo, la desgracia y la enfermedad. Había que hacer algo. Pensó en Harriet Green. Y decidió que ya era hora de actuar.

ROMPIMIENTO

Una sucesión de cañonazos, el agua que salpicó a todos los de la primera barcaza, la Purísima, y, a Dios gracias, solo agua, ya que la bala cayó a muy poca distancia de la proa.

Torrijos se levanta y se queda paralizado: los proyectiles vienen de los cañones del Neptuno, el guardacostas de la Marina que prometió escoltarlos hasta Ventas de Bezmiliana. Ha de ser un error. Enarbola la bandera libertaria y les hace gestos con los brazos, a los que el bergantín responde con otra andanada que todavía cae más cerca de las barcazas, lo que hace que Torrijos comience a jurar y perjurar, el corazón encogido en su pecho.

—¡Desembarcamos en esa cala!

Torrijos señala la playa de El Charcón, un lugar idóneo para que embarranquen las barcas. Pero han de darse prisa, el Neptuno no parece estar para bromas, y suerte que el viento no le ayuda y le mantiene alejado. Las dos barcazas vuelan hasta la orilla y los hombres desembarcan armas y provisiones antes de correr por la arena caliente y desaparecer entre los matorrales.

El Neptuno considera que su misión ha terminado y se aleja. Su capitán mira con un catalejo cómo Torrijos y sus hombres corren por la playa como ratas asustadas, cargando con sus enseres, pistolas y fusiles. La primera parte del plan de González Moreno ha sido un éxito.

En cuanto llegaron a una hondonada que los mantenía ocultos, los hombres, jadeantes, se tiraron en la hierba amarillenta para recuperar el aliento. Flores Calderón se sentó al lado de Torrijos con semblante de total preocupación.

—No entiendo qué ha pasado. José María, no me fío nada de nada. Lo del Neptuno... Menos mal que encontramos esta cala tan a punto; nos iba a volar a cañonazos.

Torrijos permanecía en silencio, intentando comprender todo aquello. Quizá no estaba demasiado dispuesto a pensar. Ya estaban en tierra, ya se había producido el rompimiento. Igual no en las condiciones que él había soñado, ideado y preparado una y otra vez, pero allí estaban, en tierra y armados. No había vuelta atrás. Se levantó, la frente muy alta y el gesto heroico.

—No es el lugar en el que habíamos pensado desde el principio, pero aquí estamos. El rompimiento se ha efectuado.

Todos los hombres se levantaron y comenzaron a dar vítores. Alguno sacó su bandera y la ondeó con entusiasmo.

Torrijos mandó callar y continuó la arenga:

—Contaremos con ayuda muy pronto. Vendrán fuerzas aliadas de Málaga. Solo tenemos que resistir hasta su llegada. Ahora debemos ponernos en marcha y buscar un sitio donde guarecernos.

Uno de los voluntarios, Pedro Manrique, alzó su mano.

—Conozco bien la zona. Si nos internamos por la cañada del Carrizo, que está aquí cerca, podemos marchar hacia Mijas atravesando el río Ojén. Y de ahí a la sierra, en donde encontraremos mil y un sitios para cobijarnos.

—Bien. Tú nos guiarás. Ya es hora de ponernos en camino. Hay que aprovechar el día. Por la noche pernoctaremos en la sierra. Seguro que hay alguna alquería o posada donde podamos quedarnos. Y ahora... ¡andando!

ORACIONES

Juana rezaba, arrodillada en la nave de la catedral gótica de Bayona.

Sentía el peligro que acechaba a su marido en los Pirineos. Lo sentía en la piel. Sabía que aquello no estaba saliendo como habían planeado, lo sabía en lo más profundo de su ser. Solamente pedía que volviese con vida y sano. En lo posible, sano. Habían llegado noticias de los combates encarnizados entre las tropas de Butrón y Valdés contra las de Llauder. Cuatrocientos liberales contra siete mil realistas. La defensa de Vera. Los lanceros que habían luchado sin descanso y habían conseguido los elogios de sus enemigos. Y, al final, la retirada a Francia de los supervivientes, que fueron recibidos por el pueblo como héroes de guerra. Incluso hubo una serenata en honor del coronel Valdés. Los funcionarios franceses, con órdenes de desarmar, detener o dispersar a los guerreros españoles, se habían contagiado del entusiasmo de los ciudadanos y, en vez de ejecutar las órdenes, se unían sin pudor al jolgorio y los festejos que celebraban el heroísmo romántico de sus vecinos. Juana sabe que en cuanto Fernando VII se entere de semejante desatino, hará lo posible para que vuelva el orden, y las represalias de Luis Felipe y Calomarde contra los españoles serán aplastantes.

Mina está desaparecido. Las últimas noticias son que el continuo hostigamiento de las tropas realistas lo han separado de parte de sus hombres. Juana mira la imagen de la Virgen con el Niño y pide con fervor que interceda con el Padre para que lo devuelva sano y salvo

con ella, para poder regresar a Londres y cuidar a su padre, y muy pronto a España sin el yugo del Rey Felón. Juana junta las manos y reza con fervor.

«Es muy pronto para perderlo, Santa Madre. Dame algún tiempo más con él».

EN PELIGRO

La nevada es tan intensa que no ven nada más allá de sus manos y sus pies. Los caballos relinchan, asustados y muertos de frío.

Mina, Espronceda y el cura se han visto separados de todos los demás por culpa del temporal. Espera que todos se hayan al fin escapado a Francia. El acoso de los realistas no cesa: allá por donde van, las numerosas tropas, frescas y bien armadas, hostigan a los guerrilleros hasta el paroxismo.

El oído entrenado del general escucha a lo lejos los ladridos de los canes de presa. A gritos se lo dice a sus acompañantes. Deciden coger agua y algunas provisiones del morral que cuelga de la silla. Con pena, Mina da una palmada en los flancos de los animales para que huyan y distraigan el rastro de los perros.

Espronceda señala entre los copos de nieve un risco cercano.

—Creo que ahí tenemos una gruta para guarecernos.

—Bien. Esperaremos a que pase la tormenta. La frontera no está lejos. Creo que ha llegado el momento de huir. No quiero ser la presa de unos perros. Era lo último que me faltaba. Capturado por unos canes.

La gruta es profunda y deciden ocultarse. Los ladridos vienen y van con el viento; a veces es difícil decidir si los enemigos han encontrado el rastro.

De pronto, los perros se oyen cerca, muy cerca. Todos se miran; el miedo en los ojos del capellán, Mina que saca el sable afilado y

brillante, Espronceda aprieta con fuerza las cachas de sus pistolas. Los ladridos no anuncian nada bueno, perros grandes, fieros y hambrientos, dispuestos a seguir la presa hasta el límite de sus fuerzas.

Al final se alejan y al poco dejan de oírse. Seguro que los perros han seguido el rastro de los caballos, y eso les da un respiro que aprovechan para comer algo, y Mina para darse cuenta de que la vieja bala incrustada ha vuelto a sangrar.

El capellán improvisa una venda con parte de su camisa y aprieta el muslo hasta que la cara de Mina amarillea del dolor. Luego humedece el vendaje con aguardiente. Mina se estremece. El cura le guiña un ojo y se toca la cruz que lleva colgando del cuello. Luego musita una oración y se persigna. Mina se agarra el vendaje y nota su corazón palpar en la herida. El páter le pone una mano en un hombro, consolándolo.

—Así aguantará hasta la frontera, general.

Cambridge

ENCUENTRO EN LA CATEDRAL

Tomlinson cerró las Sagradas Escrituras y permaneció unos instantes en silencio. Lo mismo hicieron los feligreses. Alguna mujer se acercó al clérigo para comentar el sermón. Tomlinson era joven, delgado y bien plantado, con el espeso cabello prematuramente blanco y estatura media.

«Quizá querían algo más que comentar el sermón», pensó Wellington sentado al fondo de la iglesia. Había que reconocer que el discurso sobre Jesús perdido y hallado en el templo había sido vibrante, y los comentarios, acertados y llenos de sabiduría. Especialmente para viudas y solteras con ganas de un marido con un sueldo. Wellesley no podía dejar la ironía ni un segundo: era un hombre que creía en el más allá, por supuesto, en el bien y en el mal, en el cielo y en el infierno, en el alfa y en el omega. Pero también sabía el capricho de muchas damas por los clérigos y seguro que Tomlinson, un hombre brillante y apuesto, adornado por un rostro de cordero místico, tenía mucho éxito entre ellas. La propia Harriet Green era un ejemplo.

El clérigo recogió sus cosas y se dirigió con calma hacia la puerta del templo.

—Tomlinson.

Se volvió y la sorpresa fue tan grande que no tuvo tiempo para disimular. El mismísimo duque de Wellington lo esperaba detrás de una columna, apoyado con aquella languidez tan británica que le caracterizaba.

—Se... señor duque. Milord. Yo... ¿Qué le trae por Cambridge?

Tomlinson no supo bien qué decir. Se avergonzó del tartamudeo de su voz, pero no pudo evitarlo. Era un tipo tímido y retraído cuando no se hallaba en el púlpito o cuando estaba sobrio. Y aquella visita le produjo una gran inquietud.

Sir Arthur Wellesley fue directo al meollo del asunto.

—Necesito su ayuda como hombre de Dios... —Respiró hondo antes de continuar—: ¿Recuerda la terrible historia de Harriet Green?

Tomlinson miró a su alrededor. Ya no quedaba nadie en la iglesia. Señaló con la barbilla hacia una puerta que llevaba al interior del templo.

—Venga conmigo. Dentro podremos hablar tranquilamente.

DERROTAS Y TRAICIONES

Juana abrazó a Mina, notando su delgadez y sus huesos clavándose en su vestido gris.

—Estás vivo —alcanzó a decir entre sollozos—. He rezado tanto por ti... Estás vivo, Paquiño mío. Gracias a la Virgen y a todos los santos.

El capellán castrense, mientras bebía un gran vaso de vino, apostilló sin dudar:

—Y gracias también a que su esposo es un genio de la guerrilla, señora Juana. No se imagina todas las penalidades que ha pasado antes de rendirse. Y todas las que hizo pasar a los realistas, que no eran capaces de encontrarlo en aquellas montañas endiabladas. Nos salvó la vida una y mil veces. No sé si en nombre de la Virgen o por las ganas que tenía de volverla a ver a usted. Ni siquiera los perros podían rastrearlo.

El médico llenó de una pasta curativa la herida abierta de Mina, que supuraba y tenía un color agranatado bastante insano.

—Bébase esta medicina, general. Le sentará bien y le asentará el estómago.

Mina asintió y se bebió aquel líquido amargo sin dudar.

—Un poco de vino para bajar este brebaje asqueroso, por favor. ¿Dónde está Espronceda? Me ha salvado la vida más de una vez durante estos días terribles. Tengo que agradecersele.

Juana le escanció una copa de vino generoso francés.

—Acaba de partir para París. Por lo visto, Teresa Mancha está

embarazada. No ha podido esperar más. Nos ha invitado en cuanto dejemos Bayona y subamos hacia allí.

Mina aguantó con estoicismo el dolor mientras el médico le vendaba la herida.

—Bien. Nos pondremos en marcha en seguida. La campaña ha sido un desastre, no hemos encontrado ningún apoyo en el norte y hay que informar cuanto antes a la Junta de España en París de lo ocurrido. Por cierto, ¿cómo va el levantamiento en Andalucía? ¿Salvador Manzanares?

Todos los presentes se quedaron en silencio.

—Malas noticias, mi general... Manzanares casi lo consigue en Cádiz. Pero fue traicionado varias veces. Unos cabreros lo vendieron cerca de Marbella. Manzanares los decapitó y luego se suicidó antes de que lo prendieran.

Mina movió la cabeza con pesadumbre.

—Válgame Dios. Un desastre tras otro. —Permaneció unos segundos en silencio. Luego levantó la cabeza, inquisitivo—. ¿Tennyson y Hallam?

Juana sonrió. Los ingleses habían llegado con ganas de participar en la guerra, pero pronto se les pasaron al sufrir el mal tiempo.

—Han tomado el aire por los Pirineos, han dicho que hacía mucho frío y han vuelto a la universidad.

—Me alegro. Aunque ya me lo imaginaba. El romanticismo de los poetas acaba muriendo en la primera ventisca. Salvo Espronceda, por supuesto. Bien. ¿Qué sabemos de Torrijos?

TRAICIONADOS

—¡FUERA DE AQUÍ!

Los disparos parecían provenir de todas partes. La ciudad de Mijas estaba rodeada de realistas armados y sin clemencia. Allá donde iba, Torrijos encontraba fuego y soldados dispuestos a matarlos. Consiguió poner en marcha a todos los expedicionarios ilesos lanzando gritos desesperados.

Torrijos se agachó para esquivar las descargas de fusilería, que no cesaban. Llamó a Pedro Manrique, que se acercó al momento.

—¿Qué hacemos ahora? Mijas está tomada por los soldados.

El joven pensó rápido.

—Propongo alcanzar la alquería del Conde de Molina. Está abandonada. O lo estaba hace poco tiempo. Hay que subir por el arroyo de las Granjas y luego nos dirigiremos hacia Alhaurín de la Torre. No descarto que por el camino nos encontremos con voluntarios realistas. La alquería es un fortín. Si no hay soldados...

—Allí nos podemos hacer fuertes mientras esperamos a las fuerzas que llegan de Málaga. Buena idea. Ve tú delante. Te seguimos.

El grupo consiguió librar el tiroteo arrastrándose hacia una zona más escarpada y llena de rocas que podían cubrirles. Corrieron hasta el arroyo. Subieron por él; el agua de los deshielos les cortaba la piel y la circulación de la sangre. Los gritos de Torrijos y Boyd animaban al grupo, que cada vez estaba más y más cansado. Salieron del arroyo y durante un buen trecho las fuerzas realistas les dejaron en paz. Les habían dado esquinazo.

Los hombres comenzaron a protestar. Estaban totalmente agotados. La travesía por el río los había destrozado.

—Tendríamos que aguantar hasta la alquería. Allí podremos pernoctar seguros.

Boyd echó una larga mirada a los expedicionarios. No podían más. Ninguno se sostenía ya en pie.

—Mañana seguiremos. Hoy creo que deberíamos parar aquí, hacer un fuego y reponer fuerzas.

No tardaron las fuerzas realistas en ver el humo de la hoguera. Un par de horas después, un grupo de voluntarios alcanzó a la expedición. Comenzaron de nuevo las descargas de fusilería, el olor a pólvora, los gritos de unos y de otros. Torrijos decidió continuar de inmediato el camino hacia la alquería. Allí la defensa sería mucho más fácil.

Nadie sabe de dónde sacaban aquellos héroes las fuerzas para marchar a toda velocidad y dejar atrás a los atacantes. Torrijos parecía inasequible al cansancio y al desaliento. Continuaba sin rendirse un segundo, impulsado por una fuerza feroz: la fuerza de la libertad.

Llegaron a la alquería al caer la noche.

Torrijos situó vigilantes y cambios de guardia continuos. Era necesario que todos descansaran. Atrancó puertas con muebles viejos y apolillados, situó a los mejores tiradores en el tejado. Encendieron la chimenea partiendo en trozos sillas y aparadores.

Por lo menos allí estarían resguardados durante un tiempo. Los realistas no lo tendrían tan fácil. Y muy pronto aparecerían los 2500 liberales de la Axarquía que le esperaban en Málaga. Eso le había prometido Viriato: un ejército que le ayudaría a proclamar el levantamiento. Un ejército que estaba a punto de llegar.

En la noche solo se escuchaba el batir de alas de algunas cigarras, que aprovechaban el calor inusitado para aparearse. En la alquería casi todos dormían. Ninguno, ni siquiera los vigilantes apostados en el tejado, se dieron cuenta de que un batallón de voluntarios realistas,

dirigidos por el capitán Francisco Lomeña, los había detectado y había aprovechado la nocturnidad para rodear la alquería.

Los primeros rayos del sol anunciaron los primeros disparos.

Torrijos se levantó, maldiciendo su sueño.

Todos, según habían acordado la noche anterior, se apostaron en las ventanas de la alquería y devolvieron el fuego con más ímpetu todavía que los asaltantes, que, sorprendidos ante semejante resistencia, bajaron las armas esperando refuerzos. Refuerzos que no tardaron en llegar: el cerco se hizo más y más espeso gracias a las unidades regulares que aparecían a lo largo de la mañana. Voluntarios, regimientos de caballería, carabineros de cualquier parte de Andalucía se aprestaban a vencer a los osados liberales y subían hasta la alquería del Conde de Molina a divertirse, a pegar unos tiros, a ganar un salario con la excusa de vencer a aquellos ingenuos y estúpidos liberales.

—No entiendo. No, no lo entiendo. Viriato nos prometió un ejército de liberales y casi ninguna resistencia realista. Y cada hora que pasa estamos más solos y más rodeados de enemigos.

Torrijos movía la cabeza con desesperación. Cada bala que salía de uno de los fusiles o pistolas era munición que muy pronto no tendría repuesto. Cada ráfaga de fusilería de los realistas era el recuerdo de que no saldrían con vida de allí. Miraba los rostros desesperados de sus hombres y sus presagios de victoria se convertían poco a poco en un abismo. En su mente resonaban las palabras de Mina antes de separarse: vas hacia una misión suicida y Viriato es un traidor. La mirada de Luisa Carlota de vacío desesperado y amor absoluto, la última mirada, el último abrazo, el último beso; la capa de bellotas de oro que había bordado mientras él estaba en la cárcel; su hija muerta al poco de nacer; Robert Boyd, su dinero, el dinero de Espronceda; el apoyo de aquellos ingleses que con tanto ímpetu habían jaleado y loado la causa; la voz de Mina avisándole una y otra vez de que no cayese en la trampa; las apariciones en su casa de campo; su absoluta fe en sus planes, en sus ideas, en la libertad... Todo se desvanecía con cada disparo de los fusiles. Con cada herido de los suyos. Con cada

sollozo, su absoluta fe se convertía en su absoluta estupidez.

Nunca podrían salir de allí vivos. Nunca.

—¡Parlamento!

Torrijos enseñó una bandera blanca por una de las ventanas. Cesaron los disparos. Sin temor por su vida salió fuera y pidió entregar una carta que se enviaría a su amigo González Moreno, gobernador de Málaga. Un comandante realista se acercó y la recogió, con la promesa de entregarla cuanto antes.

Poco después el ataque se reanudó, siempre más fiero. Sonaron cornetas, señal de que nuevas fuerzas se incorporaban al asedio de la alquería. Torrijos comenzaba a desesperar. Las provisiones, el agua y las municiones escaseaban por momentos. Estaban ya totalmente rodeados. En cualquier momento los realistas, dado su gran número y su desprecio por la vida, atacarían y entrarían en la alquería por la fuerza.

—¡Parlamento!

Bandera blanca de los realistas. González Moreno caminaba hasta la puerta de la alquería acompañado de dos fusileros.

Al fin, parlamento, se dijo mientras respiraba hondo y cogía fuerzas. Moreno era amigo suyo, habían sido compañeros de armas. Moreno era la solución. Seguro que estaría de su parte.

HARRIET

—Lo sabía todo desde el principio. Sabía que Harriet se refugiaba en su casa cuando empezó... todo.

Tomlinson escuchaba al duque de Wellington con la boca abierta de un asombro que no se molestaba en disimular. Aquella visita lo había desarmado de tal forma que su capacidad de reacción o de disimulo eran mínimas.

—Tengo espías en todas partes, George. Me preocupo mucho por los miembros de sociedades secretas que ayudan a sediciosos, y usted está en una de ellas. No disimule. Sigamos con el tema que me trae aquí. Harriet fue poseída y luego convertida. Y robó la piedra de la diosa. La diosa hace esas cosas a menudo, se divierte con alguna de mis amantes. No con todas, por supuesto. Tiene sus preferencias. Todos las tenemos. Suele poseer a las más bellas o a las más vulnerables. Harriet... Bueno. Ella era hermosa y delicada como un ciervo. Pero... ¿qué le ocurre, George? Lo veo a usted muy pálido.

Tomlinson parecía a punto de sufrir un ataque. La naturalidad con la que Wellington abordaba aquel tema que lo torturaba desde hacía años le ponía enfermo y, además, lo perturbaba también no saber adónde iba a parar aquella conversación que con tanto desparpajo dominaba Wellesley. Sacudió la cabeza con fuerza.

—En verdad le digo que no sé qué decir. Recuerdo aquellos días como una pesadilla interminable. No sé nada de una diosa, sí sé que Harriet estaba rara y, sí, tenía una gema, un zafiro muy valioso. Yo lo

vi. Era algo ultraterreno, tanta belleza en un trozo de piedra...

Wellesley aceptó una copa de vino. Sacó dos habanos.

—Venga, George. Relájese. Vengo a pedirle ayuda. Usted es un hombre de Dios. Usted es el único que conoce el tema. Por eso estoy aquí. Lo conozco bien, es un erudito y un estudioso. Dudo mucho que se quedara de brazos cruzados cuando vio lo que le ocurría a su amada.

Tomlinson bebió de un trago el vino y volvió a llenar la copa.

—Ya veo que usted lo sabe todo. Bien, sí. Nunca se lo conté a nadie, pero intenté comprender. Yo quería salvarla, aunque sospechaba que, una vez cruzado el río de la vida, no habría solución para ella. Cuando la vi muerta en aquella morgue...

—Yo la maté y le quité el corazón. Pero cuando la maté, ya estaba muerta. Lo único que hice fue «liberarla». Pero no sirvió de mucho: la diosa eligió a otra, y seguirá haciendo lo mismo para siempre, así que necesito hacer algo y lo necesito hacer ya.

—Yo... Eh... —Tomlinson tosió al fumar el cigarro. No estaba acostumbrado al ardor en la garganta. Bebió para calmarlo. Y para calmarse.

—Como iba diciendo, usted es un hombre de Dios. Y si es un hombre de Dios, ha de conocer bien al Diablo, es su trabajo. Es con el Diablo con quien nos enfrentamos, con algo impuro, oscuro, insaciable. Y yo necesito dominar esa fuerza y encerrarla. Confinarla. Hacerla débil. O seguirá muriendo y desapareciendo gente. La diosa siempre necesita más. Más guerras, más epidemias... Su ansia de destrucción no tiene fin. Jamás le he contado esto a nadie. No puedo matarla, pero debo inutilizarla para siempre.

Tomlinson permaneció un rato callado, bebiendo el vino. Llenó de nuevo su copa y la de Wellington.

El habano se estaba consumiendo sin que Tomlinson lo tocara.

—Conozco a alguien que nos puede ayudar. Alguien muy poderoso en esos temas oscuros. Esta noche podemos vernos.

—Perfecto. Al anochecer. En la puerta del cementerio de Bunhill

Fields.

CONFESIÓN

Torrijos observaba por el rabillo del ojo las expresiones de odio de los soldados realistas. Había aceptado el parlamento con González Moreno fuera de la alquería, en la tienda que habían montado para el gobernador en un descampado muy cerca de la zona de asedio. Se fijó en el lujo que había en aquella tienda, comparado con la austeridad de la alquería, con la falta de alimentos o agua que empezaba a minarlos.

Moreno mandó que sirvieran limonada fría, vino y algo de comer. Torrijos no probó bocado.

—Tienes que rendirte. No hay otra salida. Es la única forma que hay de salir con vida. Las fuerzas de los liberales de la Axarquía no pueden subir hasta aquí. Entiéndelo.

Torrijos se levantó de la silla de campaña y dio varias vueltas, pensativo. Al fin, miró fijamente a González Moreno con un gesto pétreo.

—No puedo rendirme. Mis hombres prefieren morir luchando.

—Nadie habla de morir. Lo que he pensado es lo siguiente: os rendís. Después os llevo a Málaga y allí hacemos el pronunciamiento, lejos de todos estos exaltados realistas. No hay forma de hacerlos entrar en razón.

—Déjame pensarlo unas horas. Lo hablaré con mis hombres.

—Tienes hasta el amanecer para discutirlo con los tuyos. Solo te digo que lo mejor es la rendición para salir de este sitio con bien. Una vez fuera de la sierra y con los hombres de la Axarquía, todo

cambiará.

—¿Cómo sé que me puedo fiar de ti en verdad, Moreno?

González Moreno adoptó la expresión más sincera y noble que pudo antes de contestar. Bajó la voz y se acercó al oído de Torrijos de forma disimulada.

—Puedes fiarte totalmente de mí. Soy Viriato.

EVA

Wellington esperaba en la verja del cementerio, cubierto con una capa y un sombrero de copa que le ensombrecía el rostro. No había mucha gente por allí a aquella hora, pero no tenía ganas de ser reconocido. No tardó en llegar Tomlinson en un carruaje, que se detuvo cerca de los muros del camposanto. Del coche también bajó una mujer.

«Majestuosa», pensó Wellesley cuando la vio descender con los ademanes de una reina alta y elegante.

Tomlinson la cogió de la mano y la acompañó. La dama llevaba el rostro velado, un abrigo largo, negro, de corte masculino, un vestido también negro y un gorrito con plumas azuladas del que pendía el velo tupido que impedía verle la cara. Los tres vestían de negro riguroso. Wellington sacó de un bolsillo la llave de la verja: a aquellas horas el cementerio estaba cerrado y los enterradores procuraban dificultar con mayor o menor éxito la entrada nocturna a los ladrones de cadáveres.

La llave se movió con suavidad en la cerradura, y el duque esperó hasta que los otros entraron para volver a cerrar la puerta. No quería visitantes molestos. Wellington se quitó el sombrero. La dama se desveló a su vez y al fin Wellington pudo admirar aquel rostro que quitaba el aliento. Ojos azules, enormes y profundos, labios rojos y finos, la nariz aguileña y unas cejas todavía más oscuras que su cabello negro, que contrastaban con la palidez del cutis. La mirada de Eva reflejaba la distancia que había entre los seres humanos y ella, su

inteligencia, su altanería algo tímida, pero allí estaba, en la barbilla alta y los hombros decididos hacia delante. El mismo duque de Wellington se sintió intimidado ante aquella fuerza de la naturaleza confinada en un envoltorio perfecto. Se fijó en un enorme bolso de color verde oscuro que parecía pesar, pero no se atrevió a decirle que se lo llevaría con gusto.

Caminaron en silencio hasta el panteón familiar de los Morgan-Brown.

Aún no había anochecido, aunque no faltaba mucho para la caída del sol. El tiempo desapacible hacía revolotear capas y faldas, y volar las pocas hojas de los árboles que aún quedaban sin caer.

—Tenemos que darnos prisa.

La mujer sacó de su bolso un martillo y un punzón. Con habilidad, reventó los sellos y la cerradura. Empujó la puerta con fuerza; era muy pesada.

—Dios mío.

Las escaleras que llevaban hacia la cripta subterránea donde yacía el ataúd de Sylvia estaban cubiertas de telarañas. El olor a corrupción era insoportable, a necrosis y a flores marchitas. Wellington se adelantó con su bastón y comenzó a abrirse camino, apartando las pegajosas telas blanquecinas. Las arañas corrieron a esconderse.

—Pequeños seres repulsivos... —Wellesley sintió un profundo asco.

—Todos son seres divinos, milord.

Eva cogió una de las arañas en la mano y el artrópodo se quedó quieto sobre su palma. Luego correteó por el brazo hasta saltar al suelo. Se acercó a las botas del duque, que no dudó en pisarla y convertirla en un amasijo de patitas convulsas.

Contestó con el estómago en la garganta. Odiaba las arañas.

—Algunos son más divinos que otros.

Cuando llegaron a la cripta, Tomlinson encendió una pequeña lámpara y la colgó de un clavo al efecto que había en la pared. Al iluminar la estancia, todos contuvieron la respiración. Sobre el ataúd cerrado dormía una niña rubia, encogida como un feto. Su vestidito

estaba sucio de sangre. Varias ratas que estaban durmiendo sobre la niña huyeron de la luz.

—Eva...

Tomlinson aguantaba las ganas de vomitar apretando un pañuelo contra su boca; lo apartó para balbucear el nombre de la mujer. Ella cogió a la niña y la puso en los brazos de Wellington. Al levantarla, varios escorpiones que dormían entre los pliegues de su ropa alzaron su aguijón. La mujer miró a Wellington con una mueca burlona.

—Usted no corre peligro, milord. Puede sujetarla tranquilamente. George, ayúdame, por favor.

Eva rompió el sello del ataúd y Tomlinson lo abrió.

Sylvia. Los ojos abiertos, las manos crispadas, muerta, la piel azul, congelada en vida, el sudario resplandeciente, la boca roja como una amapola carmesí y sensual, los dientes blancos, apoyados en los labios, afilados como los de una tigresa en celo. Tomlinson sintió cómo sus rodillas se debilitaban de fascinación y terror a partes iguales.

—Hay que actuar rápido. Están a punto de despertar. Es necesario.

Eva sacó de su bolso un ramo de rosas secas y lo depositó sobre el cuerpo. Wellington buscó la piedra con la mirada infructuosamente. Acercó su mano para hurgar bajo la ropa. Eva lo fulminó con sus ojos.

—No, no la toque. Hay que clausurar la caja ya. O escapará y habremos fracasado para siempre.

Eva cerró la tapa sobre aquella figura paralizada de belleza siniestra. Continuó lanzando conjuros y sacando botellines y pomadas con las que trazaba figuras sobre la madera con sus dedos finos, pálidos. Dejó sobre la tapa una pequeña cruz bizantina de oro. Las arañas y los escorpiones desaparecieron.

—¿Por qué no la destruye? —Tomlinson no entendía nada—. Pensé que habíamos venido a...

Eva suspiró profundamente mientras vertía sobre la cruz agua bendita.

—La diosa está en ella. Es mejor confinarla. Sellar el panteón. La

diosa es sagrada. La ha elegido.

Tomlinson pensó en Harriet y decidió no preguntar más sobre el tema.

—¿Qué hacemos con la niña?

Eva, pensativa, se pasó la mano por la cara.

—A la niña sí hay que eliminarla. Está contagiada. Es parte de la epidemia. Si la dejamos libre extenderá el mal todavía más y no podremos detenerlo. Ya ha matado a sus padres. No se detendrá. Los niños que no mueren son mucho peores que los adultos. Su ansia crece y crece sin cesar y sin ninguna cortapisa. Quieren crecer, pero no lo consiguen. Y necesitan cumplir sus caprichos. Caprichos repugnantes.

Las manos de Tomlinson temblaron. No esperaba ver allí una niña tan pequeña. No...

Wellington dejó a la pequeña en el suelo. La cría abrió sus ojos azules y lo miró fijamente, parecía que los globos se le iban a salir de las órbitas, del odio y el miedo. Antes de que nadie pudiese reaccionar, sacó el estoque de su bastón y le cortó la cabeza.

—Terminemos con esto de una vez. Hay más cosas que hacer. Por ejemplo, hay que visitar una casa fantasma. Sylvia ha convertido su mansión en un nido de moribundos.

Eva asintió. Buscó de nuevo en su bolso verde y, al fin, dejó una rosa roja sobre la caja.

—No sabemos por qué, pero odian las rosas. O eso dicen los antiguos en sus libros.

RENDICIÓN

—Es la única oportunidad que tenemos. Rendirnos para salir de aquí. Y luego en Málaga organizar el pronunciamiento.

Boyd se tiró sobre una silla. Estaba deshecho. Agotado. Meses de preparación, dinero, ilusiones, todo tirado por la borda. Le empezaba a dar todo igual.

Miró a Torrijos con pena y ternura. No se daba cuenta de que aquello era una encerrona o no quería verlo. Si salían de la alquería vivos, sería para morir más adelante. Lo veía tan claro como el agua de un río de montaña de su tierra irlandesa. No tenía fuerzas para discutir ni para convencer. Y, como él, Flores Calderón, que intentaba forzar la expresión de su rostro para no mostrar delante de Torrijos todo lo desesperado que estaba en realidad. Saldrían de allí vivos y por lo menos habría tiempo para pedir clemencia a un rey que solo quería verlos muertos. Ganar tiempo. Escribir cartas a sus familiares. Por lo menos que no los torturasen antes de matarlos, solo por el placer de dar tormento a unos liberales ingenuos y faltos de picardía. Todos asintieron, dándole la razón a Torrijos, mintiendo y mintiéndose, aceptando lo inevitable: que habían caído en una trampa absurda llevados por el entusiasmo y el aburrimento de años perdidos en Londres, una trampa simple y perfecta.

Calderón asintió.

—Está bien. Aceptamos. Seguro que vienen los liberales a Málaga y González Moreno nos prepara una salida digna.

Los hombres agacharon la cabeza. Aceptaban la rendición, pero se sentían humillados. Habrían preferido luchar hasta el final. Morir allí era más honroso. Luchando.

PURIFICADOS

El silencio del caserón impresionó a sir Arthur Wellesley.

Había caído la noche.

La puerta estaba cerrada. Eva sacó sus herramientas del bolso y después de un rato hurgando en la cerradura, consiguió abrirla. Nada más pisar el vestíbulo, la joven reculó.

—Este lugar está maldito.

El olor hediondo los hizo toser. Los tres entraron con las bocas tapadas. Tomlinson comenzó a encender lámparas y velones para romper aquella oscuridad de aire fangoso y lleno de pústulas. Había moscas enormes de color verde, brillantes y hermosas como conchas marinas. Ratas y pequeños ratones. Escarabajos negros como la noche, arañas huidizas de patas largas, mantis de cabeza ladeada sobre las mesas, sobre los jarrones, insectos volando despreocupadamente, langostas enormes. Una lechuza voló y cazó un ratón, que murió con un chillido mientras era transportado por el aire hacia el piso superior.

—Parecen las plagas de Egipto. Qué asco.

Eva cogió un candelabro y caminó intentando no aplastar con sus zapatos de terciopelo a ninguna de aquellas «criaturas divinas». Subieron las escaleras con cautela. Wellesley se adelantó hacia el dormitorio de sir Charles. Los demás lo siguieron.

Allí estaba, de pie, con la camisa medio abierta, que dejaba ver el pecho lampiño. Llevaba en la mano una de las botellas de brandi que el duque le había dejado.

—Arthur. ¿Dónde está Sylvia? Esta noche no ha venido. Todos los criados han desaparecido. ¿Qué está pasando?

El hombre se tambaleó. La cara blanquecina y el cuerpo jabonoso hacían pensar que no le quedaba ni una gota de sangre en el cuerpo. Solo alcohol. Aún tuvo fuerzas para llevarse la botella a la boca; el brandi cayó por las comisuras.

—¿¿Dónde está Sylvia?! ¡Arthur! ¡¿Qué le has hecho a Sylvia?!

—Atrás.

Eva empuñaba una cruz dorada. Sir Charles comenzó a guiñar los ojos y a recular con torpeza. No entendía lo que le estaba pasando. Solo que aquella cruz le producía un intenso dolor en todo el cuerpo. Intentó huir, refugiarse, buscar un lugar en donde aquel pequeño crucifijo no amenazase su existencia.

La joven clavó sus ojos verdes en los de sir Arthur Wellesley. El duque leyó lecciones, reproches y una necesidad que resultaba imposible de evitar.

—Lo siento, Charles. Lo siento de verdad.

La cabeza cayó rodando por el pasillo hasta topar con la puerta del dormitorio.

El duque respiró y limpió el filo del estoque con un pañuelo, que quedó teñido de bermellón.

—Antes de clausurar la casa hay que buscar a los criados. Luego ir a las caballerizas y encontrar el caballo.

—¿Caballo?

—Sylvia tiene un caballo negro. Amo a los caballos. Pero prefiero que ese esté muerto.

EL ENGAÑO

Cuando al amanecer del día siguiente salieron de la alquería, los soldados realistas comenzaron a disparar al aire y a lanzar vivas y hurras. La entrega sin resistencia de los rebeldes se había efectuado con éxito. González Moreno había vuelto a engañar a Torrijos.

Los separaron al llegar a Málaga. Torrijos se dio cuenta al momento de su error, del engaño, de la burla. Sus hombres acabaron en la cárcel pública, pero a él se le dio un trato diferente: encerrado en el calabozo de la Guardia de Prevención del cuartel de Mundo Nuevo, le arrancaron los entorchados de general y le pusieron grilletes. A duras penas aguantó las lágrimas, no por él, siempre orgulloso, por sus amigos, por sus aliados, por su Luisa Carlota, tan joven y hermosa y tan sola en la vida cuando lo ejecutaran.

No, no había liberales en la Axarquía. No había fuerzas esperando por su llegada. Ni en Andalucía ni en Navarra: ya se habían encargado los realistas de burlarse de las derrotas de todos los rebeldes, de la muerte de Chapalangarra. Por lo menos Mina seguía vivo. El incombustible general navarro. ¡Cuánta razón tenía cuando le avisaba una y otra vez de que aquello era una trama infame, una trampa de cobardes, un plan de Fernando el Felón para librarse de todos aquellos liberales que no hacían más que molestar! Mina, Mina, si le hubiese hecho caso...

Torrijos se pasó la mano por la cara, la barba comenzaba a asomar.

Los grilletes resonaron. Ya había estado antes preso en la cárcel. Aquella vez Luisa estaba cerca, se disfrazaba de hombre para entrar en prisión, llevarle comida, la correspondencia y hacer el amor cuando los guardas estaban borrachos. Esta vez no era lo mismo, esta vez —al fin se daba cuenta— había entrado para morir.

Se acercó a la puerta y gritó a través del ventanuco mientras la golpeaba con las botas.

—¡Decidle a Moreno que quiero estar con mis hombres!

González Moreno deambulaba por su despacho como un animal herido. A su cabeza acudían una y otra vez las treinta monedas de plata. ¿Qué había hecho? Había vendido a un militar, a un amigo, a una persona noble. Por dinero. Si ni siquiera consideraba a Fernando VII un buen rey; era un cobarde, un palurdo putero y sin capacidad de hablar cuatro palabras seguidas ante cualquier otro gobernante extranjero.

Judas había acabado colgado de una higuera. «El que está más torturado es Judas Iscariote», recordó de la *Divina Comedia*, el canto trigésimo cuarto, los traidores al amigo, la cabeza dentro de la boca de Satanás. Una cosa eran las cartas de Viriato y otra muy distinta cuando ya todo había ocurrido. Hasta había un crío, un niño grumete, entre los marinos.

Esperaba la decisión de Fernando VII con el pecho oprimido. Sí, era rico; sí, había defendido a la patria y al gobierno. Sí, era un Judas que besó una y mil veces la mejilla de Torrijos antes de entregarlo a los romanos. Y, encima, Torrijos era tan noble que salvó a Reyes Calderón. A nadie había contado su engaño, que él era Viriato. Nadie sabía que era él la persona que había llevado a prisión a todos aquellos hombres. Mejor. La vida daba muchas vueltas y se decía que la salud del rey Fernando era precaria. Podía morir en cualquier momento. Si los liberales alcanzaban el poder, irían a por él de inmediato.

La entrada de un soldado interrumpió sus meditaciones.

—Torrijos pide que lo trasladen de cárcel. Quiere estar junto a los demás prisioneros.

Moreno asintió. Era justo. Ya no representaban ningún peligro. Fue a la mesa y escribió la orden.

—Trasládenlo.

FUSÍLENLOS A TODOS

—Su católica majestad...

El rey Fernando posaba con desgana. Tenía ganas de vomitar. Y, encima, Vicente López no le había dejado sentarse. Aunque apoyado en una mesa podía acomodarse mejor, eso era cierto, y la bengala de mano apoyada en el león de bronce le ayudaba a mantener el equilibrio. A Vicente le gustaba pintar con la luz de la mañana y eso le obligaba a madrugar. Todo lo perdonaba por que le pintase el valenciano. Era el único que leía su alma, no como aquel sordo imbécil que se había empeñado en pintarle como a un patán una y otra vez. El hábito rojo del toisón pesaba más de lo que él podía aguantar, aunque López había insistido en lo bien que le sentaba y lo regio que parecía vestido con aquella maravilla de seda, oro y terciopelo. Ya había encontrado una postura que le asentaba el estómago cuando entró en la habitación del Palacio Real un mensajero que les interrumpió.

Lo observó con desprecio y aguantó una arcada. Pero el aspecto del mensajero despertó su curiosidad: parecía recién llegado de una travesía larga y polvorienta.

—¿Qué ocurre? —El mayordomo del rey se apresuró a intervenir para que no molestasen a Su Majestad. Pero el rey ya había aprovechado para abandonar su inmovilidad y pedir un vaso de limonada. El dolor de la gota en el dedo gordo del pie empezaba a ser insoportable.

El mensajero jadeó para recuperar la respiración. Estaba nervioso.

—Es urgente. Muy urgente. Noticias desde Málaga. Han detenido al rebelde Torrijos y a sus compañeros. Están en la cárcel. Pregunta González Moreno cuál es la disposición de su católica majestad al efecto.

El rey aplaudió, con palmas sonoras y separadas en el tiempo.

—Al fin.

Bebió un sorbo de limonada y luego soltó un pequeño eructo.

—¿Mi disposición? Carajo. ¿Cuál va a ser mi disposición? ¡Que los fusilen a todos!

—Pero, majestad..., ¿sin juicio? ¿Así, sin más? Hemos recibido un montón de firmas en las que se pide el perdón de los rebeldes y...

Los ojos aviesos del rey atravesaron los de su mayordomo, que comenzó a temblar.

—¡Imbécil! ¡¿Estás acaso a favor de los liberales?!

El mayordomo empequeñeció. Hasta Vicente López pareció turbado.

—No, mi señor. No. Es por usted. Para que luego no hablen... La clemencia real...

—¡Me importa un carajo! ¡Un carajo! ¡Que los fusilen a todos al amanecer! A todos, sin excepción. Y a sus madres si fuese posible por haberlos parido. ¡La clemencia real me la paso por el culo!

Y luego masculló, mientras volvía a apoyarse en la mesa y a agarrar la bengala:

—Un problema menos. Cojones. Tengo otra vez ganas de vomitar. Prosiga con su labor, señor Vicente. Terminemos con este cuadro de una vez. Me pesa el toisón. Y el estómago también.

EL SILENCIO DE LOS CONDENADOS

Torrijos no pudo evitar las lágrimas. Sus compañeros lo abrazaron uno por uno. La emoción era tal que los sollozos y ayes de los aguerridos revolucionarios incluso rompían el corazón de sus guardianes. Los habían trasladado a todos al convento de los Carmelitas Descalzos de San Andrés. Eso hizo que comenzaran a pensar en lo peor.

—Nos han traicionado. Nos han vendido. No hay ejército liberal. No hay nadie en la Axarquía que venga a por nosotros. Nos han preparado una encerrona. Innobles.

Torrijos se secó las lágrimas. No quería que le vieran llorar. No lloraba por él, lloraba por la patria humillada, lloraba por la inutilidad de los esfuerzos de todos, de Mina, de Boyd, de Golfín, de Flores Calderón. Lloraba por Luisa Carlota, pues imaginaba que el rey Fernando no tendría piedad con ninguno de ellos.

El grumete, un joven que no tendría más de catorce años, delgado y ágil, sin ninguna culpa por estar allí más que el contrato de marinero, mantenía la cabeza alta y la dignidad a duras penas. Se levantó del suelo de piedra y se acercó al ventanuco enrejado. Comenzó a cantar con una voz dulce y atiplada que los dejó a todos en silencio:

Sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión;
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son.

Sino por unaavecilla
que me cantaba el albor.
Matómela un balletero;
dele Dios mal galardón.
Matómela un balletero;
dele Dios mal galardón.

Torrijos a duras penas consiguió mantener los ojos secos. Sus compañeros dejaron fluir las lágrimas ya sin disimulo. Pensaban en sus madres, en sus esposas, en sus hijos, en sus hogares, en la lucha que tantos años habían buscado para acabar en un convento esperando la muerte. Ni siquiera habían tenido piedad del grumetillo, que espantaba el miedo cantando romances que les hacían llorar.

Alguien metió una llave en la cerradura de la celda improvisada en el convento. Entraron primero dos soldados armados con arcabuces y después un capitán que llevaba una carta en la mano. Leyó la sentencia del rey Fernando de forma fría y funcional. Serían todos fusilados al amanecer. Luego sus cuerpos serían paseados por el centro de la ciudad de Málaga como escarmiento y humillación. Así aprenderían los ciudadanos que contra el poder omnipotente del rey no cabían revoluciones, revueltas ni atentados.

Cuando se cerró la puerta, el silencio de los condenados se apoderó de la celda durante un rato. Al poco, alguien gritó:

—¡VIVALALIBERTAD!

LONDRES. *THE OBSERVER*

Esta noche se ha producido un terrible incendio en Belgravia. La mansión de sir Charles Morgan-Brown ha ardidido hasta los cimientos en un fuego terrible que los bomberos no fueron capaces de apagar hasta bien llegada la mañana. Aún no se sabe si hay víctimas: sir Charles no ha dado señales de vida. Recordamos que su esposa falleció hace muy poco, víctima del garrotillo. Una serie de desgracias terribles e inmerecidas para una familia ejemplar.

Por fortuna, el fuego no se propagó a otras casas y la ciudad está fuera de peligro. El recuerdo del Gran Incendio aún atemoriza a los londinenses, pero esta vez la acción de vecinos y bomberos acabó con la amenaza.

VOY A MORIR, PERO COMO MUEREN LOS VALIENTES

Málaga, convento de Ntra. Sra. del Carmen, el día último de mi existencia.

Amadísima Luisa mía:

Voy a morir, pero voy a morir como mueren los valientes. Sabes mis principios, conoces cuán firme he sido en ellos y, al ir a perecer, pongo mi suerte en la misericordia de Dios y estimo en poco los juicios que hagan las gentes. Sin embargo, con esta carta recibirás los papeles que mediaron para nuestra entrega, para que veas cuán fiel he sido en la carrera que las circunstancias me trazaron, y que quise ser víctima para salvar a los demás. Temo no haberlo alcanzado, pero no por eso me arrepiento. De la vida a la muerte hay un solo paso y ese voy a darlo sereno en el cuerpo y el espíritu. He pedido mandar yo mismo el fuego a la escolta: si lo consigo, tendré un placer, y si no me lo conceden, me someto a todo y hágase la voluntad de Dios. Ten la satisfacción de que hasta mi último aliento te he amado con todo mi corazón. Considera que esta vida es mísera y pasajera y que, por mucho que me sobrevivas, nos volveremos a juntar en la mansión de los justos, adonde pronto espero ir y donde sin duda te volveré a ver, tuyo siempre hasta la muerte,

José María de Torrijos.

P. D. Recomiendo a sir Thomas (Dyer Baronet), a mi abuelo (el general Lafayette) y al griego (el general Fabvier) y a todos todos mis amigos que te atiendan, te consuelen y protejan, considerando que lo que hagan por ti lo hacen por mí. Te remito por Carmen (su hermana) el reloj con tu cinta de pelo, única prenda que tengo que poderte mandar. También te enviará Carmen lo que le haya sobrado de quince onzas que tenía conmigo. Carmen se ha portado perfectamente. Adiós, que no hay tiempo. Él te dé su gracia y te dé fortaleza para sufrir resignada este golpe. Por mí no temas. Dios es más misericordioso que yo pecador, y tengo toda toda la resignación y toda la fuerza que da la gracia.

Torrijos levantó la vista del papel. No solo había que secar la tinta. También las lágrimas. Todos escribían en silencio sus cartas de despedida. Silencio roto por algún sollozo imposible de aguantar. El obispo Bonel acababa de llegar. Se había prestado voluntario para aliviar el dolor de aquellas almas que muy pronto partirían de la tierra, y era tal su disgusto y turbación que a duras penas podía contener los sollozos. Aquellos hombres justos iban a morir por sus ideas y por salvar a España; Fernández Golfín, casi ciego, agarraba sus manos y confesaba sus pecados veniales: su única falta era buscar la libertad de los pueblos. Aquel niño de voz de ángel... ¿qué hacía allí? ¿Qué rey en sus cabales podía mandar la ejecución de una criatura? No, no podía ser cierto. Un buen cristiano no podía haber dado aquella orden. Bonel se secó las lágrimas sin disimulo y saludó a Fray Jerónimo de Ardales, el definidor de los Capuchinos: el propio Torrijos había pedido confesión con el monje y este había accedido con absoluta piedad cristiana.

El único que no quería los auxilios de sacerdotes ni monjes era Robert Boyd, sentado en un aparte, lejos de los demás. Sabía que William Mark, el cónsul británico, había hecho lo posible por sacarlo de aquella capilla-celda, pero en vano. Robert veía a los curas como

despreciables heraldos del infortunio vestidos con ropajes siniestros, curas que pedían su conversión. Que lo dejaran en paz. Tenía que terminar de escribir sus últimas cartas.

Mi muy querido William:

Las tétricas noticias que esta carta incluyen te las confío a ti de forma que lleguen a mi querida y venerada madre de la mejor manera posible. Antes de que recibas esta carta, yo me estaré pudriendo en mi tumba en tierra extranjera. Los preparativos para el ajusticiamiento siguen su curso con presteza a mi alrededor; y mientras estoy sentado con cadenas entre mis sufridos compañeros en el refectorio desde el que te escribo, heraldos de muerte, vestidos con ropaje de tumba, revolotean a mi alrededor, agonizando, según los españoles, los pobres diablos ante la confesión. No han sido pocos y violentos los ataques que me han dirigido para hacerme retractar, y si esa es la versión que se difunde, estoy seguro de que sabrás desmentirlo.

Gracias a Dios, estoy tranquilo y perfectamente resignado, en un futuro tengo el presentimiento de que mi espíritu pedirá cuentas por mis errores. Esta noche se llevará a cabo un hecho tenebroso en el convento de las Carmelitas. La acusación en este caso equivale a condenación.

Piensa en mí en alguna ocasión, ya que a mí en este momento solo me pasa por la cabeza el dolor que les supondrá esta noticia a mis adorados hermanos y hermanas. Vaya para ellos mi último abrazo y, si acaso llegan a sus oídos los avatares de mi vida, ojalá olviden mis locuras de otro tiempo con el pensamiento de que yo salí en defensa de algo para mípreciado, y no hay ni la más mínima sombra de deshonor en la muerte de vuestro hermano. Es un hombre afortunado. Su vida ha llegado a su término. Para él ya no existe el futuro. Su vida fue limpia, clara; sin mancha fue y siempre lo será. No hay ningún momento siniestro que llame a su puerta con noticias de una desgracia. Él

*ya está lejos, más allá del deseo o del miedo. Ya no estará
sometido al azar o al cambio de inestables planetas. ¡Ay, él ya
está en paz!*

Mi último y más cariñoso abrazo para mi madre. Adiós.

Tuyo por siempre. Con afecto,

Robert Boyd

CAPRICHOS DE NOBLES

González Moreno leyó la carta de Wellington. El duque quería para sí el barco en el que habían venido Torrijos y sus hombres, El Temido. Barco que estaba atracado en Gibraltar. No habría problema.

Extraños caprichos de nobles. ¿Para qué querría Wellington aquel navío? Podía disponer de los que le diese la gana. Pero quería justo el de Torrijos. En fin. Le pagaría bien por conseguir el barco. Era lo importante. El dinero.

No podía dormir. Faltaba poco para que amaneciera. Torrijos y los suyos serían fusilados en la playa de San Andrés. El rey Fernando le había enviado una carta de felicitación. Sería recompensado. Las treinta monedas de plata. El infierno de Dante. En unas horas pasaría todo. Y aquellos fantasmas huirían de su cabeza para siempre. Torrijos era tan noble y tan imbécil que a nadie había contado que él era Viriato. Mejor. Si cambiaban las tornas, bien podía costarle aquella traición la vida. Si un día llegaban los liberales al poder, él sería el primero en estar en la picota. Se sirvió un buen vaso de vino de Oporto. Lo bebió de un trago y llenó la copa otra vez.

Miró por la ventana. El sol estaba a punto de salir. El hideputa del doctor Estrada, amigo suyo y voluntario real, había declinado el ofrecimiento de mandar el pelotón. Menos mal que un joven teniente había tenido los suficientes arrestos. Sería cosa de ascenderlo más adelante.

Salió de su despacho y bajó a las caballerizas. No tardaría mucho en

llegar hasta la playa. Quería estar seguro de que Torrijos estaba bien muerto. Ya había vendido a su amigo. Qué menos que cerciorarse de que lo hacía bien.

ADIÓS A LA VIDA

Las olas rompían con fuerza en la arena. Amanecía un día desapacible. Las nubes pasaban con rapidez, movidas por un viento inclemente. Torrijos aspiró con fuerza la brisa marina. Prefería morir allí, cerca del mar, que en un cuartel oscuro delante de un muro gris.

Todos caminaban por la arena con la frente alta y el paso firme. Hasta el niño grumete, ya consciente de su pronto final, parecía orgulloso de su destino.

Cuando llegaron al lugar convenido, los soldados realistas comenzaron a atar a los condenados. Los frailes del convento intentaban consolar a los más afligidos y temerosos.

Torrijos cogió de la mano a Flores Calderón y a Fernández Golfín. Con la voz tonante, miró fijamente al joven que comandaba a los soldados y le espetó con dureza:

—Solicito la gracia de mandar yo mismo el pelotón. Por rango, tengo todo el derecho. Quiero que nos disparen directamente al corazón. De frente.

El teniente al mando lo miró con sorpresa. Estaba muy nervioso, no había previsto aquella petición. Movi6 la cabeza, consternado. ¿Qué dirían sus superiores si le permitía aquel atrevimiento? Seguramente lo mandarían fusilar de inmediato.

—No... No puede ser. Lo siento, general. No está permitido.

Robert Boyd se uni6 a la fila de los primeros en morir. Su altura, el pelo rojo y su semblante demudado destacaban en aquella fila de

desgraciados. Rechazó la venda, quería ver la muerte a la cara. Torrijos también la rechazó con gesto orgulloso. No, no había llegado hasta allí para vendarse los ojos.

Mientras los soldados cargaban sus fusiles, Torrijos pensó en Luisa Carlota. En la primera vez que la vio, tan hermosa, tan vivaz, tan inteligente. En el día de su boda. En la primera vez que hicieron el amor. En su hija muerta. En su dolor y su pena. Aguantó las lágrimas por ella. Estaría bien. Era fuerte. Estaría orgullosa de él.

Apretó las manos de sus compañeros, que permanecían en pie, firmes, fuertes, osados.

Los soldados se colocaron delante de la primera fila de condenados. El teniente levantó su espada.

—¡Carguen!... ¡Apunten!...

Un grito apagó la orden de fuego. El grito de «¡Viva la libertad!».

Vicente González Moreno espoleó a su caballo y volvió a Málaga. Allí no había nada más que ver. Solo esperar su ascenso a teniente general y la capitanía general de Granada que le habían prometido. Las treinta monedas de plata que le darían al Verdugo de Málaga. Oyó a lo lejos otro «¡Viva la libertad!» y luego la descarga. ¿Por qué su caballo no galopaba más rápido?

Lo golpeó con la fusta y clavó espuela. Muy pronto toda aquella pesadilla quedaría muy lejos.

PARÍS

—Es preciosa.

Juana cogió en brazos a la pequeña Blanca. Era un bebé rechoncho, sonrosado, con los enormes ojos azules de su madre. Blanca quiso tocar el rostro de Juana con sus deditos gordezuelos. Juana rio y la acunó con dulzura.

Espronceda le ofreció unos cigarros a Mina. Teresa trajo una bandeja con café y pasteles y cogió a la niña para ponerla a dormir. Juana pensó que entendía el amor y la lucha del poeta por aquella mujer tan dulce y poseedora de una belleza casi perfecta. Teresa llevaba un vestido blanco crudo lleno de pequeñas margaritas pintadas en seda que la hacía todavía más hermosa. En el cabello se había colocado con gusto varias flores del jardín.

Espronceda se sentó y encendió su habano.

—Lo de Torrijos ha sido una vergüenza. Sin juicio. Sin posibilidad de defensa. Fusilados como perros en la playa. Y, luego, los cuerpos paseados por las calles. Parece que esta felonía no acabará nunca. Por lo visto fue obra de Vicente González Moreno. Espero que sobre él caiga algún día la ira del Altísimo.

—Luisa Carlota está destrozada —intervino Juana—. Hace poco nos mandó unas líneas. Es desolador. La carta que le escribió Torrijos la noche antes de su muerte... En fin. Un desastre.

Mina también encendió su cigarro. Admiró el jardín perfumado de flores de la casa parisina de Espronceda. Los árboles daban una

sombra agradable y las rosas rojas, rosas, blancas, reventaban de belleza.

—Si nos hubieran cogido a nosotros en Navarra, habríamos corrido la misma suerte... —Exhaló el humo. Era un tabaco muy bueno. Hablar del tema le dolía. ¿Cuántas veces le había dicho a Torrijos que el plan de Viriato era una trampa? ¿Cuántas veces le habían tachado de aliado de los ingleses, de los realistas, de cobarde por decirlo? Y ahora Torrijos estaba muerto, enterrado en Málaga. Y la rebelión, sofocada. Y González Moreno, rico y capitán general de Granada.

—He escrito un poema en su honor. Me gustaría leéroslo.

Juana se echó hacia delante en la silla. Emocionada. Los poemas de Espronceda eran siempre maravillosos y emotivos. La hacían llorar.

—Por favor. Estaremos encantados, Pepe.

Espronceda se levantó de la silla del jardín, carraspeó y comenzó a recitar de memoria con voz emocionada:

Helos allí: junto a la mar bravía
cadáveres están, ¡ay!, los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.

Espanoles, llorad; mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue a siervos y opresores,

Y los viles tiranos, con espanto
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

Todos aplaudieron. Juana sacó un pañuelo y se secó el llanto. Mina apretó los dientes, lleno de ira al recordar la muerte de sus compañeros.

—Dicen que Fernando VII está muy enfermo. Le queda poco, por lo visto. Pronto podremos volver a España. Las enfermedades del vicioso harán lo que nosotros no pudimos. La gota lo carcome de dolor. Su corazón lo matará, o eso dicen los médicos de la corte.

—Dios lo quiera. Algún día tienen que terminar estas penalidades. Me gustaría que por lo menos mi padre pudiera morir en La Coruña, en su casa. El pobre ya no se entera casi de nada. Me daría mucha pena enterrarlo en Brighton. El café está delicioso, Teresa. Y las pastas. Me tienes que dar la receta.

—Ven a la cocina. Te enseñaré cómo hacerlas. Es muy fácil...

Las voces de las damas se perdieron en el interior. La niña rompió a llorar.

Mina y Espronceda se quedaron solos. Tras un silencio incómodo, el poeta se atrevió a preguntar. Señaló la muñeca. Aún tenía la cicatriz de aquellos dientes afilados.

—¿Cómo va...? Bueno, ya sabes.

El general se quedó un rato pensativo. Luego sacó el zafiro de un bolsillito de su chaleco. Lo llevaba dentro de un estuche de terciopelo.

—Siempre va conmigo. A veces siento un hambre feroz. Un ansia voraz que me consume. Juana no lo sabe aún, pero estoy enfermo. Me niego a sucumbir, Pepe. Prefiero morir a... dejarme llevar por ese instinto primitivo. La piedra me ayuda, tú tenías mucha razón. Pero muchas noches la siento. Siento una voz que me obliga a... A matar. Pero consigo dominarla. Y eso me está costando la salud. —Mina saboreó el café y dejó los pasteles—. En realidad, estoy bastante harto de té y de tomar las aguas en Brighton. Tengo muchas ganas de volver a casa. ¿Y tú?

—Va por días. Pensaba ir a Polonia. Se aproxima una guerra. Y en la

guerra cierto tipo de cosas pasan más desapercibidas. Yo también siento esa llamada y esa voz, Mina.

Mina le hizo un gesto con la mano.

—No seas inconsciente. Tienes una mujer y una hija a las que cuidar. Pronto morirá Fernando. Podrás volver a España y hacer una carrera literaria de éxito. Ya hemos tenido bastante con Riego, Mariana Pineda, Torrijos y los demás. No necesitamos más muertos. Quedamos pocos... Olvida las guerras. Tú no eres un militar como yo. Eres un poeta.

Espronceda se sirvió más café. Respiró hondo.

—Quizá tengas razón. No hacen falta más muertos. Tengo que terminar varias comedias. Y un libro. Si es cierto que el rey está mal de salud, solo será cuestión de tiempo. Tengo muchas ganas de ver a mis padres. Hace años que no los veo. Ya van mayores...

—Yo también echo de menos la patria, Pepe. Pero ten paciencia: algo me dice que muy pronto podremos volver.

PARTE TERCERA
EL DIABLO MUNDO

LA CRUELDAD DE HOY, LA CLEMENCIA DEL MAÑANA

—Capitán general.

Mina salió de la tienda. Se sentía enfermo. Se mantuvo firme y en pie. Estaba acostumbrado. Aquellos días Juana había viajado a La Coruña; su padre estaba a punto de morir. Pobre Juan de la Vega. Años paralizado. Una vida en el exilio e iba a morir al poco de volver a su casa.

La voz volvía una y otra vez. Pedía muerte y sangre. La voz era fiera, como un lobo en su cabeza aullando noche y día. Cuando estaba Juana, la voz no gritaba tan fuerte, era como si el amor de su esposa pudiese mitigar aquella maldición. Pero aquel día ella no estaba con él. Aquel día la voz lo llenaba todo.

—Dígame. —Entrecerró los ojos. La fuerza del sol de la mañana atacaba sus pupilas. Pensó en hacerse con unas lentes ahumadas para protegerse. Cada vez soportaba peor la luz brillante.

—Ya ha llegado el general Noguera. Trae consigo a la madre de Ramón Cabrera.

Ramón Cabrera. A Mina le habían nombrado capitán general de Cataluña para apagar los rebotes carlistas. Para vencer al caudillo inclemente y sádico. Cabrera, comandante general interino de todo el Bajo Aragón, guerrillero incansable, capaz de fusilar a sus propios soldados si estaba descontento. Decían que no distinguía a un hombre de un perro a la hora de disparar. De eso quedaba poca duda después

de haber ajusticiado hacía poco a dos alcaldes, el de Torrecilla y el de Valdealgorfa, por no haberle suministrado los víveres que el comandante había exigido. Hacía solo dos semanas. Los alcaldes prefirieron ofrecerle dinero a los víveres. Cabrera no se lo tomó demasiado bien: sin compasión alguna y haciendo caso omiso de todas las peticiones de clemencia, los mandó fusilar. Sangre, más sangre, violencia gratuita y quizá necesaria. Mina respiró y se armó de valor. Le dolía el estómago. Como si se lo estuvieran perforando. La voz pareció alegrarse. La madre de Ramón Cabrera estaba allí. La madre del guerrillero. Él también había sido un guerrillero.

La anciana vestía de negro. Tenía las sienes nevadas y la mirada negra de orgullo y desprecio del Tigre del Maestrazgo. De ahí había sacado su hijo la fuerza, la tenacidad y el desprecio por la vida, de aquel vientre ya yermo, de aquellos pechos ya caídos, de aquel rostro que aún conservaba la firmeza de otrora, de aquellas pupilas crueles pero altivas. María Griño se plantó delante de Espoz y Mina y le sostuvo la mirada con actitud desafiante.

—Llevo presa un año y medio sin tener culpa de nada. ¿De qué se me acusa ahora? ¿De haber parido un hijo hace años? Son ustedes unos cobardes. Tener presa a una anciana sin motivo.

—Cállese, señora. Haga el favor.

No reconoció su propia voz imperiosa.

Mina le hizo un gesto al general Noguerras con la barbilla.

—Llévatela. Prepáralo todo para dentro de una hora.

La voz se rio dentro de su cabeza. Se sintió mejor; su estómago dejó de doler.

«En la guerra, la crueldad de hoy es la clemencia del mañana».

El pelotón de fusilamiento se formó poco después. Los hombres vacilaban: no estaban acostumbrados a apuntar a una anciana vestida de negro, manos temblorosas y mirada arrogante. Pero Noguerras no dudó. Ni tampoco cuando le dio el tiro de gracia. Ese era el castigo a su hijo, el más cruel que Mina pudo idear.

Cuando la vio caer al suelo ensangrentada, se volvió a retirar a su

tienda. Su sed se había calmado por completo. Y ahora era cuando llegaba la culpa. Comenzó a escribirle una carta a Juana. La necesitaba más que nunca.

LA AGONÍA Y LA MUERTE

Juana escuchaba la respiración agónica de su padre. Estaba sin conocimiento —gracias a Dios, no sufría ni sentía gran cosa—. El cura sacó el pomo con los santos óleos para darle la extremaunción. Juana se retiró a un lado del cuarto y se sentó junto a la ventana. Cogió la misiva que le había escrito Mina desde el campamento. Una carta terrible. Juana notó cómo sus lágrimas rodaban por sus mejillas hasta el papel. Mina la necesitaba más que nunca y ella estaba allí, prisionera del capricho de la muerte. Esperando algo que no tenía remedio. Escuchando los estertores y viendo las mejillas consumidas y amarillentas que significaban el fin de la vida.

El páter hizo la señal de la cruz sobre las manos huesudas con delicadeza. Luego las dejó sobre las sábanas e hizo lo mismo en el medio de la frente.

Se acercaban tiempos duros, tiempos de muerte. Lo presentía. Por la ventana se veían los campos de San Pedro de Nós, el maíz a punto de madurar, los campesinos labrando la tierra, el mar allá a lo lejos. El cura se despidió y Juana lo acompañó hasta la puerta de la granja. Mandó a Gastón que lo llevase a La Coruña.

Juana subió de nuevo a la habitación en donde su padre agonizaba. Se sentó a su lado y cogió el bastidor. Bordar le relajaba. Berta subió con una bandeja con pan de brona, queso y chicharrones. Juana no tenía hambre, pero se obligó a comer. También aceptó un vaso de vino casero del barril que les había regalado un vecino.

Pasó la tarde al lado de Juan Antonio de la Vega, transcribiendo las memorias que Mina dejaba esbozadas durante el tiempo en que podía. Tenía más estudios y más dotes para la escritura que su marido, y dedicaba parte de su tiempo a organizar todos los papeles que él iba dejándole. Se dio cuenta de que el sol se estaba poniendo cuando comenzó a no ver su propia letra en el papel. Levantó la vista buscando sus lentes. Luego encendió el candil y los candelabros de las paredes. Su padre parecía más tranquilo que durante la tarde; su respiración era leve pero pausada, y ya no emitía aquellos ronquidos tan desagradables, producto de la mucosidad en la garganta. Llamó a Berta para que le subiese un chocolate para merendar. No quería ausentarse de la vera de la cama de su padre. Podía morir en cualquier momento. Solo. Y eso sería algo que no podría perdonarse.

Las dos tomaron el chocolate con picatostes y charlaron durante una hora de menudencias. Berta cogió en brazos al gato atigrado que quería subirse a la cama de Juan Antonio de la Vega y lo acarició. El gato emitió un ronroneo encantador al tiempo que se desperezaba. Berta se limpió los pelos que el minino había dejado en su delantal.

Afuera, el aire comenzó a soplar. Primero despacio, luego con más fuerza. Oyeron cómo golpeaban puertas en el corral y Berta bajó corriendo a asegurarlas y a comprobar que los animales estaban bien.

Comenzó a llover. Un chaparrón de primavera. La lluvia repicaba en los cristales y en el tejado. Era un sonido agradable. Juana miró de nuevo a su padre, que seguía igual, totalmente dormido. El médico le había dicho que probablemente no pasaría de aquella noche. Juana no quería una agonía pública, como se acostumbraba en los pueblos: gente muriendo rodeada de plañideras, amigos, cotilleos, comida. Solo quería tranquilidad. Pasar con él las últimas horas.

La lluvia arreció y una ráfaga de viento abrió la ventana y esta golpeó la pared. Juana se levantó para cerrarla. El viento era tan fuerte que tuvo que usar toda su fuerza para conseguir domeñar los postigos. Al fin consiguió cerrarla.

Juana se dio la vuelta y vio a su padre de pie, delante de ella. La

miraba con los ojos muy abiertos y espantados.

—Hija. Ten cuidado. Ella va a volver. La sirena. La lamia. Cierra las puertas y las ventanas y no la dejes entrar en casa.

Luego Juan Antonio cayó al suelo, boca arriba. Sus ojos seguían abiertos, pero su alma ya había partido hacia el más allá.

LA DAMA DE SHALOTT

—«La dama de Shalott» es una jodida maravilla.

—Repítelo más veces, George. Me hacen falta tus elogios —dijo Tennyson.

La voz alcoholizada de Tomlinson acompañó al golpe en la mesa de la enorme jarra vacía de cerveza. Celebraba con Tennyson su inminente partida a Gibraltar. Lo habían nombrado obispo. Adoraba a Tennyson, pero su ácido sentido del humor lo sacaba de quicio.

—Obispo de Gibraltar. ¿Qué te parece? Es muy emocionante. Buen tiempo, sol, aire fresco, mujeres guapas.

Tennyson soltó una carcajada —aquellos eran pensamientos pecaminosos y poco espirituales— y se levantó a pedir más cerveza para los dos. El pub era un lugar acogedor cerca de la catedral de San Pablo. Tennyson había alquilado unas habitaciones durante unos días. Necesitaba distraerse de la muerte de su íntimo amigo Hallam. El deceso ocurrió durante una excursión al Tirol con su padre. Sufrió un ataque cerebral y falleció al momento, sentado en un sofá. El golpe había sido terrible. La tristeza lo había dejado sin palabras para escribir. Pero allí estaba, con George Tomlinson, bebiendo hasta morir para olvidar las desgracias. Hallam había muerto, pero la vida seguía. A Hallam y a su amigo le hubiese gustado ver el éxito de aquel Apóstol que había elegido la vida espiritual. Llevó las dos jarras a la mesa. Tomlinson estaba sentado justo debajo de unas vidrieras que representaban al rey Arturo y a Lanzarote del Lago.

—¿Quieres cenar algo? ¿Pie, salchichas, puré?

—Ahora no tengo hambre. Igual más tarde. Prefiero beber.

Dos jarras después, Tomlinson había entrado en la fase de confesiones.

—Un día vi a tu dama de Shalott. Era una amante del duque de Wellington.

—¿Otra vez la historia de la pobre Harriet? Dame algo nuevo, George.

—No, no. Harriet no. Era otra. En una cripta.

—En una cripta... ¿Qué quieres decir? ¿Muerta? —Tennyson, interesado, se inclinó hacia su amigo, dispuesto a escuchar más historias macabras, en especial con aquel grado de ebriedad, que le hacía más atrevido y libre de mente.

Tomlinson movió muy serio la cabeza.

—Viva y muerta a la vez.

—Estás loco. Nadie puede estar vivo y muerto a la vez. Ni siquiera las amantes del duque de Wellington. —Rio sin disimulo.

—Ella lo estaba. Y había una niña también. La niña murió. A la pelirroja la dejaron encerrada en la caja. Aquí cerca, en Bunhill Fields.

—¿El cementerio en donde está enterrado William Blake?

—El mismo.

—Llévame a ver esa cripta. Es una historia muy interesante. Ya sabes que no me la creo. Ni la de Harriet tampoco. Pero así me distraigo. Me gustan las pelirrojas. Dicen que son las hijas del demonio. Luego podemos buscar un sitio en el que nos den de cenar. Las pelirrojas siempre me dan hambre.

Tomlinson lo fulminó con la mirada. En un rato, el poeta descreído iba a ver lo que era bueno.

El cementerio estaba cerrado, pero saltaron la verja sin problemas. La primavera había llenado de verde y de flores el campo que custodiaba

las tumbas. Los gatos se agazapaban detrás de las lápidas, tras los troncos de los árboles cargados de hojas. Era un lugar hermoso, pensó Tennyson, a pesar de que no estaba demasiado cuidado y muchas de las tumbas se habían inclinado o resquebrajado por el movimiento de tierras sin asentar.

—Ven por aquí. Está al fondo del todo. No es una tumba, es un panteón.

—Mucho mejor. Una cripta familiar. Esto promete.

Tomlinson comprobó que los sellos de la puerta seguían cerrados años después de aquella noche fantasmagórica con la misteriosa Eva y el duque. Sin pensar demasiado, los rompió. Luego le dio una patada a la puerta y entraron.

—Huele a flores...

La luz de la tarde se colaba por un ventanuco. Tomlinson entró con miedo: la vez anterior, aquel lugar estaba infectado de todo tipo de bichos repugnantes. Sin embargo, no había ni rastro de arañas o escorpiones, o incluso ratas. Todo estaba vacío y limpio, como si aquel lugar no se hubiese estrenado con la muerte.

—Vamos. Está abajo.

Descendieron hasta la cripta.

Tennyson dio un respingo cuando vio el esqueleto decapitado de una niña. Aún conservaba el vestido como recién estrenado. El cráneo había rodado a varios metros del cuerpo. El pelo rubio seguía pegado al hueso. El poeta apretó el brazo de Tomlinson, que parecía estar en trance.

—¿Ves? La niña. Le cortaron la cabeza. Ahora, espera un momento...

La rosa seguía sobre la tapa del ataúd. Pero marchita y amarronada. En cuanto la tocó, se deshizo.

—Ayúdame a abrir la caja.

Tennyson dudó un momento. Ver aquel pequeño esqueleto le había estremecido de pavor. Empezaba a pensar que su amigo no estaba tan loco o tan borracho como parecía en un principio. Luego se armó de valor: ya que estaba allí, no había nada que perder. Tan solo

contemplar un esqueleto seco, polvoriento como la rosa.

Abrieron la tapa. Sylvia estaba exactamente igual que la última vez que la había visto. Incorrupta, incluso más hermosa, el cabello rojo más largo, inundando el ataúd, los ojos verdes abiertos, relucientes como pálidas gemas. Sus manos descansaban en el pecho, níveas, y el oro de una cruz bizantina sobre ellas brillaba a la luz del atardecer.

Tennyson se quedó unos instantes boquiabierto, alucinado. Notó cómo se erizaban sus cabellos ya crespos. Se atusó la barba y el pelo. Luego emitió una especie de gemido y salió corriendo de aquel lugar maldito.

Tomlinson se quedó allí, contemplándola con arrobó. Ella lo merecía. No podía volver a dejarla abandonada en aquella cripta fría y gris.

EL POETA ESPAÑOL

Espronceda.

Wellington asintió lentamente para sí. Aquella revista que había comprado en la librería española tenía varios poemas de Espronceda. Por lo visto, estaba viviendo en Madrid.

No era mal poeta. Muy byroniano. Le gustó especialmente el dedicado al capitán pirata. Y el homenaje a Torrijos. Enternecedor.

Espronceda no sabía que El Temido estaba en su poder. Lo usaba para hacer negocio con mercancías y pasajeros desde Plymouth a España.

Espronceda no sabía nada.

«Eres una imitación perversa y triste de Lord Byron».

Aquellas palabras estaban clavadas en su corazón.

Se levantó. Notó dolor en las rodillas. Ya era mayor. Quizá ya estaba llegando la hora de retirarse de la vida pública, de Londres. Su mujer había fallecido hacía un año. Tanto tiempo engañándola y al final había pasado a los pies de su cama toda la enfermedad. La había amado al principio y al final. Kitty conservaba un brazalete que le había regalado antes de partir para la India, cuando se amaban en secreto. Se lo puso para morir. Aquello le había conmocionado: años de desprecios, desencuentros y abandonos, pero ella seguía siendo fiel. Su enfermedad y su muerte habían cambiado su perspectiva. Sus hijos y sus nietos ya volaban solos. Ya no era primer ministro. Y estaba cansado de Londres, del frío, de la niebla. De luchar con todo y contra

todo. Contra la muerte de sus amigos, de sus amantes. Y él seguía vivo y cada vez más solo.

Subió a la parte alta de Apsley House. Allí estaba su violín. El Stradivarius que habían encontrado en España y que él había comprado por una miseria.

Comenzó a tocar. Era una melodía propia, melancólica y lánguida, que había compuesto mientras cuidaba a su mujer. Se dejó llevar y el violín comenzó a tocar por su cuenta, cada vez más rápido y más agudo, como música diabólica, como si el mismísimo Paganini hubiese poseído las manos de sir Arthur Wellesley y las llevase al paroxismo musical más sublime. Era la propia diosa la que llevaba el arco y los dedos, la que creaba aquella música que la alimentaba y necesitaba para vivir. Wellington se miró en un espejo de la habitación: antes de que el azogue se resquebrajara, vio la figura de Sylvia, que lo miraba sin ver, como una muñeca rígida y cruel paralizada en el tiempo.

LONDRES. *THE OBSERVER*

En el centro de la ciudad ha brotado una epidemia de cólera. Se dice que han muerto ya doce personas y otras tantas se encuentran en el hospital de St Martins. Si viven ustedes cerca de Blackfriars, tengan mucho cuidado. Si están en contacto con algún enfermo, quemen toda su ropa y aléjense del lugar.

Las autoridades procederán a desinfectar con pólvora la zona de inmediato.

EL ADIÓS DE TERESA

Espronceda besó a su madre en la mejilla y cogió a su hija en brazos para abrazarla entre risas. La cría le agarró las patillas. La besó también y restregó su nariz con la de ella.

—Te he traído una muñeca de Badajoz.

Desde la muerte de su padre, Espronceda había tenido la idea de entretener a doña Carmen montándole un negocio de coches de caballos. La idea fue de ella: no era un asunto de mujeres, pero ella insistió. Y con gran éxito, ya que se había hecho un hueco en aquel mundo de hombres y estaba amasando una pequeña fortuna.

Espronceda acababa de llegar de Badajoz. Le sorprendió que su hija Blanca estuviese allí, en casa de su abuela, que solía trabajar duro durante la semana. Sin duda se encargaba de la niña la sirvienta. No era cosa que le gustase demasiado al poeta: prefería que Blanca estuviera con su madre. No obstante, la niña parecía tan guapa, feliz y bien vestida como siempre.

—¿Qué hace aquí la niña? —susurró, no quería que Blanca detectase su perplejidad.

—Ayer vino Teresa a dejarla por unos días. Por lo visto no se encontraba bien. ¿Quieres cenar? ¿Le digo a Ana María que te prepare algo? Tienes que estar hambriento...

El poeta ensombreció el semblante. Durante los días en los que había estado en Badajoz, Teresa no le había escrito ni una sola carta. Y aquello le angustiaba todavía más.

Volvió a besar a su madre y a su hija.

—Voy a casa de inmediato. Me preocupa Teresa. Está muy rara.

Espronedada se preocupó todavía más cuando llegó al portalón de su casa en la calle de la Cruz, muy cerca de donde vivía su madre, y vio un coche esperando fuera. Subió los escalones a pares para encontrarse con su mujer arrastrando un baúl hasta la puerta.

Teresa enrojeció. No esperaba encontrarse con él.

—Pensé que eras el cochero.

—¿Qué diablos estás haciendo? ¿Adónde vas? —La agarró del brazo con fuerza, intentando contener el miedo y la ira.

Teresa se soltó con un movimiento brusco.

—Me voy, Pepe. Me voy. Estoy harta, cansada. No puedo más. Estás siempre fuera. Nunca estás conmigo. O estás conspirando o escribiendo con tus amigos. Y no estoy muy segura de que no tengas alguna amante escondida. No, no puedo más. Me marchó para siempre. Esto se ha terminado.

El poeta se quedó mudo.

—Yo jamás te engañé. Nunca lo haría. No te entiendo, Teresa. ¿De dónde has sacado esas ideas peregrinas?

—Todos lo dicen. Todos dicen que me pones los cuernos. Todos tus amigos...

—Mis amigos te quieren para ellos, ¿no te das cuenta? Están todos enamorados de ti.

Teresa Mancha se quedó unos segundos eternos mirando a su esposo con desprecio.

—Sé lo que haces.

—¿Qué?

—No me pidas más explicaciones. Solo te digo que no quiero vivir con un ser maldito. Tu alma no está con Dios. Te he visto. Sales por las noches. Tu ansia no tiene fin. He visto la sangre en tu ropa, Pepe. ¿Acaso creías que podrías esconderme toda la vida tu condena?

—Estás loca.

—Te dejo a Blanca. No sé si ha heredado tu mal. No tengo dinero suficiente para cuidarla. Cuídala tú. Tú quisiste tener hijos. Yo no quiero saber nada más. No quiero saber nada más de ti. Me voy, Pepe. Quédate con tus poemas y tus amantes. Y tus quehaceres políticos. Y olvídate.

—Teresa. Por favor. Qué estás diciendo...

En la puerta, el cochero. Se quedaron callados.

—Ese baúl, por favor.

Espronceda lloriqueó. No sabía bien qué hacer.

—No me dejes, Teresa. Yo te amo. Te lo suplico. Te prometo que no me ausentaré más. No volveré a...

Ella no respondió. Bajó las escaleras delante del cochero. Espronceda, aún perplejo, confuso, bajó un momento después para ver como el carruaje arrancaba y se llevaba en la noche al amor de su vida.

LA CAJA OBLONGA

Faith permanecía en silencio. Pascual apretaba su mano.

Juana se dio cuenta de que los dos estaban cada vez peor. Ella apenas respiraba; él, mucho más fuerte, conseguía mantenerse vivo para protegerla.

—Dígame, Pascual. ¿Cuándo empezaron a sentirse tan enfermos?

Pascual bebió una ampolla de láudano y consiguió fijar la mente.

—Faith, en el barco. Al desembarcar ya vomitó. Yo, después de la visita a la tumba de sir John Moore. Esa noche que nos cogió la niebla. Es como si nos arrancara la vida.

—¿Desde dónde viajabais? ¿Había algún brote de cólera?

—Desde Gibraltar. No. Estaba todo perfecto. Nadie dio aviso de epidemias. A nosotros nos pagó los pasajes el obispo, George Tomlinson. Quería que trajésemos una caja.

—¿Tomlinson? ¿Una caja?

Juana recordó a uno de los Apóstoles. Espronceda les había contado una historia macabra sobre él y una amante de Wellington.

—Sí. Una caja oblonga. Vinieron a buscarla unos hombres al desembarcar.

—¿Sabes adónde la llevaban?

Pascual hizo memoria con esfuerzo.

—Al cementerio de San Amaro.

La madre superiora se acercó a Juana. Sonreía. Detrás, uno de los

médicos se limpiaba las manos en el mandil. El doctor saludó a Juana con un gesto.

—Están haciendo efecto sus remedios, condesa.

—Juana, por favor. Llámeme Juana.

—Los niños se están recuperando. Y hemos conseguido estabilizar a varios enfermos que parecían a punto de morir. Lo que no consigo es que esos dos jóvenes remonten. —Señaló a los dos desventurados que agonizaban en sus catres.

Juana se mordió el labio. Cada vez estaba más angustiada. Si sus sospechas eran ciertas, algo terrible estaba a punto de suceder. Y el cólera era uno de los síntomas de aquella infección que ya había visto antes en Inglaterra. La infección que había acompañado a Mina hasta su muerte. Pero aquellos dos jóvenes la estaban sufriendo de una manera virulenta. Y ella no podía hacer nada para evitarlo. ¿Quién podría creer que eran víctimas de un demonio, de un chupasangre? ¿Y que en su casa había un libro que encerraba los secretos para liberarlos?

Recordó a su padre, sus últimas palabras. Y no pudo evitar un escalofrío que removió todo su ser.

Juana se fue a casa, agotada. Cenó frugalmente con Francisca, la madre del niño Sarasate, que ya estaba en la cama. La epidemia de cólera impedía que la condesa celebrase su habitual tertulia de las nueve de la noche, así que cenaron solas. Cuando la mujer se retiró al cuarto de invitados, Juana subió al oratorio. En aquella habitación de gruesos cortinones verdes tenía guardado el libro de Salvá, el libro que habían encontrado en las habitaciones de Espronceda. Acarició el lomo negro con sus manos enguantadas en mitones de seda del mismo color del libro. Las amenazantes letras doradas. Recordó la última vez que lo había leído. La noche de la muerte de Mina.

LA NOCHE DE LA MUERTE DE MINA

Mina logró esconder su enfermedad a Juana durante algún tiempo. No mucho. La extrema delgadez y la anorexia no podían pasar desapercibidas a su mujer. Sus derrotas en la carlistada militar no contribuyeron a mejorar la salud, o quizá fuese su mala salud la que minaba su capacidad como estratega. Por eso Juana lo acompañaba en la campaña, montada a caballo a la americana, tocada con un gorrito y vestida de varón. Alguien tenía que cuidar de él, hacerle comidas sanas y sabrosas que no probaba. Mina no comía porque era incapaz de dejarse llevar por lo que su cuerpo pedía a gritos. Su férrea voluntad dominaba su mente, pero su organismo comenzaba a fallar. Tantos años de sufrimiento habían acabado por domeñarlo. Se sentía culpable por Juana. Él no temía a la muerte, temía al más allá desde lo ocurrido en Londres. Pero no quería dejarla sola, tan joven, sin familia, sin hijos. Solo habían tenido un momento de felicidad plena, en León, en 1822, antes de partir a la guerra de Cataluña. Juana. Tan fuerte. La conocía bien: toda la vida permanecería de luto. Por lo menos Torrijos había muerto en la lucha, con todos los honores. Él, condenado a padecer hasta el último momento, tirado en una cama. Nadie escribiría un poema a su muerte. Ni siquiera Espronceda.

Poco a poco, Mina se retiró de la guerra. Presentó la dimisión. Planeó retirarse a vivir a Francia con su mujer, de modo que el ya capitán general de Cataluña buscó médicos que solucionaran su desgracia.

Pero su mal no tenía solución.

En un estado deplorable, participó en las guerras civiles catalanas a las órdenes de la niña Isabel y, herido ya de la fatal e irremediable decadencia física, hizo público su compromiso de sacar adelante la Constitución de Cádiz. Se sentía orgulloso: los únicos gritos que profirieron los amotinados de La Granja fueron en su honor.

Juana recordó la muerte de Mina.

Era Nochebuena. El nacimiento de Jesús, la muerte de su amor.

La gente se agolpaba en la calle, esperando el fatal desenlace. Lloros, lamentos, granujas que vendían litografías falsas del cáncer en el estómago del militar. Mina mantuvo la entereza y la fuerza hasta el final. Mandó que se quedaran los dos solos y echó fuera de la habitación a los médicos.

—Juana. Escúchame bien. Sabes lo que hay que hacer, ¿verdad?

Juana tenía el libro negro en sus manos. Asintió, aguantando sus lágrimas.

—Cuando muera, manda que me quiten el corazón, lo primero. Y quiero que estés siempre conmigo. Todo el tiempo que no he podido estar de vivo, lo estaré de muerto. Te amo, Juana.

—Siempre estaremos juntos. Lo prometo.

Mina se detuvo un momento para respirar. Notaba que la vida se le iba.

—La piedra, Juana. Algún día vendrán a por ella.

—No temas por mí. Sabré qué hacer.

Mina extendió la mano ya acartonada y acarició la de su mujer.

—Te dejaré sola. Perdóname. No he sido un buen marido.

—Has sido el mejor de los hombres. Un héroe. Te quiero y te querré siempre. Estarás siempre a mi lado. Me da igual que me llamen loca. Eres el amor de mi vida, ahora y en la eternidad. Tu corazón estará siempre seguro conmigo.

Mina sonrió con placidez. Luego acarició el rostro de su esposa.

Cuando su mano cayó sobre las sábanas, Juana supo que había muerto.

Un cañonazo cada veinte minutos en las fortalezas de Barcelona anunciaba el fallecimiento del capitán general. Cerraron las tiendas, los balcones se tiñeron de negro, la gente salió a la calle para ver pasar aquella comitiva fúnebre en la que el clero portaba cruces y cirios: el Ayuntamiento en pleno; la Milicia Nacional; la tropa; su caballo de batalla, con gualdrapa negra y galones dorados, llevado por Gastón, su ayuda de cámara, al lado del féretro. Las campanas de las parroquias tocaban a difunto y toda la ciudad lloraba la muerte del héroe.

Los médicos, por orden expresa de Mina, extrajeron el corazón nada más producirse la muerte. Juana lo guardó en una urna de plata y ébano. Introdujo aquella piedra extraña dentro, como había ordenado su marido. Luego embalsamaron el cuerpo.

Juana solicitó todos los permisos: después del periplo en el barco de nombre Santiago por los puertos de España, en los que recibió homenaje, desembarcó en La Palloza. El cuerpo fue examinado. Una vez que se comprobó que no revestía peligro para la salud pública, la caja fue transportada al oratorio de la casa de la calle Real. Juana mandó construir un pedestal con la cama en la que había muerto en Barcelona.

Así Mina permanecería con ella hasta el día de su muerte, como había prometido.

LA VENGANZA

González Moreno espoleó al caballo. Tenía que llegar cuanto antes a la frontera con Francia. Llevaba en una faltriquera sus treinta monedas, siempre con él, el símbolo de su infamia y de su riqueza actual, billetes que estaban escondidos en la silla de cuero. El equino obedeció presto y se introdujo en un desfiladero cercano a los Pirineos que Moreno conocía de sus escaramuzas en la guerra carlista.

El puñetero Abrazo de Vergara era la consumación de su error a la hora de elegir bando. Pero daba igual: desde la traición a Torrijos, lo único importante en su vida era el dinero.

Moreno disfrutó del paisaje de Urdax. Robles, hayas, cedros. Rocas que aparecían aquí y allá, hierbas altas que servían a las liebres de escondrijo de las rapaces, riachuelos sonoros y fríos hasta en verano. Dirigió a su caballo hacia uno de aquellos manantiales para que bebiera. Miró a su alrededor. No había nadie. Tenía en su morral queso curado, pan y una bota de vino. Y el hambre empezaba a hacer rugir sus tripas. El hambre al fin pudo con la prisa y Moreno se sentó al lado del regato, bajo unas hayas, feliz de escuchar el discurrir de las aguas claras.

Se volvió con el corazón en un puño al escuchar su nombre.

—Vicente González Moreno. Traidor. Hijo de puta. Judas.

Dos hombres vestidos con el uniforme carlista lo apuntaban con fusiles. Levantó los brazos, dejando caer el queso y el vino.

Moreno se irguió, brazos en alto, y comenzó a tartamudear unas

palabras. Uno de los hombres, de gesto adusto y bigote poblado, se acercó a él, puso el cañón del fusil a la altura de sus ojos y disparó sin decir nada más.

Días después, el duque de Wellington leía en su despacho de Apsley House una carta que provenía del norte de la Península.

«Roma no paga a traidores, como decían en España», se dijo, mientras la carta se quemaba en las brasas de la chimenea.

GIBRALTAR

—Señor obispo...

Faith jugueteó con la sombrilla. Hacía un día precioso en Gibraltar. Tomlinson bajó la cabeza y saludó al matrimonio. Acudían siempre a los oficios que él ofrecía. Pascual entrecerraba los ojos por culpa del sol. Se les veía muy enamorados, pensó Tomlinson.

—Hace un día precioso. Pero este sol es terrible. —El flamante obispo se abanicó con un fajo de papeles. Tenía la cara roja—. Me he descuidado un momento y ya me he desgraciado la piel. —Señaló su rostro mientras sonreía—. Esto en Londres no me pasaba.

—Vivir aquí es una maravilla. Londres se está convirtiendo en un lugar imposible. Demasiada gente, demasiada contaminación, demasiados ladrones, demasiados mendigos. Nosotros hemos vivido una temporada en Edimburgo; se estaba muy bien, pero hacía demasiado frío. Esto es vida... —Pascual señaló el mar—. Y en otoño salir a navegar es una delicia. No hace demasiado calor. Y la comida... Yo no lo cambio por Gran Bretaña. Y eso que Faith y yo solemos ir a Galicia por estas fechas todos los años. En el norte de España también hace bastante frío.

La joven se encogió de hombros y esbozó una mueca con los labios que a Tomlinson le pareció encantadora.

—Me gusta visitar la tumba de mi abuelo, John Moore. Lo mataron los franceses en la batalla de La Coruña.

Tomlinson se quedó un momento callado. Luego enarcó una ceja.

—¿Este año van de nuevo?

—Aún no lo hemos decidido. Hemos comprado una casita nueva. No tenemos demasiado dinero para viajar.

—Necesito que alguien lleve una caja precisamente a La Coruña. Vosotros me seríais de gran ayuda. Gente cristiana y de fiar. Si queréis ayudarme, os podría pagar los pasajes. El capitán del barco es amigo mío. Os tratará bien.

Pascual consultó a Faith con la mirada. Ella ladeó la cabeza y asintió.

—¿Una caja? ¿No tenemos que cargar con ella, verdad? —bromeó con ligereza.

—Por supuesto que no. Es grande. Allí se harían cargo de ella al llegar.

La joven jugueteó de nuevo con el parasol.

—No veo mayor problema. ¿Qué te parece, Pascual? En La Coruña nos solemos quedar en casa de una viuda muy agradable. Cocina muy bien y las habitaciones están muy limpias. Deje que le escriba para cerciorarme de que tiene sitio.

—¿De verdad que nos paga los pasajes, señor obispo?

Tomlinson se frotó las manos y se inclinó con gratitud.

—Y la habitación de la viuda también. Si me hacéis ese favor, os estaré eternamente agradecido.

DESAFÍO CELESTE

A veces, Wellesley cogía su caballo y, al trote, se dirigía primero hacia las ruinas de la mansión de sir Charles Morgan-Brown, luego hasta el cementerio de Bunhill Fields.

La casa abandonada producía una sensación de profundo desasosiego. La familia de sir Charles había dejado que la hiedra y las malas hierbas colonizaran el edificio, cuya estructura calcinada parecía siempre a punto de desmoronarse. Nadie había encontrado los cuerpos de los muertos. Ni siquiera se habían preocupado. Daban por hecho que estarían allí, enterrados bajo vigas, piedras y ladrillos.

Wellesley estuvo un rato meditando delante de la casa. Cuando se cansó de estar allí, cogió de las riendas al caballo y lo colocó para montarlo. Luego golpeó el flanco del animal con el tacón de las botas de piel y lo dirigió hacia el cementerio.

Lo dejó pastando en un campo no muy lejos de la verja. El caballo era dócil y resistente, obedecía y no se escaparía jamás. Su vida era demasiado buena. Abrió la reja. Hacía buen tiempo, había gente poniendo flores en las tumbas, limpiándolas. Paseó con tranquilidad hacia el fondo del camposanto, el lugar en donde estaba el panteón de la familia de sir Charles.

Al acercarse notó algo extraño. Hasta los pájaros dejaron de cantar. El silencio era sepulcral. Wellington respiró con lentitud para ahuyentar la preocupación. La puerta del panteón estaba ligeramente abierta. Arthur miró a su alrededor para cerciorarse de que no lo veía

nadie. Con cautela, entró en la tumba.

Había cambiado mucho desde la última vez.

Bajó las estrechas escaleras hasta el lugar en donde debía estar la caja que confinaba a Sylvia, aunque su corazón le decía que no, que la puerta abierta significaba lo peor.

La cripta estaba vacía. No había caja. Ni siquiera estaban los restos de la niña que él mismo había decapitado.

Alguien había liberado a Sylvia Axel. Alguien había desatado la peste de nuevo por el mundo. Quizá era inevitable, pensó el duque. No había Dios sin Diablo, la serpiente tenía que reptar y tentar a los humanos. Aquella mujer y los demás seres como ella eran la absoluta rebelión de los infiernos, la prueba del desafío más grande a los designios divinos para el hombre.

Él había traído al Diablo. Él tendría que devolverlo a su origen.

EL DIABLO MUNDO

Teresa Mancha estaba muerta.

Espronceda escribía como si estuviera poseído.

Su vida desde que habían vuelto de París se había convertido en un purgatorio. Todo lo que los dos habían soñado —volver a la patria, ser felices en Madrid—, todo se había convertido en un infierno. O él lo había convertido en un infierno. Él, con su maldición eterna.

Teresa había muerto sola. Lejos de él. Sin un real. Había despreciado su dinero. Sin su hija. Enferma. Y su adorada madre también había muerto. ¿Cómo podría soportar todo aquello?

Torrijos, Mina, Teresa, Carmen. Todos morían a su alrededor. Él seguía vivo, él, que no lo merecía. Y su ansia continuaba igual de inexorable que el primer día. Ni siquiera el zafiro aliviaba ya el dolor de su alma. Todo olía a oscuridad. A podredumbre. A él mismo.

Su talento, sin embargo, estaba en la cima. Comenzaban a llover los encargos, los halagos, las damas que lo perseguían y admiraban. Mujeres en las que veía a Teresa Mancha y despreciaba. Mujeres que no se parecían a Teresa y adoraba. Las comparaciones con la poesía de Byron. Su carrera política que despegaba, imparable. Parlamentario en la Cortes Generales. Al fin. Su padre hubiese estado orgulloso de él.

Manchó sus manos de tinta. Lanzó un juramento y buscó un trapo para limpiarse los dedos.

El Diablo Mundo.

El diablo Espronceda.

Tenía una nueva amante. Quizá se casase con ella. Era todo lo contrario de Teresa: rubia, delgada como un junco, de ojos oscuros como el azabache de Whitby. Bernarda de Beruete. Ella le haría olvidar sus tormentos de amor.

Siguió escribiendo. Los versos surgían de su cerebro como flechas de un arco: directos, certeros, veloces. Teresa. Aquellos años en la casa de París. El dolor de la juventud perdida. La felicidad que nunca se convirtió en algo duradero. Todos los errores. Sus conspiraciones políticas, sus revoluciones secretas... Nada había prosperado, nada salvo su literatura. Terminó el poema. «Canto a Teresa».

Decidió emborracharse. El diablo mundo. El diablo Espronceda. Treinta y tres años. La edad de Cristo.

Espronceda buscó una taberna perdida en las callejuelas empedradas de Madrid. La encontró. Pidió vino. Una joven de ojos oscuros y procaces le sirvió una jarra de vino de la casa. Luego vinieron dos y tres jarras más.

Le diría a Bernarda que se casase con él. Comprarían una casa en París. En el barrio de Passy. Verían florecer las rosas y escucharían el canto de los pájaros al amanecer.

Espronceda pagó, sin hacer demasiado caso de las insinuaciones de la tabernera y, tambaleándose, salió a la calle. Ya era de noche. Sintió el helor en los huesos. Era mayo, pero la oscuridad había enfriado los calores de la tarde. Buscó un carruaje para volver a casa, pero parecía que en aquellas callejuelas se hubiese instaurado el toque de queda: no había nadie, solo aquel sorprendente relente que se metía en el tuétano. El poeta sabía el camino, así que, algo vacilante, se intentó abrigar con la fina levita mientras notaba su cabeza dar vueltas y vueltas.

«Me he perdido».

Las callejas del Madrid de los Austrias se habían convertido de repente en un laberinto sin salida. Se sintió mal. Enfermo. Mareado. Borracho. Se apoyó en un portal para no caer.

—Eres una imitación perversa y triste de Lord Byron.

La voz taladró su mente. Aquella voz. No podía olvidarla. Levantó

los ojos y buscó la fuente de aquellas palabras. En una hornacina, una imagen de Cristo iluminada por una vela parecía sonreír de forma siniestra.

«Es la fiebre», se dijo. Se tocó la frente: estaba ardiendo. Se había enfriado, sin duda. El frío de la noche de mayo.

—Don Félix de Montemar. Sin duda, Byron le ha inspirado bien. Pero yo prefiero la «Canción del pirata». Es una pena que vaya a morir sin terminar su última obra. Los poetas mueren jóvenes. Igual que Lord Byron. Y Shelley. No se puede salir en barco sin saber nadar, Espronceda.

El poeta notó algo en su garganta, algo opresivo, una tela que cubría su nuez y no le dejaba respirar. Cayó al suelo. Se llevó la mano al cuello.

«Es el vino. El vino malo».

—José de Espronceda... He tardado en encontrarlo. Es hora de recuperar parte de lo que es mío.

—Me ahogo... Ayúdeme —logró articular con un hilo de voz.

—No estoy aquí para cambiar su destino. Su destino es el de los poetas malditos, Espronceda. La muerte en plena gloria. Acéptelo. En cierto modo, todos somos una imitación perversa y triste de Lord Byron.

Notó que una mano registraba sus ropas, pero no tuvo fuerzas para detenerla. Sus brazos no respondían. Permanecían laxos y pesados, desfallecidos en el suelo empedrado.

—El zafiro... El zafiro no, por Dios. El zafiro no...

Luego perdió la consciencia. Solo aquellos pitidos en su garganta oprimida por la tela blanca que lo llenaba todo.

MADRID. *EL CORRESPONSAL*

23 de mayo.

Sentimos comunicar la muerte repentina esta madrugada del joven y afamado vate José de Espronceda. Ha fallecido en su domicilio, en el número 19 de la calle de la Greda. Por lo visto ha muerto de un enfriamiento que degeneró en garrotillo mortal.

Su amigo el doctor Hisern quiso hacerle la moderna operación de la tráquea, pero cuando todos los galenos decidieron que el riesgo que entrañaba merecía la pena, ya era tarde.

Su hija Blanca ha quedado bajo el amparo del conde de las Navas.

El funeral se celebrará a las cuatro de la tarde en el templo de San Sebastián.

Será enterrado en el cementerio de la Puerta de Atocha. La comitiva fúnebre pasará por las calles Huertas, del Príncipe, Carrera de San Jerónimo, plazuela de Cervantes y Jardín Botánico, hasta tocar Puerta de Atocha.

Eva escuchó el oficio de difuntos. Vio como abrían la caja y los amigos de Espronceda metían dentro una de las coronas de laurel que adornaban la urna de un tal Calderón de la Barca. Se fijó: Espronceda vestía un frac negro de corte exquisito. Elegancia hasta en la muerte. Luego observó dónde confinaban el ataúd del desgraciado poeta. Se ocultó con pericia durante un buen rato.

Se quedó sola. No esperó mucho. Antes de que cayera la noche, sacó su bolso de color verde y selló con sus jeroglíficos y pomadas la tumba del poeta. Luego dejó una rosa roja en el lugar destinado a las flores.

Eva se escabulló entre las tumbas y desapareció como un espectro.

NOUVELLE RELIGION

Wellington no podía evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa cínica. Asomado a uno de los ventanucos de la cúpula de la catedral de San Pablo, contemplaba, además de una vista imperial de Londres, el grandioso espectáculo de su propio entierro.

¿Hay más gente que en el entierro de lord Nelson? Sí. Hay más gente que en el entierro de lord Nelson. Hizo un gesto de orgullo con las manos.

Su ego se regocijaba al ver aquella caravana interminable. Volvió a subir el catalejo. Todo Londres estaba allí, todo. Los ricos, los pobres, los conservadores, los liberales, los militares, los burgueses, los que lo odiaron, los que lo amaron, los amigos, los que le lanzaban piedras a las ventanas de Apsley House, sus amantes, las prostitutas, las puras, las lascivas, sus camareras, sus sirvientes, la duquesa de Kent, el príncipe William, la princesa Victoria, húsares, marinos, fusileros escoceses, artilleros, dragones, lanceros, granaderos, españoles, rusos, prusianos, portugueses, médicos, todos, todos estaban allí, siguiendo la comitiva. Llorando su ausencia. Incluso más de uno había acudido para cerciorarse de que estaba muerto y bien muerto. Los muy ingenuos... ¿Cuánta gente habría agolpada allí abajo? ¿Un millón de personas?

Se apoyó en el ventanuco de forma indolente. Aquel era un espectáculo digno de ver. Aburrido, pero digno de ver.

Había locos que pagaban sumas extraordinarias por un mechón de su pelo. O por cartas autografiadas. Al final, su amiga Amanda tenía

razón, seguía siendo *nouvelle religion*. No había mejor cosa que morir para recibir la adoración de la muchedumbre.

El carruaje fúnebre que llevaba el ataúd era espectacular, con el escudo de Gran Bretaña labrado en la parte frontal, y todas las batallas que había ganado talladas en madera y resaltadas en oro alrededor. Lo había diseñado él mismo: por supuesto que era fastuoso. Doce caballos tiraban de aquella maravilla victoriana. Forzó la vista: allí estaba su caballo. Lo echaría de menos. Como había echado de menos a Diomed y a Copenhagen en las batallas. Y a sus perros de caza. En fin, se dijo mientras se atusaba el cabello cano que la brisa en lo alto de la catedral le removía, eso era lo que implicaba estar muerto: que le echarían de menos y echaría de menos. Los vivos, más. Él ya sabía lo que había elegido.

Wellington cerró su catalejo, lo metió en la funda de cuero y se apartó del ventanuco. Como hacía varias veces al día de forma instintiva, palpó su bolsillo. Allí seguía el zafiro.

El carruaje fúnebre que llevaba su ataúd entró en la catedral. Resonaron disparos, cañonazos, las campanas tañeron muy cerca de él con el sonido clerical y glorioso de la muerte.

Había llegado la hora de irse.

NOVICIA

Una de las monjas, la más joven, en realidad una novicia, se levantó del coro para hacer la guardia. El hospital del convento permanecía tranquilo. Silencioso. La mayoría de los enfermos había mejorado. Los que no, habían muerto y los enterradores ya se los habían llevado. Las hermanas estaban orando las completas. Ella estaba dispensada para cuidar a los desgraciados que permanecían allí. Algo distinto a la rutina que le esperaba para toda la vida. Lo agradeció.

Caminó entre los catres. Aquella quietud, después de los lamentos y lloros de aquellos días, le parecía gloriosa. En sus manos llevaba una garrafa con agua para llenar los cuencos de los dolientes. Juana había dado orden de que bebieran sin parar. Ella sabía por qué. En realidad, todos dependían de los designios divinos. De la voluntad de Dios, no de beber más o menos agua de una garrafa.

Escuchó un ruido. Una sombra. Clara, así se llamaba la novicia, se quedó paralizada. Sintió algo de miedo. Aquel lugar era siniestro.

«Qué tontería. Nadie vendría a robar y a contagiarse del cólera».

Dejó la garrafa en el suelo y cogió un candil que alguien había dejado cerca de una de las literas. Recordó que la Generala había dado recado de vigilar especialmente al joven matrimonio, aquella pareja que no mejoraba de la enfermedad.

Levantó el candil.

Clara experimentó por vez primera en su corta vida lo que era el pavor. Un pavor que le hizo temblar la fe y las rodillas. Un pavor que

se metía en su cuerpo como un parásito. Poco a poco se daba cuenta de que todos los enfermos a los que tenía que vigilar estaban muertos. Por eso aquel silencio. Los catres estaban ocupados por cadáveres secos y amarillos. Pascual, aquel joven tan apuesto en el que se habían fijado todas, permanecía inmóvil, la mirada fija en el techo. Frío y tieso como un témpano.

Clara se persignó tres veces. El candil temblaba en su mano y provocaba clarosucos inquietantes que le infundían todavía más miedo. Su propia respiración era angustiosa; su corazón martilleaba el corazón de Jesús que llevaba bordado en el pecho.

No temas, no. No temas.

Jesús estaba con ella y el corazón bordado sobre el hábito de novicia la protegía de todo mal, o eso le habían dicho una y otra vez las monjas y el cura que le daba confesión y comunión todos los días.

Clara buscó el rosario que colgaba de su cinto para besarlo, cosa que hacía siempre que se sentía insegura. Mientras palpaba la tela, notó que algo ensombrecía sus manos. Las dejó quietas y levantó la cabeza.

La joven tan enferma que había llegado con Pascual estaba delante de ella. Se dio cuenta al momento por la belleza de su ropa y de su rostro, su pelo, rubio casi blanco, sus labios de coral.

La sorpresa de verla allí, de pie, hizo que no pudiese articular palabra. El candil cayó de su mano y se estrelló contra el suelo de piedra cuando la mujer se abalanzó sobre su cuello.

Lo último que vio Clara antes de que su vista se nublara en un placentero vacío no fue a Jesús en su gloria. Fue el hábito blanco empapado de su propia sangre.

LA LLEGADA

Juana jamás se lo había contado a nadie. Ni siquiera a Berta. Ni a Gastón. Después de tantos años, eran como de la familia.

Mina hablaba con ella. No siempre: alguna noche en la que ella estaba demasiado compungida, llorosa, triste. Como el día en que leyó en *El Corresponsal* la noticia de la muerte de Espronceda. Juana lloró durante mucho rato. Aquel hombre tan hermoso, lleno de talento, de valentía. Había salvado la vida de Mina en las escaramuzas navarras. Un poeta que podría haber llenado las palabras de gloria durante muchos años. Muerto en plena juventud.

Juana lloraba y Mina la consoló. Estaba segura. Era su voz, sin duda, la que le decía que Espronceda descansaría en paz, que alguien velaría para que su mal no saliera de la tumba. Parecía que una maldición los perseguía a todos: Torrijos, Mina, Espronceda. Todos muertos. Se santiguó y elevó una plegaria a la Virgen del Rosario y a san Nicolás.

Rezaba con fervor en el reclinatorio que había dispuesto delante del catafalco. Esperaba que él le hablase, una señal, pero Mina seguía quieto, descansando dentro de su ataúd, cerúleo, vestido con su uniforme y sus condecoraciones, su espada, que aún permanecía afilada como una cuchilla, su sombrero a un lado. Y silente. Como un muñeco de ojos de cristal. Juana notaba una sensación de urgencia, de algo irremediable, de miedo. Aquellos días eran una pesadilla interminable, como si viviese en una continua irrealidad. El cólera, el barco fantasma, el violín, el diario del capitán, aquel matrimonio que

había llegado de Gibraltar... Era todo siniestro y ominoso, perverso, como si el infierno se filtrara a través de aguas subterráneas. Juana siguió orando por ella y por los demás, por los enfermos, por la ciudad a la que tanto amaba y que sufría aquella plaga. Juana rezó a Dios y a Mina. Se encomendó a todos los santos, ángeles y arcángeles. Estaba segura de que su marido estaría con ella pasara lo que pasase.

Se oyó un aldabonazo. Alguien llamaba a la puerta de la casa.

Gastón se asomó a la ventana del bajo. La niebla había vuelto a subir y a cubrirlo todo, de manera que apenas se veía mucho más allá de la luz de las farolas de gas. Alcanzó a distinguir una figura en la puerta.

Era una de las monjas del convento de las Capuchinas, las del hospital de campaña, se dijo. Llevaba un hábito blanco de novicia.

—¿Quién va?

La niebla era tan densa que hasta velaba las voces.

—Soy Clara. Del hospital. Necesito hablar con doña Juana.

Juana le había dicho a Gastón aquella misma mañana que tuviese cuidado, que recordara siempre lo ocurrido en aquella noche terrible en la casa de campo, en Inglaterra, de modo que abrió la puerta armado con un pistolón. La joven se asustó al ver el arma. Su rostro juvenil empalideció ante el cañón apuntándola.

—¿Qué se le ofrece, hermana?

—Necesito hablar con doña Juana. Es por esos dos jóvenes que están tan enfermos en el hospital. Me manda la madre superiora.

—Está bien. La aviso en un momento.

Gastón se dio la vuelta. Iba a llamar a Juana cuando la novicia le habló:

—Hace mucho frío. La niebla es horrorosa. ¿Me deja entrar? Esperaré aquí abajo hasta que me llamen.

Gastón dudó un momento, pero conocía de vista a aquella monjita. Era de las últimas en llegar al convento, una novicia de Valladolid. Alguna vez la había ayudado a traer y llevar cestas de frutas. Y era verdad que aquella niebla helada se metía en los huesos y paralizaba de frío.

—Pase, hermana. Ahora mismo la aviso. Creo que está en el oratorio.

El niño Pablo abrió los ojos y se incorporó, asustado por su propio grito. La pesadilla había resultado tan vívida que aún no era capaz de distinguir la realidad, y persistía la sensación de seguir prisionero del sueño. Aquella mujer de ojos verdes estaba tendida sobre él, no le dejaba respirar, abría una boca enorme y roja, con dientes afilados que se clavaban en su carne como lo haría una loba hambrienta en el bosque. Al principio, en el sueño, se había acercado vestida de monja, con un semblante dulce, como la Virgen María de manto azul que había en la catedral de Pamplona. Desprendía bondad, amor, belleza.

Cuando se acercó a él comenzó a cambiar, su rostro se transformó, su cabello se tornó en rizos de fuego, su mirada cruel parecía querer devorar su alma.

Pero en la habitación no había nadie.

Se levantó y miró debajo de la cama. Allí solo estaba el orinal y unas partituras que se habían caído. Las recogió del suelo. Desvelado, se puso las zapatillas y decidió ir a buscar un vaso de agua.

Juana bajó las escaleras con presteza. Cuando llegó al zaguán, llamó a Gastón.

—¿Estás seguro de que no se ha ido? —Volvió a mirar—. ¡Gastón..., aquí no hay nadie!

Juana abrió la puerta. La niebla permanecía espesa y húmeda; el olor a mar y a flores, a sangre y a podredumbre inundaba el ambiente, algo que recordaba perfectamente porque aquella noche en su casa de campo inglesa —noche de la que nunca hablaba— se había clavado en todas las células de su cuerpo.

—Dios mío —masculló mientras se subía la falda para poder subir los escalones con más rapidez—. ¡Pabliño, por Dios! Por Dios y por

la Virgen, que Pabliño esté bien.

Juana dejó la puerta abierta sin darse cuenta.

El *peregrino* del que hablaba el capitán del barco en su diario podía haber entrado en la casa de Juana de Vega de muchas maneras, pero sir Arthur Wellesley estaba acostumbrado a ser elegante e imperial, y decidió aprovechar la ocasión que llevaba esperando desde hacía varios días. Estaba ya mayor para trepar por ventanas o tejados. Además, era menester recordar que por lo visto estaba muerto, y ya lo decía el poema: «*Die Toten reiten schnell*». Los muertos viajan deprisa. No podía perder más tiempo.

Siguió a la mujer de Espoz y Mina por las escaleras, cauteloso y en silencio.

Juana corrió hacia la habitación de Pablo Sarasate. Su corazón se encogió al ver que el niño no estaba en su cama.

—Ay, Dios. Pabliño..., ¿dónde estás? ¿Estás con tu madre? ¡Ay, por todos los santos, que esté allí!

Pero Pablo no estaba en la habitación de la madre, que dormía plácidamente en su cama, ajena a todo lo que ocurría en la casa. Juana corrió hacia el gran salón verde, en donde celebraba las tertulias, el salón que estaba contiguo al oratorio.

Gastón estaba en el suelo en el medio de la estancia, sin conocimiento, o muerto. Juana no podía comprobarlo. A su lado, una mujer pelirroja de ojos fulgurantes y boca más roja que su pelo parecía buscar algo con la vista. Era ella, la mujer que había convertido a los dos niños en monstruos, la que había transformado a Espronceda. La vampira. Era la misma mujer, pero más hermosa, más traslúcida, más blanca. Más dura que aquella noche en la que se transformó en Teresa Mancha delante de todos. Más implacable.

La mujer vestía un sudario blanco que se ceñía a su cuerpo, manchado de sangre que goteaba de aquellos labios lascivos y procaces. Juana notó que las piernas le flaqueaban. Pero no era el

momento, no. Aquel ser era el responsable de la muerte de Mina, de Espronceda, de la maldición que los había perseguido sin descanso. Agarró la cruz bizantina de plata que llevaba siempre consigo y la levantó.

Sylvia hizo una mueca de asco, pero, a su pesar, su cuerpo reaccionó al instante, retrocediendo unos palmos.

—Recuerdos de la madre superiora, Juana. —La voz de la novicia salió de aquella boca impura y sucia—. Ya no temo a los símbolos de Dios. —La vampira sonrió, soberbia—. Llevo dentro de mí el alma de una monja. Solo quiero saber dónde está la piedra. Espronceda se la ofreció a tu marido. Sé que está aquí. Dámela. Y dejaré al niño Pablo en paz. Os dejaré a todos en paz.

Juana la miró con odio cerval.

—Vete de mi casa, monstruo del infierno. Le prometí a Mina que jamás te entregaría la piedra. Solo llevas peste y enfermedad por donde pasas. Eres una maldición. Destruiste a mi padre, a mi marido, a mis amigos. Has traído el cólera a la ciudad. Matas a los inocentes. A los animales. A los niños.

El rostro de Sylvia se contrajo de dolor.

—Yo no elegí ser así. Yo no elegí el ansia, el hambre y la sed de sangre, de tierra húmeda, de corrupción. Yo no elegí el averno. Me eligieron. Y ahora tengo que cumplir con mi suerte, con mi destino. Yo no poseo la fuerza de tu marido. Prefiero estar viva en mi oscuridad. Y ahora dame la piedra o acabaré con todos tus seres queridos. Con toda la ciudad.

Juana dudó. Su promesa en Barcelona... ¿qué valor tenía si los suyos estaban en peligro de muerte o de algo peor? Temía por la vida de Gastón, de Berta, del niño Pablo. Sabía que aquella mujer era capaz de destruirlos y luego encontrar el zafiro. Y entonces todo estaría perdido.

Levantó las manos, enseñó las palmas.

—Está bien. Te la daré. Si prometes que te vas a marchar de aquí. Lejos de mi casa y de los míos.

Sylvia asintió. Sus manos se retorcieron en un gesto nervioso.

—Lo prometo.

—Ven.

Juana abrió la puerta del oratorio. Entraron. Vio por el rabillo del ojo a Gastón, que se movía, abría los ojos, se incorporaba. El criado espabiló con gran esfuerzo, se irguió y sacó su pistola.

—Estese quieta y aléjese de Juana, señora. O dispararé.

Sylvia se dio la vuelta.

—Ingenuo. No puedes matarme. Ya estoy muerta.

Con un movimiento rápido se puso detrás de Juana y la agarró por el cuello.

Gastón vaciló. La mano le temblaba y el cañón de la pistola con ella.

—Dadme la piedra o despídete de tu señora.

Gastón bajó la pistola. Juana logró dominar su terror.

—Coge la urna con el corazón de Mina. La piedra está ahí guardada.

—Tú eres el que toca tan bien el violín, ¿verdad? Te he escuchado estos días desde la calle.

Pablo dejó caer el vaso de agua del susto. En la cocina, junto a él, había un hombre alto, de cabello blanco y nariz aguileña. Llevaba un violín en las manos.

—Sí. Toco el violín. Es verdad. Me gusta. Me dicen que lo hago bien. —El niño abandonó el temor y se fijó en el instrumento de inmediato. No escondió el asombro—. Es un Stradivarius, ¿verdad?

Wellington jugueteó con el arco.

—Veo que sabes de instrumentos. ¿Juana no te lo ha dejado? Estaba en la casa.

Pablo se frotó los ojos. Estaba seguro de que su pesadilla seguía y seguía, de que aquel hombre alto con acento inglés era parte de su sueño. Se dejó llevar. Por lo menos allí no estaba aquella mujer malvada chupándole el cuello.

—Tengo el mío propio. Pensaría que soy demasiado pequeño para dejármelo.

Wellesley se lo acercó. El barniz caoba, el diseño perfecto. Pablo sabía que solo podría acercarse a uno de aquellos violines en un sueño.

—¿Quieres tocarlo?

El crío alargó las manos y lo acunó como si fuera un bebé. El peso era perfecto, el tacto. El olor. El arco estaba listo para tocar, cubierto de resina. Tocó las cuerdas con el pulgar. Las afinó girando las clavijas. Levantó la mirada, brillante de emoción.

—¿Qué toco?

—Lo que quieras. ¿Qué se te da bien? ¿Qué te gusta?

—No sé. Todo. ¿Paganini?

El hombre ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa. Pablo no supo muy bien si era de burla o de ternura.

—Paganini estaría bien. Si eres capaz, claro... Paganini es muy difícil. Y tú eres muy niño.

Pablo Sarasate no contestó. Solo se llevó el violín a la barbilla, elevó el arco y el instrumento comenzó a arder como una llama celeste.

Un sonido glorioso subió hasta el piso de arriba. Las notas se sucedían como si el mismo diablo estuviese tocando el Stradivarius. Todos se quedaron paralizados. Aquella música parecía salir de las manos de un ángel caído.

Sylvia ya tenía en su poder la urna con el corazón de Mina. Sintió la piedra de nuevo. La piedra estaba completa en aquel preciso momento, en aquel instante, en aquel lugar. ¿Cómo podía ser? Ella tenía una talla dentro de la urna, otra... No. No podía ser. La otra gema estaba confinada en la tumba del profesor de esgrima.

La música continuaba, cada vez más rápida, más excelsa. Sylvia escuchó la voz de la diosa, un estruendo agudo, un grito desesperado de amor y de reconocimiento.

La urna cayó de sus manos al suelo y rodó hasta los pies de Juana.

Juana reaccionó. En un segundo aferró la espada de Mina, que

permanecía entre sus manos yertas. La desenfundó y la clavó sin dudar en el pecho de la vampira. Sylvia lanzó un gemido y cayó de rodillas. No podía ser. Ella no podía morir. ¿Qué era aquello? El pecho le ardía, era pura lava de volcán. Ella no podía morir. Ya estaba muerta.

—Hace años mi marido mandó hacer este sable de plata. Está bendito. El libro pone que es la única forma.

Luego la condesa apretó los dientes, cerró los ojos, escuchó la voz de Mina y se encomendó a Dios.

Levantó las manos sobre la cabeza.

De un mandoble le segó el cuello.

La música cesó.

—El niño. Apúrate, Gastón.

Juana voló hacia la cocina, seguida de su criado. El niño Pablo permanecía allí, con el violín en las manos, los ojos perplejos como si acabase de levantarse de la cama. Juana se arrodilló y lo abrazó llorando.

—¿Estás bien?

Pablo levantó el violín y el arco con sus pequeñas manos.

—Señora condesa... ¿Puedo quedármelo? Es maravilloso.

En el puerto, el barco surgió del fondo de los mares. Durante un tiempo, algún pescador aterrorizado pudo atisbarlo entre la niebla. Luego desapareció en la noche.

Cuando Juana volvió al oratorio, el cuerpo decapitado seguía allí, pero la urna con el corazón de Mina y la piedra había desaparecido.

La epidemia de cólera cesó a los pocos días. Tal y como había venido, se fue. La ciudad recuperó poco a poco la vida, la actividad, el

comercio. Volvieron los que habían huido, se enterraron los muertos, celebraron los supervivientes. Las campanas volvieron a tocar a fiesta, a misa.

Gastón quemó en la casa de San Pedro de Nós el cuerpo de la mujer maldita. La metió en la chimenea y poco a poco fue consumiéndose mientras él cortaba leña y la apilaba para distraerse de aquel olor nauseabundo. El niño Pablo se quedó el violín. No podría tener mejor dueño, pensó Juana, mientras se preguntaba si todo aquello había sido real. El cuerpo de Sylvia en la chimenea era muy real. La espada llena de sangre también lo era. No la limpió nunca. Así recordaría que aquellas noches, aquellas visitas habían sido tan reales como el día en que, asomada a las galerías, vio a Mina cabalgar con su uniforme y su comitiva por la calle Real como capitán general de Galicia. El día en que se enamoraron a primera vista. Ella tenía dieciséis años. Aquel día, aquel amor tan intenso le parecía más irreal aún que la llegada de la empusa que anunció su padre mientras estaba tan enfermo.

Mina no volvió a manifestarse.

Se preguntaba dónde estaría su corazón. Sospechaba quién se lo había llevado a cambio del violín. A cambio de salvarles la vida y quizá de la eternidad. No importaba. Él seguiría con ella en el oratorio hasta la muerte.

Regresaron las tertulias, las meriendas, los salones, el teatro, las conspiraciones políticas, la lucha liberal que nunca cesaría, el pañuelo de Porlier siempre cosido en su manga.

Pasaron los años. Quisieron nombrarla «duquesa de la Caridad» por su valor durante la epidemia. Ella no lo aceptó.

«Lo apreciable para mí, tratándose de títulos, es el apellido de mi esposo», escribió en la carta de rechazo.

Una tarde llamaron a la puerta. Un aldabonazo fuerte, decidido. Berta bajó a abrir.

—Doña Juana. Tenemos visita. Hay una mujer que desea verla.

Juana dejó por un momento de escribir sus aventuras en la corte como aya de la niña Isabel. Estaba narrando el intento de secuestro de

las infantas. Trataba de ser lo más humilde posible, aunque ella fue la que afrontó y desmontó con valentía y serenidad aquel ataque. Se quitó las lentes y parpadeó para fijar la vista, mirando a la vieja Berta, que esperaba en la puerta del despacho.

—¿Quién es?

—Dice llamarse Concepción Arenal.

Epílogo

NOCHE SOÑADA

Wellesley aspiró profundamente y sintió una mezcla de placer y horror. Hacía muchos años que no respiraba aquel humedal, aquel aroma poderoso a flores recién reventadas, a corrupción, a ciénagas. Nada había cambiado en Assaye desde que el destino de Arthur Wellesley se forjó en aquella batalla sangrienta en la que comenzó su fama como militar. Coronel Arthur Wellesley. Después de años en los que su padre le había convencido de que nunca llegaría a nada. Treinta mil hombres contra cuatro mil.

Caminó hasta donde había estado el viejo campamento, al lado del río. El trino de algún pájaro, el crujir de alguna rama, gruñidos de animales que no era capaz de distinguir, el agua que discurría con placidez con su murmullo eterno... Nada había cambiado desde septiembre de 1803, y todo había cambiado a la vez.

Sacó de la funda su viejo violín encontrado en la India. Intentó recordar. ¿Qué estaba tocando aquella noche? ¿Mozart? En aquellos tiempos su repertorio era bastante limitado, después de haber quemado en la chimenea su primer instrumento tras las burlas de su padre sobre su masculinidad y sobre la imposibilidad de casarse con Kitty, al ser un pobre segundón dedicado al arte. Ojalá le hubiese hecho caso. El Duque de Hierro. El duque triste.

Bach.

Bebió un trago largo de vino. Lo recordaba bien. Aquella noche estaba borracho. Muy borracho de clarete. Tocaba a Mozart. Pero esta

vez no elegiría a Mozart.

Esta noche podía enfrentarse a Bach.

Partita número dos en Re menor.

Comenzó a tocar. Anochecía. La jungla quedó en silencio, transida ante la melodía más perfecta. En su bolsillo, sir Arthur Wellesley llevaba las tres piedras talladas dentro de una bolsa de terciopelo. Las notaba arder; las moléculas vibraban al percibir el sonido acompasado y casi divino de la música de Bach.

El niño apareció de la nada. Solo llevaba un turbante y un *dhoti* blancos que contrastaban con su piel oscura. Sus ojos velados lo miraron sin ver, su mano le hizo una seña. Wellesley dejó de tocar y lo siguió, como lo había seguido aquella vez hacía ya tantos años. Ambos se perdieron en la jungla, iluminados por haces de luz de luna que aparecían y desaparecían entre el follaje.

El templo surgió en el claro. La puerta de madera, el águila, el sol. En el techo había un mono que comenzó a parlotear. El duque de Wellington volvió a empujar aquella puerta sagrada. El mismo olor a incienso, flores y muerte que le sacudió el cerebro con los recuerdos de aquella noche soñada. El mismo pasillo con figuras que perturbaban la mente.

El niño se quedó quieto unos segundos y desapareció. Wellesley siguió avanzando hasta franquear la puerta.

Ella lo recibió sonriente como la primera vez, flotando sobre el altar como un carrusel hipnótico, sus cuatro brazos extendidos hacia él.

—Arthur. Amor mío. Has vuelto.

El deseo sagrado hizo que Wellington cayera de rodillas. Amor incommensurable, desesperado, oscuro y brillante, glacial e incandescente, odioso y repulsivo, maternal y lascivo.

Sacó las piedras de la bolsa de terciopelo y las dejó a los pies de la diosa.

Los cuatro brazos lo envolvieron hasta que fue uno con ella en un paroxismo de dolor, amor y muerte.

Raíces de los árboles surgieron del suelo y comenzaron a recubrir el

templo hasta clausurarlo y apartarlo de la vista de todos los mortales.

Lejos de allí, cerca del puerto de Bombay, un barco negro se hundió en las profundidades, arrastrado por un remolino súbito, intenso y helador.

Algunos pescadores que se hallaban en la zona comentaron que habían escuchado una música extraña de violín antes de ver con asombro la repentina desaparición de un barco llamado El Temido.

FIN

Bibliografía

- CABALLÉ, Anna, *Concepción Arenal. La caminante y su sombra*, Taurus, Madrid, 2018.
- DURÁN, José Antonio, *Los Vega. Memorias íntimas de Juana de Vega, condesa de Espoz y Mina*, Fundación Juana de Vega y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006.
- FUENTES, Juan Francisco y Garí, Pilar, *Amazonas de la libertad. Mujeres liberales contra Fernando VII*, Marcial Pons, Madrid, 2015.
- HIBBERT, Christopher, *Wellington: A Personal History*, Da Capo Press, Boston, 1999.
- HOLMES, Richard, *Wellington. The Iron Duke*, HarperCollins, Nueva York, 2003.
- LLORENS, Vicente, *Liberales y románticos*, Castalia Ediciones, Madrid, 2006.
- MARIÑO BOBILLO, María Consuelo, *La Coruña bajo el reinado de Fernando VII. La burguesía comercial*, Publicaciones Arenas, La Coruña, 2009.
- RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique, *Espronceda: su tiempo, su vida y sus obras*, Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, Madrid, 1889.
- WELLER, Jac, *Wellington in India*, Fronline Books, Barnsley, 2013.
- WELLINGTON, duque de, *Military Dispatches*, Penguin, Londres, 2014.

Agradecimientos

A Belén Bermejo, por creer en mí para contar esta historia gótica. A José Alfeirán, por hablarme del libro *Los Vega, memorias íntimas de Juana de Vega*. A Fátima Elías, por sus ideas vampíricas. A Rubén Ventureira, por prestarme sus artículos con Laureano López sobre la epidemia de cólera en A Coruña.

A Vicente Garrido, sin él jamás hubiese comenzado a escribir.

Voraces
Nieves Abarca

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2019

© de las imágenes de la portada, English Heritage Images(duque de Wellington) / © Getty Images (Torre de Londres, 1831, grabado)

© Nieves Abarca, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones,
agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan
al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de
2019

ISBN: 978-84-670-5649-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S.
L.

www.mtcolor.es

NIEVES ABARCA
VORACES



Una novela sobre poetas, románticos y exiliados
que lucharon por la libertad


ESPASA